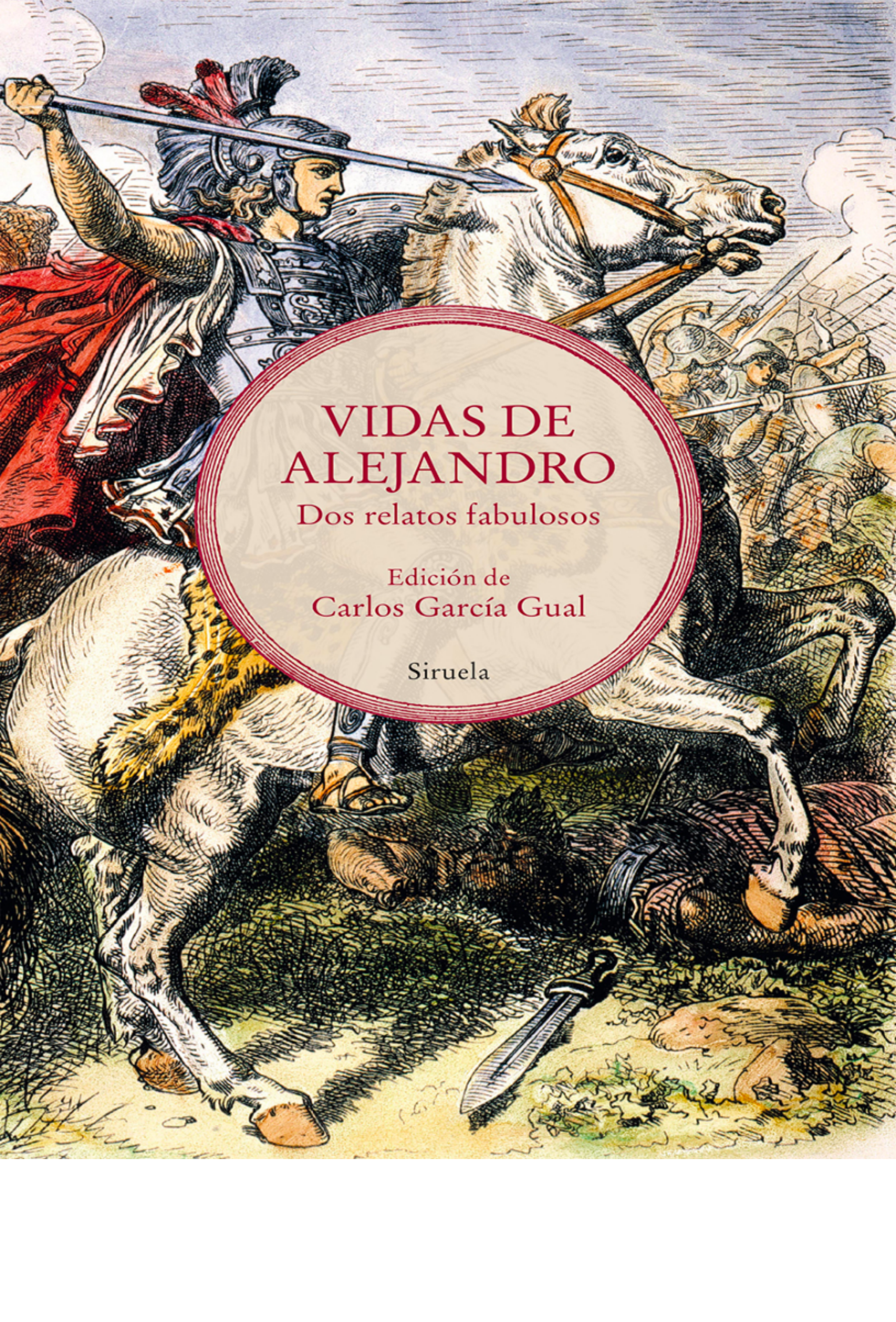


VIDAS DE ALEJANDRO
Dos relatos fabulosos
Edición de
Carlos García Gual
Siruela

VIDAS DE ALEJANDRO

DOS RELATOS FABULOSOS

CALÍSTENES PSEUDO, ANÓNIMO

VIDAS DE ALEJANDRO

Dos relatos fabulosos

Edición de
Carlos García Gual

Traducciones del griego de
Carlos García Gual y Carlos R. Méndez



Libros del Tiempo

Edición en formato digital: enero de 2024

En cubierta: Alejandro Magno a lomos de Bucéfalo,
grabado en madera alemán, s. XIX

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-19942-59-3

Conversión a formato digital: María Belloso

NOTA A ESTA EDICIÓN

Mi propósito al presentar la actual reedición de estos dos textos griegos ha sido la de rescatar las traducciones, editadas hace algunos años, de esas dos pintorescas biografías atribuidas a un escritor desconocido al que denominamos Pseudo Calístenes.

La primera de estas *Vidas* fue redactada probablemente hacia el siglo III, y es un ágil relato muy novelesco y en prosa que logró amplia repercusión posterior en numerosas versiones en varias lenguas a lo largo de siglos, hasta los finales de la Edad Media; y la otra, que bien podría llamarse el Folletín de Alejandro, está basada en la anterior, pero con una redacción más fantasiosa y popular, muy alejada de la trama histórica, ya en griego moderno, que fue editada en Venecia a mediados del siglo XVII.

La traducción del texto del Pseudo Calístenes, primera y única en castellano, se publicó en 1977 (como número uno de la Biblioteca Clásica Gredos) y recibió el Premio Nacional de Traducción de ese año. La otra, hecha no del griego clásico, sino del griego moderno, es de Carlos R. Méndez, y fue editada también en Gredos, pero como libro singular (y nada clásico, desde luego), en 1999. Ambos libros están agotados hace muchos años y por eso he pensado en proponer su reedición, manteniendo mis prólogos a uno y otro y añadiendo solo mínimas notas. Ahora se editan juntos, aunque es muy grande la distancia entre ambos, como los lectores advertirán enseguida. La *Vida* antigua es mucho más respetuosa con la historia y la geografía, mientras que el folletón mezcla tiempos y personajes con una total desfachatez, atento más al contraste de diálogos con curioso dramatismo, como en un teatro de títeres o de sombras chinescas, que al entramado histórico que ignora.

No he pretendido, en ningún momento, ofrecer aquí un análisis académico ni una glosa o presentación académica de los textos. Tan solo trato muy brevemente de la prodigiosa recepción e influencia del texto del Pseudo Calístenes en varias lenguas y culturas. Y me he limitado a subrayar esa perdurable y excepcional difusión de su texto desde la época helenística al Medievo tardío citando algunos estudios muy notables.

CARLOS GARCÍA GUAL

VIDA Y HAZAÑAS DE ALEJANDRO MAGNO

PSEUDO CALÍSTENES

PRESENTACIÓN

EL ÚLTIMO HÉROE GRIEGO, CONQUISTADOR DEL ORIENTE

Alejandro, según se cuenta, decía envidiar a su antepasado Aquiles por el hecho de haber tenido un formidable narrador de sus gestas en el poeta Homero, que en la *Ilíada* supo ensalzar sus hazañas con digno esplendor. Por un capricho del azar y la historia él acabó por encontrar también, unos cinco siglos después de su muerte, un asombroso narrador para las suyas. Paradójicamente, no lo halló en un gran poeta ni en un respetable y bien documentado historiador, sino en un desconocido prosista al que ahora llamamos Pseudo Calístenes, quien hizo de él una figura casi tan mítica como la del héroe iliádico. En esta biografía, tardía y fabulosa, el joven monarca macedonio adquirió una fulgurante aura mítica, que extendió sus largos reflejos en las múltiples versiones medievales que de ella derivan. Esa narración biográfica compuesta en tiempos del Bajo Imperio Romano refundió con singular acierto los ecos de la leyenda que había transformado ya al gran Alejandro en el prototipo del último héroe griego.

Recordemos que todos los textos de los primeros cronistas e historiadores contemporáneos del monarca macedonio (Calístenes de Olinto, Cares de Mitilene, Nearco, Onesícrito, Clitarco, Ptolomeo, Aristóbulo de Casandrea y Anaxímenes de Lámpsaco) se perdieron pronto y solo tenemos de ellos muy pocos y exiguos fragmentos. Luego surgieron otras biografías y relatos históricos que, fundados sobre esas primeras crónicas, reconstruyeron con mejor o peor retórica las andanzas y hechos del gran conquistador del Oriente. Son los textos de Diodoro de Sicilia (en su *Universal historia*, libro XVIII), del latino Quinto Curcio (*Vida de Alejandro Magno*), Plutarco (*Vida de Alejandro*) y Arriano (*Anábasis de Alejandro*), escritos entre el siglo I a. C. y el II d. C., que conservamos a nuestro alcance y son la base de nuestros conocimientos sobre la figura de Alejandro.

Frente a esos relatos de indudable valor histórico, la narración del Pseudo Calístenes guarda un aire fantasioso y novelesco (siendo el fundamento de la llamada «Novela de Alejandro»). No se funda en

fuentes históricas serias, sino en algunos textos perdidos de dudosa veracidad, y ha coloreado los hechos históricos de la biografía alejandrina con noticias fantasiosas, configurándose como una narración de origen y destino popular. Es una biografía que magnifica y mitifica la figura de su protagonista, y lo transporta desde el terreno de la historia al de la novela de aventuras. Hay que recordar que la grandeza del personaje se prestaba a esa mitificación y que desde muy pronto debieron de surgir relatos populares en torno a las prodigiosas dotes y los magnánimos logros del joven Alejandro. Conviene, a este respecto, rememorar su singular apostura como rey magnánimo y como intrépido viajero, que pudo dar pie, tras su pronta muerte, a esa rápida mitificación, arropada en la distancia y conservada en diversos relatos hasta la época de nuestro autor, seguramente un escritor de la egipcia Alejandría a comienzos del siglo III d. C.

Para recordar la prestancia histórica de Alejandro basten unas líneas del filósofo G. W. F. Hegel en las que, en sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, destaca la impronta inolvidable que el joven monarca macedonio dejó en la marcha de la historia universal. Dicen así:

> Educado por Aristóteles, Alejandro a los veinte años de edad se puso a la cabeza de los helenos para conducir Grecia a Asia. Este segundo Aquiles reúne de nuevo a la Hélade para una empresa común. Cierra la vida griega, como Aquiles la empezara. Concentrando en sí el poder de Grecia, se volvió hacia el exterior y difundió por Asia la cultura griega. Unió al país, maduro ya en todas las técnicas, pero ya sin realidad, bajo nuevas banderas, conteniendo en el interior la excitación aún existente, para orientarla enseguida hacia las comarcas madres del Oriente. Su fin era castigar las antiguas iniquidades, vengar a Grecia de cuanto Asia le había hecho durante largo tiempo y decidir la antigua discordia y lucha entre el Oriente y el Occidente. Por un lado, hizo pagar a Oriente el mal que Grecia había sufrido por su culpa, por otro, le devolvió mil veces el bien que representó para Grecia el recibir de Asia los orígenes de la cultura. Alejandro difundió la madurez y elevación de la cultura sobre el Oriente, imprimiendo en Asia, por él ocupada, el sello, digámoslo así, de un país helénico.
>
> Esta fue su grande e inmortal hazaña, la obra de la más bella individualidad. Alejandro ha sido el más bello héroe individual.
>
> Él fue la causa de que el mundo griego se difundiera por toda Asia. La expedición de Alejandro a Asia fue también un viaje de exploración. Alejandro fue el primero que abrió a los

> europeos el mundo oriental, llegando hasta países como la Bactriana, la Sogdiana y la India septentrional, apenas hollados desde entonces por plantas europeas. La manera de llevar a cabo la expedición, así como el genio militar en el orden de las batallas, en la táctica en general, quedarán para siempre como un objeto de la admiración universal. […]
>
> Pudo dedicar diez años a su obra imperial. Su muerte, en Babilonia, a los treinta y tres años, sigue siendo un bello espectáculo de grandeza y la prueba de cuál era su verdadera relación con el ejército. Incorporado sobre su lecho de muerte, se despidió de sus soldados con plena conciencia de su dignidad.
>
> Alejandro tuvo la dicha de morir a tiempo. Puede llamarse a esto una dicha; pero es más bien una necesidad. Una muerte prematura tenía que ser la suya, a fin de seguir siendo para la posteridad el joven glorioso. Así como Aquiles inicia el mundo griego, como ya hemos indicado, así Alejandro lo cierra; y ambos jóvenes no solo nos dan el más bello espectáculo por sí mismos, sino que nos proporcionan al mismo tiempo una cabal y perfecta imagen de la esencia griega. Alejandro no murió prematuramente, pues su obra había llegado a su plena perfección.

Los motivos de la admiración del Pseudo Calístenes hacia Alejandro, visto como el último gran héroe del helenismo, no diferían mucho, en el fondo, de los de Hegel. Pero es cierto que sí difiere en la manera de reflejar su imagen del monarca macedonio. El núcleo de su biografía sigue conservando una base histórica, pero la fantasía del biógrafo alejandrino reelabora una atmósfera fabulosa en torno al esqueleto de los datos históricos y se recrea en los episodios fabulosos para realzar la figura del gran héroe, conquistador del inmenso imperio persa y explorador audaz de un Oriente quimérico, como el héroe que hubiera querido ser un dios.

LA FORMACIÓN DEL RELATO DEL PSEUDO CALÍSTENES

El Pseudo Calístenes compuso su relato a comienzos del siglo III d. C., con una clara intención de ofrecer una estampa magnífica del gran Alejandro, destinada a un vasto público ávido de relatos fabulosos. No era un escritor de notable cultura, pues no tenía, desde luego, grandes conocimientos de historia griega ni tampoco un estilo refinado. Su ignorancia de la geografía helénica es sorprendente (y podría

explicarse porque, nacido en Alejandría, no viajara jamás a Grecia, un país que, en aquellos tiempos del Bajo Imperio, era sombra ya de lo que fue en la época clásica). Su prosa es bastante desmañada y sus expresiones poco elegantes. Pero se las arregló para escribir una narración de extraordinario éxito popular. Mezcló varios ingredientes, y acentuó, por encima de los datos históricos, la inolvidable prestancia heroica de su biografiado.

Entre las fuentes que combinó para confeccionar o para zurcir hábilmente su texto, podemos destacar, en primer lugar, 1) un relato biográfico helenístico y 2) una colección de cartas de aire retórico en forma de novela epistolar. Junto a estas dos fuentes básicas se añaden otros relatos independientes de menor extensión, como son 3) las cartas sobre las maravillas y monstruos de la India (dirigidas a Aristóteles y Olimpíade), 4) las leyendas sobre Nectanebo y Candace, «novelas cortas» de origen local, 5) el coloquio con los gimnosofistas hindúes y 6) un relato antiguo sobre los últimos momentos y la muerte de Alejandro, así como su testamento, bastante bien conservado. Como se ve, son textos menores que se han unido en esta narración biográfica un tanto abigarrada. Comentemos brevemente sus rasgos.

La *narración biográfica* ha provisto a nuestro autor de los datos principales en el esquema de su *Vida y hazañas*, como son los referidos a la juventud de Alejandro y su ascensión al trono de Macedonia, y luego sus conquistas y fundaciones, y su larga marcha victoriosa por el Imperio persa, hasta el regreso a Babilonia. Es muy probable que ya en esa biografía se marcara la tendencia retórica y dramatizante de la historiografía helenística, inclinada a subrayar el efectismo de ciertas escenas. Así, por ejemplo, la del asedio y destrucción de Tebas y la de la muerte de Darío en brazos del mismo Alejandro; y acaso estarían ya en ella estampas tan curiosas como la carrera de caballos de Olimpia en que triunfa Alejandro, la discusión de los oradores atenienses sobre la rendición de Atenas, y el festín de bodas de Filipo y Cleopatra. En todo caso, ahí estaba ya ese gusto por el efectismo, en episodios inventados o embellecidos para insistir en el tópico de la favorable Fortuna o *Týche* del joven príncipe. Quizás también estuviera en esa biografía una invención tan inverosímil como el viaje de Alejandro a Roma y Cartago, forjada para subrayar que no solo los monarcas de Oriente, sino también las grandes potencias de Occidente rindieron pleitesía al macedonio. Es muy difícil precisar la época de esta narración histórica perdida, pero algunos estudiosos piensan que debió de escribirse en el siglo I a. C.

Las cartas entre Alejandro y Darío (y las cruzadas luego entre Alejandro y Poro) formaban una colección epistolar seguramente de origen retórico escolar, que dibujaba, en el contraste de misivas, un

retrato psicológico de los dos grandes reyes: de un lado el audaz joven aventurero, confiado en su buena estrella, y, del otro, el emperador persa, soberbio y pomposo al principio, pero luego cada vez más receloso ante las asombrosas victorias de su enemigo. La confección de este tipo de cartas era un ejercicio bien conocido de las escuelas de retórica durante un amplio período. Como ejemplos de esta literatura epistolar, que floreció en griego y en latín entre la época de Cicerón y la de Adriano, podemos recordar el par de «novelas epistolares» que conservamos sobre Temístocles y Quión, o los intercambios de cartas entre los Siete Sabios (recogidas luego por Diógenes Laercio), o las *Cartas de heteras*, en las que Alcifrón intenta reflejar la vida cotidiana en tiempos del comediógrafo Menandro. La antigüedad de esta ficción epistolar sobre Alejandro y Darío está confirmada por un par de papiros que contienen retazos de esa correspondencia fingida (son el Papiro de la Sociedad Italiana 1285, del siglo II d. C, y el Papiro de Hamburgo 129, del siglo I a. C.). En estos papiros hallamos ya seis de las cartas, aunque no en el mismo orden que en nuestra biografía.

Pseudo Calístenes, que se muestra bastante descuidado en los detalles de los episodios históricos, parece tener gran respeto por las cartas, que a buen seguro consideraba documentos auténticos. Las ha ido integrando en su relato lo mejor que ha podido. Probablemente estaría de acuerdo, aun sin conocerlo, con Plutarco, que decía, precisamente al comienzo de su *Vida de Alejandro*, que el buen biógrafo no se interesa tanto por las batallas y las matanzas numerosas como por los gestos personales que reflejan el carácter del biografiado. También él se interesa, ante todo, como Plutarco, por los «signos del alma», esos *sémata psychés*, que sirven para dar un buen retrato del héroe. Las cartas son bastante variadas, y la de Alejandro «a los persas» (en II 21) es una especie de proclama regia, tal como las proclamas que daban a su pueblo los soberanos de Egipto.

De carácter distinto son las *cartas sobre las maravillas y aventuras en la India*. Probablemente, formaban un texto suelto que se agregó luego a la biografía. Los encuentros de Alejandro con los monstruos orientales, su expedición por las tierras de tinieblas, sus excursiones a los cielos y al fondo del océano, así como su encuentro con los árboles proféticos del Sol y de la Luna, y en versiones más tardías, su caminata hasta el bien amurallado paraíso (*Iter ad Paradysum*), pertenecen a otro tipo de literatura popular. El repertorio teratológico y fabuloso que ya asomaba en los viajes de Ctesias y de Heródoto, y más tarde en los viajes utópicos como el de Yambulo —ese mundo fantástico parodiado por Luciano de Samósata en sus *Relatos verdaderos*—, revive en ese viaje oriental de Alejandro, cuajado de prodigios. Sus ecos perdurarán en los viajes de Sindbad el Marino y en algunos cuentos de las *Mil y una noches*. Los humanoides más extraños,

las fieras más exóticas, la Fuente de la Juventud, el País de la Sombra Eterna y los árboles parlantes son piezas de un *folktale* infrahistórico y de muy largas resonancias. La saga de Alejandro, magnificado como el viajero de los confines del mundo y el más audaz explorador del Oriente misterioso, ha servido de imán para todo este repertorio fabuloso.

Un eslabón intermedio entre estos episodios orientales y las cartas anteriores lo forman las misivas entre Alejandro y las amazonas (III 18), las de los gimnosofistas (III 25-26) y el episodio de Alejandro y la reina Candace (III 18). Todos estos relatos vienen a subrayar un rasgo característico de Alejandro: su curiosidad insaciable, su anhelo de avanzar hacia un más allá desconocido y arriesgarse hasta las fronteras de lo inhumano. Poco le importan los dislates geográficos al narrador, que, por dar un ejemplo, coloca su fabulosa Etiopía (donde está el reino de Candace) en el camino de la India. Lo que a él le importa es destacar la extraordinaria audacia de su héroe, vencedor de los monstruos y de todos los peligros.

La inclusión del episodio del faraón egipcio Nectanebo como progenitor de Alejandro constituye una de las sorprendentes novedades del texto. La leyenda, sin duda tomada del ambiente egipcio, cuenta cómo el faraón y mago exiliado alcanza la corte real de Macedonia y allí logra penetrar en el lecho de la reina Olimpíade, disfrazado de dios Amón, y así engendra al futuro conquistador de Egipto. El motivo pertenece a un *folktale* antiguo y tiene paralelos en otras literaturas (como ya estudió O. Weinreich en su libro *Der Trug des Nectanebos*, Leipzig, 1911), y es sumamente curioso. Seguramente, la popular leyenda egipcia fue traducida al griego en Alejandría y adoptada por el Pseudo Calístenes para dar mayor prestigio a Alejandro dentro de los ambientes populares de Egipto. Es muy curioso el personaje, a la vez faraón y mago (practicante de la «lecanomancia» o adivinación por las aguas de un barreño), y astrólogo (como se ve en la pintoresca escena del horóscopo de Alejandro y del momento favorable del parto). Es muy curiosa su muerte: se cayó en un pozo por ir mirando las estrellas. Algo parecido, el caerse en un pozo por mirar las estrellas, se contaba del sabio Tales de Mileto, en una anécdota tópica. (En alguna variante del episodio Nectanebo muere despeñado por el joven Alejandro, con un gesto un tanto edípico).

La leyenda debió de resultar agradable al público egipcio, pues justificaba el derecho de Alejandro al trono del país del Nilo, no ya como conquistador extranjero, sino como hijo del último faraón despojado por los persas. A su vez explicaba su relación con el dios Amón, que lo proclamó como hijo suyo cuando visitó su santuario en el oasis de Siwa, un tanto a la manera como Evémero explicaba las

ficciones sobre los dioses. El origen bastardo de Alejandro no resultaba distinto del de otros héroes míticos: también para engendrar a Heracles el dios Zeus se acercó, disfrazado de Anfitrión, al lecho de la reina Alcmena en Tebas. Las malas relaciones de Alejandro con su supuesto padre, el rey Filipo, resultaban así más justificadas. La reina Olimpíade está vista en el relato con una luz más favorable que en los textos de los historiadores antiguos.

El episodio del *diálogo de Alejandro con los gimnosofistas* es un texto breve de resonancias cínicas. Está construido sobre el tópico del encuentro entre el rey y el sabio o los sabios, que menosprecian el poder y las riquezas (recuérdese la anécdota del encuentro entre Alejandro y Diógenes el cínico). En el coloquio se enfrentan el poder real y la ascética sabiduría. En la pintura de esos brahmanes naturistas hay una clara tonalidad oriental. Es probable que en su marcha hacia la India las tropas de Alejandro trabaran contacto con brahmanes, sabios desnudos o gimnosofistas, que llevaban una vida rudimentaria y austera y practicaban un tipo de ascética que maravillara a los griegos. En la expedición de Alejandro viajaba Onesícrito, un escritor cínico que seguramente se interesó por estos ascetas hindúes de aspecto sereno y feliz. (Seguramente él recogió muchos datos sobre estos ascetas orientales, en su texto pronto perdido). Las respuestas sagaces de los gimnosofistas a las preguntas de Alejandro difieren según los manuscritos, pero el rechazo de las ofertas del poderoso monarca queda claro. El gran rey no puede darles aquello que colmaría su felicidad, algo que tampoco puede darse a sí mismo: la inmortalidad. En el siglo III, por influencia de los cínicos y los neopitagóricos, esos santones serenos, a veces mendicantes, gozaron de cierta popularidad. (Recordemos, como ejemplo griego, el prestigio de la figura del peregrino Apolonio de Tiana, biografiado por Filóstrato).

Por último, Pseudo Calístenes aprovechó para el final de su biografía una narración sobre *los últimos días y la muerte de Alejandro*. Se trata de un escrito antiguo, que tal vez remonta a los decenios posteriores a su muerte, cuando se enfrentaron por la sucesión Antípatro y Perdicas, entre otros diádocos. Ofrece una interpretación de la muerte, pronosticada por varios augurios siniestros, como el resultado de la conjura dirigida por Antípatro para envenenar al gran conquistador. Alejandro muere víctima del complot y el veneno. Luego se cuenta brevemente que Ptolomeo logró apoderarse de su féretro y se lo llevó a Alejandría, donde construyó para él un gran templo. (En una versión, la A, del texto se nos da el testamento de Alejandro, recogiendo un documento seguramente antiguo).

Recogiendo y combinando todos estos variados materiales, el Pseudo Calístenes, probablemente en Alejandría y a comienzos del

siglo III d. C., tejió su variopinto relato. Era un escritor poco docto, y escribía para un público poco refinado. Se embarulló un tanto con los datos históricos y los detalles geográficos, pero no debió de preocuparle mucho la exactitud al respecto. Ensambló la novela epistolar en el esquema biográfico, colocó al comienzo la narración, casi un cuento «milesio», sobre Nectanebo, y concluyó con el de la conjura mortífera y la descripción vivaz de los últimos momentos de Alejandro. Introdujo algunas muestras de su inventiva dramática en escenas como la de Alejandro yendo como mensajero a la corte de Darío y la del encuentro con la reina Candace (al parecer le gustaban los disfraces), y la de la lucha cuerpo a cuerpo entre el menudo Alejandro y el gigantesco Poro. En fin, siempre quiso destacar la audacia y astucia de su héroe, de estampa novelesca. Se empeñó en forjar y transmitir un retrato heroico de Alejandro que lo traslada de la historia a la mitología popular.

Lo destaca muy bien Helmut van Thiel, cuando escribe, en el prólogo a su versión y edición del texto (Darmstadt, 1974):

Varios rasgos elevan a Alejandro por encima de las medidas humanas. Ya su exterior revela un influjo demónico-mágico: su apariencia leonina, sus dientes aguzados y sus ojos de distinto color, y, por otra parte, el contraste entre su pequeña estatura y sus cualidades interiores (II 15; III 4). La magia opera en su concepción y su nacimiento; la magia y la astrología lo destinan a ser dueño del universo; su nacimiento y muerte conmueven, con acompañamiento de signos maravillosos, el orbe. Su vida entera está acompañada por oráculos y apariciones de dioses y héroes. Avanza por el Oriente más allá que los dioses Dioniso y Heracles; también él es hijo de un dios (I 30) y será inmortal como fundador y patronímico de la «muy amada» Alejandría (III 24; I 33).

ESTRUCTURA Y SENTIDO DE UNA BIOGRAFÍA NOVELESCA

La narración está dispuesta en tres libros. Comienza, como toda biografía, con el nacimiento y la juventud del protagonista y concluye con su muerte. El primer libro incluye las primeras victorias de Alejandro hasta la conquista de Egipto, la fundación de Alejandría —con una descripción bastante precisa de la misma— y la visita al oasis de Amón. Concluye con la destrucción de Tebas (un episodio colocado fuera de lugar y que en la versión A está en verso). El segundo, que comienza con el sometimiento de las ciudades griegas (Atenas y

Esparta), abarca la conquista de todo el Imperio persa, contiene en su centro la muerte de Darío, con el llanto de Alejandro por él, y al final la carta de Alejandro a Olimpíade sobre las maravillas de la India. El tercero relata la guerra contra el rey indio Poro, los encuentros con los brahmanes, con Candace, con Sesoncosis, con las amazonas, y otras estampas fantásticas, con más monstruos y maravillas (en carta a Aristóteles), y, finalmente, concluye con el episodio de la agonía y muerte de Alejandro en Babilonia.

A medida que Alejandro avanza, desde Grecia a Asia y Egipto, y de Persia a la India, vemos que su figura trasciende el plano histórico para pasar a convertirse en la de un héroe mitológico, el último héroe mítico griego. Ya alguno de sus contemporáneos habló de su ansia por ir hacia lo desconocido, ese *póthos* o anhelo del más allá que el escultor Lisipo intentó reflejar en su famoso retrato. Pero ningún texto histórico extremó tanto como nuestro autor ese empuje aventurero del conquistador del Imperio persa. Cierto que Alejandro siempre ha conservado una cierta aura enigmática. ¿Por qué se empeñaba en proseguir su marcha hacia Oriente, más allá de lo razonable? ¿Buscaba acaso la última frontera de Asia? ¿Se sentía más un explorador que un guerrero? ¿Hasta qué punto se creyó un ser divino? Algo demónico había en su inquietud, en ese impulso que lo llevaba a desafiar todos los riesgos, más allá de cualquier ambición política. Y es ese empeño de aventuras sin límite lo que el Pseudo Calístenes supo recoger y recrear, envolviendo a su héroe en un halo mítico, enlazando con su fama popular, a cinco siglos de distancia. Como ha escrito R. Merkelbach, uno de los mayores estudiosos de su texto: «A la imagen auténtica del Alejandro histórico pertenece también este elemento mítico, y en este sentido las tradiciones fabulosas de la novela de Alejandro contienen, desde luego, una verdad más profunda que las representaciones pragmáticas de los historiadores».

Ese halo mítico y el encanto popular de *Vida y hazañas* del Pseudo Calístenes resultó luego fascinante para la posteridad.

FAMA Y DIFUSIÓN DE LA «NOVELA DE ALEJANDRO»

La obra del Pseudo Calístenes logró pronto una amplia difusión, como texto popular, en el mundo de habla griega. Al texto se le fueron agregando algunos episodios nuevos y su transmisión conoció diversas versiones (la más antigua es la llamada versión A, pero el texto que aquí se traduce procede de la versión B, más abundante en detalles novelescos, que tal vez se escribiera en Bizancio hacia el siglo V). Pronto se tradujo al latín, por un tal Julio Valerio, hacia el año 320,

con el título de *Res gestae Alexandri Magni*. Luego al armenio (en el siglo V), y más tarde al persa, al sirio y al árabe. Una nueva traducción latina, ya a fines del siglo X, realizada por el arcipreste León de Nápoles, con el título de *De proeliis*, fue la base de las versiones en otras lenguas europeas, comenzando por el *Roman d'Alexandre* francés de Alberic de Besançon (compuesto hacia 1120, del que solo conservamos un fragmento de cien versos). A lo largo del siglo XII se redactaron otras versiones en francés, culminando en el extenso poema del *Roman d'Alexandre* de Alexandre de Bernai o de París, hacia 1175. De este gran texto derivan los que aparecen en diversas lenguas de la Europa medieval, como nuestro *Libro de Alexandre*, compuesto muy a principios del s. XIII, una obra maestra del mester de clerecía.

La difusión medieval de la *Vida de Alejandro* es sorprendente. Fue el texto traducido a más lenguas (unas treinta) después de la Biblia. Desde Noruega hasta Etiopía e Indonesia hay huellas de su difusión. (Véase, en conjunto, el documentado libro de G. Cary, *The Medieval Alexander*, Cambridge, 1956). Junto a la tradición occidental hay que destacar su influencia en la literatura clásica persa, en el *Shahname* o *Libro de los reyes* del gran poeta épico Firdusi (fines del siglo X) y, muy en especial, en el *Iskandarname* (*Libro de Alejandro*) de Nizami, de 1204, texto que es coetáneo estricto, por tanto, del castellano *Libro de Alexandre*. En esta magnífica recreación oriental Alejandro es idealizado como gran conquistador y magnífico pensador e incluso profeta (cf. la versión alemana de J. Christoph Bürgel, *Das Alexanderbuch*, Zúrich, 1991).

Las versiones medievales recolorean a su modo el texto, lo medievalizan, haciendo de Alejandro un caballero modelo de cortesía y refinada educación, e insistiendo en su papel de alumno del sabio Aristóteles, de enorme prestigio en la época, y, a la vez, exaltan su arrogancia y audacia como explorador del Oriente misterioso, luchador contra los monstruos y descubridor de maravillas. Es un príncipe soberbio, que fue solo vencido a traición por la muerte. Se suele designar como «Novela de Alejandro» a esta narración, con cierta razón, por su tono épico y novelesco. (Aunque está claro que el vocablo francés *roman* significaba en principio tan solo «relato en lengua romance»).

En Grecia se mantuvo, en siglos posteriores y a partir de la transmisión bizantina, una versión popular que circuló en tradición oral durante la dominación turca. Esta versión popular resulta muy interesante porque, como había sucedido en el Medievo en otras literaturas, va decorando y amoldando a los gustos de su público la trama heroica. Ejemplo de un curioso añadido de colorido patético es que en ella la princesa Roxana se suicida por amor sobre el cadáver de

su esposo Alejandro, como una heroína trágica. (Esta versión popular neogriega, editada en Venecia en 1699, es la que ha traducido al castellano C. R. Méndez, Madrid, Gredos, 1999).

Son muy numerosas las biografías escritas por historiadores modernos sobre Alejandro. La última traducida al castellano que conozco es la de Roger Caratini, *Alejandro Magno* (Barcelona, Plaza & Janés, 2000). Aún se reedita, y se lee con claro provecho, la clásica del gran historiador del helenismo J. G. Droysen, *Alejandro Magno*, escrita en 1833 (reed. en FCE, México, 2001). Son varios los estudios que tratan de su proyección histórica y sus ribetes míticos, como el excelente libro de A. Guzmán y F. J. Gómez Espelosín, *Alejandro Magno. De la historia al mito* (Madrid, Alianza, 1997). Y son muchos también los novelistas modernos que han escrito exitosas ficciones históricas sobre la vida de Alejandro Magno —Mary Renault, Gisbert Haefs o Valerio M. Manfredi, por ejemplo—. Estos *best sellers* novelescos prolongan, a su manera, el tipo de relato con destino popular que inició hace muchos siglos el alejandrino Pseudo Calístenes. Como pionero helénico de ese género literario mestizo, la novela histórica, podemos considerar su texto fantasioso e ingenuo.

LA TRANSMISIÓN DEL TEXTO

La transmisión del texto de la *Vida de Alejandro* presenta un carácter peculiar. La obra, entendida como literatura de diversión, de estilo poco elevado y autor anónimo, sufrió en su texto correcciones, interpolaciones y abreviaciones sin tasa. Es —junto a la *Vita Aesopi* estudiada por B. E. Perry— el mejor ejemplo de la transmisión de un texto considerado popular, cuyo destino era muy diferente al de los textos considerados clásicos. Aquí los copistas no sentían obligación ni veneración por la literalidad a un original canónico, sino que modificaban a su gusto el texto para mejorar su sentido o añadían glosas que acababan insertándose en él. Ya C. Müller lo anotaba en el prólogo a su edición: «Nihil impediebat, quominus nostrorum codices exratores coniungerent scribae munera et auctoris» (*Historia Alexandri Magni*, Berlín, 1926, *praef*., IX a). Y como dice R. Merkelbach (*Die Quellen des griechischen Alexanderromans*, Múnich, 1954, pág. 171): «Cada escriba acortaba u omitía lo que le parecía aburrido y añadía lo que le gustaba».

Los testimonios más próximos a él son los siguientes: la *recensión* griega *A*, la traducción armenia, las latinas de Valerio y Leo, y la siria.

El manuscrito fundamental de la versión *A*, utilizado por Müller y por Kroll para la base de sus ediciones, está escrito en el siglo XI, y

está catalogado como el *Parisinus graecus 1711*. Presenta algunos pasajes corruptos, y en el libro III (7-16) se encuentra intercalado un opúsculo de Paladio sobre los brahmanes. Es interesante el hecho de que conserva algunos versos coliámbicos, sin duda procedentes del texto original. (Rasgo relevante para mostrar el carácter popular del original, ya que esa mezcla de verso y prosa, o *prosimetrum*, es típico de cierta literatura novelesca).

La traducción armenia se remonta al siglo V y está hecha sobre un excelente original griego, emparentado con *A*.

La versión latina de Julio Valerio Polemio, que fue cónsul en el 338, está hecha con un estilo retórico, a la manera arcaizante de Apuleyo, y es más interesante para averiguar el sentido, que no la letra, de su original. En la Edad Media se difundió más un epítome de la misma versión que el texto completo.

Por el contrario, la versión del arcipreste Leo de Nápoles, compuesta en el siglo X en latín medieval, es bastante literal, aunque su texto presenta numerosas lagunas y corrupciones. La *Historia de proeliis*, de la que parte la mayoría de las versiones medievales sobre la *Novela de Alejandro*, es una reelaboración de este texto.

El texto de la redacción siria está muy próximo al utilizado por Leo, aunque el autor sirio ha utilizado para su versión una previa traducción al persa.

La *recensión B* nos es conocida por manuscritos más recientes que los anteriores. Su redactor, que ha partido de un testimonio antiguo mejor que el de *A*, ha redactado su copia con notable libertad, y nos ha procurado un texto muy claro en general, prescindiendo de algunos pasajes de su original, bien porque estuvieran corruptos o porque no le interesaban. Así, por ejemplo, ha prosificado todos los versos coliambos del mismo (atestiguados, en parte, en *A*). Ha abreviado, evitando una larga serie de detalles concretos y nombres propios, el relato de la fundación de Alejandría y ha suprimido toda la campaña de Alejandro en Grecia (I 45-II 6). Además, ha deslavazado el colorido mitológico de algunas escenas (por ejemplo, en la curiosísima del parto de Alejandro, donde se acentúa el aspecto dramático). Probablemente fue redactada en Bizancio, en el siglo V, a lo más tardar, ya que la ha utilizado el traductor armenio.

A su vez, esta *recensión B* se nos presenta con breves añadidos o modificaciones en otras subrecensiones, como la designada como *subrecensión E* (que añade, en II 24, la visita de Alejandro a Jerusalén), la *subrecensión* λ (que presenta otros añadidos en el libro III) y la *subrecensión* γ, que combina el texto de *B* y *E*.

El manuscrito *L* (*Leidensis Vulcanianus 93*) procede del siglo XV. Entre sus añadidos al texto de *B*, los fundamentales son el final de la carta sobre las maravillosas aventuras (en II 38-41), la referencia (en I

46) a la conquista de Tebas y la carta de consolación a la Olimpíade. (Una descripción más detallada de las características de *L* y de las demás *recensiones* puede verse en el prólogo de H. van Thiel a su edición: *Leben und Taten Alexanders von Makedonien*, Darmstadt, 1974).

EL TEXTO EN NUESTRA VERSIÓN

Nuestra traducción está hecha sobre la versión del manuscrito *L* (es decir, la *recensión B*, con breves añadidos), editada por H. van Thiel. Al intentar presentar la *Vida de Alejandro* en un idioma moderno caben tres posibilidades: a) intentar reconstruir, a partir de los testimonios más antiguos (la *recensión A*, la traducción latina de Valerio y el texto de la versión armenia), un texto lo más próximo posible al original, como hizo Ausfeld (*Der griechische Alexanderroman*, Leipzig, págs. 29-122), en una paráfrasis un tanto arriesgada (la tentativa de reconstruir el texto griego total sería quimérica) b) optar por la *recensión A*, sin ninguna duda la más antigua, y partir del texto editado por W. Kroll, donde el editor ha procurado corregir y suplir muchas de las deficiencias del original con la ayuda de los otros manuscritos y versiones (como hizo E. H. Haight en su traducción inglesa: *The Life of Alexander of Macedon by Pseudo-Callisthenes*, Nueva York, 1955); o bien c) preferir la versión mejor conservada y más interesante, aunque no sea la más antigua; es decir, optar por la *recensión B* (de la que tenemos dos excelentes ediciones: la de L. Bergson, *Der griechische Alexanderroman*, Upsala, 1965; y la de H. van Thiel).

Me parecen muy convenientes las razones que da Van Thiel en favor de esta solución. En la tradición de un texto como el nuestro, difícilmente puede sostenerse que la antigüedad de una versión sea una garantía de su calidad, ya que cada escriba ha preferido una cierta interpretación del mismo. En la comparación de las varias *recensiones*, resulta a favor de este redactor de la *recensión B* la claridad de muchos pasajes y la mejor conservación de su texto. (Por otra parte, hay que advertir que algunas de sus correcciones pretenden «modernizar» el texto. Así, por ejemplo, ha disminuido las citas mitológicas del original, en parte como renuncia a una erudición algo superflua, y en parte para adaptarlo mejor a la concepción cristiana de su época, a la que podía convenir mejor el papel constante que desempeña «la providencia de lo alto», un tanto abstracta, que no la mención más concreta de algunos viejos dioses paganos). Hemos optado, pues, por esta solución.

Por otra parte, hemos querido en nuestra traducción suplir algunas de sus omisiones, recordando en las notas las discrepancias con *A* que nos han parecido más interesantes. De estas omisiones, la más notoria es la de toda la campaña griega de Alejandro (es decir, el salto de I 45 a II 6). Solo en este caso reintroducimos en nuestra traducción el texto de *A*. Esta larga omisión, a primera vista sorprendente, tiene tal vez su explicación en el poco interés que para el copista y su público tenía el destino de las antiguas ciudades de Grecia. (El redactor de *B* evitaba así unos párrafos que requerían cierta erudición arqueológica. Por otro lado, esa erudición se acompañaba de ciertos errores, como la anacrónica existencia de Platea, la discusión entre los oradores atenienses, con Demóstenes en el partido promacedonio, o la consideración de Esparta como un pueblo de marinos [!]).

Evidentemente, al redactor bizantino le interesaban más los capítulos novelescos de la trama que las referencias a la historia helénica. Pero estos capítulos, que él se ha saltado, resultan importantes, imprescindibles, para advertir la complejidad de la obra que presentamos y, por eso, los hemos reincorporado en nuestra traducción, aunque advirtiendo su procedencia de *A*. Pensamos, pues, que su ausencia en *B* no es involuntaria, sino significativa. (Algunos estudiosos han pensado, por el contrario, que estos capítulos podían ser un añadido ajeno al original. Para la discusión del tema remitimos al libro de Merkelbach).

Creemos que nuestra traducción al castellano de esta *Vida de Alejandro* es la primera que se hace en nuestra lengua directamente del original griego. (De las traducciones a otros idiomas tan solo hemos consultado la alemana de Van Thiel, que nos parece excelente). En general, se trata de un texto hoy poco conocido, y muy poco leído, en contraste con su divulgación en otras épocas y con su influencia histórica en tantas literaturas. Esperamos que esta versión directa contribuya a recordar los méritos de esta obra novelesca, como pionera de la literatura fantástica y como muestra de la literatura popular de finales del mundo antiguo.

VIDA Y HAZAÑAS DE ALEJANDRO DE MACEDONIA

LIBRO I

1. El más extraordinario y más valeroso de los hombres fue, al parecer, Alejandro, rey de los macedonios, que realizó todas sus obras de manera singular y halló siempre la colaboración de la providencia con sus virtudes. Pues en guerrear y batallar contra cada uno de los pueblos gastó menos tiempo del que necesitarían quienes quisieran describir con exactitud las ciudades de aquellos países. Las hazañas de Alejandro, sus excelencias de cuerpo y de alma, el éxito de sus empresas y su valor ahora contaremos, comenzando por su linaje y por decir quién fue su padre. Que se engañan los muchos que afirman que fue hijo del rey Filipo; pues eso no es verdad. No era hijo de aquel, sino de Nectanebo, como dicen los más sabios de los egipcios, quien lo engendró después de haber perdido su dignidad regia.[1]

Este Nectanebo era un experto en el arte mágica, y, valiéndose de ese poder para someter a todos los pueblos por la magia, vivía en paz. Ya que si en alguna ocasión se lanzaba contra él cualquier potencia en son de guerra, no se apresuraba a equipar sus ejércitos, ni a montar sus ingenios bélicos, ni a disponer el armamento, ni a ejercitar a sus oficiales contra las formaciones enemigas, sino que tomaba un lebrillo y practicaba la lecanomancia.[2] Echaba en el lebrillo agua de una fuente y con sus propias manos modelaba con cera barquitos y figurillas humanas y los ponía en el barreño. Él se revestía con una túnica de profeta y conservaba en la mano su báculo de ébano. Y puesto de pie invocaba a los supuestos[3] dioses de los encantamientos, a los espíritus del aire y a las divinidades subterráneas, y a efectos de su conjuro cobraban vida las estatuillas humanas. De modo que entonces sumergía los barquitos en el lebrillo y, al momento de sumergirse estos, los barcos de los enemigos que le atacaban por mar eran destruidos, gracias a lo muy hábil que era aquel hombre en los poderes mágicos. Así transcurría en paz su reinado.

2. Pero, al pasar cierto tiempo, algunos de los llamados «exploradores»[4] en la denominación de los romanos, y «espías» según los griegos, acudieron a presencia de Nectanebo anunciándole que gran nube de enemigos, una hueste innumerable de guerreros, iba a atacar Egipto. Cuando se presentó ante Nectanebo el jefe de su ejército, le dijo:

—¡Salve, rey! ¡Deja ahora a un lado todos tus hábitos pacíficos y disponte a tomar los preparativos de guerra! Porque una gran nube de bárbaros cae sobre nosotros. Pues no nos ataca un único pueblo, sino millares de tropas; que los que nos atacan son los indios, nocimeos,

oxidorces, iberos, caucones, lélapes, bósporos, bástranos, azanos, cálibes[5] y todas las demás grandes tribus que se extienden al Oriente. ¡Huestes de guerreros incontables avanzan sobre Egipto! ¡Prescinde de lo demás y preocúpate solo de ti mismo!

Cuando el jefe del ejército le hubo dicho esto, el rey Nectanebo riose ampliamente y le contestó:

—Tú dices bien y atiendes de modo adecuado a esa vigilancia a la que fuiste destinado y desempeñas; pero has hablado cobardemente y de manera indigna de un soldado. Porque no depende el poder de la muchedumbre, sino que en la guerra decide el ánimo valeroso. Así un solo león destroza muchos ciervos y un solo lobo despelleja numerosos rebaños de corderos. De modo que tú ponte en camino con las tropas que están bajo tu mando y guarda la posición encomendada. Que con una sola palabra sepultaré en el mar la muchedumbre incontable de los bárbaros.

Y con estas órdenes despidió Nectanebo al general.

3. Levantose él, penetró en su palacio y, cuando estuvo solo, utilizando de nuevo la misma técnica, examinó la situación en el lebrillo. Allí ve que los dioses de Egipto dirigen el timón de los barcos de los hostiles bárbaros y que sus ejércitos marchan guiados por los mismos dioses. Nectanebo, que era hombre muy experto en la magia y acostumbrado a conversar con sus dioses, enterose por ellos de que se aproximaban los momentos últimos del reino de Egipto; y, embolsándose encima una gran cantidad de oro, afeitándose la cabeza y la barba y disfrazándose con otra vestimenta, huyó desde el puerto de Pelusio.[6] Zarpó de allí para arribar a Pela de Macedonia. Allí se estableció, dedicándose en aquel lugar a la astrología como profeta egipcio.

Entretanto, los egipcios interrogaban a sus supuestos dioses qué le había sucedido al rey de Egipto. Andaba entonces todo Egipto devastado por los bárbaros.

El que llamaban su dios en el santuario del Serapeo les dio el oráculo con estas palabras:

—Ese rey que ha huido regresará de nuevo a Egipto no más viejo, sino rejuvenecido, y someterá a nuestros enemigos los persas.[7]

Entonces se preguntaban entre sí qué significado tenía la respuesta que les había dado, y, como no lo encontraran, escriben el oráculo emitido en la base de la estatua de Nectanebo.

4. Tras su llegada a Macedonia, Nectanebo se hizo famoso entre todos. Vaticinaba con tanta exactitud que incluso la reina Olimpíade, al oír de su fama, acudió una noche a consultarle, mientras Filipo, su

esposo, se encontraba lejos de su país en una campaña guerrera. Y se enteró de lo que deseaba y se retiró. Después de unos pocos días lo envió a buscar con órdenes de presentarse ante ella. Cuando Nectanebo vio todo lo hermosa que era, se apasionó por su belleza y, extendiendo el brazo, la saludó:

—¡Salud, reina de los macedonios!

Ella contestó:

—¡Salud tú también, excelentísimo profeta! Acércate y siéntate.

Y añadió:

—Tú eres el maestro egipcio en quien todos los consultantes han encontrado la verdad entera. También yo he depositado en ti mi confianza. ¿Qué clase de adivinación practicas para revelar la verdad?

Él contestó:

—La profesión del arte adivinatoria está dividida en muchas especialidades, soberana. Hay observadores de horóscopos, augures, intérpretes de sueños, ventrílocuos-adivinos, escrutadores de copos de lana, astrólogos y los llamados magos.[8] A todos esos abarca el dominio de la magia.

Después de decir esto clavó su mirada fijamente en Olimpíade.

Preguntole la reina:

—¿Profeta, es que te has helado al verme?

Él le contestó:

—Sí, señora. Es que acabo de acordarme de un oráculo que me dieron mis propios dioses de que «¡Has de profetizar para una reina!» y, mira, resultó verdad. De modo que ahora dime lo que quieres.

Y metiéndose la mano en un pliegue de su ropaje sacó una tablilla, tal que no puede describir el lenguaje, hecha de oro y de marfil, en la que figuraban los siete astros y el horóscopo. El sol era de cristal, la luna de diamante, el llamado Zeus de pumita, Ares de hematites, Cronos de ofita, Afrodita de zafiro, Hermes de esmeralda y el horóscopo de mármol blanco.[9]

Admirada Olimpíade de la suntuosidad de la tablilla, se sienta junto a Nectanebo y, después de ordenar a los demás que se aparten, le dice:

—¡Profeta, revélame a mí y a Filipo nuestro sino!

Se había difundido entonces el rumor en torno a ella de que «si Filipo regresa de la guerra, despedirá a su mujer y desposará a otra».

Nectanebo le dijo:

—Indícame tu estrella e indícame también la de Filipo.

¿Y qué más hizo entonces Nectanebo? Sitúa también su propia estrella natal frente a la de Olimpíade, y haciendo su vaticinio, le dijo:

—No es falso el rumor que has oído acerca de ti. Pero puedo ayudarte en mi condición de profeta egipcio para que no seas

rechazada por Filipo.

Dijo ella:

—¿Cómo puedes?

Él contestó:

—Es preciso que te unas a un dios morador de la tierra y que de este concibas y des a luz un hijo, y que lo críes, y tendrás en él un vengador de los ultrajes que te haga Filipo.

Entonces le dice Olimpíade:

—¿A qué dios?

Respondió Nectanebo:

—A Amón, de Libia.[10]

Y le preguntó Olimpíade:

—¿Y qué aspecto tiene el dios ese?

Contestó él:

—Es de mediana edad, con cabellera y barba doradas, con cuernos crecidos en la frente, y estos son semejantes al oro. Así que es preciso que te dispongas como una reina en su honor. Pero hoy en sueños verás al dios ese acudir a ti.

Le dice ella:

—Si veo tal sueño, me postraré ante ti, no como un mago, sino como ante un dios.

5. Luego se despide de la reina Nectanebo y recoge unas plantas de un lugar solitario, de las que conocía por su aplicación a la producción de sueños. Y después de exprimirles el jugo, modeló una figurilla femenina de cera y le inscribió encima el nombre de Olimpíade. Luego encendió unas lamparillas, y, mientras derramaba sobre ellas el jugo de las plantas, invocaba con conjuros a los dioses convenientes al caso, para que Olimpíade recibiera la aparición. Y en aquella noche ella contempla al dios Amón, que la tiene abrazada y que, al ponerse en pie para retirarse, le dice:

—Mujer, en tu vientre guardas un hijo varón que ha de ser tu vengador.

6. Al despertar Olimpíade quedose admirada de su sueño y, enviando en seguida por él, mandó venir a Nectanebo. Y le dice:

—Vi el sueño y al dios Amón que me predijiste. Ahora te ruego, profeta, que de nuevo venga a unirse conmigo; y cuídate tú de cuándo ha de acudir a mí para que yo me muestre mejor preparada a recibir a mi reciente esposo.

Contestó el adivino:

—Esta primera vez, señora, fue un sueño lo que viste. Cuando el

dios en persona se te presente, tendrá trato real contigo. Pero si se digna vuestra alteza, dadme una cámara donde yo duerma cerca para que lo congracie en favor tuyo.

Ella dijo:

—De acuerdo; recibirás una cámara junto a mi dormitorio. Y si quedo embarazada de este dios, te honraré magníficamente, como reina, y te trataré como si fueras el padre de la criatura.

Le contesta Nectanebo:

—Para que tú lo sepas, señora, antes de presentarse el dios te dará el signo siguiente: cuando, sentada al anochecer en tu dormitorio, veas una serpiente deslizarse hacia ti, ordena a todos que salgan. Y no apagues las luces de las lamparillas que yo te doy ahora y que he preparado para arder en honor del dios según mi ciencia; sino échate sobre tu lecho regio dispuesta a recibir al dios. Cúbrete el rostro y observa solo a través del velo al dios que ya viste en sueños acudir a ti.

Después de decir esto, Nectanebo se retira. A la mañana siguiente, Olimpíade le da una cámara inmediata a su dormitorio.

7. Nectanebo se revistió un vellocino muy suave de carnero junto con los cuernos de este animal sobre las sienes, estos como si fueran de oro, y un cetro de ébano, una túnica blanca y un manto reluciente de color de serpiente.[11] Y penetró así en el dormitorio, donde estaba echada sobre el lecho Olimpíade. Ella le miraba de reojo. Y le ve avanzar sin temor; pues le parecía haberlo visto ya en su sueño. Las lamparillas ardían y Olimpíade cubriose el rostro. Nectanebo deja a un lado el cetro y sube a la cama y se une a ella. Luego le dice:

—Queda segura, mujer. En tu vientre guardas un hijo varón que ha de ser tu vengador, y rey, emperador de todo el universo habitado.

Y salió Nectanebo del dormitorio recogiendo su cetro. Luego esconde todo lo que había utilizado para su treta.

A la mañana siguiente se despierta Olimpíade y se va a la cámara donde estaba Nectanebo y le saca del sueño. Levantose él y dijo:

—¡Salve, reina! ¿Qué me anuncias de nuevo?

Contesta ella:

—Me sorprende el que desconozcas, profeta, lo sucedido. ¿Es que de nuevo ese dios acudirá a mi lado? Porque lo tuve conmigo muy a gusto.

Respondiole Nectanebo:

—Escúchame, reina. Yo soy profeta de ese dios. Así que, cuando quieras, déjame disponer de este lugar para dormir en él sin ser molestado, para que concluya el encantamiento de rigor, y él acudirá a ti.

Contestó la reina:

—Conserva el lugar desde ahora.

Y ordenó que le entregaran la llave de la cámara. Nectanebo depositó en un escondrijo los trastos del disfraz, y se presentaba a la reina todas las veces que Olimpíade se lo pedía, fingiendo ante ella que era el dios Amón.

Día a día aumentaba la hinchazón del vientre de la reina, y le dice Olimpíade a Nectanebo:

—Cuando Filipo regrese y me encuentre preñada, ¿qué voy a decirle?

Nectanebo le contesta:

—No sientas temor, señora. Pues entonces ya te socorrerá el dios Amón, presentándose a Filipo en sueños y notificándole lo sucedido, de modo que tú quedes irreprochable ante Filipo.

Así engañaba a Olimpíade Nectanebo con ayuda de su arte mágica.

8. Luego atrapó Nectanebo un halcón marino y lo hechizó y le inculcó con sus artilugios de magia todo lo que quería que dijera en sueños a Filipo, adoctrinándolo para ello.

El halcón marino, enviado por Nectanebo, llegó por la noche adonde se encontraba Filipo, y le habló en medio de su sueño. Filipo, que vio que el halcón le hablaba, al despertar del sueño quedose sumido en la mayor agitación. De modo que al punto envió a buscar y traer a un intérprete de sueños babilonio, que era muy famoso. Luego le cuenta el presagio con estas palabras:

—Vi en un sueño que un dios muy hermoso, de cabellera y barba canosa, que tenía cuernos en las sienes, que parecían de oro ambos, y en la mano sostenía un cetro, se deslizaba por la noche hasta mi esposa. Se echaba a su lado y se unía con ella. Y al levantarse le dijo: «Mujer, has concebido un hijo varón, que te liberará y vengará la muerte de su padre». Pareciome que yo le envolvía el vientre con una hoja de papiro, la cosía y que la sellaba con mi sello. El anillo era de oro, con una piedra, y en la piedra había grabado un emblema, con el sol y una cabeza de león y una pequeña lanza. Mientras tenía esta visión me pareció que un halcón planeaba sobre mí, el cual con sus alas me hizo despertar del sueño. ¿Qué significa esto para mí?[12]

Le dice entonces el intérprete de sueños:

—¡Salve, rey Filipo! Verdad es lo que viste en tu sueño. El sellar el vientre de tu mujer es una garantía de su fidelidad hacia ti, y de que tu esposa ha concebido. Nadie sella un recipiente vacío, sino lleno. Acerca de por qué tú la envolviste en una hoja de papiro, verás. En ningún lugar se produce el papiro a no ser en Egipto. Por tanto, la simiente es egipcia, y no vulgar, sino ilustre y famosa, por el anillo de

oro. ¿Qué hay, pues, más famoso que el oro, al que incluso los mismos dioses rinden adoración? En cuanto al sello que tenía el sol y bajo él una cabeza de león y una pequeña lanza, significa que el niño que va a nacer alcanzará pronto hasta la salida del sol, guerreando como un león, y dejará sometidas a su lanza a las ciudades, por la lanza allí dibujada. En cuanto a que tú has visto a un dios con cuernos de carnero y con cabellera canosa, ese es el dios de Libia, Amón.

Cuando el intérprete de sueños se lo hubo descifrado así, no le agradó a Filipo lo que había escuchado.

9. Se angustiaba por entonces Olimpíade, que no tenía confianza en lo que, según Nectanebo, habría experimentado Filipo. Pero cuando regresó Filipo de la guerra vio que su mujer se hallaba confusa, y le dice:

—Mujer, ¿por qué estás tan azorada por lo pasado? Ajena fue la falta, según se me ha mostrado claramente en sueños, para que tú quedes sin reproche. Pues contra todos tenemos poder los reyes, pero no podemos nada contra los dioses. Que no has amado a uno cualquiera de la plebe, sino a uno de los seres más divinos.

Al decir tales palabras Filipo devolvió el buen humor a Olimpíade. La reina estaba llena de agradecimiento hacia el profeta que le había anunciado de antemano lo sucedido a Filipo.

10. Pero, algunos días después, en un encuentro con Olimpíade, le dice Filipo:

—¡Me engañaste, mujer, y no has concebido por obra de un dios, sino de algún otro! ¡Ya caerá en mis manos!

Y esto lo oyó Nectanebo.

Se celebraba un gran banquete en el palacio; todos se regocijaban en el festín en honor del rey Filipo y su victoriosa expedición, mientras que el rey Filipo era el único allí apesadumbrado por lo del embarazo de su esposa Olimpíade. Ante toda la concurrencia, Nectanebo, que se había transformado en una serpiente mucho mayor que la anterior, penetró en medio de la sala del triclinio y dio un tremendo silbido, que estremeció hasta los cimientos del palacio. Los demás comensales, al ver la serpiente, dieron un brinco dominados por el terror, pero Olimpíade reconoció a su nuevo esposo y le tendió su mano derecha. Y la serpiente se irguió y depositó en ella su cabeza, se enroscó y se puso sobre las rodillas de la reina, al tiempo que sacaba su bífida lengua y le daba un beso, ofreciendo ante todos los espectadores un testimonio de su amor. Mientras Filipo, que se debatía entre los escrúpulos y el asombro, le prestaba una insaciable atención, la serpiente se transformó en un águila, y sería imposible decir hacia

dónde desapareció.

Cuando Filipo se repuso del susto, dijo:

—Mujer, he visto una prueba de que, en la disputa de tu caso, el dios acude a prestarte socorro en el peligro. Qué dios, no lo sé. Porque su figura me pareció propia de Amón, o de Apolo o Asclepio.

Olimpíade le replicó:

—Según me reveló él mismo cuando se me presentó, es el dios de toda Libia, Amón.

A la vista de esto, Filipo se felicitaba de que el nacido de su mujer sería llamado hijo de un dios.

11. Algunos días más tarde, estando Filipo en uno de los jardines reales, donde bandadas de aves diferentes venían a alimentarse, de pronto revoloteó un pájaro hasta su regazo y puso en él un huevo. Este se deslizó rodando y al caer en tierra desde sus ropas se quebró. De él surgió una pequeña serpiente, que dio la vuelta alrededor de la cáscara del huevo y luego intentaba volver a entrar por donde había salido. Y al meter dentro la cabeza murió.

El rey Filipo, lleno de confusión, mandó buscar a un intérprete, y le relató lo sucedido. Y este, inspirado por un dios, le explicó:

—Rey, tendrás un hijo que ha de dar la vuelta al universo entero sometiendo a todos a su propio poder, pero al regresar a su reino, al cabo de pocos años, perecerá. El ofidio es un animal regio, y es una imagen del universo el huevo, de donde había surgido la serpiente. Ya ves que, después de dar la vuelta al universo y queriendo regresar allí de donde había salido, murió antes de lograrlo.[13]

De tal modo el adivino aclaró el presagio y se retiró bien pagado por el rey Filipo.

12. Y al cumplirse el tiempo del embarazo de Olimpíade, la reina se colocó sobre la silla de partos con sus dolores.

Pero Nectanebo, que se hallaba a su lado, después de medir los cursos de los astros celestes, la mentalizaba para que no apresurara el momento del parto, y mientras barajaba los elementos cósmicos con ayuda de sus poderes mágicos, la instruía sobre las contingencias con estas palabras:

—¡Mujer, contente y domina las contingencias de la naturaleza! ¡Si ahora das a luz, producirás un esclavo, cautivo de guerra, o un tremendo monstruo!

De nuevo la mujer era asaltada por los dolores y ya no podía contenerse a causa de los muchísimos sufrimientos, pero Nectanebo le dijo:

—¡Domínate un poco más, mujer! Porque si das a luz ahora, el que

nazca será un eunuco infeliz.

A la vez que le daba sus exhortaciones y consejos al caso, le enseñaba Nectanebo a Olimpíade a contener con las manos encima las puertas naturales de la vida. Y él, con la ayuda de su propia magia, detuvo el parto de la mujer.

Cuando de nuevo escrutó los cursos celestes de los elementos cósmicos, advirtió que el cosmos entero alcanzaba su plenitud y observó un resplandor en el cielo, como si el sol cruzara el cenit. Entonces dijo a Olimpíade:

—¡Da ahora el chillido de parto!

Le dio un signo de asentimiento y le confirmó:

—¡En seguida darás a luz un rey que será emperador del universo!

Olimpíade, con un grito más fuerte que el mugido de una vaca, dio a luz un hijo varón, con feliz fortuna.

Al caer el niño al suelo hubo un acordado retumbar de truenos y relampaguear de rayos capaces de agitar el universo entero.[14]

13. A la mañana siguiente, cuando Filipo vio al niño nacido de Olimpíade, dijo:

—No quería darle crianza porque no es de mi estirpe; pero ya que veo que es de simiente divina y que su alumbramiento está señalado por prodigios cósmicos, ordenaré que se le críe en memoria de mi hijo muerto, el que tuve de mi anterior esposa, y que se llame Alejandro.[15]

Después de pronunciar tales palabras, Filipo aceptó al niño con todos los cuidados. Y en toda Macedonia y en Pela y en Tracia la gente portó coronas en son de fiesta.

Para no alargar demasiado el relato sobre la infancia de Alejandro, diremos que dejó atrás la niñez y progresaba en edad. Al hacerse hombre no tenía Alejandro un aspecto parecido a Filipo ni a su madre Olimpíade ni a su verdadero progenitor, sino que estaba configurado con un tipo peculiar. La figura tenía de hombre y la cabellera de león; los ojos, de distinto color: el derecho, de tonos oscuros, y el izquierdo, glauco; los dientes, aguzados, como de serpiente, y en su marcha se reflejaba el coraje de un león. (Evidenciaba en su apariencia natural cómo había de revelarse luego).[16]

Al crecer en años se ejercitaba en diversas enseñanzas. Su nodriza fue Lécana, la hermana de Melante; su pedagogo y tutor infantil, Cleónidas; su maestro de gramática, Polinices; el de música, Leucipo el Limneo; el de geometría, Melemno el Peloponesio; el de retórica, Anaxímenes, hijo de Aristóteles de Lámpsaco, y el de filosofía, Aristóteles, hijo de Nicómaco de Estagira.[17]

Después de cursar una educación completa y de estudiar astronomía,[18] en las vacaciones de los estudios enseñaba a sus

condiscípulos por su cuenta y los reunía a todos para prácticas de guerra. Les hacía trabar combate, y cuando veía que uno de los dos grupos contendientes era derrotado por el otro, acudía en ayuda del vencido y de nuevo le hacía vencer, de modo que dejaba claro y manifiesto que él llevaba consigo la victoria. Así se educaba Alejandro.

En uno de aquellos días, los palafreneros de las caballerizas reales llevaron a Filipo un gran potro lleno de vigor y se lo presentaron al rey diciendo:

—Soberano rey, hemos encontrado este caballo, nacido en los establos reales, que por su bella estampa aventaja al propio Pegaso. Te lo traemos a ti, señor.

Al contemplar su estatura y su arrogancia quedó Filipo admirado. Pero el caballo estaba retenido con fuerza por todos los criados, y le explicaron los caballerizos:

—¡Soberano rey, se alimenta de carne humana![19]

Contestó el rey Filipo:

—En verdad se cumple en eso el proverbio de los griegos de que «cerca del bien está naturalmente el mal». Pero ya que habéis conseguido traérmelo, lo aceptaré.

Luego dio órdenes a sus servidores de construirle una jaula de hierro y encerrarlo en ella sin freno.

—¡Y a los rebeldes contra mi reinado y sentenciados por ello y a los que hayan sido condenados por desobedecer la ley o por bandidaje, echádselos!

Y así se hizo como mandó el rey.

14. Alejandro avanzaba en edad, y cuando tuvo doce años[20] se presentó en compañía de su padre en los ejercicios tácticos de sus tropas. Y se armaba y marchaba con las tropas y montaba sobre los caballos, de tal modo que Filipo al verle dijo:

—¡Hijo, Alejandro, siento estima por tu modo de comportarte y por tu nobleza, pero no por tu aspecto, que no se parece al mío!

Todo eso resultaba penoso para Olimpíade. Así que llama a Nectanebo a su presencia y le dice:

—Investiga qué planea Filipo sobre mí.

Y este, consultando su tablilla y las estrellas, se pone a investigar acerca del futuro de la reina, mientras Alejandro estaba junto a ellos. Y Alejandro le dice:

—Padre,[21] no aparecen en el cielo esos astros que tú ahora nombras.

—¡Desde luego que sí, hijo! —dijo Nectanebo.

Y contesta Alejandro:

—No soy capaz de verlos.

Y él replicó:

—Sí, hijo, serás capaz cuando se haga de noche.

Y por la noche toma Nectanebo de la mano a Alejandro y le conduce fuera de la ciudad a un terreno solitario, y, levantando la mirada al cielo, le iba indicando a Alejandro las estrellas del cielo. Pero Alejandro, que le agarraba de la mano, le lleva hasta un hoyo y allí le suelta. Al caer, Nectanebo se dio un golpe terrible en la nuca, y le dijo:

—¡Ay de mí! Hijo Alejandro, ¿qué te decidió a hacer esto?

Contestó Alejandro:

—¡Repróchatelo a ti mismo, sabio teórico!

Preguntó él:

—¿Por qué, hijo?

Contestó Alejandro:

—Porque sin saber lo que hay en la tierra, investigas lo del cielo.

Le dice Nectanebo:

—Hijo, el accidente me ha causado una tremenda herida. Desde luego no es posible a ninguno de los mortales cambiar su destino.

Alejandro dijo:

—¿Por qué lo dices?

Le explica Nectanebo:

—Porque pronostiqué mi destino, que había de ser muerto por mi propio hijo. Y no he escapado al hado, sino que he muerto por tu causa.

Contestó Alejandro:

—Pero yo no soy hijo tuyo.

Entonces le contó Nectanebo su reinado en Egipto, su fuga del país, el viaje a Pela y la presentación de Olimpíade y la consulta de esta, y cómo luego se introdujo hasta ella disfrazado como dios Amón, y cómo se unió con la reina.

Tras estas palabras exhaló su espíritu.

Alejandro, después de oír el relato, quedó convencido de haber matado a su padre y muy afligido. Conque, temeroso de que en el pozo fuera pasto de los animales salvajes, no lo dejó allí.

Era, pues, de noche y solitario el lugar. Lleno de amor por el que lo había engendrado, lo envolvió en su manto y se lo coloca sobre los hombros de modo digno y lo lleva hasta la presencia de su madre, Olimpíade. Al verlo, ella le preguntó:

—¿Qué pasa, hijo?

Contestó él:

—Como nuevo Eneas traigo sobre mis hombros a Anquises.[22]

Y le contó a ella con todo detalle lo que había escuchado de Nectanebo. En medio de su asombro, Olimpíade se dio cuenta de cómo, engañada por los artilugios de la magia del mago, había cometido adulterio. Pero, por el afecto que le tenía, hizo que le enterraran con todo honor como padre de Alejandro que era. Mandó construirle una tumba y depositarlo allí. Es un estupendo milagro[23] de la providencia que Nectanebo, siendo egipcio, recibiera honras fúnebres en Macedonia en una tumba griega, mientras que Alejandro, que era macedonio, había de recibir honras fúnebres en una tumba egipcia.

15. Al regresar Filipo de un viaje se desvió hasta Delfos para preguntar al oráculo quién reinaría después de él. La pitonisa de Delfos, probando el agua de la fuente Castalia en su oráculo subterráneo, le dijo de este modo:

—Filipo, será rey de todo el mundo habitado y someterá a todos por la lanza aquel que monte el caballo Bucéfalo y sobre su lomo cruce a través de Pela.

El caballo recibió el nombre de Bucéfalo porque tenía en su grupa la marca de una cabeza de toro[24]. Y Filipo, después de haber oído al oráculo, quedó a la espera de un nuevo Heracles.

16. Alejandro trató a Aristóteles como a su maestro único. Como tenía muchos otros jóvenes Aristóteles como discípulos para su educación, que también eran hijos de reyes a su cuidado, le preguntó en una ocasión a uno de ellos:

—Si heredaras el reino de tu padre, ¿qué me regalarías a mí, tu maestro?

Contestó este:

—Serás a mi lado un compañero de mesa con la mayor dignidad y te haré ilustre ante todos.

Preguntole a otro:

—Y si tú, hijo mío, recibes el reino de tu padre, ¿cómo vas a tratarme por ser tu maestro?

Contestó él:

—Te haré mi ministro y te elevaré a consejero de todo lo que yo resuelva.

Dijo a Alejandro luego:

—Y si tú, joven Alejandro, recibes el reino de tu padre Filipo, ¿cómo me tratarás a mí, tu maestro?

Alejandro contestó:

—¿Sobre los hechos del futuro me preguntas ahora, cuando no estás seguro del día de mañana? Entonces te daré la respuesta, cuando

llegue la ocasión y el momento oportuno.

Y le contestó Aristóteles:

—¡Vivas enhorabuena, Alejandro, emperador del universo! ¡Tú vas a ser un gran rey!

Por todos era bien apreciado Alejandro como dotado de inteligencia y dispuesto para la guerra, pero por parte de Filipo se mantenía un ambiguo recelo. El caso es que se alegraba al ver el espíritu valeroso del muchacho, pero le amargaba ver que no se le parecía de aspecto.

17. Alejandro llegó a los quince años. Y uno de aquellos días sucedióle que paseaba cerca del lugar donde se hallaba Bucéfalo enjaulado, y oyó su terrible relincho. Y dirigiose a sus servidores y les preguntó:

—¿Qué es ese relincho del caballo?

Le respondió el general Tolomeo así:

—Soberano, ese es el caballo Bucéfalo, al que tu padre enjauló porque es antropófago.

El caballo, que oyó la voz de Alejandro, relinchó por segunda vez, no como siempre, de modo terrible, sino suave y claramente, como impulsado por la divinidad. Entonces, al acercarse Alejandro a la jaula, el caballo tendió hacia él sus patas delanteras y le sacaba la lengua como si quisiera mostrarle que era su auténtico dueño. Alejandro observó la admirable estampa del caballo y los restos de muchos hombres condenados a muerte esparcidos a su alrededor, y, dejando que se resguardaran sus guardianes, ordenó abrir la jaula. Apoyándose en su lomo, saltó sobre él sin riendas, y lo guiaba a través de la ciudad de Pela.[25]

Uno de los caballerizos salió corriendo a anunciar el hecho al rey Filipo, que se encontraba fuera de la ciudad. Y Filipo rememorose del oráculo y salió en seguida al encuentro de Alejandro y le abrazó diciendo:

—¡Salve, Alejandro, emperador del universo!

Y desde entonces estaba contento Filipo, con plena esperanza en su hijo.

18. Conque, en uno de aquellos días, encontró Alejandro a su padre en buen momento y le dijo al darle el beso de saludo:

—Padre, te ruego que me permitas navegar hasta Pisa para el certamen de los juegos olímpicos, porque quiero competir en ellos.[26]

Filipo le contestó:

—¿Y en qué deporte te has ejercitado y deseas participar?

Alejandro dijo:

—Quiero hacerlo en la carrera de carros.

Dice Filipo:

—Hijo, ahora yo te procuraré caballos dispuestos de mis establos. Estos te prestarán buen servicio; pero, tú, hijo, entrénate con el mejor cuidado. Que la competición es famosa.

Alejandro contestó:

—Padre, tú permíteme ir a la competición. Pues tengo mis propios caballos que yo he criado desde mi infancia.

Filipo besó a Alejandro y, lleno de admiración por su coraje, le dijo:

—Hijo, tú lo quieres. ¡Marcha con buen ánimo!

Dirigiéndose hacia el puerto, Alejandro ordenó que construyeran una nueva nave y que en ella embarcaran a sus caballos junto con los carros. Marchó en compañía de su amigo Hefestión, y al final del viaje se presentó en Pisa. Al arribar, después de recibir muchos regalos de hospitalidad, ordenó a los esclavos que se ocuparan de cuidar los caballos, mientras él, en compañía de su amigo Hefestión, salía a dar un paseo.

Allí se encontró con Nicolao, hijo de Andreas, el rey de los acarnanios, ensoberbecido por la riqueza y la fortuna, dos divinidades inestables, y confiado en su fuerza corporal. Acercose a Alejandro y le saludó con las palabras:

—¡Hola, muchacho!

Él le contestó:

—¡Hola también tú, quienquiera que seas y de dondequiera que procedas!

Nicolao contestó a Alejandro:

—¡Yo soy Nicolao, hijo del rey de los acarnanios!

Alejandro le replicó:

—No te jactes tanto, rey Nicolao, ni te envanezcas como si estuvieras seguro de vivir mañana. Porque la fortuna no se mantiene estable en ningún sitio, y un revés puede abatir a los soberbios.

Nicolao le dijo:

—Hablas razonablemente, pero no lo pienses. ¿A qué has venido acá, como espectador o como participante? Ya me he enterado de que eres hijo de Filipo el macedonio.

Contestó Alejandro:

—Estoy aquí para competir contigo en la carrera de caballos, aunque soy pequeño por la edad.

Nicolao dijo:

—Mejor habrías venido como luchador de palestra, del pancracio o del boxeo.

Alejandro dijo:

—Quiero hacer correr mi carro.

Hirviendo de cólera Nicolao, y lleno de desprecio hacia Alejandro, porque veía lo joven de su edad y no conocía el temple de su alma, le escupió mientras decía:

—¡Que te vaya mal! ¡Mirad hasta quién se ha rebajado el estadio de Pisa!

Alejandro, enseñado por la naturaleza a dominarse, se enjugó con la mano el escupitajo ultrajante y luego, dirigiéndole una sonrisa mortal, dijo:

—¡Nicolao, dentro de poco te venceré,[27] e incluso a tu patria de Acarnania subyugaré bajo mi lanza!

Y se apartaron uno de otro enemistados.

19. Unos pocos días después tuvo lugar la celebración del concurso. Y a la carrera de carros acudieron nueve participantes, de los que cuatro eran hijos de reyes: aquel Nicolao de Acarnania, Jantias de Beocia, Cimón de Corinto y Alejandro de Macedonia; los demás eran hijos de sátrapas y de generales. Se dispusieron todos los requisitos del certamen y trajeron la urna y se hizo el sorteo de los puestos.

Le tocó ser el primero a Nicolao, segundo a Jantias, tercero a Cimón, cuarto a Clitómaco, quinto a Aristipo de Olinto, sexto a Pierio el Focense, séptimo a Cimón de Lindos, octavo a Alejandro de Macedonia y noveno a Critómaco el Locrio. Se colocaron luego en la línea de salida. Tarareó la corneta el toque de partida. Se abrieron las cancelas de las celdas y partieron todos echándose a un raudo galope. ¡Primera vuelta, y segunda, y tercera, y cuarta!

Alejandro iba el cuarto en la carrera, y detrás de él estaba Nicolao, que no ansiaba tanto el vencer como el aniquilar a Alejandro. Porque su padre había sido muerto en la guerra por Filipo. Al darse cuenta de esto el sagaz Alejandro, cuando los que iban delante cayeron al chocar unos con otros, dejó que Nicolao le pasara. Y Nicolao, sin advertir la trampa, se adelantó con la esperanza de recibir la corona. Entonces marchaba el primero, pero después de dos vueltas Alejandro ataca a todo galope de sus caballos y, al adelantarle, engancha con su eje la trasera del carro de Nicolao, y vuelca todo el carro junto con su auriga, y así perece Nicolao. Entonces queda Alejandro totalmente solo. Bien se aplica al caído el refrán que dice: «Quien a otro males amaña, a sí mismo se los prepara».[28]

Luego recibe Alejandro la corona y avanza coronado con el acebuche de la victoria hasta el templo de Zeus Olímpico. Así le habló el sacerdote adivino de Zeus:

—Alejandro, Zeus Olímpico te predice esto: ¡Conserva tu ánimo! Como has vencido a Nicolao, así vencerás a muchos en las guerras.

20. Después de recibir esta predicción, Alejandro, al regresar victorioso a Macedonia, se encuentra con que su madre Olimpíade había sido repudiada por el rey Filipo, y que Filipo desposaba a una hermana de Lisias,[29] Cleopatra de nombre. En el mismo día en que se celebraban las bodas de Filipo, entró Alejandro con su corona de victoria en la sala del banquete y le increpa al rey Filipo:

—Padre, acepta la corona de victoria obtenida con mis primeros esfuerzos. Y cuando yo entregue a mi madre Olimpíade a otro rey en matrimonio, ya te invitaré a la boda.

Y después de estas palabras se reclinó enfrente de su padre, en son de burla, mientras Filipo se reconcomía de lo dicho por Alejandro.

21. Lisias, que estaba tendido a su lado, dijo a Filipo:

—Rey Filipo, soberano de todo el país, ahora vamos a celebrar tu boda con la virtuosa Cleopatra, de la que engendrarás hijos legítimos y no nacidos de adúltera, que sean semejantes a ti en su rostro.

Al oírle, Alejandro se enfurece contra Lisias y con la copa que tenía a mano arremetió contra él; y le da en la sien y lo deja exánime. Filipo, que vio lo sucedido, se alza empuñando su espada, dirigiéndose lleno de furia contra Alejandro, y cae al tropezar con la pata de su lecho de comensal.

Alejandro, al verlo, dijo a Filipo:

—Tú, que pretendes apoderarte de Asia entera y revolucionar a Europa desde sus cimientos, no has tenido buen tino para dar siquiera un paso.

Al tiempo que lo decía, Alejandro arrebatole la espada a su padre Filipo, y dejó casi muertos de espanto a los invitados. Ya podía verse representada allí la famosa pintura de los centauros. De los asistentes, unos escapaban arrastrándose bajo los lechos, otros utilizaban las mesas como escudos, otros se retiraban a los rincones oscuros, de modo que en la escena parecía Alejandro un nuevo Ulises, que fuera a aniquilar a los pretendientes de Penélope.[30]

Así que Alejandro abandona la sala e introduce a su madre Olimpíade en el palacio, después de hacer de vengador de su matrimonio. En cuanto a la hermana de Lisias, la convirtió en una fugitiva. Los guardias de su corte recogieron al rey Filipo y lo acostaron sobre su lecho, ya que se sentía en las últimas.

22. Diez días más tarde acude Alejandro a la cámara de Filipo, y sentándose a su lado le dice:

—Rey Filipo, te llamaré con este nombre, no sea que tengas a disgusto que te trate de padre; he venido a verte no como hijo, sino como amigo tuyo, que ha presenciado las injusticias que cometiste contra tu mujer.

Le contesta Filipo:

—Obraste mal, Alejandro, al matar a Lisias por las palabras inconvenientes que dijo.

Dijo Alejandro:

—¿Es que tú hiciste bien al levantarte espada en mano contra tu hijo, queriendo matarme, porque pretendías desposar a otra mujer, cuando en nada fuiste ofendido por tu anterior esposa Olimpíade? Levántate, pues, y vuelve en ti, ahora ya sé que te traiciona tu cuerpo, y demos al olvido los errores cometidos. También yo ahora voy a llamar a mi madre Olimpíade para que haga las paces contigo. Se dejará convencer por su hijo, aunque no quieras tú ser llamado mi padre.

Después de decirle esto, Alejandro se retira y va al encuentro de su madre y le dice:

—Madre, no te irrites por los actos de tu esposo. Él desconoce la falta que cometiste, pero yo soy la prueba de un desliz tuyo, por ser hijo de un padre egipcio. De modo que ahora ve y anímale a reconciliarse contigo. Pues es conveniente que la mujer se someta a su marido.

Y condujo a su madre junto al rey Filipo, su padre, y le dijo:

—¡Padre, vuélvete a tu mujer! Ahora te llamaré padre, puesto que atiendes a tu hijo. Mi madre ha accedido, a mis ruegos, a presentarse ante ti y a dejar en olvido lo pasado. Ahora abrazaos. No tengáis vergüenza de hacerlo ante mí, que de vosotros he nacido.

Con estas palabras reconcilió a sus padres, de tal modo que se ganó la admiración de todos los macedonios. A partir de entonces evitan los que contraen matrimonio pronunciar el nombre de Lisias, no sea que al evocar tal nombre causen su separación.[31]

23. Estaba la ciudad de Matona sublevada contra Filipo. Entonces envía Filipo a Alejandro con un gran ejército para guerrear contra ella. Pero Alejandro presentose en Matona y convenció con sus sensatos razonamientos a los habitantes a que volvieran a hacerse súbditos suyos.[32]

Al volver de Matona y acudir a presencia de su padre Filipo, Alejandro se detuvo cuando vio allí ante él a unos individuos que aguardaban audiencia revestidos de ropajes bárbaros. Y se informó acerca de ellos:

—¿Quiénes son esos?

Le contestaron:

—Sátrapas de Darío, rey de los persas.[33]

Alejandro se dirige a ellos:

—¿A qué habéis venido acá?

Le respondieron:

—A exigir a tu padre los acostumbrados tributos.

Alejandro les dice:

—¿Por qué razón exigís vosotros tributos?

Le contestaron los sátrapas de Darío:

—Por la tierra del rey Darío.

Les dice Alejandro:

—Si esa la han dado los dioses a los hombres como regalo para su sustento, ¿cómo Darío exige pago por un regalo de los dioses?

Luego les dice para informarse:

—¿Qué aceptaríais?

Le contestan:

—Cien bolas de oro de veinte libras de peso.[34]

En respuesta les dijo Alejandro:

—No es justo que el rey Filipo ofrezca tributo a los bárbaros. Porque no va a sojuzgar a los griegos cualquiera.

Dirige, pues, Alejandro estas palabras a los sátrapas de Darío:

—Marchaos y decid a Darío que Alejandro, el hijo de Filipo, os da este informe. Mientras Filipo estaba solo os pagaba tributos, pero después de engendrar a Alejandro, ya no os los da. Sino que, incluso por los que recibisteis de él, ha de acudir Alejandro ante Darío a recuperarlos.

Y con estas palabras despidió a los embajadores, sin ni siquiera considerar al rey que los había enviado digno de una carta. De estos hechos se alegraba Filipo, rey de los griegos, por ver hasta dónde llegaba la osadía de Alejandro.

Los embajadores dieron una cantidad de plata a un pintor griego amigo suyo, y él les hizo un pequeño retrato de la figura de Alejandro. Y se lo llevaron a Darío a Babilonia, al tiempo que iban a comunicarle lo dicho por Alejandro.[35]

Por entonces se rebeló otra ciudad de los tracios contra Filipo y este envía a Alejandro con un montón de soldados para someterla.

24. Había allá un cierto individuo, de nombre Pausanias, hombre poderoso y muy rico, jefe de toda la Tesalónica. A este, pues, le entró una gran pasión por Olimpíade, la madre de Alejandro, y envió hasta ella a algunos de sus principales para persuadirla de que abandonara a su esposo Filipo y se casara con él, ofreciéndole el envío de muchas

riquezas. Como Olimpíade no accediera, acudió Pausanias a donde estaba Filipo, al enterarse de que Alejandro se había ausentado en su expedición guerrera, y llegó mientras se celebraba un espectáculo teatral.[36]

En el momento en que Filipo estaba presidiendo la representación teatral, penetra Pausanias con la espada en la mano en el teatro, acompañado de algunos otros nobles, con la intención de matar a Filipo y raptar luego a Olimpíade, y lanzándose contra él, le hirió con la espada en el costado, pero no lo mató. Originose entonces un gran tumulto en el teatro. Y Pausanias se apresuró a marchar hacia el palacio para raptar a Olimpíade.

Pero ocurrió que Alejandro llegaba de regreso victorioso en aquel mismo día, y ve una gran confusión en la ciudad. Así que preguntó qué era lo sucedido. Y le contestan:

—¡Pausanias está en palacio y quiere raptar a tu madre Olimpíade!

Sin dilación, Alejandro penetra allá con los oficiales que en ese momento se encontraban con él, y se encuentra a Pausanias, que ya tenía en su poder, con gran violencia, a Olimpíade, que gritaba. Aunque deseó Alejandro atacarle con su lanza, temió a la vez alcanzar con el golpe a su madre, pues el otro la sujetaba con gran fuerza. Pero después de separar a Pausanias de su madre, Alejandro le hirió con la lanza que llevaba. Luego se enteró de que su padre aún estaba vivo, y acudió a él y le preguntó:

—Padre, ¿qué decides sobre Pausanias?

Dijo aquel:

—Traédmelo aquí.

Luego que se lo trajeron, Alejandro desenvainó su espada y la depositó en la mano de su padre Filipo y le aproximó a Pausanias. Filipo lo hizo humillarse y lo degolló. Luego dice Filipo a Alejandro:

—Hijo Alejandro, no me entristezco por morir. Pues me he vengado al matar así a mi enemigo. Bien lo predijo el dios Amón de Libia a tu madre Olimpíade: «Llevarás en tu vientre un hijo varón, que vengará la muerte de su padre».[37]

Y, tras decir estas palabras, Filipo expiró. Fue enterrado con honores reales con el concurso de toda Macedonia.

25. Una vez que la ciudad de Pela recobró la normalidad, subió Alejandro sobre el monumento a su padre Filipo y a grandes voces dijo:

—¡Hijos de los peleos y de los macedonios, de los griegos y de los anfictiones, acudid a reuniros conmigo, como camaradas de armas, y confiad en mí, para realizar nuestra expedición contra los bárbaros! ¡Vamos a liberarnos de la esclavitud de los persas, a fin de que no

seamos esclavos de los bárbaros, siendo griegos nosotros!

Tras haber pronunciado su discurso, distribuyó Alejandro por todo el país sus decretos reales. Entonces, reuniéndose gentes de todas las regiones, acudieron a Macedonia todos por propia voluntad, como si hubieran sido convocados por una voz emitida por los dioses, para alistarse en el ejército.

Alejandro abrió el arsenal de armas de su padre y regaló a los jóvenes el equipo completo. Reunió a todos los oficiales de su padre Filipo, que ya eran viejos, y les dijo:

—¡Veteranos, nobles camaradas de armas, dignaos ordenar la expedición de los macedonios y colaborad con nosotros en la campaña de guerra!

Le contestaron:

—Rey Alejandro, nosotros hemos llegado a esta edad avanzada colaborando en las campañas de tu padre Filipo; pero ya no tenemos vigor en nuestro cuerpo para el combate cuerpo a cuerpo. Por eso rehusamos la campaña a tus órdenes.

Alejandro les replicó:

—Sin embargo, yo quiero llevaros conmigo; tanto más si ya sois de avanzada edad. Porque la veteranía es mucho más firme apoyo que la juventud. ¡Cuán a menudo la juventud, confiada en el empuje de su cuerpo, se deja arrebatar por él y actúa con insensatez y de pronto se encuentra con el peligro! Pero el viejo, que ha reflexionado antes, se demora en la actuación para evitar con su cálculo el peligro. Así que vosotros, veteranos, haced campaña con nosotros, no para oponeros a los enemigos, sino para dirigir a los jóvenes dignamente. De los unos y los otros es necesario el apoyo. De tal modo, reforzad el campamento con vuestros consejos; ya que también el guerrear tiene necesidad de la inteligencia. Es evidente que también a vosotros os compete la salvación de la patria con la victoria. Porque si somos derrotados, los enemigos os empujarán a una inútil vejez, pero si vencemos, la victoria se atribuirá a la prudencia de nuestros consejeros.

Con estas palabras, Alejandro convenció a todos los veteranos a que le siguieran.

26. Así, pues, recibe Alejandro el reino de Filipo, su padre, a los dieciocho años. El tumulto que sucedió a la muerte de su padre, lo hizo cesar Antípatro, que era hombre sagaz y de agudo ingenio. Condujo a Alejandro revestido de la coraza al teatro y expuso numerosas consideraciones para exhortar a los macedonios al afecto de Alejandro. Fue, según parece, más afortunado Alejandro que su padre Filipo; y en seguida se dedicó a ambiciosas empresas.

Después de reunir a todos los soldados de su padre, los contó y

enumeró: 20.000 hombres, 8.000 jinetes armados con corazas, 15.000 de a pie, 5.000 tracios, y entre los anfictiones, lacedemonios, corintios y tesalonicenses contó 30.000. Sumando a todos los presentes contó 70.000 y 6.590 arqueros.[38]

Como los ilirios, peonios y tríbalos se sublevaron contra su poder, hizo una expedición contra ellos. Mientras guerreaba contra esos pueblos, se revolucionó Grecia.

27. Se hizo correr el rumor de que había muerto en la guerra Alejandro, el rey de Macedonia. Se dice que Demóstenes introdujo en la asamblea de Atenas a un herido que afirmaba haber visto personalmente a Alejandro caído en tierra. Creyéndolo, los tebanos aniquilaron a la guarnición que, después de la batalla de Queronea, había dejado Filipo en la ciudad de Cadmo. Dicen que a esto los persuadió Demóstenes. Lleno de irritación, Alejandro marchó contra los tebanos. Hubo en Tebas presagios de sus futuras desgracias: una araña envolvió en su tela el templo de Deméter, y la fuente llamada de Dirce manó agua sangrienta. El rey, tras conquistarla, arrasó toda la ciudad, dejando solo a salvo la casa de Píndaro. Afirman que obligó al flautista Ismenias a tocar la flauta como acompañamiento, mientras arrasaba la ciudad. Atemorizados entonces, los griegos le aclamaron general en jefe y entregaron a Alejandro el mando de Grecia.[39]

28. A su regreso a Macedonia se dedicaba a preparar lo necesario para el avance sobre Asia, haciendo construir muchísimas naves ligeras y trirremes y barcos de guerra. Hizo embarcarse en ellos todas sus tropas junto con sus carros, bagajes y armamentos de toda clase. Toma consigo 50.000 talentos de oro,[40] da sus órdenes y marcha hacia las regiones de Tracia, recogiendo allí 5.000 hombres escogidos y otros 5.000 talentos de oro. Todas las ciudades le recibieron y ofrecieron coronas. Al llegar al Helesponto alcanzó su flota de naves y cruzó de Europa a Asia. Allí hincó en el suelo su lanza y dijo que conquistaría Asia como cautiva de guerra.[41]

Desde allí, luego llegó Alejandro hasta el llamado río Gránico, donde le aguardaban los sátrapas de Darío. Hubo una espléndida batalla y venció Alejandro; el botín que obtuvo, lo envió como regalo a los atenienses y a su madre Olimpíade. Como su opinión era someter primero las regiones costeras, conquistó la Jonia y después la Caria, y tras esta, Lidia, donde se apoderó de los tesoros de Sardes. Conquistó Frigia, Licia y Panfilia, en la que ocurrió un portento. Como Alejandro no tenía naves, una parte del mar se retiró para que su infantería pudiera cruzar a pie.[42]

29. Después de este recorrido llegó al lugar en que estaban sus

efectivos navales. Con ellos hizo una travesía hasta Sicilia. Después de someter allí a algunos que se le oponían, cruzó el mar hasta la tierra de Italia.

Los jefes de los romanos le envían, a través del general Marco, una corona de perlas y otra de piedras preciosas con este mensaje: «Nos sumamos a coronarte, Alejandro, rey de los romanos y de toda la tierra». Además le mandan 500 libras de oro. Alejandro aceptó el obsequio y les prometió hacerlos grandes en poder, y aceptó de ellos, como soldados, 2.000 arqueros y 400 talentos.

30. Desde allí cruza el mar para arribar a África. Los generales de los africanos le salieron al encuentro y le suplicaron que se apartara de su metrópolis, Cartago. Alejandro, al advertir su debilidad, les dijo:

—¡O bien os hacéis más fuertes, o pagáis tributos a los más fuertes que vosotros![43]

En su regreso, al atravesar toda Libia, llegó al santuario de Amón.[44] Ya había hecho subir al grueso de sus tropas en las naves con órdenes de zarpar y aguardarle en la isla de Proteo. Pero él se marchó a sacrificar al dios Amón, en la convicción de que había sido engendrado por él. Al elevarle sus oraciones, dijo:

—¡Padre Amón, si dice verdad mi madre en que yo he nacido de ti, dame tu oráculo!

Entonces Alejandro ve en visiones cómo el dios Amón tiene abrazada a su madre Olimpíade y le dice:

—¡Hijo Alejandro, eres, por tu nacimiento, de mi estirpe!

Después de comprobar la actividad de Amón, Alejandro hace restaurar su santuario y recubrir de oro la estatua del dios, y la consagró con esta inscripción: «A su padre, el dios Amón, la dedicó Alejandro».

Deseaba además recibir del dios un oráculo acerca de dónde fundar una ciudad con su nombre, para que la ciudad conservara su memoria eternamente. Y tuvo la visión de que Amón, anciano, de áurea cabellera, con cuernos de carnero en sus sienes, le decía:

Oh rey, a ti Febo, el de cuernos de carnero, te anuncia:
si quieres rejuvenecerte en inholladas edades,
funda una ciudad ilustre en la isla de Proteo,
sobre la que se establezca como soberano el propio Eón Plutonio,
que hará voltear en torno a sus cinco colinas el universo infinito.[45]

Después de recibir este oráculo, se preguntaba Alejandro cuál isla

era llamada la de Proteo y quién sería el dios establecido allá. Mientras Alejandro proseguía esta búsqueda, sacrificó de nuevo a Amón, y realizaba su marcha hacia cierta aldea de Libia, en la que dejó reposar a sus tropas.

31. Mientras Alejandro daba un paseo, cruzó ante él un enorme ciervo que penetró en la enramada. Alejandro gritó y dio orden a un arquero de asaetear al ciervo. Y Alejandro le gritó:

—¡Hombre, te ha salido desviada!

Por eso, pues, el lugar aquel recibió el nombre de Desvío (*Paratoné*), a causa de la exclamación de Alejandro. Así que fundó allí una pequeña ciudad, tras convocar a algunos notables de los indígenas y establecerlos allí, dándole este nombre de Parátona.[46]

En marcha, desde allí, llegó a Tafosirio. Preguntó a los indígenas por la razón de este nombre. Le dijeron que su santuario era la tumba de Osiris (*Taphos Osirios*). Después de hacer sacrificios también allí, alcanzaba el término de su marcha al llegar al terreno donde ahora está la ciudad. Allí contempla una vasta comarca que se extiende hasta lo infinito y que albergaba doce aldeas. Entonces allí, desde la llamada Pandisia hasta la desembocadura del Nilo llamado Heracleota, delimitó Alejandro la extensión de la ciudad, y su amplitud, desde Bendidion hasta la pequeña Hormúpolis. No se llama Hermúpolis, sino Hormúpolis, porque todo el que llega por el río allí atraca.[47] Así que hasta ese lugar delimitó el rey Alejandro la ciudad. Por lo cual hasta la actualidad se denomina «la región de los alejandrinos».[48]

Le aconsejaron, al rey Alejandro, Cleómenes de Náucratis y Nomócrates de Rodas que no fundara una ciudad con tamaña extensión,[49] «porque no podrás llenarla de gente. Y aun si la llenas, no podrán los servidores cubrir la demanda de los víveres necesarios. Y se pelearán entre sí los pobladores de la ciudad, al ser tan supergrande e ilimitada. Pues las ciudades pequeñas son más fáciles de administrar y deciden en sus consejos sobre lo conveniente para la población. Pero si fundas una ciudad tan enorme como la que has descrito, sus habitantes se sublevarán unos contra otros en sus disensiones, ya que la muchedumbre será incontable».

Alejandro se dejó convencer y ordenó a los arquitectos fundar la ciudad con las proporciones que ellos querían. Siguiendo los mandatos del rey Alejandro, delimitan la longitud de la ciudad desde el río Serpiente (*Dracon*), frente a la barra de Tafosirio, hasta el río de Buena Fortuna (*Agathodaímon*), junto a Canopo, y su anchura, desde Bendidion hasta Eúforo y Melantio. Y Alejandro ordena a los habitantes de aquellos lugares cambiar su residencia, y a los de un contorno de 30 millas fuera de la ciudad, concentrarse en torno a los

distritos ciudadanos, obsequiándolos con terrenos y dándoles el apelativo de alejandrinos. Los superintendentes de la planificación de estos barrios fueron Eurílico y Melanto, por lo que han quedado estas denominaciones.

Alejandro cuida también de la aportación de otros arquitectos de la ciudad; entre ellos estaba el jefe de canteros, Numenio, y el ingeniero Cleómenes de Náucratis y Cártero de Olinto. Numenio tenía un hermano llamado Hipónomo. Este aconsejó a Alejandro fundar la ciudad sobre cimientos pétreos y construir en la misma conducciones del agua y canales que la vertieran en el mar. El sistema de canalización se llama «Hipónomo», porque fue él quien lo aconsejó.[50]

32. Desde la tierra se veía una isla sobre el mar, y Alejandro preguntó cuál es el nombre de la isla. Le responden los indígenas:

—Faro. Allí se estableció Proteo, y allí está su tumba, que es honrada religiosamente entre nosotros.

Le condujeron luego hacia su santuario y le mostraron su ataúd. Al ofrecer sus sacrificios al héroe Proteo y ver que su tumba estaba en ruinas por el paso del tiempo, Alejandro ordenó reconstruirla rápidamente.[51]

Luego da orden Alejandro de señalar el perímetro de la ciudad para captarlo con la vista. Los trabajadores tomaron harina de trigo y marcaron con el rastro los límites de la ciudad. Pero pájaros de todas clases acudieron volando y devoraron la harina y remontaron su vuelo. Alejandro observó la escena y, reflexionando qué significaría el suceso, mandó a buscar intérpretes de prodigios y les expuso el caso. Le contestaron:

—La ciudad que has ordenado construir alimentará al mundo civilizado y por doquier habrá hombres nacidos en ella. Pues las aves recorren todo el mundo habitado.[52]

Así que ordenó fundar la ciudad. Al poner los cimientos en la mayor parte de la ciudad y delimitar su terreno, Alejandro hizo inscribir en ellos cinco letras: A B Γ Δ E. La A por «Alejandro», la B por «rey» (*basileús*), la Γ por «linaje» (*génos*), la Δ por «de Zeus» (*Diós*), la E por «fundó (*éktisen*) una ciudad inigualable».[53]

Bestias de carga y mulas eran utilizadas en las faenas. Al edificar el portón del templo se desplomó un enorme y antiquísimo entablamiento recubierto de letras. Bajo él salieron muchas serpientes que se deslizaron reptando por las entradas de los edificios ya en construcción. Por eso los porteros veneran a esos ofidios que penetran en las casas como a buenos espíritus, ya que no son animales venenosos. Y coronan también a las bestias de carga cuando les dan descanso. Alejandro, aún presente, inauguró la ciudad y el templo en

la luna nueva de Tybi, es decir, en enero. Por eso, hasta hoy los alejandrinos observan la costumbre de celebrar la fiesta de Tybi el 25 de enero.[54]

33. Encontró también Alejandro en lo alto de las colinas una estatuilla venerada y las columnas helónicas y el Heroon. Buscaba también el Serapeo, según el oráculo que le había sido dado por Amón, que decía así:

Oh rey, a ti Febo, el de cuernos de carnero, te anuncia:
si quieres rejuvenecerte en inholladas edades,
funda una ciudad ilustre en la isla de Proteo,
sobre la que se establezca como soberano el propio Eón Plutonio,
que hará voltear en torno a sus cinco colinas el universo infinito.

Buscaba, pues, Alejandro al Omnividente. E hizo construir enfrente del Heroon un gran altar, que ahora llaman el altar espléndido de Alejandro, sobre el que celebró un sacrificio ritual. Y en su oración dijo: «Tú eres el dios providencial de esta tierra y velas también en el universo ilimitado, esto es evidente. Acepta, pues, tú mi sacrificio y sé mi socorro en las guerras».

Y tras haber pronunciado estas palabras, depositó las ofrendas sobre el altar. Al instante una enorme águila precipitóse sobre él y arrebató las vísceras de la víctima sacrificada; y a través del espacio las transportaba para dejarlas en otro altar. Alejandro, que lo advirtió, se presentó a toda prisa en aquel lugar y vio las vísceras colocadas sobre el altar, y el altar que había sido construido por los antiguos, y un templo, y dentro una estatua sedente que con su mano derecha amansaba a un multiforme animal y que en la izquierda sostenía un cetro. Y junto a él la imagen de una doncella en pie, una estatua grandísima. Preguntó entonces a los que allí habitaban quién era el dios del lugar. Contestaron que no lo sabían. Pero que habían aceptado tradicionalmente desde sus antepasados que el templo era de Zeus y de Hera.[55] En aquel lugar vio también los obeliscos que hasta ahora están en el Serapeo, fuera del recinto que ahora existe. Sobre ellos había una inscripción en caracteres jeroglíficos que contenía este texto:[56]

«Este será el privilegio de la ciudad: urbe de hermosos templos, que ha de superar con su población a las mayores multitudes y que será excelente por la buena composición de su clima. Yo seré su protector para que las calamidades no se afiancen hasta el fin, sea un

hambre o un terremoto, sino que como un sueño crucen a la carrera por la ciudad. Muchos reyes acudirán a ella, no para guerrear, sino invitados a rendirle sumisión. Tú, convertido en dios, serás adorado después de muerto y recibirás presentes de numerosos reyes siempre, y habitarás la ciudad muerto y no muerto. Porque tendrás como tumba la ciudad que fundaste. Aprende, Alejandro, quién soy, en breve: suma dos veces 100 y 1, luego otros 100 y 1, y cuatro veces 20 y 10, y tomando la primera letra ponla al final, y entonces verás quién se te ha aparecido».[57]

Después de haberse expresado así desapareció. Alejandro comprendió el acertijo oracular y lo resolvió: «Sérapis».[58] La disposición de la ciudad es tal como la estableció Alejandro; y la ciudad se extendía poderosamente día a día.

34. Alejandro, después de recoger sus tropas, se apresuraba a marchar hacia el interior de Egipto. A su llegada a la ciudad de Menfis, los egipcios lo entronizaron en el templo real de Hefesto como rey de Egipto.[59] Alejandro vio en Menfis una elevada estatua consagrada religiosamente, hecha de piedra negra, que tenía una inscripción en su base: «Este rey que se exilió regresará de nuevo a Egipto no más viejo, sino rejuvenecido, y someterá a nuestros enemigos los persas».

Preguntó entonces Alejandro de quién era la estatua aquella. Los sacerdotes le contestaron:

—Esa imagen es la del último rey de Egipto: Nectanebo. Cuando vinieron los persas a saquear Egipto vio, gracias a su fuerza mágica, que los dioses de los egipcios guiaban en su marcha a los ejércitos de los enemigos, y que Egipto era arrasado por ellos. Y, al advertir que los dioses le iban a hacer traición, escapó. Cuando nosotros le buscamos e interrogamos a los dioses sobre dónde había huido nuestro rey Nectanebo, nos respondieron en oráculo: «Este rey que se exilió regresará de nuevo a Egipto no más viejo, sino rejuvenecido, y someterá a nuestros enemigos los persas».

Cuando Alejandro lo hubo oído, subiose a la estatua de un salto y la abrazó diciéndole:

—Este es mi padre, y yo soy hijo suyo. No os mintió la respuesta del oráculo. Pero me admiro de cómo fuisteis conquistados por los bárbaros cuando teníais muros inexpugnables, que no podían ser derribados por los enemigos.[60] Sin embargo, eso depende de la providencia de lo alto y de la justicia de los dioses, a fin de que vosotros, que poseéis una fértil tierra y un río que produce cosechas sin trabajos manuales, quedéis sometidos a los que no lo poseen y seáis regidos por sus reyes. Pues los bárbaros habrían perecido de no tener estas cosas a su alcance.

Después de este parlamento les reclamó los tributos que presentaban a Darío, diciéndoles:

—No es para llevármelos en mi propio tesoro, sino para gastarlos en vuestra ciudad, Alejandría de Egipto, que será la metrópoli de todo el universo civilizado.

Después de tales palabras los egipcios entregaron de buen grado muchas riquezas, y con gran temor y veneración las enviaron a través del puerto de Pelusio.

35. Recogiendo sus tropas, continuaba Alejandro su marcha hacia Siria, y desde allí, eligiendo un destacamento de dos mil jinetes con armadura («catafractos»),[61] se presenta ante Tiro.[62] Allí se le oponen los tirios, que le niegan el paso a través de su ciudad, a causa de un antiguo oráculo que habían recibido con este texto: «Cuando os ataque, tirios, un rey, vuestra ciudad será reducida a ras de suelo». Por eso se le enfrentaron para que no penetrara en su ciudad. Se le opusieron, después de amurallar en círculo toda su ciudad. Hubo una fiera batalla en cuyo transcurso los tirios mataron a muchos de los macedonios. Alejandro se retira derrotado a Gaza, y recobrándose allí pensaba cómo arrasar Tiro.

Y vio en sueños Alejandro que alguien le advertía: «Alejandro, no pienses en acudir tú mismo a Tiro como mensajero».[63] Al despertarse, envió a Tiro embajadores con unos mensajes que decían así:

«Yo, Alejandro, rey, hijo de Amón y del rey Filipo, el más grande rey de Europa y de toda Asia, de Egipto y de Libia, a los tirios, que ya no sois nada. Al hacer yo mi marcha por las regiones de Siria deseaba realizar mi incursión en paz y concordia con vosotros. Pero vosotros, los habitantes de Tiro, habéis sido los primeros en enfrentaros a nosotros, al emprender nuestra marcha. Así que solo con vuestro ejemplo van los demás a aprender cómo someten los macedonios con fuerza vuestro desvarío, y temblarán de oponerse a nosotros. Ya es seguro el oráculo que se os dio. Invadiré vuestra ciudad. ¡Que os vaya bien de acuerdo con vuestra sensatez, o si no, que os vaya bien en vuestro infortunio!».[64]

Después de leer la carta del rey, los primeros magistrados de la ciudad ordenaron torturar a los mensajeros enviados por Alejandro, preguntándoles:

—¿Quién de vosotros es Alejandro?

Como ellos respondieron que ninguno lo era, los crucificaron.

Reflexionaba Alejandro por qué camino penetraría en la ciudad y aplastaría a los tirios, porque consideraba imposible la derrota. Y ve en sus sueños a un sátiro, uno de los servidores de Dioniso, que le ofrece un queso. Y él lo aceptó y lo pisoteó con sus pies.

Al levantarse de dormir, Alejandro relató la visión a un intérprete de sueños, y este le contestó:

—Reinarás en toda Tiro y la ciudad quedará en tus manos, ya que el sátiro te ha dado un queso, y tú lo has pisoteado bajo tus pies.[65]

Al cabo de tres días congregó Alejandro sus tropas junto con los aliados de tres aldeas vecinas que se le habían unido valerosamente. Entraron por la noche y abrieron las puertas de la ciudad, eliminando a los centinelas. Luego Alejandro arrasó toda Tiro y la redujo a sus cimientos. Y hasta hoy se dice: «¡Las desgracias de Tiro!».

En cuanto a las tres aldeas que se le aliaron, las inscribió en una sola ciudad y a esta le dio el nombre de Trípolis.

36. Tras establecer en Tiro a un sátrapa de Fenicia, Alejandro levantó el campo y marchó a lo largo de Siria. Le salieron al encuentro unos embajadores de Darío que le traían una carta de aquel,[66] un látigo, una pelota y un cofrecillo lleno de oro.[67] Recibió Alejandro la carta de Darío, el rey de los persas, y al leerla halló que decía así:

«El Rey de Reyes y pariente de los dioses, el que comparte el ascenso celeste con el sol, yo, dios en persona, Darío, a Alejandro mi siervo. Esto te ordeno y a esto te conmino: a que vuelvas de regreso a casa de tus padres, a ser mi esclavo y reposar en el regazo de tu madre Olimpíade. Como lo reclama tu edad, mereces ser criado y educado. Por eso te he enviado un látigo, una pelota y un cofrecillo de oro, para que escojas qué prefieres. El látigo, indicándote que aún debes ser educado; la pelota, para que juegues con tus compañeros de infancia y para que no eches a perder la arrogante juventud de tantos muchachos llevándolos contigo como jefe de bandidos, revolucionando las ciudades. Pues ni aunque todo el orbe habitado se congregara a las órdenes de un hombre, podría derribar el imperio de los persas. Porque tengo tan gran número de tropas que, como la arena, nadie puede contarlas, y tanto oro y plata que podría cubrir toda la tierra. Te he enviado además un cofrecillo lleno de oro, para que si no puedes dar sustento a tus compañeros de rapiña, les des lo necesario para que cada uno de ellos pueda regresar a su patria. Pero si no obedeces mis órdenes, enviaré en tu persecución, de modo que serás apresado por mis generales, y no vas a ser criado como hijo de Filipo, sino crucificado por renegado».

37. Al leer Alejandro estas líneas ante las tropas reunidas, todos se atemorizaron. Y al darse cuenta de su temor, Alejandro les dijo:

—Hombres de Macedonia y compañeros de guerra, ¿por qué os amedrentáis ante las cartas de Darío, rebosantes de vanidad? Así también algunos perros que no tienen fuerza en su cuerpo para el

ataque ladran mucho, como si pudieran con su ladrido aumentar su vigor. Así es Darío. Como nada puede en los hechos reales, aparenta ser mucho en sus escritos, como los perros con los ladridos. Pero supongamos, incluso, que es verdad lo dicho en la carta. Estamos iluminados por esos datos, para que sepamos contra quién vamos a luchar noblemente por la victoria y a fin de que no suframos vergüenza en caso de ser vencidos.

Tras decir estas palabras mandó atar codo con codo a los portadores de la misiva y subirlos a la crucifixión.

Ellos dijeron:

—¿En qué te hemos hecho mal nosotros a ti, rey Alejandro? Somos mensajeros. ¿Por qué ordenas quitarnos la vida?

Contestoles Alejandro:

—Reprochádselo al rey Darío y no a mí. Porque Darío os envió con carta tal no como para un rey, sino para un jefe de bandidos. Por tanto, os doy muerte como si hubierais acudido a un individuo feroz y no a un rey.

Replicaron ellos:

—Es que Darío escribió tales palabras sin atención ninguna, pero nosotros vemos tu admirable ejército y comprendemos que eres un rey magnífico e inteligente, hijo del rey Filipo. ¡Te suplicamos, soberano gran rey, concédenos la gracia de vivir!

Alejandro les contestó:

—Ahora habéis sentido miedo de vuestro castigo y suplicáis no morir, por eso os voy a liberar. Pues no tengo la intención de mataros, sino solo de mostraros la diferencia entre un rey griego y un bárbaro. Así que no temáis sufrir ningún daño de mí. Que un rey no mata a un mensajero.

Y después de hablarles así, Alejandro los invitó a recostarse a su lado cuando llegó el momento de la comida. Como los portadores de la misiva quisieran decirle a Alejandro de qué modo podía capturar en una emboscada a Darío, en una acción de la guerra, les replicó:

—¡No me digáis nada! Si no fuerais a volver a sus dominios, os aceptaría el consejo. Pero, ya que marcháis junto a él, no quiero hacerlo para que nadie os denuncie a Darío por lo dicho y me considere yo culpable por vuestro castigo. Callad, pues, para que nos enfrentemos a él con serenidad.

Los portadores de la carta elogiaron entonces a Alejandro con grandes exclamaciones, y todo el ejército lo aprobó con admiración.

38. Tres días más tarde escribe Alejandro a Darío una carta, que leyó ante sus propios soldados, sin enterar a los embajadores, y decía así:

«El rey Alejandro, hijo del rey Filipo y de Olimpíade, al Rey de Reyes y asociado en el trono de los dioses y compañero de ascenso celeste del sol, al gran dios, al rey de los persas. ¡Salve!

»Vergonzoso es que quien con tal poder se enaltece y acompaña en su ascenso al sol vaya a caer en una miserable esclavitud ante un hombre ahora, un cierto Alejandro, ya que los calificativos de los dioses al aplicarse a los hombres parecen prestarles gran poder e inteligencia. Mas, ¿cómo los nombres de los dioses inmortales van a residir en cuerpos perecederos? Mira, ya en esto dejaste manifiesto ante mí que nada podíais contra nosotros, por más que te apropiases de las denominaciones de los dioses y te atribuyeras los poderes de aquellos sobre la tierra. Así que voy a pelear contra ti considerando que eres un mortal y que la decisión de la victoria depende de la providencia de lo alto.

»¿Para qué nos escribiste que poseías tanto y tan excelente oro y plata? ¿Para que sabiéndolo peleáramos más noblemente a fin de apoderarnos de él? Además, que yo, si te venzo, seré famoso y un gran rey sobre los griegos y los bárbaros, por haber derribado a un soberano tan excelso como el rey Darío. Pero tú, si me vencieras, no habrías realizado nada de valor. Porque habrías vencido a un bandido, según tú nos escribiste. Pero yo habría vencido al Rey de Reyes, al gran dios Darío. E incluso me has enviado un látigo, una pelota y un cofrecillo de oro, por burlarte de mí. Pero yo los he aceptado como buenos presentes. He tomado el látigo, para golpear a los bárbaros con mis propias manos cuando con mis lanzas y armas los someta a esclavitud. Con la pelota me has dado un signo de cómo dominaré el universo, pues que el mundo es redondo y esférico. En cuanto al cofrecillo del oro, también me lo enviaste como un presagio: vencido por mí, me pagarás tributos».

39. Después de leer la carta a sus propios soldados, el rey Alejandro la selló y se la entregó a los emisarios de Darío. Y el oro que habían traído se lo dio de regalo. Estos se retiraron después de comprobar la magnanimidad de Alejandro, y llegaron a presencia de Darío. Darío, al leer la carta de Alejandro, reconoció su valentía. Y después de informarse con toda precisión sobre el carácter de Alejandro y sobre sus preparativos de guerra, movido por estos datos, escribe a sus sátrapas una misiva que decía así:

«El rey Darío saluda a sus generales de más allá del Tauro. Me comunican que se ha rebelado Alejandro, el hijo de Filipo. Capturadlo y traédmelo sin hacerle ningún daño en su cuerpo para que yo, después de quitarle su manto de púrpura y de aplicarle unos azotes, lo remita a Macedonia, su patria, junto a su madre Olimpíade, dándole unas castañuelas y unos astrágalos, como usan para jugar los niños de

los macedonios. Y lo haré acompañar por hombres de completa sabiduría como maestros.

»Sumergid sus naves en lo profundo del mar y cargad de cadenas a los generales que le escoltan y traédmelos, y enviad a los restantes soldados hacia el mar Rojo para que vivan allá. Los caballos y bestias de carga os los regalo todos. ¡Adiós!».

Le escribieron los sátrapas al rey Darío del modo siguiente:

«¡Al divino gran rey Darío, salud! Nos admiramos de que te haya pasado inadvertido hasta ahora el avance de ejército tan importante. Te hemos enviado a algunos de esa tropa que encontramos errantes, sin atrevernos a interrogarlos antes que tú. Así que preséntate a toda prisa con una fuerza numerosa, para que no seamos piezas de su botín».

Recibió estas cartas Darío en Babilonia de Persia, las leyó y les respondió por escrito así:

«El Rey de Reyes, el gran dios Darío, saluda a todos sus sátrapas y generales. Teniendo vuestra esperanza en mí, jamás habéis demostrado la excelencia de vuestro valor. ¡Conque un río se desbordó contra vosotros y os llenó de pavor, a vosotros que podíais apagar rayos, y no podéis soportar el retumbar de un enemigo innoble! ¿Qué podéis demostrar? ¿Ha muerto alguno de vosotros en formación de combate? ¿Qué he de decidir sobre vosotros que, teniendo a vuestro cargo mi reino, dais oportunidades a un bandolero, negándoos a capturarlo? Ahora, sin embargo, como me instáis, yo en persona acudiré a apresarlo».

40. Al enterarse Darío de que Alejandro estaba cerca, fijó su campamento junto al río Pinario y le envió el siguiente escrito:

«El Rey de Reyes, gran dios y señor de pueblos, Darío, a Alejandro, saqueador de ciudades. Parece que has olvidado el nombre de Darío, que incluso los dioses tienen en honor y que elevaron a compartir su trono. No consideraste suficiente dicha el pasar inadvertido reinando en la región de Macedonia sin mandato mío, sino que has recorrido inciertos países y ciudades ajenas, en las que te has proclamado rey, reuniendo hombres desesperados como tú para guerrear contra ciudades desapercibidas, que yo, siempre precavido, estimaba como superfluas y como desgajadas de mi soberanía; y tú trataste de conseguir tributos de ellas como si pidieras limosnas. ¿Crees acaso que Nos somos semejante a ti? Sin embargo, no te ufanes de dominar los territorios que conquistaste. Hiciste tus planes sobre ellos de la peor manera. En primer lugar hubieras debido corregir tu ignorancia y acudir a mí, tu señor, Darío, y no concitar partidas de bandidos. Te escribí que vinieras y te postraras ante el rey Darío. Te juro por Zeus, dios máximo y padre mío, que no te guardaba rencor por los daños

que hiciste. Pero tú replicas con tu misma locura anterior. Voy a castigarte con una muerte inenarrable. Y peor que el tuyo será el tormento de los que te acompañan, que no te han inculcado sensatez».

41. Cuando Alejandro recibió y leyó la carta de Darío, no se dejó inflamar por sus arrogantes palabras.

Entretanto, Darío había congregado una fuerza numerosa y avanzaba llevando consigo a sus hijos, su esposa y su madre. En su escolta estaban los llamados «los diez mil inmortales». Los llamaban «los inmortales» porque siempre conservaban su número, ya que incorporaban a otros en sustitución de los muertos.

Alejandro cruzó en su marcha el Tauro de Cilicia y llegó a Tarso, la capital de Cilicia. Al divisar allí el río Cindo de clara corriente, él, que estaba sudando a mares por la fatigosa marcha, se despojó de su coraza y se dio un baño en sus aguas. Con tal enfriamiento se puso en extremo peligro y a duras penas pudo curarse. El que le curó fue Filipo, uno de sus reputados médicos. Una vez curado, continuaba su avance hacia Darío.[68]

Darío había acampado en el lugar llamado Isso de Cilicia. Lleno de excitación avanzó Alejandro para combatir en el llano y ordenó sus tropas frente a Darío. Los comandantes de Darío, al ver que Alejandro aproximaba el grueso de su ejército hacia aquella parte en la que había oído que se encontraba Darío, situaron delante los carros y toda su impedimenta bélica. No obstante, al disponerse para el encuentro en la batalla unos y otros, no permitió Alejandro que tales armatostes quedaran en medio de sus falanges para escindirlas o abrir en ellas camino a la caballería ni para envolverlas, sino que la mayoría de los carros, levantados en vilo por todos lados, fueron destruidos y despedazados.

Luego Alejandro subió a caballo y ordenó a los trompetas que tocaran el toque de combate. Y en medio de un enorme estruendo se entabla la tremenda batalla. Disparando largo trecho con sus agudos arcos y golpeándose unos a otros con sus lanzas se enfrentaban por acá y por allá. Unos y otros atribuyéndose la victoria se retiraban. Pero la tropa que rodeaba a Alejandro hacía ceder a los del entorno de Darío y con violencia quebraban su formación, haciéndoles chocar y caer unos sobre otros por la gran fuerza de los combatientes. Nada se podía allí ver sino caballos derribados por tierra y hombres muertos. No se podía discernir al persa ni al macedonio, ni a los aliados ni a los sátrapas, ni al infante ni al caballero en medio de la densa nube de polvo. Ni siquiera se distinguía el aire de la tierra entre los muchos manchones de sangre. Hasta el mismo sol, compadeciéndose de los desastres y sin querer ver el espectáculo tan sangriento, se cubrió de nubes. Al afianzarse el revés de los persas, estos emprendieron la fuga.

Estaba entre ellos Amiantes de Antioquía, que había huido a la corte de Darío después de ser en tiempos anteriores tirano de Macedonia.

Cuando se avecinaba el anochecer, Darío, lleno de terror, se retiraba por delante de sus hombres. Pero su carro de general en jefe era muy fácil de reconocer; así que, abandonándolo, montó a caballo y escapó.

Alejandro, que ansiaba el honor de apresar a Darío, salió a perseguirlo con toda premura para que no fuera muerto por algún otro. Después de una persecución de 60 estadios, Alejandro apresó el carro real, el arco, la esposa, las hijas y la madre de Darío; pero a Darío le salvó la noche y además el tener un caballo de refresco en el relevo.

Alejandro se apoderó de la tienda de campaña de Darío y se albergó en ella. Sin embargo, después de vencer a sus contrarios y de haberse cubierto de tamaño honor, no hizo nada soberbio, sino que ordenó enterrar a los más valientes y nobles que habían muerto. Del mismo modo confortó con elogios a los restantes prisioneros. La multitud de caídos entre los persas era muy grande. De los macedonios, las pérdidas se cifraron en 500 soldados de a pie, 160 jinetes y 308 heridos. Los bárbaros tuvieron 20.000 muertos y 4.000 formaron el botín para vender como esclavos.

42. Darío, que había escapado y estaba a salvo, reclutaba efectivos muy superiores. Redactaba proclamas a los pueblos súbditos suyos, para que se le presentaran con grandes fuerzas. Al enterarse un espía de Alejandro de que Darío andaba reuniendo tropas, le escribió a Alejandro sobre estos sucesos. Al recibir la noticia, Alejandro le escribe al general Escamandro en estos términos:

«El rey Alejandro saluda al general Escamandro.[69] Con las falanges a tus órdenes y toda tu hueste preséntate a mí lo más pronto posible. Pues se dice que no están lejos los bárbaros».

Y Alejandro en persona recogió las tropas que tenía y continuaba su marcha. Al trasponer las alturas del llamado Tauro, hincando una larga lanza en el suelo, dijo: «Si algún poderoso de los griegos o los bárbaros o alguno de los otros reyes remueve esta lanza, se dará a sí mismo un adverso presagio: que así será removido su reino desde sus fundamentos».[70]

Llega entonces a Hiperia, ciudad de Bebricia, donde había un templo y una estatua de Orfeo y de las musas de Pieria, con animales salvajes rodeando su imagen. Al mirarla Alejandro, la madera de toda la estatua de Orfeo se echó a sudar. Al indagar Alejandro a qué apuntaba tal prodigio, le dice el intérprete de presagios Melampo:

—Has de fatigarte, rey Alejandro, con muchos sudores y esfuerzos,

para someter a las naciones de los bárbaros y las ciudades de los griegos. Del mismo modo que Orfeo, tocando la lira y cantando, persuadió a los griegos, ahuyentó a los bárbaros y amansó las fieras, así también tú, esforzándote con la lanza, los harás a todos tus súbditos.[71]

Al oír tal explicación, Alejandro despidió, después de recompensarlo espléndidamente, al intérprete de prodigios.

Llegó luego a Frigia. Al pasar por el río Escamandro, allí por donde saltó Aquiles, allí también penetró él de un salto. Al contemplar el escudo de siete pieles de buey (de Áyax), Alejandro vio que no era muy grande ni tan admirable como lo describió Homero, y exclamó:

—¡Bienaventurados vosotros los que tuvisteis un heraldo tal como Homero, que en sus poemas os habéis hecho magníficos, aunque por los testimonios visibles no fuerais dignos de sus versos!

Avanzó entonces un poeta, que dijo:

—¡Rey Alejandro, nosotros escribiremos tus hazañas mejor que Homero!

Alejandro contestó:

—¡Prefiero ser el Tersites de Homero que el Agamenón de tu obra![72]

43. Marchó desde allí a Pyla, donde reunió su ejército y, junto con los prisioneros hechos en la guerra contra Darío, continuó su avance hasta Abdera.[73] Los abderitas le cerraron las puertas de su ciudad, y Alejandro, preso de la irritación, mandó a su general pegarle fuego a esta. Entonces le envían unos embajadores con este mensaje:

«Nosotros cerramos las puertas de nuestra ciudad, no para oponernos a tu poder, sino temerosos del imperio de los persas, no fuera que si Darío se mantiene en su tiranía, destruyera nuestra ciudad por haberte acogido. De modo que tú, cuando ya hayas vencido a Darío, ven y tendrás abiertas las puertas de la ciudad. Nos sometemos al rey más poderoso».

Después de escuchar tal mensaje, Alejandro sonrió y les contestó a los embajadores enviados:

—¿Teméis el imperio de Darío, por si luego os destruye en caso de perdurar en su monarquía? Marchad, abrid vuestras puertas y habitad en orden. No voy a entrar en vuestra ciudad hasta que derrote a Darío, al que teméis como rey, y entonces os conquistaré como a súbditos.

Tras contestar así a los enviados siguió su marcha.

44. Y en dos jornadas se presentó en Bottia y Olinto, y arrasó completamente toda la comarca de los caldeos[74] y mató a sus pobladores. Desde allí llegó hasta el mar Negro (Ponto Euxino) y

sometió a todas las ciudades de las cercanías.

Les faltaron a los macedonios los víveres más necesarios, de modo que todos se morían de hambre. Pero Alejandro puso en práctica una magnífica decisión de su inteligencia. Mandó reunir todos los caballos de la caballería y degollarlos, y después de degollarlos, asar sus carnes y comerlas. Así se saciaron y apagaron su hambre. Pero después decían algunos:

—¿Por qué tomó Alejandro la decisión de matar nuestros caballos? El caso es que de momento nos hemos saciado de comida, pero estamos desarmados para una batalla ecuestre.

Al enterarse Alejandro se presentó en el campamento y dijo:

—Camaradas de guerra, hemos degollado nuestros caballos, aunque eran muy necesarios para el combate, a fin de saciarnos de comida. Pues un mal que se compensa con otro más moderado motiva una limitada pena. Cuando invadamos otro país, encontraremos fácilmente otros caballos. Pero si nosotros morimos ahora de hambre, no encontraremos otros macedonios.[75]

Después de apaciguar así a sus tropas, proseguía su marcha hacia otra ciudad.[76]

46. Desde allí avanzaba en su marcha hacia los tebanos. Al reclamar de ellos hombres para la expedición militar, le cerraron las puertas de las murallas y ni siquiera le enviaron embajadores, sino que se formaron en orden de batalla y se armaron para combatir a Alejandro. Y le envían 500 hombres con una proclama: «¡O combates, o apártate de nuestra ciudad!».

Alejandro sonrió y les contestó:

—¡Oh, valientes tebanos! ¿Cómo encerrándoos tras vuestras puertas y murallas incitáis a pelear al rey Alejandro? Voy a daros batalla, pero no como a guerreros dignos y expertos en la lucha, sino como a mujeres asustadas y cobardes, ya que, como mujerucas, encerrados dentro de vuestras paredes chilláis a los de afuera.

Tras haberles respondido así, ordenó a mil jinetes que cabalgaran en torno a las murallas y asaetearan a los que se apostaban sobre el muro, y a otros mil, armados con hachas de doble filo y con largas picas, que excavaran los fundamentos de la muralla, para aplicar fuego a los portones e impulsar con fuerza los llamados arietes para derribar los muros. Estos son unos aparatos movidos sobre ruedas por los soldados con fuerte impulso. Desde muy lejos se lanzan sobre los muros y destrozan incluso las paredes más compactas. Alejandro, con otros mil honderos y lanzadores de venablos, rodeaba a la carrera la ciudad. Por todas partes se incitaba el incendio, mientras se disparaban lanzas y flechas. Desde lo alto de los muros caían los

tebanos heridos sin poder resistir a Alejandro.

Durante tres días la ciudad de los tebanos estuvo asediada por todas partes. Luego, la primera puerta que se derrumbó fue la llamada Palmia, ante la cual estaba apostado Alejandro. Rápidamente penetró por ella Alejandro el primero, hiriendo a unos, aterrorizando y confundiendo a los demás. Luego, por las demás puertas se introducen pelotones de sus tropas. La población total era de unos cuatro mil hombres. Dan muerte a todos, al tiempo que derriban los muros. Rapidísimamente el ejército macedonio llevó a cabo todas las disposiciones ordenadas por Alejandro. Así queda toda la tierra empapada de la sangre humana derramada, mientras muchos tebanos se precipitaban contra el suelo desde lo alto de las torres. Presa de un incendio voraz, la ciudad de los tebanos fue destruida por el fuego bajo el puño macedonio.

46 A. En aquel momento uno de los tebanos, que era a la vez experto en tocar la flauta y de inteligencia sagaz, al ver la destrucción de Tebas y el aniquilamiento de toda su juventud, gimiendo por su patria y pensando en su excelencia como flautista, comenzó a arrastrarse y suplicar a Alejandro.[77]

Y llega hasta sus pies, avanzando de rodillas y entonando una melodía lastimera, suplicante y conmovedora. Aun así, con la queja de sus flautas y de su melodía plañidera, era incapaz con sus muchas lágrimas de conseguir la conmiseración de Alejandro. Empieza a decirle así:

—Rey magnífico, Alejandro, ahora hemos aprendido con la experiencia a honrar tu poder como igual al de los dioses.[78]

[CAPÍTULO DE LA RECENSIÓN A (I, 46 A-II, 47) SEGÚN EL TEXTO EDITADO POR W. KROLL]

I, 46 A. —¡Contén tus invencibles manos lejos de los tebanos! A nuestra ciudad vinieron los dioses más gloriosos, y de su fecunda unión amorosa aquí surgió una estirpe soberana. De Zeus y de Sémele nació en Tebas Dioniso, alumbrado en su parto por el fuego del rayo, y de Zeus y de Alcmena aquí fue engendrado Heracles. Ellos se han mostrado como auxiliadores y pacíficos guardianes de la salvación para todos los hombres. Además, son, precisamente, tus antepasados, Alejandro. Debes imitarlos y practicar la beneficencia. Así que, ya que has nacido de dioses, no desprecies a Tebas, la nodriza de Dioniso y Heracles, en trance de muerte, ni arrases la ciudad fundada por la vaca. Pues en el futuro sería un baldón para los macedonios. ¿Ignoras acaso, Alejandro, que eres tebano y no de Pela?

»Todo el país de Tebas te implora a través de mi voz; él, que vio criarse a los dioses antepasados tuyos, a Dioniso, el liberador, primer cofrade de la fiesta y la danza; a Heracles, justiciero en sus hazañas y socorredor de los hombres.

»¡Hazte ahora de nuevo imitador de tus antepasados, que tan nobles y generosos fueron en general, y vuelve en beneficencia los motivos de tu cólera! ¡Ten mucho más a mano la compasión que el castigo!

»No dejes en soledad a los dioses que te engendraron, no destruyas la ciudad de los fundadores de tu linaje, no arrases con inconsciencia tu propia patria. ¿Ves estos muros, que edificaron el pastor Zeto y Anfión, el tocador de la lira; los hijos de Zeus, a los que dio a luz en secreto una ninfa, la hija de Nicteo, en su vagar entre danzas festivas? Estos cimientos y el rico palacio los amuralló Cadmo. Aquí tomó por esposa a Harmonía, a la que había dado a luz la diosa Cipria, nacida de la espuma marina, en su unión con el dios tracio (Ares) de furtivos amoríos.

»¡No dejes yermo el suelo de sus campos sin ningún reparo, no incendies todos los muros de Tebas! Aquí habitaba la triste madre del desgraciado Edipo, matador de su padre. Aquí estaba el recinto sagrado de Heracles, que antes fuera la casa de Anfitrión. Aquí durmió Zeus en aquellas tres noches que hizo contar una sola. ¿Ves aquellas moradas reducidas a llamas, que todavía exhalan la muestra de la cólera del cielo? Ahí con su rayo hirió, en tiempos, Zeus a la ansiosa Sémele. Allá, en medio del fuego, ella parió al Liberador Irafiota (Dioniso). Aquí enloqueció Heracles. Desde aquí, aguijoneado por el delirio, mató a su esposa Mégara a flechazos. El altar que ves ahí es de Hera. He ahí otro altar antiguo y elevado. Ahí Heracles, con la carne abrasada por la túnica, fue reducido a cenizas con la cooperación de Filoctetes…

»Este es el centro oracular de Febo, la mansión de Tiresias. Acá vivió el viejísimo adivino, al que Atenea Tritónide metamorfoseó en mujer. Ahí Atamante, presa de locura, mató con sus flechas a su hijo Learco, transformado en corzo. Desde allí Ino, delirante, saltó a lo profundo del mar, con su hijo Melicertes, recién nacido, en brazos. Desde aquí Edipo, ciego, fue expulsado por mandato de Creonte. Ismene era su báculo.

»Ese río que baja por el medio del Citerón es el Ismeno, que trae el agua báquica. ¿Ves ese abeto que con sus ramas se eleva a lo más alto? Sobre él espiaba Penteo a los coros de las ménades, cuando el infeliz fue descuartizado por su madre. ¿Ves esa fuente que mana un agua sanguinolenta, de la que con eco resuena un mugido tremendo de vaca? Esa es la sangre de la sepultada Dirce.

»¿Ves aquella atalaya al fondo, que se levanta a este lado del

camino? Sobre ella se aposentaba la Esfinge monstruosa, proponiendo su enigma a todos los moradores del país; la mató Edipo después de mucho cavilar. Esa es la fuente de los dioses y el manantial sagrado, del que emergen las ninfas argénteas. A sus corrientes descendía Artemis para bañar su cuerpo. Y el impuro Acteón aquí contempló lo prohibido: el baño de la hija de Leto. Transformado en ciervo, lo devoraron de modo infame sus perros carniceros como presa de caza, por ver aquel baño.

»Ares trajo la guerra a Tebas. Entonces acaudilló Polinices el ejército de Argos, como flameante paladín de siete fortines de lanza. Ahí junto a la orilla fue fulminado Capaneo. Esas de ahí son las llamadas Puertas Electras. Por allí se abrió la tierra para acoger a Anfiarao, junto a esas puertas. En las Puertas Ogigias murió Hipomedonte. Y junto a esas otras cayó Partenopeo. (Y más allá se mataron uno a otro Polinices y Eteocles. Luego Antígona fue condenada a muerte por haber sepultado a su hermano muerto, al caudillo de los Argivos). ¡Ten piedad, te lo suplica la tierra cadmea!

»Esta Tebas donde nació el liberador Baco, amigo del evohé ritual, y en la que estableció sus fiestas báquicas, es la ciudad que tú ordenas arrasar desde sus cimientos. ¿Ves tú arder el recinto sagrado de Heracles, el fundador de tu linaje y del de tu padre Filipo? Ignorando que es tu propio santuario, ¿quieres reducirlo a llamas? ¿Por qué ultrajas a los progenitores de tus padres, tú, que eres de la familia de Heracles y del ilustre Baco?

Después de tantas súplicas, Ismenias se postró en tierra ante los pies del rey Alejandro. El macedonio fijó en él su mirada y, rechinando los dientes y exhalando ira, le dijo estas frases:

—¡Perversísimo animal, execración de los dioses, villano vástago de raigambre bárbara, tú, reliquia de criminales pesadumbres! ¿Con decirme tus parlamentos sofísticos y amañados, pensabas engañar a Alejandro? Arrasaré toda la ciudad y la reduciré a cenizas por el fuego, y os destruiré a todos vosotros después de asolar vuestra patria. Porque si tú conoces ahora toda mi estirpe y de dónde procedo y quiénes me engendraron, ¿no te era posible proclamarlo a los tebanos?

»¡Que Alejandro es nuestro pariente! ¡No nos sublevemos contra nuestro conciudadano, démosle el mando militar y seamos aliados suyos nosotros, conciudadanos y parientes de Alejandro! ¡Es una gloria para nosotros, desde nuestra más remota raigambre, que los macedonios se unan a los tebanos!

»Pero cuando ya no tenéis nada firme en vuestra defensa y vuestra fuerza ha sido aplastada en la batalla, entonces viene el cambio y la súplica insensata, que no puede borrar el hecho de vuestra impotencia en el combate contra Alejandro. Pero no os ha de librar ni a Tebas ni a

ti del castigo. Yo incendiaré Tebas. En cuanto a ti, Ismenias, el famoso flautista, te ordeno que de pie sobre los restos del incendio toques tu flauta y que resuene el son de tu doble instrumento en honor de la toma de Beocia.

Después de decir esto, ordenó a sus tropas arrasar los muros de siete puertas y la fortaleza de Tebas. De nuevo el Citerón vio correr por él coros de tebanos y el mismo Ismeno llevaba su curso teñido de sangre. Cayeron derribados los muros y la ciudad de Tebas. Y toda la tierra, abrumada por los cadáveres y por las casas derrumbadas entre muchos llantos, con hondos gemidos mugía.

Ismenias iba tocando el son doble de su instrumento por entre las ruinas, como se lo había mandado el macedonio Alejandro.

Después de que cayeron los muros todos de los cadmeos y el palacio de Lico y la mansión de Lábdaco, como piadoso recuerdo de la educación antigua, quedó solo en pie la casa de Píndaro, en la que había vivido de niño y gozó el don de las musas, como asiduo discípulo de su viejo maestro de lira.

Después de degollar a muchos hombres en la ciudad, dejó Alejandro vivos a unos pocos y en libertad, y borró el nombre de sus familias. Dijo, pues, que Tebas ya no se llamaría Tebas, sino que la ciudad de aquellos ya no sería ciudad, y quedaría como una sombra anónima para el futuro.

Así ocurrió en Tebas. Como antaño, al edificarse y completarse las murallas, la lira de Anfión con sus melodiosos sones acompañó la ejecución de los muros, su demolición la acompañó la flauta de Ismenias. Lo que fuera edificado al son de una melodía, de nuevo se derrumbó al son de una música melodiosa.

Casi todos los tebanos perecieron con su ciudad. A los pocos que quedaron con vida les dio la proclama Alejandro de que, a cualquier ciudad que llegaran, ellos fueran gente sin ciudadanía. Y desde allí se encaminó a otras regiones.

47. Los tebanos supervivientes enviaron a Delfos a consultar al oráculo sobre si alguna vez resurgiría Tebas del todo. Apolo les dio esta profecía oracular:

«Hermes, Alcides y el boxeador Polideuces, los tres en competición atlética, te fundarán de nuevo, Tebas».

De acuerdo con el oráculo dado, los tebanos aguardaban el futuro.

Alejandro acude a Corinto y allí toma parte en el certamen que se celebraba por los Juegos Ístmicos. Los corintios le invitan a dirigir el certamen. Acudió él y ocupó la presidencia. A él se presentaban entonces los participantes y los vencedores eran coronados por Alejandro. E incluso daba él las recompensas a los que habían

competido victoriosamente. Entre los atletas había uno, un hombre extraordinario, tebano por su familia, llamado Clitómaco, que se había inscrito para la palestra, el pancracio y el boxeo, en las tres pruebas. Ya en el estadio, en los combates de palestra, por medio de muy hábiles y variadas presas de lucha, derribó a sus adversarios, de tal modo que obtuvo el elogio de Alejandro. Al presentarse a recibir la corona de la palestra, le dijo Alejandro:

—Si vences también en los otros dos concursos en los que te inscribiste, te impondré las tres coronas y te concederé cualquier petición que me hagas.

Como resultó vencedor también en el boxeo y el pancracio, además de la palestra, llegó ante Alejandro para recibir las tres coronas.

El heraldo le preguntó:

—¿Cómo te llamas y de qué ciudad eres, para proclamar tu nombre?

Contestó:

—Me llamo Clitómaco, y no tengo ciudad patria.

El rey exclamó:

—¡Ah, valiente! Tú, que en esa situación eres un atleta famoso, vencedor en el mismo estadio de las tres competiciones: de la palestra, el boxeo y el pancracio, ¿tras de ser coronado por mí con las coronas de acebuche, careces de una ciudad patria?

Respondió Clitómaco:

—La tenía antes de ser rey Alejandro, pero por la acción del rey Alejandro perdí mi patria.

Comprendiendo Alejandro lo que quería decir y lo que iba a pedirle, le dijo:

—¡Que de nuevo se funde Tebas para honor de los tres dioses, Hermes, Heracles y Polideuces, para que sea por mi propio don y no por tu petición!

Y así se cumplió el oráculo de Apolo:

«Hermes, Alcides y el boxeador Polideuces, los tres en competición atlética, te fundarán de nuevo, Tebas».

LIBRO II

1. Alejandro, en su camino de regreso, cruzó por Platea, una ciudad poblada por atenienses, donde se rinde culto a Core (Perséfone). Y entró en el santuario de la diosa, mientras estaban tejiendo su manto sagrado. La sacerdotisa le saludó:

—¡En buen momento entraste, rey magnífico; serás ilustre en todo el país y derramarás el esplendor de tu gloria!

Y Alejandro la agasajó con oro.

Pero unos días después penetra, en el santuario de la diosa, Estaságoras, el general de los plateenses, y la sacerdotisa le saluda así:

—¡Estaságoras, vas a ser eliminado!

Él se puso furioso y le dijo:

—¡Oh, indigna de tu sacerdocio, que cuando acudió Alejandro le adoraste y a mí me dices que seré eliminado!

Ella respondió:

—No te enfurezcas por eso. Pues los dioses lo indican todo por signos a los hombres, sobre todo respecto a los ilustres. Cuando Alejandro se presentó aquí, nos halló en el momento de cubrir de púrpura el vestido de la diosa. Por eso me expresé así con él. Pero tú has llegado cuando el vestido está concluido y se eliminaban los restos de la tela. Así que es evidente que tú serás eliminado como ella.

Entonces el general mandó que la sacerdotisa fuera privada de su sacerdocio con estas palabras:

—Tú te has emitido para ti misma la explicación al signo.

Apenas se enteró Alejandro, le depuso a él de su cargo de general y restableció a la sacerdotisa en su puesto.

Estaságoras se marcha, a escondidas de Alejandro, a Atenas —ya que había sido nombrado allí para su cargo de general— y les relata a los atenienses, con muchos sollozos, su deposición. Ellos se encolerizan no poco y llenan de injurias a Alejandro. Alejandro, al enterarse, les envió una carta que decía así:

«El rey Alejandro advierte a los atenienses. Desde que yo he recibido el reino después de la muerte de mi padre, he puesto en orden a las ciudades de esta zona y a muy amplias regiones con mis mandatos. A todos cuantos me han saludado como rey y consentido en ser mis aliados los he tratado bien, y destruí a los tebanos por portarse mal, arrasando su ciudad desde los cimientos. Ahora que voy a internarme en Asia os exhorto, atenienses, a que me despidáis lealmente. Y yo os escribo el primero, porque estáis en rebelión, no un montón de palabras ni de letras, sino solo lo fundamental. No toca

mandar a los súbditos, sino a los dominadores. Con llana expresión: u os hacéis más fuertes u os sometéis a los más fuertes, y pagaréis un tributo anual de mil talentos».

2. Los atenienses leyeron su mensaje y le contestaron:

«La ciudad de los atenienses y los diez mejores oradores decimos a Alejandro: Nosotros ya en vida de tu padre nos vimos muy afligidos por él y nos alegramos mucho cuando murió, acordándonos del muy dañino Filipo. Lo mismo sentimos contra ti, hijo audacísimo de Filipo. Reclamas a los atenienses un tributo anual de mil talentos, es decir, que tienes un pretexto audaz para tu deseo de guerra. Si lo decides, preséntate acá. Estamos preparados».

Les contestó por escrito el rey Alejandro:

«He enviado por delante a nuestro general León a toda prisa, para que os corte las lenguas y me las traiga, para que saque de entre vosotros a esos insensatos oradores, y luego voy a pegar fuego a Atenas si no cumplís lo ordenado. Entregadnos a los diez oradores que os dirigen, a fin de que, después de deliberar sobre nuestras disensiones, tenga piedad de vuestra patria».

Le replicaron por escrito:

«No lo haremos».

Y unos días después celebran una asamblea para decidir lo que han de hacer. En la deliberación se levanta el orador Esquines y dice:

—Atenienses, ¿a qué esta tardanza en la decisión? Si preferís enviarnos, marcharemos con ánimo valiente. Alejandro es hijo de Filipo. El padre se crio en el ambiente brutal de las guerras, pero Alejandro está educado por las enseñanzas de Aristóteles y nos había solicitado esa educación. Por lo tanto, se arrepentirá al ver a nuestros maestros y tendrá rubor en presencia de los que le educaron para la monarquía, y variará la decisión que alberga contra nosotros, optando por la benevolencia.

Mientras hablaba Esquines se levanta Démades, un orador valeroso, y le interrumpe con estas palabras:

—¿Hasta cuándo, Esquines, vas a proferir tus consejos afeminados y cobardes ante nosotros, para que no nos enfrentemos contra aquel en guerra? ¿Qué demonio te ha inspirado para pronunciarlos? Tú, que habías hecho tamañas arengas, que habías incitado a los atenienses a guerrear contra el rey de Persia…, ¿ahora exhortas a los atenienses a la cobardía y les haces temer a un tirano, que es solo un muchacho osado, que hereda la audacia de su padre? ¿Por qué vamos a temer entablar combate con él? Los perseguidores de los persas, los que derrotamos a los lacedemonios, los que vencimos a los corintios y además expulsamos a los megarenses, batallamos contra los focenses y

destruimos Zacinto, ¿vamos a temer guerrear contra Alejandro? Eso que dice Esquines: «Se acordará de nosotros, sus maestros, y sentirá vergüenza ante nuestra presencia», es ridículo. A todos nosotros nos ha afrentado al deponer a Estaságoras de su cargo de general, en el que nosotros lo colocamos. Ya por su cuenta ultrajó la justicia en Platea. ¡Y dices tú que, al vernos, sentirá vergüenza ante nuestra presencia! Antes bien nos apresará desnudos y nos castigará.

»De modo que vamos a guerrear contra el necio de Alejandro y no hagamos caso de si tiene a su favor la juventud. Porque la juventud no es garantía. Pues tiene capacidad para pelear con valor, pero no para meditar con justicia. A los tirios, dice, los ha arrasado. Porque eran impotentes. Asoló la ciudad de los tebanos, que no eran tan impotentes, pero que estaban fatigados por sus numerosas guerras. Hizo cautivos de guerra a los peloponesios… No fue él, sino la peste y el hambre lo que acabó con ellos. En otra ocasión Jerjes ocupó el mar con sus naves, sembró la tierra con sus ejércitos, cubrió el aire con sus venablos y llenó Persia de cautivos. Y, sin embargo, nosotros le pusimos en fuga, incendiamos sus naves, combatiendo con Cinegiro, Antifonte, Mnesócares y los demás caudillos. ¿Y ahora vamos a temer guerrear contra Alejandro, un muchacho atrevido, y contra los sátrapas y capitanes que le rodean, todavía más insensatos que él? ¿Es que queréis enviarnos, a los diez oradores que ha reclamado? Si os conviene, haced vuestros cálculos. No obstante, quiero advertiros esto previamente, atenienses, que muchas veces diez perros con sus valientes ladridos salvaron por sí solos el rebaño entero de las ovejas que se hallaban atemorizadas ante los lobos.

3. Después de la arenga de Démades, los atenienses animaban a Demóstenes a levantarse y aconsejarlos acerca de la salvación común. Él tomó la palabra y dijo:

—¡Conciudadanos! Y no voy a decir atenienses. Lo haría si fuera extranjero. Pero ahora se trata de la salvación común de todos, cuando se trata de combatir o ceder ante Alejandro. El caso es que Esquines ha usado un discurso moderado frente a vosotros, sin incitaros a combatir, como hombre viejo y experimentado en hablar en muchas asambleas. Démades, en cambio, como joven que es, con la audacia propia de la edad, ha hablado así: «Pusimos en fuga a Jerjes, cuando Cinegiro y los demás nos acaudillaban». Pues bien, Démades, devuélvenoslos aquí ahora, y lucharemos de nuevo. Confiaremos en ellos por la fuerza de su renombre. Pero si no los tenemos de nuevo, de ningún modo combatiremos, pues cada momento histórico tiene su propia capacidad y su exigencia.

»Los oradores somos capaces de hablar en público, pero somos ineptos para tomar las armas. Aunque Jerjes era grande por su

inmensa hueste, sin embargo, era un bárbaro, y fue derrotado por la inteligencia superior de los griegos. Pero Alejandro es griego y ya ha trabado trece guerras sin ser vencido en ninguna, sino que la mayoría de las ciudades lo han acogido sin entablar batalla.

»Es que, dice este, eran débiles los tirios. No obstante, los tirios se enfrentaron con Jerjes en combate naval y pegaron fuego a sus naves. ¿Cómo que los tebanos estaban debilitados? Ellos, que desde la fundación de su ciudad guerrearon y jamás fueron vencidos, ahora fueron esclavizados por Alejandro. Los peloponesios, dice, fueron derrotados no por él, sino por el hambre. Con todo, Alejandro les envió en esa ocasión trigo desde Macedonia. Su sátrapa Antígono le preguntó: «¿Envías trigo a los que vas a combatir?». Y contestó el macedonio: «Precisamente por eso, para así vencerlos yo en la batalla y que no sean destruidos por hambre».

»Y ahora os irritáis porque él ha despedido a Estaságoras. Pero este fue el primero en provocar la revuelta, al decir a la sacerdotisa: «Por ese oráculo, ya ves, yo te expulso de tu cargo sacerdotal». Y Alejandro, al comprender que procedía con insensatez, lo expulsó de su mando de general. ¿Es que no era motivo para indignarse contra el rey? Se enfrentó, dice, Estaságoras con el rey, y están en pie de igualdad un rey y un general. ¿Qué reprocháis a Alejandro, que depuso a Estaságoras? Es que Estaságoras, dice, era un general ateniense. Sin embargo, Alejandro os trató injustamente por hacer solo esto: ¡devolver a nuestra sacerdotisa su cargo profético!

4. Este discurso de Demóstenes fue acogido por los atenienses con grandes elogios y con un tumulto contradictorio. Entonces Démades callaba, Esquines lo aprobaba, Lisias aducía testimonios, Platón lo meditaba y los anfictiones lo sometían a votación; pero a todo el pueblo le pareció bien lo que había dicho Demóstenes. Y él añade:

—Aún diré en mi apoyo lo siguiente: dice Démades que Jerjes formó un muro en el mar con sus naves, que sembró la tierra con sus tropas, que cubrió el aire con sus flechas y llenó Persia de cautivos de guerra. Y ahora los atenienses van a elogiar justamente a un bárbaro por haber hecho cautivos a los griegos, cuando Alejandro, que es griego y que tomó consigo a griegos, no hizo cautivos a sus adversarios, sino que hizo su campaña militar y permitió a los que fueron sus enemigos combatir como aliados suyos, diciendo así en público: «Seré el amo del mundo, beneficiando a mis amigos y haciendo amigos a mis enemigos» .

»Y ahora, atenienses, ya que sois amigos y maestros de Alejandro, no podéis llamaros enemigos suyos. Pues sería vergonzoso que vosotros, sus maestros, aparecierais como necios y que vuestro discípulo se mostrara más sensato que sus educadores.

»Ninguno de los reyes griegos fue a Egipto a no ser Alejandro, que lo hizo no con intención de guerrear, sino para obtener un oráculo sobre dónde fundaría una ciudad de eterno recuerdo con su nombre.

»Lo recibió, plantó sus cimientos y la creó. Puesto que desde el principio toda esa construcción avanza con diligencia, está claro que pronto llegará a concluirse. Sucedió que Egipto estaba regido por los persas, y como los egipcios pensaron en combatir al lado de Alejandro contra ellos, les respondió el inteligente muchacho: «Es mejor para vosotros los egipcios que cuidéis de las crecidas del Nilo y trabajéis la tierra que el armaros de la furia de Ares». Y con su palabra sometió a Egipto.

»Pues nada es un rey, si no tiene una tierra productiva. Así, pues, Alejandro fue el primero de los griegos que se adueñó de Egipto, y de este modo fue el primero en ser rey de griegos y bárbaros. ¿A cuántos ejércitos nutrirá aquella comarca? No solo a los que se asientan cerca de ella, sino también a los que combaten en otra guerra. ¿Cuántas ciudades vacías abastecerá de hombres para su poblamiento? Del mismo modo que es fértil en trigo, tanto es abundante en hombres. Lo que le pida su rey, lo ofrecerá de buen grado… ¿Y vosotros, atenienses, queréis guerrear contra Alejandro, que tiene un dominio tan grande para cubrir todas las necesidades de su ejército? Tal vez sería muy de vuestro agrado y vuestra ilusión, pero la ocasión no lo reclama.

5. Cuando así hubo hablado Demóstenes, de común acuerdo todos decidieron enviar a Alejandro una corona de victoria de cincuenta libras de oro, junto con unos decretos de gratulación y con algunos ilustres embajadores. Pero no le enviaron a los diez oradores. Los embajadores se presentaron en Platea y entregaron los decretos al rey. Este los leyó y, al enterarse de los discursos de Esquines y de Demóstenes a la asamblea y de la votación de los anfictiones, les escribió esta carta:

«¡Alejandro, el hijo de Filipo y de Olimpíade (no voy a llamarme aún rey, hasta que haya sometido todos los bárbaros a los griegos), os saluda! Yo os mandé a pedir que me enviarais a los diez oradores, no para castigarlos, sino para abrazarlos como a mis maestros. Pues no me decidí a llegarme ahí con mi ejército, para que no sospecharais de mí como un enemigo, sino que prefería ir con los diez oradores en lugar de con mi ejército, para apartaros de cualquier temor.

»Pero vosotros os habéis portado de modo diferente conmigo, probando de nuevo por vuestra propia irreflexión cómo os habéis conducido tantas veces con los macedonios, aprovechando la ocasión. Así, cuando mi padre Filipo guerreaba contra los zacintios, os hicisteis aliados de estos; en cambio, cuando vosotros combatíais contra los

corintios, los macedonios acudieron como aliados vuestros y derrotaron a los corintios. Es justo que hayamos recibido una compensación económica de vosotros, por lo que hicimos en vuestro favor. Por lo tanto, no guardéis temor por todos vuestros errores pasados, confiando en mi palabra de que no voy a vengarme de vosotros, ensoberbecido de mi regio poder. Aunque a duras penas hubiera desistido de hacerlo, de no ser también yo ateniense… ¿Cuándo favorecisteis en las deliberaciones a las personas de mejor fama entre nosotros? Desterrasteis a Demóstenes, al enviarlo de embajador vuestro a la corte de Ciro, de acuerdo con vuestra conveniencia. Ultrajasteis a Alcibíades, que fue un excelente general vuestro. Matasteis a Sócrates, el educador de Grecia. Fuisteis desagradecidos con Filipo, que en tres guerras os socorrió como aliado. Hacéis reproches a Alejandro por culpa de Estaságoras, un general que os ha injuriado a vosotros y a mí. Pues él depuso a la sacerdotisa de la diosa (Perséfone), que era una ateniense, y yo la devolví a su cargo de profetisa. Nos hemos enterado de la discusión pública de los oradores ante vosotros, de que Esquines os aconsejó razonablemente, que Démades os arengó valerosamente y que Demóstenes os ayudó a decidir lo conveniente. Conque seguid de nuevo, atenienses, sin temer sufrir ningún daño de mí. Porque me parece que sería absurdo que yo guerree contra los bárbaros por la libertad y que destruyera Atenas, el teatro de la libertad».

6. Después de enviar estos mensajes, Alejandro recoge su ejército y llega a Lacedemonia. Los lacedemonios, que querían demostrarle su gallardía y avergonzar a los atenienses por haberse atemorizado ante él, cerraron los portones de su ciudad y se apelotonaron en sus naves. Pues eran marinos de guerra más que combatientes de tierra. Cuando él se enteró de esta preparación, les envía esta carta:

«Alejandro escribe a los lacedemonios:

»En primer lugar apruebo que conservéis el renombre que de vuestros antepasados habéis recibido… Ellos fueron guerreros invictos… Pero ved que ahora no seáis derribados de vuestra fama y que, por querer demostrar vuestro coraje ante los atenienses, no quedéis en ridículo ante ellos al ser derrotados por Alejandro. De modo que bajad de las naves por vuestra propia voluntad, para que el fuego no os reduzca a cenizas».

Aunque leyeron su carta, no se dejaron persuadir, sino que salieron a presentar batalla, de modo que unos cayeron con sus armas combatiendo sobre sus muros, y otros ardieron en sus naves.

Los supervivientes vinieron ante él como suplicantes y le imploraron que no los esclavizara. Contestó:

—Cuando yo vine para persuadiros, no me hicisteis caso. Ahora

que la nave se transformó en carbón, venís a suplicarme. Pero no os lo reprocho. Por manteneros en vuestro prestigio, por haber rechazado a Jerjes, pensasteis hacer lo mismo con Alejandro, y no consentisteis en el avance de nuestras armas.

Después de darles esta respuesta y celebrar un sacrificio conjunto con sus generales, dejó a los lacedemonios su ciudad sin destruir y sin fijarles tributos de guerra.78ª

De modo que pronto levantó Alejandro su campamento y partió a través de Cilicia hacia las regiones de los bárbaros.

7. Darío había congregado a los jefes de los persas y deliberaban conjuntamente qué debían hacer. Decía Darío:

—Según veo, a medida que avanza la guerra, aumenta en tamaño. Antes, incluso yo sospechaba que Alejandro planeaba como un bandido. Pero él actúa con proyectos regios. Y en la medida en que nosotros los persas nos consideramos grandes, resulta mayor Alejandro por su ambicioso designio. ¡Y nosotros le enviamos un látigo y una pelota, para que jugara y recibiera educación! Así que, apercibamos lo conveniente para corregir el rumbo de los acontecimientos; no sea que, por menospreciar a Alejandro como algo insignificante y enalteciéndonos del grandioso imperio de los persas, nos encontremos conquistados en toda nuestra tierra. Que temo que lo mayor se encuentre por debajo de lo más pequeño, en caso de que el azar y la providencia consientan una transferencia de la corona. Ahora es conveniente para nosotros, a fin de conservar nuestro mando sobre los bárbaros y no arriesgarnos a perder también Persia, que no intentemos rescatar Grecia.

Pero Oxidelcis, el hermano de Darío, le replica:

—¡Ahora enalteces a Alejandro y le permites la audacia de avanzar contra Persia, después de cederle la Grecia! Imítale, más bien, tú y así conservarás, con poder, tu reino. Pues él no ha confiado a generales ni a sátrapas la guerra, como hiciste tú; sino que es el primero en avanzar contra sus enemigos y combate en la vanguardia de sus tropas, y al combatir se despoja de su pompa real, y recobra, después de la victoria, su majestad.

Darío le dijo:

—¿En qué voy a imitarle?

Le contestó entonces otro general:

—En este carácter: Alejandro lo supera todo sin demorarse en nada, sino que lo hace todo con decisión, de acuerdo con su audacia natural. Hasta su propia figura resulta en todo como la de un león.

Darío le dijo:

—¿Cómo lo sabes tú?

Contestó aquel:

—Cuando me enviaste, rey, a la corte de Filipo, observé los temores que suscitaba Alejandro en Macedonia, su aspecto, su inteligencia y su carácter. De modo que ahora tú, rey, manda a buscar a tus sátrapas y a todas las gentes bajo tu poder, de los persas y los partos y los medos, los elimeos y los babilonios, que habitan en Mesopotamia y la región de Odinas, por no citar también los nombres de los de Bactria y de la India —pues quedan allí muchos pueblos a tu mando—, y forma con ellos un ejército. Tal vez te sea posible atraer a los dioses a nuestra alianza y derrotar a los griegos; o, por lo menos, espantar a nuestros enemigos con el número de tales masas de guerreros.

Después de escucharlo, contestó Darío:

—Has dado un buen consejo, pero que no valdrá. Porque un solo ataque impetuoso de los griegos pone en fuga a los bárbaros, del mismo modo que un solo lobo tiene fuerza para acosar a un rebaño de ovejas.

Después de hablar así, Darío ordena que se congreguen sus multitudinarias huestes.

8. Alejandro, que hacía su camino a través de Cilicia, llegó al río denominado Océano.[79] Su agua era de curso torrencial, y, al verlo, Alejandro deseó bañarse en el río. Desvistióse luego y se zambulló en el agua, que estaba muy fría. Y le resultó dañino. Del enfriamiento que cogió le dolía la cabeza y todo el cuerpo y quedó postrado en muy mal estado.

Los macedonios, ante la postración de Alejandro y sus graves dolores, se debilitaron en sus ánimos, temiendo que Darío se enterara de la enfermedad de Alejandro y los atacara. Así el alma sola de Alejandro conmovía las tan numerosas almas de sus tropas.

Y entonces un médico, de nombre Filipo, se ofreció para dar a Alejandro un brebaje que le librara de la enfermedad. Alejandro se mostró dispuesto a aceptarlo. Filipo preparaba la medicina, cuando le entregaron a Alejandro una carta enviada por Parmenio, uno de sus generales, que decía:

«Darío comunicó a tu médico Filipo que, en cuanto tuviera oportunidad, te eliminara con un veneno, con la promesa de darle en matrimonio a su propia hermana y asociarlo a su monarquía. Y Filipo se comprometió a hacerlo. Guárdate, pues, rey, de Filipo».

Alejandro, después de recibir y leer la carta, no se alteró. Porque conocía cuál era la disposición de Filipo para con él. Puso entonces la carta junto a su cabecera. Acercose el médico Filipo y dio al rey Alejandro a beber la copa de su medicina con estas palabras:

—¡Bebe, soberano rey, y te liberarás de tu enfermedad!

Alejandro la tomó y dijo:

—Bien, ya bebo.

Y se la bebió en seguida. Después de haber bebido, entonces le ofreció la carta. Tras leer Filipo para sí[80] la acusación escrita, dijo:

—Rey Alejandro, no me hallarás acorde con estos informes.

Cuando Alejandro se repuso de su enfermedad, abrazó a Filipo y le dijo:

—Ya viste qué idea tengo de ti, Filipo. Pues recibí la carta antes de tomar tu medicina, y luego bebí el fármaco confiándome a tu buen nombre. Sabía, pues, que Filipo no había tramado traición contra Alejandro.

Le respondió Filipo:

—Soberano rey, castiga al que te envió la carta, a Parmenio, de manera adecuada. Porque él muchas veces intentó persuadirme de que te matara con un veneno, en pago de lo cual yo recibiría a la hermana de Darío, Dadifarta, en matrimonio. ¡Y por haberme negado yo, mira a qué cruel muerte me expuso!

Tras haber comprobado esto y encontrado inocente a Filipo, Alejandro depone y traslada a Parmenio.

9. Desde allí, al mando de su ejército llegó Alejandro a la región de los medos.[81] Se aprestaba a conquistar la gran Armenia. Después de esclavizarla marchó durante varios días por unos terrenos desérticos y entre desfiladeros, hasta que a través de Ariana se presenta ante el río Éufrates. Allí hizo construir un puente con ligera armazón y planchas de hierro y dio orden al ejército de cruzar por él. Como vio que sus soldados se atemorizaban, manda que las bestias de carga y los carros de la impedimenta y los víveres de todos crucen primero, y después las tropas. Los soldados estaban temerosos, al contemplar la corriente del río, de que se desligaran las planchas de hierro. Como no se atrevieran a pasar aún, tomó Alejandro consigo a los jefes de su guardia y fue el primero en cruzar. Luego ya toda la formación pasó al otro lado.

Luego, al punto, ordenó Alejandro que la construcción sobre el río Éufrates fuera destruida. Todo el ejército se indignaba por ello y muy amedrentados murmuraban los soldados:

—Rey Alejandro, si ocurriera que en la guerra tuviéramos que retirarnos ante los bárbaros, ¿cómo podemos entonces encontrar nuestra salvación de vadear el río?

Alejandro, al ver su temor y al percibir el tumulto que movían, reunió a todos sus batallones y les arengó así:

—¡Compañeros de guerra, buenas esperanzas de victoria me dais,

meditando en retirarnos vencidos! Por eso precisamente he ordenado destrozar el puente, para que venzáis en el combate y no os retiréis vencidos. La guerra no consiste en huir, sino en perseguir. De cualquier modo emprenderemos nuestra marcha de regreso a Macedonia una vez que volvamos victoriosos. Porque el encuentro en la batalla es como un juego para nosotros.

Al expresarse así, Alejandro levantaba la admiración de sus soldados, que animosamente se preparaban al combate. Y luego montaron sus tiendas de campaña para acampar allí.

De igual modo, el ejército de Darío acampaba más arriba, junto al río Tigris. Encontráronse frente a frente y ambas formaciones combatían con valor unas contra otras. Sucedió que uno de los persas que se había puesto una armadura macedonia llegó hasta las espaldas de Alejandro como si fuera un aliado de los macedonios, y le hendió el casco de un golpe. Al instante fue capturado por la escolta y le llevaron ante Alejandro bien atado. Alejandro, que creyó que era un macedonio, le preguntó:

—Ah, valiente, ¿qué te indujo a hacer eso?

El otro contestó:

—Rey Alejandro, que no te despisten mis armas macedonias. Soy un persa, un sátrapa de Darío, que acudí a Darío y le dije: «Si te ofrezco la cabeza de Alejandro, ¿qué me darás en pago?». Él me prometió una región de su reino y su hija en matrimonio. Entonces yo, para llegar hasta ti, me puse este uniforme macedonio, y por no conseguir mi objetivo estoy ahora encadenado ante ti.

Después de oírle, Alejandro hizo desfilar a todo el ejército para que todos le vieran y luego le liberó. Dijo ante su ejército:

—¡Hombres de Macedonia, de tal audacia deberían ser los soldados en la batalla!

10. Al faltarles a los bárbaros los alimentos necesarios, se retiraron hacia la región de Bactria. Alejandro permaneció allí y estableció su dominio en todo aquel territorio.

Otro sátrapa de Darío se presentó a Alejandro y le dijo:

—Yo soy sátrapa de Darío. He dirigido grandes empresas suyas en la guerra y no he obtenido su agradecimiento por mis servicios. Dame, pues, diez mil soldados con armas y te entrego a mi rey Darío.

Le contestó Alejandro:

—¡Márchate y socorre a tu soberano Darío! Que no voy a confiarte extranjeros a ti, que traicionas a los propios.

Entonces los sátrapas de aquellos territorios le escribieron a Darío acerca de Alejandro de este modo:

«¡Salud a Darío, el Gran Rey! Ya antes a toda prisa te dimos noticia

del avance de Alejandro, acometido contra nuestro pueblo. Ahora de nuevo te notificamos que él ya está cerca. Incluso asedia nuestra región y ha aniquilado a muchísimos persas de los nuestros. Incluso nosotros mismos corremos el riesgo de perecer. Apresúrate, pues, con grandes efectivos para anticiparte a él y no le permitas que avance sobre ti. Porque el ejército macedonio es potente y muy numeroso y a nosotros nos puede. ¡Mantente firme!».

Darío recibió la carta y la leyó; luego envía a Alejandro otra misiva en estos términos:

«Invoco al gran Zeus como testigo de lo que tú has hecho contra mí. Considero que mi madre ha partido ya hacia los dioses, que ya no tengo esposa y que mis hijos no nacieron jamás. Yo no he de cesar en la venganza de las injurias que has cometido. Me han escrito que te comportaste de modo justo y piadoso con los míos. Si hubieras actuado justamente, habrías recibido un pago justo de mí. Pero ahora está en tu poder no perdonar a los míos. Aplícales duros tratos de castigo, ya que son la familia de tus enemigos. Pues que ni por tratarlos bien me vas a tener por amigo, ni por hacerles daño me volverás enemigo tuyo».

Al recibir y leer la carta, Alejandro sonrió y le contestó esto:

«¡Alejandro rey, a Darío, salud!

»Tus vanas estupideces y tus cargantes y tontas cháchara han merecido hasta el colmo el odio de los dioses. ¿Y no te avergüenzas de tus torpes palabras y necias intenciones?

»He honrado a los tuyos no por temor a ti, ni porque confiara en llegar a un arreglo contigo, a fin de que vinieras a darnos las gracias.

»¡No acudas a nuestra presencia! Ya que no es digna nuestra corona de la corona tuya. Sin embargo, no vas a impedirme la piedad para con todos, sino que incluso voy a mostrar mi buena disposición más extrema hacia los tuyos esta vez.

Es la última carta que te escribo».[82]

11. Después de escribir esto a Darío, Alejandro quedó preparado para la batalla. Y escribió a todos los sátrapas a sus órdenes del modo siguiente:

«¡El rey Alejandro saluda a todos los sátrapas a sus órdenes, de Frigia, Capadocia, Paflagonia, Arabia y todos los demás! Quiero que preparéis cotas de malla en gran cantidad y nos las enviéis a Antioquía, en Siria. Remitidnos los armamentos que habéis preparado. Pues están preparados tres mil camellos desde el río Éufrates hasta Antioquía de Siria[83] para el transporte, según habíamos ordenado, de modo que así obtengamos el servicio sin demoras. Luego incorporaos a nosotros con toda premura».

Escribieron también a Darío sus sátrapas de este modo:

«Tenemos reparos de escribirte cosas como estas, pero nos vemos obligados por los acontecimientos. Has de conocer, rey, que el caudillo de los macedonios, Alejandro, ha dado muerte a dos de nosotros, los príncipes de tu reino, y que algunos de tus príncipes se han pasado a Alejandro con todo su harén».

Al leerlo, Darío escribe a los generales de su círculo próximo y a sus sátrapas que se dispongan y apresten en orden de combate. Escribió también a los reyes de las proximidades así:

«Darío, Rey de Reyes, os saluda. Como quienes van a enjugarse el sudor, vamos nosotros a establecer la lucha definitiva con el desgraciado pueblo de los macedonios».

Ordenó también al ejército persa estar preparado. Escribió luego a Poro, el rey de los indios, pidiéndole su auxilio.[84]

12. Al recibir el rey Poro la carta de Darío y leer en ella las desgracias que le acaecían, se entristeció. Y le responde así por escrito:

«Poro, rey de los indios, a Darío, rey de los persas.

»Te saludo. Al leer lo que nos escribiste me he apenado mucho y estoy lleno de preocupación, queriendo acompañarte y deliberar contigo sobre lo conveniente, pero me encuentro impedido por la enfermedad de mi cuerpo que me retiene. Pórtate, pues, con ánimo valeroso en la idea de que nosotros estamos a tu lado, y no podemos soportar esa insolente ofensiva. Sobre lo que desees, escríbenos. Tienes, pues, a tu disposición las fuerzas que están bajo mi mando, y aun las tribus más lejanas atenderán mis órdenes».

Al enterarse de los acontecimientos la madre de Darío, le envió un mensaje que había escrito en estos términos, en secreto:

«Saludo a mi hijo Darío. He oído que congregas gentes con la intención de entablar otra guerra contra Alejandro. No revoluciones el universo, hijo. Pues el futuro es incierto. Deja entonces tus esperanzas para mejor ocasión y no te arriesgues a perder la vida al forzar bruscamente la ambigua situación. Por lo que a nosotros respecta, estamos rodeados de la máxima honra en poder del rey Alejandro. Y no me apresó como madre de un enemigo, sino que me ha dado una amplia escolta personal. Por eso confío en que podéis llegar a un buen pacto».

Al leer esta carta, Darío lloró, acordándose de su familia. Pero al tiempo que se hallaba angustiado, accedía a la guerra.

13. Alejandro, con un numeroso ejército, se presenta en país persa. Los muros altos de la ciudad[85] aparecieron a la vista de los macedonios. Traza entonces un plan sagaz Alejandro. Hizo apartar de

sus praderas a los ganados que pastaban por allí, y mandó desgajar ramos de los árboles y atarlos a sus lomos, y que los rebaños marcharan detrás de sus tropas. Al arrastrarse sobre el suelo, los ramos levantaban el polvo que removían, y la nube de polvo amenazaba llegar al cielo, de modo que los persas sospecharon, al observar desde los muros, que se acercaba una inmensa muchedumbre de soldados. Y al hacerse de noche ordenó atar a los cuernos de los carneros del rebaño antorchas y velas y prender las llamas de estas. Los terrenos por allí eran llanos. Y se podía contemplar toda la llanura como una hoguera encendida. Y los persas se atemorizaron.

Llegaron, pues, cerca de la ciudad de Persia, a una distancia como de cinco millas. Allí pensaba Alejandro mandar a alguno a presencia de Darío para preguntarle dónde harían el encuentro de la batalla.

Se echa a dormir Alejandro en aquella noche y ve en sueños a Amón que se le presenta en figura de Hermes, con el cetro de heraldo, la túnica corta, con el bastón y el sombrero de viaje macedonio en su cabeza, diciéndole:

—Hijo Alejandro, ya que es momento de socorrerte, acudo a tu lado. El caso es que si tú envías un mensajero a Darío, te traicionará. Hazte tú tu propio mensajero y ve con la vestimenta que me ves llevar.

Alejandro le dijo:

—Es muy peligroso que yo, que soy rey, me haga mi propio mensajero.

Contesta Amón:

—Pero como tienes a un dios en tu socorro, nada malo te sobrevendrá.

Aceptó Alejandro este oráculo, se levanta alegre y lo comunica a sus sátrapas. Ellos le aconsejaban que abandonara su empresa.

14. Haciéndose acompañar por un sátrapa, Eumelo de nombre, y llevando consigo tres caballos, se puso en camino en seguida y llega hasta el río llamado Estranga.[86] Este río se hiela con los fríos, hasta el punto de solidificarse y hacerse tan pétreo que sobre él pueden cruzar incluso las bestias de carga y los carros. Luego, al cabo de días, se disuelve el hielo y se hace torrencial, de modo que arrastra y engulle a los que captura cruzando su corriente. Entonces encontró Alejandro helado el río. Revistiendo la indumentaria que en su sueño había visto llevar al dios Amón, montado sobre su caballo Bucéfalo, cruza solo. Aunque Eumelo solicitaba pasar con él al otro lado, por si era necesaria su ayuda en algún momento, Alejandro le dice:

—Quédate aquí con los dos caballos. Ya tengo, como auxiliador, al que me dio el aviso de tomar esta indumentaria y de ir solo.

El río tenía de anchura el largo de un estadio.[87] Después de alcanzar la otra orilla, Alejandro prosiguió su camino hasta llegar muy cerca de las puertas de Persia. Los centinelas de allá, al verle con semejante indumentaria, creyeron que era un dios. Le detuvieron y le preguntaron quién era. Les dijo Alejandro:

—Llevadme ante el rey Darío. A él ya le anunciaré quién soy.

En los alrededores, sobre una colina, estaba Darío. Allí hacía construir carreteras y ejercitaba a sus falanges como contra los macedonios. Con su extraño aspecto, Alejandro atrajo la atención de todos y por poco no se arrodilló ante él Darío, creyendo que era un dios bajado del Olimpo y vestido con ropajes bárbaros. Darío sentose, llevando su diadema de piedras preciosas, un vestido de seda con tejido babilonio de hilos de oro, la púrpura real y un calzado áureo con incrustaciones de pedrería que le cubría hasta las pantorrillas. En una y otra mano sostenía cetros, y columnas de tropas innumerables le rodeaban.

Darío le preguntó quién era, al verle con aquella vestimenta que jamás había visto.

Alejandro le contestó:

—Soy un mensajero del rey Alejandro.

Entonces le dice el rey Darío:

—¿Y a qué te presentas ante nosotros?

Alejandro le contestó:

—Yo te pregunto, ya que Alejandro está aquí, ¿cuándo vas a entablar la batalla? Date cuenta, pues, rey Darío, que un rey que demora el combate al punto queda en evidencia ante su rival como que tiene un alma débil para la pelea. Así que no des largas y anúnciame cuándo vas a entablar la batalla.

Darío contestó, enfurecido, a Alejandro:

—¿Entablo una batalla contigo o con Alejandro? ¡Tan ensoberbecido estás como el propio Alejandro y me respondes tan audazmente como si fueras mi igual! Pero ahora voy a mi comida habitual y comerás conmigo, ya que el propio Alejandro ofreció un banquete a los que envié con mis cartas.

Después de hablar así, Darío tomó de la mano a Alejandro y le introdujo en palacio. Este hecho túvolo Alejandro por buen presagio: era conducido de la mano por el rey. Y, entrando en su palacio, pronto se reclinó Alejandro en el primer puesto en el banquete de Darío.

15. Los persas observaban a Alejandro con asombro por la pequeñez de su cuerpo;[88] pero desconocían que en un pequeño recipiente se contenía la gloria de una celeste fortuna. Mientras ellos bebían repetidamente en sus copas, Alejandro tramó un plan notable.

A cuantas copas echaba mano se las guardaba dentro de su vestido. Los otros que lo vieron, se lo dijeron a Darío. Este se puso en pie y le dijo:

—¡Eh, amigo!, ¿por qué te embolsas esas copas durante tu asistencia al banquete?

Alejandro respondió, de acuerdo con su plan:

—Excelso rey, de manera generosa, siempre que celebra un banquete a sus jefes y oficiales de la guardia, Alejandro les obsequia los vasos. Pensaba que tú eras tan generoso como él, y creía que podía hacer esto con toda confianza.[89]

Los persas se quedaron boquiabiertos de admiración ante la explicación de Alejandro. Pues siempre cualquier cuento, si obtiene credibilidad, deja en éxtasis a los oyentes.

En el gran silencio que se produjo, fijó su mirada en Alejandro un tal Paragages, que era entonces general en Persia. Conocía realmente a Alejandro de vista, porque en un tiempo anterior había ido a Pela de Macedonia, enviado como embajador por el rey Darío a reclamar los tributos, y allí fue despedido por Alejandro, y allí lo conoció. Y después de mirar de arriba abajo a Alejandro detenidamente, se dijo a sí mismo:

«Este es el hijo de Filipo, aunque ha enmascarado sus rasgos. Pero muchos hombres se reconocen hasta por la voz, aunque permanezcan en la oscuridad».

En cuanto él estuvo convencido, con plena conciencia, de que aquel era Alejandro, acercándose a Darío le dijo:

—Darío, rey magnífico y soberano de todo el país, ese embajador es Alejandro en persona, el rey de los macedonios, el hijo del difunto Filipo, que sobresale en audacia.

Pero Darío y los demás comensales estaban muy embriagados. Apenas Alejandro oyó la advertencia hecha a Darío por Paragages en medio del banquete, comprendiendo que le había conocido, zafándose de todos, alzose de un brinco llevándose en las bolsas de su vestido las copas de oro, y escapó a escondidas. Montó en su caballo para huir del peligro. Luego encontró junto al portón de la muralla un centinela persa con unas antorchas en las manos; se las arrebató, le mató y escapó de la ciudad de Persia.

En cuanto Darío comprendió la situación, envió persas con armas a capturar a Alejandro. Pero Alejandro azuzaba su caballo y enderezaba su camino. Pues la noche era profunda y la oscuridad descendía del cielo. Muchísimos le perseguían sin alcanzarle. Unos, pues, se topaban por los caminos; otros, en medio de la tiniebla, caían a tropezones en las zanjas. En cambio, Alejandro era como un astro que asciende solitario y brillante por el cielo, y en su huida atraía a los persas a su

fracaso.

Darío, mientras tanto, se apesadumbraba echado sobre su canapé. Además de lo pasado, presenció un presagio. Ya que una imagen del rey Jerjes se desplomó desde el techo; imagen que el rey Darío apreciaba mucho porque era muy preciosa por su pintura.[90]

Alejandro, que se había puesto a salvo en aquella noche, llegó huyendo al alba al río Estranga. Y al tiempo que lo cruzaba, apenas alcanzaba su caballo la otra orilla y ponía sus patas delanteras en tierra, el río se deshelaba bajo el influjo de los rayos del sol. Al caballo, arrebatado por la corriente, se lo llevó el agua, pero ya había soltado en la orilla a Alejandro.

Los persas que le perseguían llegaron al río cuando Alejandro ya lo había traspasado. Y como ellos no podían cruzarlo, se volvieron. Pues el río era infranqueable para todos los humanos. Los persas, al regresar junto al rey Darío, le contaron la buena fortuna de Alejandro. Darío quedó asombrado de semejante prodigio y se entristeció mucho. Alejandro, al marchar a pie desde la orilla del río, encontró a Eumelo, que estaba descansando con los dos caballos que le había dejado, y le relató todos los sucesos.

16. Al llegar al campamento de sus tropas, al momento ordenó a las falanges de los griegos, llamando a cada grupo por su nombre, que se dispusieran con todas sus armas y que se aprestaran a enfrentarse a Darío. Él estaba en pie en medio de ellos dándoles ánimos. Y congregando todas sus huestes encontró que su número era de ciento veinte mil. Y desde un elevado cerro les exhorta con estas palabras:

—¡Compañeros del ejército! Aunque nuestro número es breve, sin embargo tenemos gran inteligencia y valor y fuerza por encima de nuestros enemigos persas. ¡Que ninguno de vosotros se crea más débil al ver la muchedumbre de los bárbaros! Pues cualquiera de vosotros al desnudar su espada aniquilará mil contrarios. Muchos son los miles de moscas que infestan el prado, y cuando las avispas zumban sobre ellas, las dispersan tan solo con el ruido de sus alas. Del mismo modo nada representa la muchedumbre frente a la inteligencia. Como cuando se presentan las avispas, nada valen las moscas.

Con este discurso, Alejandro infundió coraje a sus tropas. Los soldados eran personas de valor y aclamaban a Alejandro.

En su marcha llega hasta las regiones del río Estranga, esto es, hasta la misma ribera del río. Darío toma también sus fuerzas y llega también él al Estranga. Al verlo estrecho y helado lo cruzó y encaminóse y movió sus efectivos a través de la zona desértica, con la intención de atacar el primero de improviso a los soldados de Alejandro, de modo que los encontrara desprevenidos y los pusiera en desbandada.

Los heraldos se colocaron en el centro del campamento y llamaron al combate a los valientes. Todo el ejército de Darío revistiose de coraza y de todas las armas. Darío iba sobre un elevado carro y sus sátrapas se apostaban en sus carros armados de guadañas. Otros conducían mortíferas máquinas de guerra y lanzadardos mecánicos. A las tropas macedonias las acaudillaba Alejandro, montado en su caballo Bucéfalo. Nadie era capaz de aproximarse a este fiero caballo.

En cuanto uno y otro bando dio con gritería el toque de ataque, lanzaban unos piedras, disparaban los otros flechas, como una lluvia que cayera del cielo; otros lanzaban jabalinas y otros hondeaban bolas de plomo, de tal modo que ocultaban la luz del día. Enorme era la confusión de los que herían y los que caían heridos. Muchos caían muertos traspasados por los proyectiles, otros quedaban moribundos. Oscuro estaba el aire y sangriento. Ante la gran mortandad de persas en el fragor mortífero, Darío se aterrorizó y volvió las riendas de su carro armado de guadañas. Y al rodar entre sus gentes segaba muchos batallones de persas, como con su hoz cortan los campesinos las espigas de su campo.[91]

Al llegar Darío al río Estranga en su huida, él y los de su escolta, que encontraron helado el río, lo cruzaron. Pero las masas de persas y bárbaros que querían cruzar el río y huir lo invadieron después en toda su muchedumbre. Entonces el río se desheló y los arrastró a todos los que encontró sobre él. El resto de los persas fue aniquilado por los macedonios.

Darío, convertido en fugitivo, llegó a su palacio y, arrojándose por el suelo, entre gritos de sollozo y lágrimas, se lamentaba a sí mismo fúnebremente, por haber perdido tan gran multitud de soldados y por haber dejado desierta toda Persia. Abrumado por tales desgracias, lloraba por sí mismo con estos lamentos:

—Yo, que fui el magnífico rey Darío, el que tenía a mis órdenes a tantos pueblos, el que había esclavizado a todas las ciudades, el que fuera compañero de trono de los dioses y el que compartía la elevación del sol, ahora me he convertido en un fugitivo solitario. ¡En verdad que nadie puede prever con seguridad el futuro! Pues la fortuna, si da un breve giro, ensalza a los humildes por encima de las nubes y hunde a los encumbrados hasta el fondo del Hades.[92]

17. Así yacía Darío, el que fuera rey de tantos hombres, falto de sus gentes. Cuando se recobró un poco, se alzó y volvió en sí, escribió una carta para enviársela a Alejandro, que decía del siguiente modo:

«¡Darío a Alejandro, mi señor, te saludo! El que me engendró,[93] en un acto de soberbia, tuvo el gran deseo de hacer una expedición de conquista contra Grecia, insatisfecho del oro y la demás riqueza heredada de nuestros antepasados. De manera que encontró la muerte

después de perder mucho oro, mucha plata y muchas tiendas de campaña, aunque había sido más rico que Creso. Y no escapó a la muerte que le aguardaba. Así, pues, Alejandro, medita tú ahora su fortuna y su castigo, y rechaza la soberbia. Compadécenos, si nos acogemos a ti, privados ya del resto de la gloria que nos dieron los persas. Y devuélveme a mi mujer, a mi madre y a mis hijos, por la memoria de tus padres. A cambio de ellos prometo entregarte los tesoros de la zona de Misia y los de Susa y los de Bactria, que nuestros antepasados guardaron enterrándolos. Te prometo también que serás señor en el país de los persas y los medos y en los territorios de los demás pueblos. Consérvate bien».

Después de leer el contenido de esta carta, Alejandro convocó a todo su ejército y a los principales jefes y mandó que les leyeran en alta voz el mensaje de Darío. Después de leída en alta voz la carta, dijo uno de sus generales, de nombre Parmenio:

—Yo, rey Alejandro, aceptaría las riquezas y el territorio que te ofrece, y le devolvería a Darío a su madre, sus hijas y su mujer, después de haberme acostado con ellas.

Sonriendo, Alejandro le replicó:[94]

—Yo, Parmenio, acepto todo lo suyo. Pero me he admirado de que Darío piense rescatar a los suyos con mis riquezas, y aún mucho más de que prometa entregarme un país que es ya mío. Pero Darío desconoce esto: que, a no ser que me venza en la batalla, todo eso es mío, junto con sus familiares. Sin embargo, es vergonzoso y en extremo vergonzoso que un hombre que ha vencido valerosamente a hombres sea dominado lamentablemente por unas mujeres. Nosotros, pues, mantenemos el combate contra aquel por nuestras propiedades. Que yo no hubiera venido en absoluto a Asia, si no pensara que esta me pertenecía. Si él la ha regido antes, que se contente con esa ganancia: de haber poseído durante tan largo tiempo un país lejano sin haber sufrido ningún daño.

Después de hablar así ante los embajadores de Darío, les dio orden de retirarse y de que se lo contaran a Darío, sin entregarles ningún escrito. Ordenó Alejandro curar con todo cuidado a los soldados heridos en la guerra y enterrar a los muertos honrosamente. Permaneció allí durante el invierno y luego mandó incendiar el palacio magnífico de Jerjes de aquella región. Pero al poco rato se arrepintió y dio orden de apagar el incendio.

18. Visitó también las tumbas de los reyes persas adornadas con montones de oro. Vio también la tumba de Nabonasaro, el que en lengua griega es denominado Nabucodonosor, y las ofrendas de los judíos allí depositadas, y las cráteras de oro, que por su aspecto parecían ser de semidioses.[95] Junto a esta visitó la tumba de Ciro. Era

una torre aislada de doce pisos, y él yacía en el piso más alto en un ataúd de oro, recubierto de cristal, de modo que podía verse su cabellera y toda su figura a través del cristal.[96]

Allí, en la tumba de Jerjes, había algunos griegos, mutilados los unos de los pies, otros de la nariz y otros de los ojos, atados con cadenas y sujetos con clavos.[97] Eran atenienses. Dieron gritos a Alejandro para que los salvara. Alejandro al verlos lloró, pues el espectáculo que ofrecían era terrible. Se apesadumbró mucho por el caso, y mandó que los liberaran y que les dieran a cada uno mil monedas de dos dracmas y que los remitieran a sus patrias respectivas. Pero ellos, al recibir el dinero, pidieron a Alejandro que les diera un lote de tierra en aquellas mismas regiones y que no los enviaran a sus lugares de origen. Porque en aquel estado constituirían una afrenta para sus familiares. Entonces dio órdenes de asignarles un lote de tierra y de darles víveres y simientes y seis bueyes a cada uno, y ovejas y todos los útiles para la agricultura y otros bienes.

19. Darío disponíase a suscitar otra guerra contra Alejandro. Así que escribe al rey Poro de la India en estos términos:

«El rey Darío saluda a Poro, rey de los indios. Sobre la pasada catástrofe que alcanzó a mi familia en estos días, de nuevo te envío noticias, después de que el rey macedonio que nos ha atacado, con un corazón de fiera salvaje, se niega a devolverme a mi madre, mi mujer y mis hijos. Aunque le he comunicado mi promesa de entregarle tesoros y otros muchos objetos como rescate, no accede. Por lo tanto, para aniquilarle en pago de lo que ha hecho, organizo otra guerra hasta que tome venganza contra él y su gente. Es justo que tú te hayas indignado por mis sufrimientos y que vengas en mi apoyo contra su injuria, recordando nuestros lazos de parentesco. Convoca, pues, en las Puertas Caspias el mayor número de gentes y cuídate de abastecer a los soldados que se reúnan allí de mucho oro, víveres y forrajes. De todo el botín de guerra que yo tome a los enemigos te daré la mitad junto con el caballo Bucéfalo y los despojos reales y el harén de Alejandro. En cuanto recibas esta carta reúne a toda prisa tus tropas y envíanoslas. Consérvate bien».

Alejandro, al enterarse de este mensaje por uno de los desertores de Darío que se lo presentó, recogió todas sus fuerzas y acometió la marcha hacia Media. Había oído que Darío estaba en Bátana junto a las Puertas Caspias,[98] de modo que hizo el recorrido rápido y muy confiado.

20. Se enteraron de que Alejandro se aproximaba los sátrapas de Darío, Besso y Ariobárzanes.[99] Y estos, con traicionero desvío, con muy perversas intenciones concibieron el plan de eliminar a Darío. Se

decían uno a otro, Besso y Ariobárzanes: «Si matamos a Darío, recibiremos de Alejandro muchas riquezas en pago de haber eliminado a su enemigo».

Así que con esta perversa decisión atacaron espada en mano a Darío. Cuando él los vio avanzar decididos con la espada en alto, les dijo:

—¡Ah, señores míos! Los que antes erais mis esclavos, ¿en qué os hice injusticia, para que me asesinéis con violencia bárbara? ¡No cometáis vosotros algo peor que los macedonios! Dejadme aquí, tirado en el suelo de mi palacio, llorar mi inestable fortuna. Porque si llegara ahora Alejandro, el rey de los macedonios, y me encuentra asesinado, vengará como rey la sangre de otro rey.

Pero ellos no se dejaron convencer por las súplicas de Darío ni desisten de su crimen. Darío se defendía con las dos manos: con la izquierda derribó a Besso y lo retenía sosteniendo su rodilla a la altura de su ingle y con su mano derecha sujetaba a Ariobárzanes de modo que no le alcanzara con la espada. Los golpes de los agresores caían desviados. Como los criminales no podían matarlo, porfiaban en su lucha con él, pues era hombre vigoroso.

Los macedonios entretanto habían encontrado helado el río Estranga y lo cruzaron. Penetró Alejandro en el palacio de Darío. Entonces los asesinos, al enterarse de la entrada de Alejandro, escaparon, dejando a Darío moribundo. Al llegar Alejandro ante el rey Darío y encontrarlo casi muerto, con su sangre derramada por las heridas de espada, rompió a gemir en un lamento fúnebre apropiado a su pena; al tiempo que derramaba lágrimas sobre él, con su clámide cubrió el cuerpo de Darío. Colocando sus manos sobre el pecho de Darío musitaba frases llenas de compasión hacia él:[100]

—¡Levántate, rey Darío, reina en tu país y sé el soberano de los tuyos! Acepta tu corona y sigue rigiendo al pueblo de Persia, mantén la grandeza de tu monarquía! Te juro por la providencia celeste que te hablo de verdad y sin fingimientos. ¿Quiénes son los que te hirieron? Denúnciamelos, para que ahora te satisfaga.

Mientras así hablaba Alejandro, Darío, gimiendo y extendiendo sus brazos, se los echó al cuello y, abrazado a él, le dijo:

—¡Rey Alejandro, nunca te ensoberbezcas con la gloria de la tiranía! Cuando hayas logrado una obra igual a la de los dioses y pretendas alcanzar con tus manos el cielo, atiende al futuro. Porque la Fortuna no distingue a un rey por grande que sea su dominio, sino que gira en todas direcciones como una peonza con inescrutable intención. Ya ves quién era y quién ahora soy. Cuando yo muera, Alejandro, dame sepultura con tus propias manos. Rendidme honras fúnebres, macedonios y persas. Que se haga una la familia de Alejandro y la de Darío. Te confío a mi madre como si fuera la tuya, y compadécete de

mi esposa como si fuera de tu sangre. Te entrego a mi hija Roxana para mujer,[101] para que dejéis hijos para nuestra memoria por tiempos eternos. Envaneceos de ellos como nosotros de nuestros hijos y mantened nuestra memoria, tú de Filipo y Roxana de Darío, mientras envejecéis juntos al paso de los años.

Después de decir esto, abrazado al cuello de Alejandro, Darío expiró.

21. Alejandro dio grandes gritos de dolor y sollozó compasivamente por Darío, y luego ordenó que se le sepultara según la usanza persa. Dispone, pues, que en primer lugar desfilaran los persas y en retaguardia del cortejo todos los macedonios armados. Alejandro arrimó su hombro para sostener el ataúd de Darío al lado de los demás sátrapas. Todos lloraban y entonaban lamentos, no tanto en honor de Darío, como de Alejandro, a quien veían llevar a hombros el ataúd. Una vez celebrado el funeral según los ritos persas, despidió a la multitud.

En seguida se proclamó en el país un decreto que publicaba estas normas:

«Yo, el rey Alejandro, hijo del rey Filipo y de la reina Olimpíade, a los habitantes de las ciudades y las comarcas de Persia ordeno lo siguiente:

»No quiero que tantos millares de personas perezcan de mal modo. La benevolencia divina me ha hecho vencedor sobre los persas. Doy, pues, gracias a la providencia celeste.

»Sabed, pues, que quiero establecer entre vosotros mis sátrapas, a los que debéis obedecer como en tiempos de Darío. Y no reconozcáis otro rey que Alejandro.

»Conservad vuestras costumbres propias, las fiestas, sacrificios y ferias tradicionales, como en tiempos de Darío. Que cada uno siga viviendo en la misma ciudad. Y si alguno abandona su ciudad y su comarca, y se establece en otra, se le hará pasto de los perros.[102]

»Cada uno de vosotros conservará sus propiedades, excepto el oro y la plata. Pues dispongo que el oro y la plata sean confiscados en nuestras ciudades y campiñas. En cuanto a las monedas, permitimos que cada uno de vosotros se sirva de las suyas propias.

»Ordeno que todas las armas sean depositadas en mis armerías. Los sátrapas deben permanecer en su puesto.

»Ningún pueblo os invadirá, a no ser con motivo comercial. (Y en ese caso solo en grupos de veinte hombres. Y yo recaudaré un tributo según vuestras leyes en uso en tiempos de Darío). Quiero que vuestras regiones se mantengan en paz y que los caminos de Persia se abran al comercio y al tráfico en completa paz, para que los griegos trafiquen

con vosotros y vosotros con ellos.

»Así que desde el Éufrates y del paso del río Tigris hasta Babilonia, crearé caminos y pondré indicaciones de hacia dónde conduce la ruta.

»A Darío no lo maté yo. Quiénes fueron los que lo mataron lo desconozco. A estos debo ofrecerles grandes honores y entregarles muy vastas tierras, por haber eliminado a nuestro enemigo».

Ante este comunicado de Alejandro los persas se llenaron de confusión, como si fuera a arrasar Persia. Al darse cuenta de los temores de la muchedumbre, Alejandro les dice:

—¿Por qué sospecháis, persas, que yo busco a los que dieron muerte a Darío? Si Darío hubiera vivido, habría levantado otra guerra contra mí. Pero ahora toda guerra ha cesado. Así que, tanto si es macedonio como si es persa el que lo mató, que se presente ante mí con toda confianza y recibirá de mí lo que me pida. Juro por la providencia de lo alto y por la salvación de mi madre Olimpíade que haré a tales personas famosas y muy destacadas ante todo el mundo.

Al prestar tal juramento Alejandro, la muchedumbre se echó a llorar. Y Besso y Ariobárzanes se presentaron ante Alejandro confiando en que recibirían grandes regalos de él, y le dijeron:

—Soberano, nosotros somos los que matamos a Darío.

Al momento Alejandro ordenó que los apresaran y los crucificaran sobre la tumba de Darío. Ante los gritos de protesta de ellos de «¿No has jurado: “Haré a los que mataron a Darío famosos y muy destacados”? ¿Cómo ahora das órdenes de crucificarnos, transgrediendo tus juramentos?».

Les contestó Alejandro:

—No por vosotros, canallas, sino ante el auditorio de mis tropas, me defenderé con una explicación. No tenía otra posibilidad de encontraros y descubriros de un modo fácil, a no ser aprobando por breve tiempo la muerte de Darío. Pues mi deseo era que sus asesinos fueran entregados al mayor castigo. Porque los que mataron a su soberano, ¿cómo dejarían de ser una amenaza para mí? Para vosotros, canallas, no perjuré. Que he jurado haceros famosos y muy destacados ante todos, y será al crucificaros donde todos os vean.

Cuando hubo hablado así, todos manifestaron su aprobación y los perversos asesinos fueron crucificados sobre la tumba de Darío.

22. Alejandro, tras establecer la paz en todo el país, les pregunta a los persas:

—¿Quién queréis que sea sátrapa en vuestra ciudad?

Le contestaron:

—Lites, el hermano de Darío.[103]

Dispuso entonces que así fuera.

Había dejado a la madre, a la mujer y a la hija de Darío en una ciudad a una distancia de dos días de viaje. Y les escribe de este modo:

«El rey Alejandro saluda a Estatira y a Rodó y a Roxana, mi prometida esposa.[104]

»En nuestro enfrentamiento a Darío no queríamos acabar con él, sino que por el contrario hubiéramos deseado tenerlo con vida en nuestros dominios reales. Pero lo encontré en sus últimos momentos, y lleno de compasión hacia él lo envolví en mi clámide. Le pregunté quién le había herido. Pero, sin embargo, no me dijo más que esto: “Te confío a mi madre y a mi esposa, y especialmente a mi hija Roxana para compañera tuya”.

»Sobre lo sucedido no tuvo tiempo de informarme. Sin embargo, he castigado a los autores de tal fechoría de forma conveniente. Nos pidió recibir honras fúnebres en la sepultura de sus antepasados, lo que ya se ha hecho. Creo que ya vosotras estaréis bien enteradas de esto. Dejad, pues, vuestra pena por él. Yo os repondré en vuestro palacio de nuevo. Por el momento quedaos en el lugar en que estáis hasta que arreglemos en buen orden lo de aquí. De acuerdo con el consejo de Darío, Roxana será mi esposa y compañera en el trono, si eso es de vuestro agrado. Desde ahora mismo quiero y ordeno que sea reverenciada como esposa de Alejandro. Conservaos bien».

Al recibir la carta de Alejandro le contestaron Rodó y Estatira con la siguiente:

«¡Al rey Alejandro, salud!

»Rogamos a los dioses celestes, que han hecho declinar el nombre de Darío y la gloria de los persas, que te designen como perdurable rey del universo civilizado y te distingas por tu razón, tu prudencia y tu poder. Sabemos bien que en tus brazos viviremos dignamente, porque no abusaste de nosotras como prisioneras. Rogamos a la providencia de lo alto que aún te procure felicísimos tiempos y que te dé el poder durante incontables años. Tus obras testimonian que has nacido de una estirpe superior. Ahora nosotras ya no viviremos como prisioneras de guerra y sabemos que en Alejandro tenemos un nuevo Darío. Nos postramos reverentemente ante Alejandro, que no nos someterá a ultrajes. Y hemos escrito a todas partes: “Pueblo de Persia, he aquí que, al morir, Darío encontró en Alejandro un rey magnífico. La Fortuna lleva a Roxana a desposarse con Alejandro, rey de todo el universo. Comportaos todos con Alejandro de manera adecuada a su benevolencia, porque la gloria de los persas ahora se ha ensalzado de nuevo. Regocijaos con nosotros aclamando a Alejandro como el más grande de los reyes”. Esto es lo que hemos expresado abiertamente a los persas. Consérvate bien».

Al recibir su carta, Alejandro les respondió con estas líneas:

«Aprecio vuestra intención. Quiero corresponder dignamente a

vuestro afecto, ya que yo también soy solo un hombre perecedero. Conservaos bien».[105]

En otra carta comunicó Alejandro a Roxana sus intenciones. Y despachó también una misiva a su madre Olimpíade con estas indicaciones:

«¡El rey Alejandro saluda a su dulcísima madre! Te escribo para que me envíes todas las joyas femeninas y el vestuario de la madre y de la esposa de Darío y todo el atuendo regio para Roxana, la hija de Darío y mi futura esposa».[106]

Al recibir su madre la carta, le envió toda su vestimenta regia y todas sus joyas de oro adornadas con piedras preciosas. En cuanto Alejandro las tuvo a su disposición, celebró su boda en el palacio de Darío. ¿Y quién sería capaz de describir la alegría que allí reinaba entonces?

23. Después de estas nuevas escribe Alejandro a su madre:

El rey Alejandro, a mi muy añorada madre y a mi estimadísimo maestro Aristóteles. ¡Salud! He creído necesario escribiros acerca de la batalla que tuve contra Darío.

Una vez que me enteré de que estaba cerca del golfo de Isso con multitud de tropas y acompañado de otros reyes, mandé reunir muchísimas cabras y atarles antorchas en los cuernos y me puse en camino y avancé de noche. Ellos, al ver desde lejos las luces, creyeron que venía un ejército incontable, por lo que se retiraron llenos de terror y fueron derrotados. Así logré mi victoria sobre ellos. En aquel lugar mandé fundar una ciudad, a la que di el nombre de Aigas («Cabras»). Y he fundado otra más en el golfo de Isso, con el nombre de Alejandría.

Darío, abandonado, fue atrapado y acuchillado por sus sátrapas. Yo sentí gran pena por él. Después de vencerlo no deseaba matarlo, sino conservarlo bajo mi cetro. Pero lo encontré apenas con vida y, quitándome mi manto, lo envolví con él. Luego, al reflexionar en lo incierto de la fortuna y en el caso de Darío, lloré por él. Al rendirle honras fúnebres como rey, ordené que los centinelas de su tumba fueran mutilados de nariz y orejas, por seguir la tradición del país. A los asesinos de Darío ordené que los crucificaran sobre su tumba.

Desde allí me puse en marcha y sometí a Ariobarzan y el reino de Manazakes. Y he dejado bajo mis órdenes a Media, Armenia, Ebesia[107] y todo el país persa sobre el que reinaba Darío.

32. Desde aquí, tomando unos guías, quise adentrarme en las regiones más lejanas en el desierto en dirección de la Osa Polar, aunque me aconsejaban no avanzar hacia allí, por la multitud de

fieras que habitaban en aquellos lugares.[108] Pero, no obstante, sin atender a sus palabras me puse en marcha. Llegamos, pues, a un cierto desfiladero, donde la senda era estrecha y encajonada, y por ella hicimos nuestro camino durante ocho días. Vimos en aquellos terrenos unos animales salvajes de extraña especie de que nunca habíamos sabido. Después de atravesar esta región llegamos a otro terreno más lamentable. Allí encontramos un enorme bosque de árboles de los llamados *anafanda*, que tienen un fruto exótico y muy peculiar. Pues eran como manzanas enormes de grandes, como espléndidos melones. Había también en el bosque aquel unos seres humanos llamados *Fitos* («Vegetales»), que tienen veinticuatro codos de altura, con unos cuellos largos como de codo y medio, y de modo semejante también con pies enormes. Y sus antebrazos y manos eran muy parecidos a nuestras sierras. Al vernos avanzaron hacia nuestra tropa. Ante tal espectáculo me quedé asombrado y ordené capturar a uno de ellos. Al atacarlos nosotros con gritos y son de trompetas, huyeron. Matamos treinta y dos, y ellos nos mataron cien soldados. Nos detuvimos allí comiendo el fruto de aquellos árboles.

33. Y desde aquí partimos y llegamos a una región herbosa en la que existían unos hombres salvajes con figura de gigantes, esféricos, de rostro rojo y aspecto leonino. Después de estos había otros, los llamados Oclitas, que no tenían un pelo en todo el cuerpo, con una altura de cuatro codos y un grosor como el de una lanza. En cuanto nos vieron corrieron hacia nosotros. Estaban revestidos con pieles de león, eran fortísimos y muy capaces para combatir sin armas. Nosotros les heríamos con nuestras armas y ellos a nosotros con palos, de modo que mataron a muchos de los nuestros. Yo, lleno de temor de que nos pusieran en fuga, di orden de prender fuego en el bosque. Y al ver el fuego, huyeron aquellos seres humanos tan bien plantados. Mataron de entre nosotros a ciento ochenta soldados.

Al día siguiente quise llegar hasta sus cavernas, y allí encontramos unas fieras atadas en sus puertas de tipo de leones. Pero tenían tres ojos. Vimos también allí unas pulgas que saltaban, del tamaño de nuestras ranas. Al apartarnos de allí, llegamos a un terreno del que brotaba una fuente riquísima. Y ordené establecer allí el campamento. Permanecimos allí dos meses.

Desde allí marchamos y avanzamos hasta el país de los Melófagos (*los comedores de manzanas*), y allí vimos a un hombre con todo el cuerpo cubierto de vello, de gran tamaño, y nos asustamos. Al punto mando apresarlo. Al ser hecho prisionero nos miraba con expresión salvaje. Entonces ordené que le acercaran una mujer desnuda. Y él la agarró y comenzó a devorarla. Cuando los soldados corrieron en tropel para arrebatársela, empezó a chillar horriblemente en su

lengua. Al oírle, sus demás convecinos salieron del pantano contra nosotros como a millares. Nuestra tropa era de 40.000 hombres. Entonces ordeno pegar fuego al pantano. Y, al ver el fuego, aquellos huyeron. En la persecución nos apoderamos de tres de ellos, que, al no tener alimento, al cabo de cuatro días se murieron. No tenían una inteligencia humana, sino que ladraban como perros.

36. Al salir de allí llegamos a un río. Di orden de acampar y de que las tropas depositaran en tierra el armamento según la costumbre. En medio del río había unos árboles, que al ascender el sol crecían hasta la hora sexta, y desde la hora séptima menguaban hasta casi desaparecer. Destilaban lágrimas como la mirra persa y su aroma era dulcísimo y noble. Mandé luego que hicieran incisiones en los árboles y que con esponjas recogieran sus lágrimas. De inmediato los que las recogían se sintieron azotados por una divinidad invisible. Al tiempo que recibían los azotes, oíamos el chasquear de los látigos y veíamos los golpes marcarse sobre las espaldas. Pero no veíamos a los que golpeaban. Comenzó luego a oírse una voz que decía que no hiciéramos incisiones ni recolectáramos la resina perfumada. «Si no os detenéis, quedará mudo todo el ejército». Así que yo, atemorizado, mandé que nadie talara ni recolectara nada de los árboles.

Había en el río unas piedras negras. Cuantos tocaban estas piedras, adquirían el mismo color de las piedras. Había también en el río muchas serpientes y muchas clases de peces, que no se cocían al fuego, sino en el agua fría de la fuente. Así un soldado, que había pescado y que después de lavar el pez lo echó en una vasija, se encontró con el pescado ya cocido. Había además en aquel río pájaros muy parecidos a los de nuestra tierra. Pero si uno los tocaba, despedían fuego.

37. Al día siguiente nos pusimos en camino con el rumbo extraviado. Me decían los guías: «No sabemos a dónde os conducimos, soberano Alejandro. Demos la vuelta, no caigamos en terrenos aún peores». Pero yo no quise retroceder.

Nos salían al encuentro muchos animales salvajes de seis pies, de tres y de cinco ojos, con una longitud de diez codos y otras muchas especies de fieras. Algunas escapaban en fuga, otras nos saltaban encima. Llegamos a una zona arenosa, de donde surgieron unas fieras semejantes a asnos salvajes, con una longitud de veinte codos. No tenían dos ojos, sino seis, pero miraban solo con dos. No eran feroces, sino mansas. También a otros muchos animales cazaron con flechas los soldados. Al marchar de allí llegamos a otro lugar, donde vivían unos hombres acéfalos (que no tenían cabeza ni siquiera cuello como nosotros, sino que tenían entre los hombros su cara, ojos, nariz, oídos

y boca), que hablaban con voz humana en su lengua particular, velludos, recubiertos de pieles, y eran comedores de pescado.[109] Capturaban peces marinos y nos los traían desde el mar vecino, y otros traían de su tierra setas de un peso de veinticinco libras. Vimos allá muchísimas y grandes focas que se arrastraban por la costa. Repetidamente me aconsejaban volver los compañeros, pero yo no quise, porque deseaba ver el fin de la tierra.

38. Desde allí reemprendimos la marcha y nos encaminamos a través del desierto hacia el mar, sin divisar ningún ser vivo, ni ave ni animal, sino tan solo cielo y tierra. Habíamos dejado de ver el sol, solo veíamos el aire oscuro durante diez días.[110]

Al llegar a un terreno costero, allí dispusimos nuestras tiendas de campaña y montamos el campamento para permanecer muchos días. Había una isla en medio del mar aquel. Yo tenía curiosidad por investigar las cosas del interior de aquella isla. Y ordené construir numerosas barcas. Embarcaron en aquellas navecillas alrededor de mil hombres y navegamos hacia aquella isla, que no distaba largo trecho de la costa. En el trayecto oímos unas voces humanas que en lengua griega decían:

Oh, hijo de Filipo y de Egipto por tu simiente,
el nombre que te han impuesto indica
el destino futuro que realizarás con nobleza.
De tu madre recibiste el nombre de Alejandro.
Alejas a los enemigos cuando los persigues
y cuando ahuyentas a los reyes de sus palacios,
y lejos de los hombres del todo estarás pronto,
en cuanto se cumpla el segundo elemento
de tu nombre, el signo denominado «labda».[111]

Oíamos estas palabras, aunque no veíamos a los hablantes. Algunos soldados con decisión audaz se echaron a nadar desde los barcos hasta alcanzar el suelo de la isla para estudiar el terreno. Y de pronto salieron unos cangrejos y los arrastraron al fondo del agua y los mataron. Entonces, llenos de temor, dimos media vuelta hacia la costa.

Desembarcamos de las barcas, y paseábamos por la ribera del mar cuando nos topamos con un cangrejo que salía del mar hacia tierra firme. Su tamaño era el de una coraza, pero sus patas delanteras, las que llamamos pinzas, tenían cada una el largo de una braza.[112]

Al verlo tomamos nuestras lanzas y lo matamos con grandes

esfuerzos. Porque el hierro no penetraba en su caparazón y con sus patas delanteras cascaba nuestras lanzas. Después de matarlo, cuando lo abrimos, encontramos bajo su caparazón siete perlas preciosas de gran valor. Ningún hombre ha visto jamás perlas semejantes. Al verlas, yo sospeché que procedían del fondo de aquel mar inaccesible. Por lo tanto, ideé hacer una gran jaula de hierro y dentro de ella introducir una enorme tinaja de cristal con un espesor de codo y medio. Y ordené hacer en el fondo de la tinaja un agujero, suficiente para que pasara la mano de un hombre, porque quería descender y averiguar lo que había en el fondo del mar aquel. Desde el interior podía tener cerrado el agujero de aquella escotilla en el fondo de la tina, y al bajar abrir rápidamente para sacar la mano a través de la escotilla y coger del fondo arenoso lo que encontrara en el suelo de aquel mar, y de nuevo retirar mi mano y al instante taponar el agujero. Así lo hice. Ordené hacer una cadena de trescientas ocho brazas y di instrucciones de que nadie me izara hasta que sintieran agitarse la cadena. «Pues en cuanto yo haya descendido hasta el fondo en seguida agitaré la tina y vosotros me izáis».

Tras haber realizado todos los preparativos, me introdujeron en la tina de cristal con el deseo de intentar lo imposible. En cuanto estuve metido dentro, la entrada fue cerrada con una tapadera de plomo. Cuando me habían bajado ciento veinte codos, un pez que pasaba me golpeó con su cola mi jaula, y me izaron porque sintieron el zarandeo de la cadena. La segunda vez que bajé me sucedió lo mismo. A la tercera descendí alrededor de trescientos ocho codos y observaba a los peces de muy variadas especies pasar volteando en torno mío. Y mira que se me acerca un pez grandísimo que me cogió junto con mi jaula en su boca y me llevó hacia la tierra desde más de una milla de distancia. En nuestras barcazas estaban los hombres que me sostenían, unos trescientos sesenta, y a todos los remolcó juntos con las cuatro barcazas. Mientras nadaba velozmente quebró con sus dientes la jaula y luego me arrojó sobre la tierra firme. Yo arribe exánime y muerto de terror.

Allí me eché de rodillas y me postré en acción de gracias a la providencia de lo alto que me había salvado con vida del terrible monstruo. Y me dije a mí mismo: «Desiste, Alejandro, de intentar imposibles, no sea que por rastrear el abismo te prives de la vida». Y en seguida ordené al ejército partir de allí y seguir la marcha hacia delante.

39. Y de nuevo nos pusimos en camino y marchamos durante dos días por unos terrenos por donde no luce el sol. Allí está el llamado País de los Bienaventurados. Como yo quería investigar y ver aquellos lugares, intenté tomar mis esclavos propios y adentrarnos hacia ellos.

Pero mi amigo Calístenes me aconsejó avanzar con cuarenta camaradas, cien esclavos y mil doscientos soldados, todos ellos de nacimiento legítimo. Dejé entonces el ejército de a pie junto con los ancianos y las mujeres allí, y yo tomé conmigo a todos los soldados jóvenes, escogidos, y me puse en marcha con ellos, después de dar la proclama de que no nos acompañara ningún viejo.[113]

Pero había un viejo muy curioso que tenía dos hijos soldados, valientes y leales, y va y les dice entonces:

—¡Hijitos, oíd el consejo de vuestro padre y llevadme con vosotros! Que no seré una carga en esa marcha. Pues en un momento de peligro se requerirá buscar a un viejo por orden del rey Alejandro. Si entonces encuentran que estoy con vosotros, seréis recompensados espléndidamente.

Ellos le contestaron:

—Tememos, padre, el castigo del rey, en caso de que nos encuentre transgrediendo su decreto y nos veamos condenados a abandonar la expedición y aun la vida.

El anciano replica:

—Andando, afeitadme la barba, cambiadme el vestido, que viajaré con vosotros en el centro del ejército y os beneficiaré crecidamente cuando se presente la oportunidad.

Ellos hicieron lo que les pedía su padre.

Desde allí, tras una marcha de tres días, encontramos un lugar cubierto de nieblas. Como no podíamos progresar hacia adelante por lo inaccesible e intransitable del lugar, fijamos allí nuestras tiendas. Al día siguiente tomé mil hombres armados y avancé con ellos a explorar si allí estaba el fin de la tierra.

Nos adentramos entonces por los lugares más occidentales —porque aquella parte estaba más iluminada— y caminamos por terrenos rocosos y entre barrancos hasta el mediodía. Este detalle no lo supe por la posición del sol, sino por mis mediciones de las distancias recorridas, con las que calculé nuestra situación y la hora. Al llegar ahí nos entró temor y nos volvimos porque la ruta era imposible.

En una nueva salida quisimos penetrar por las regiones al este. El terreno era muy llano, pero cubierto de bruma y tiniebla. Yo estaba en incertidumbre total, porque ninguno de los jóvenes me animó a adelantarme por aquel territorio, por temor de que, a causa de las tinieblas y durante el largo camino, se fueran despistando y dispersando los caballos y no pudiéramos regresar. Yo les dije:

—¡Oh, vosotros, todos tan valerosos en la guerra, ahora os habéis convencido de que sin consejo y sensatez no es posible nada excelente! Si hubiera venido algún viejo, nos aconsejaría acerca de cómo hay que

penetrar en este brumoso lugar. Mas ¿quién de vosotros será tan valiente que vaya a traerme un veterano del campamento? Recibiría de mí diez libras de oro.

Ninguno se ofreció a realizar esto, por la lejanía del campamento y porque la atmósfera era opaca.

Entonces se me acercan los hijos del viejo y me dicen:

—Si nos escuchas sin enfadarte, soberano, te hablaremos.

Yo les contesto:

—Decidme lo que deseéis. Juro por la providencia de lo alto que no os haré daño alguno.

Y ellos al momento me contaron lo de su padre y cómo le habían traído consigo; y a la carrera fueron a buscarlo y me lo presentaron. Yo, al verle, le abracé y le rogué que nos diera su opinión. El viejo entonces va y dice:

—Rey Alejandro, date cuenta de esto: que a no ser que avances con los caballos, no volverás a ver la luz. Escoge las yeguas que tengan potros. Y deja aquí a los potrillos mientras vosotros os internáis con los caballos, que las yeguas por amor de sus crías os sacarán de ahí.

Buscando entre toda la tropa de jinetes solo encontramos cien yeguas con potrillos. Tomamos estas y otros cien caballos escogidos, además de otros que acarrearan la impedimenta necesaria, y según el consejo del veterano, avanzamos, dejando los potros allí afuera.

El viejo aconsejó a sus hijos que recogieran todo lo que encontraran por el suelo en aquella tierra y que lo guardaran en sus talegos. Avanzaron, pues, trescientos sesenta soldados, y de estos ordené que fueran andando por delante los ciento sesenta sin caballo. Y así hicimos alrededor de quince esquenos[114] de camino. Y encontramos un lugar en el que había una fuente resplandeciente, cuya agua refulgía como el relámpago, y había otros muchos manantiales de agua. El aire de aquel lugar era bienoliente y no demasiado sombrío.

Estaba hambriento y quise tomar mi comida, así que llamé a mi cocinero, que se llamaba Andreas, y le dije:

—¡Prepárame un bocadillo!

Él tomó un pescado seco y fue a lavarlo, para servirlo de comida, en el agua resplandeciente del manantial. Y, apenas remojado en el agua, revivió el pez y escapose de las manos del cocinero. Este se espantó y con el susto no me contó lo sucedido. Pero él tomó agua de la fuente, bebió y se guardó algo en un recipiente de plata. Como todo el lugar rebosaba de múltiples manantiales, todos nosotros bebimos agua de otros. ¡Ah, qué desgracia la mía, que no me estaba destinado beber de aquella fuente de inmortalidad que hacía revivir a los muertos, la que había probado mi cocinero![115]

40. Después de tomar alimentos nos levantamos y marchamos como doscientos treinta esquenos aproximadamente. Al final marchábamos viendo un resplandor que no procedía del sol ni de la luna ni de las estrellas. También vimos dos aves con alas y que tenían de humano solo los rostros, y que graznaban en lengua griega: «¿Por qué, Alejandro, pisas un suelo reservado a la divinidad? ¡Vuélvete, desgraciado, vuélvete! No podrás pisar las islas de los bienaventurados. ¡Retrocede, hombre, pisa la tierra que te fue dada y no te procures vanas fatigas!».[116]

Me estremecía por dentro, y obedecí al momento la advertencia que las aves me habían hecho. Una de las aves me gritó de nuevo en lengua griega: «Te reclama el Oriente y el reino de Poro será sometido a tu victoria». Después de estas palabras, el ave remontó el vuelo. Yo oré después para aplacar a los dioses y para dominar mi ruta; y, soltando las yeguas por delante, en veintidós días logramos salir de allí gracias al reclamo de las crías de las yeguas.

Muchos de los soldados habían recogido lo que encontraban. Especialmente los hijos del viejo rellenaron sus talegos de acuerdo con la advertencia de su padre.

41. Apenas habíamos salido a la luz, se encontraron que habían recogido oro de la mejor calidad y piedras preciosas de gran valor. Ante tal maravilla se arrepintieron los que las habían recogido de no haber cogido más, y los que no habían recogido por no haberlo hecho. Todos ensalzamos entonces al viejo por habernos dado buen consejo.

Después de haber salido de las tinieblas nos refirió el cocinero lo que le pasó en la fuente. Yo, al escucharlo, me sentí abrumado por la pena y me enfurecí terriblemente contra él. Sin embargo, me dijo: «¿Qué ganancias obtienes, Alejandro, en apenarte por un hecho pasado?». No sabía entonces que había bebido él de aquel agua ni que se había guardado un poco. Porque esto no lo había reconocido, sino solo que el pescado en conserva había recobrado vida.

Pero el cocinero se acercó a mi hija, la que se llamaba Hermosa, que había nacido de mi concubina Unna, y la sedujo con la promesa de darle agua de la fuente de inmortalidad. Y así lo hizo. Al enterarme yo —diré la verdad del motivo—, tuve envidia de la inmortalidad de ambos. Mandé llamar a mi hija y le dije: «¡Toma tus vestidos y aléjate de mi presencia! Mira que al hacerte inmortal te has convertido en un ser divino. Y serás llamada Neraída, porque del agua has recibido la inmortalidad».

Ella, entre sollozos y gemidos, se alejó de mi presencia y se marchó a vivir con las divinidades en lugares solitarios.

En cuanto al cocinero, ordené que le ataran al cuello una piedra de molino y que lo arrojaran al mar. Después de arrojarlo se convirtió en un ser divino y marchose a habitar en un lugar del mar, que por su nombre fue llamado Andreas.

Y esto es lo que hay respecto de mi hija y el cocinero.[117]

Por todas esas cosas juzgué que por allí andaba el fin de la tierra. Y mandé edificar en aquel lugar un arco muy grande y grabar en él una inscripción con esta leyenda: «Los que quieran llegar al País de los Bienaventurados marchen por la región a mano derecha, para no perderse mortalmente».

Luego de nuevo reflexioné, hablando conmigo mismo, si allí estaba verdaderamente el confín último de la tierra por donde se incurva el cielo,[118] y quise investigar la verdad. Así que mandé capturar dos de las aves de aquel lugar. Eran unas aves blancas, grandísimas, muy poderosas y mansas, que al vernos huían. Algunos de los soldados se habían subido encima de ellas, agarrados a sus cuellos, y las aves habían echado a volar llevándolos sobre sus lomos. Se nutrían de animales muertos, de ahí que la mayor parte de ellas vinieran a nuestro encuentro por causa de los caballos muertos. Habíamos capturado dos de ellas y ordené no darles alimento en un plazo de tres días. Al tercer día dispuse que prepararan un madero con forma de yugo y que se lo ataran a sus cuellos. Luego hice preparar la piel de un buey en forma de cesto, y yo me metí en él. Llevaba en la mano una lanza como de siete codos de larga que tenía en la punta un hígado de caballo. En seguida echaron a volar las aves para devorar el hígado y yo ascendí con ellas por el aire, de tal modo que ya me parecía estar cerca del cielo.[119] Pero me estremecía por la extraordinaria frialdad del aire y por el viento producido por las alas de las aves.

Al rato me sale al encuentro un ser alado de figura humana y me dice: «¡Oh Alejandro!, ¿tú, que no comprendes las cosas de la tierra, intentas conocer las del cielo?[120] ¡Vuélvete ya hacia la tierra a toda prisa, si no quieres convertirte en pasto de estas aves!». Por segunda vez, me habla: «¡Atiende, Alejandro, a la tierra, ahí abajo!».

Yo, en medio del espanto, presté atención y miré: veo una serpiente enorme enroscada y, en medio de la serpiente, un diminuto círculo. Y me dice el ser que había salido a mi encuentro: «Dirige de vuelta ahora tu lanza hacia ese redondel, que es el mundo. Porque la serpiente es el mar que envuelve la Tierra».[121]

Yo di la vuelta y, por designio de la providencia, de lo alto descendí de regreso a la tierra, a siete días de distancia de mi campamento. Al final, estaba cadavérico y moribundo. Por allí encontré a un sátrapa, súbdito de mi reino, y tomando de él una escolta de trescientos jinetes llegué al campamento; y ya no me dediqué más a intentar imposibles.


¡Que os vaya bien!

LIBRO III

1. Después de todo esto, proseguía Alejandro su expedición, volviendo a tomar todo su ejército, contra Poro, el rey de los indios. Así que, al cruzar un vasto desierto, marchando por extensiones sin agua y zonas abruptas, protestaban los oficiales de su ejército ante sus tropas:

—¡Ya nos basta con haber llevado la guerra hasta Persia y haber sometido a Darío por haber exigido tributos a los griegos! Mas ¿por qué nos fatigamos en una marcha contra los indios, hacia territorios poblados por fieras y que nada tienen que ver con Grecia? Si Alejandro, por su propia soberbia, es belicoso y quiere subyugar más pueblos bárbaros, ¿por qué vamos a seguirle? ¡Que marche y guerree él solo![122]

Al enterarse de tales rumores, Alejandro separó el contingente de tropas persas del de los macedonios y demás griegos, y ante los macedonios y los otros griegos les arengó:

—¡Compañeros en el ejército y la batalla, macedonios y todos vosotros, príncipes de los griegos! Esos de ahí, los persas, son, en cambio, enemigos vuestros y míos. ¿Por qué motivo murmuráis ahora? ¿Me ordenáis marchar solo a la guerra y a combatir a los bárbaros? Sin embargo, voy a recordaros que, así como he vencido yo solo las guerras pasadas, también venceré de nuevo yo solo cuantas quiera, tomando bajo mi mando a los persas. Porque solo mi plan de combate fortaleció el ánimo de todos vosotros cuando ya desfallecíais ante las multitudes de Darío. ¿No fui el primero en pelear al frente del ejército en las batallas? ¿No fui, como mi propio mensajero, en persona a la corte de Darío? ¿No os salvé con mis consejos en los peligros?

»¡Ahora tomad vosotros vuestra decisión y poneos en marcha hacia Macedonia sin mí, y procurad conservaros salvos sin disputar en nada unos con otros! ¡Para que así aprendáis que nada puede un ejército sin la prudencia de su rey!

Cuando hubo pronunciado esta arenga Alejandro, los demás le suplicaban que calmara su cólera y que los mantuviera con él hasta el fin.

2. Cuando con toda su hueste alcanzó los montes de la frontera con la India, se le presentaron unos emisarios portadores de una carta, enviados por el rey de los indios, Poro, y le entregaron un mensaje de este. Alejandro la recibió, y leyó ante sus tropas la carta, que decía así:

«¡El rey Poro de la India, a Alejandro, el destructor de ciudades!

»Te ordeno retirarte. Pues, siendo un hombre, ¿qué puedes contra

un dios? ¿Por qué vas a causar la destrucción de los que te acompañan, cuando eres más débil para la batalla, pese a tu ilusión de ser más fuerte que yo? Yo soy invencible. No solo soy rey de hombres, sino incluso de dioses, porque tengo aquí a Dioniso, al que todos llaman dios, que te maldice.[123]

»De modo que no solo te aconsejo, sino que te conmino a retirarte a toda prisa hacia Grecia. Porque no va a asustarme tu campaña victoriosa sobre Darío y sobre los demás pueblos; todas esas guerras te resultaron afortunadas por la cobardía y debilidad de aquellos. Así que tú estás en la creencia de ser más fuerte de lo que eres. ¡Conque retírate hacia Grecia!

»Porque, si hubiéramos tenido algún provecho en Grecia, hace mucho que los indios, antes que Jerjes, la habríamos esclavizado, pero el caso es que como resulta un pueblo inútil y que no posee nada digno de nuestra real atención, no lo hemos atacado. Pues todo el mundo desea tan solo lo mejor».

Conque Alejandro leyó en público ante sus ejércitos la carta del rey Poro y dijo luego a sus tropas:

—Compañeros del ejército, que no os vayan a perturbar de nuevo las líneas de Poro que os he leído. Acordaos de lo que escribía Darío. ¡En verdad que el único modo de pensar de los bárbaros resulta la estupidez! Pues así como los animales de su dominios, tigres, leones, elefantes, que se ufanan de su poderío, fácilmente son cazados por la habilidad de los hombres, así también los reyes de los bárbaros, que se ufanan de la muchedumbre de sus tropas, fácilmente son dominados por la inteligencia de los griegos.

Y, después de expresarse así, Alejandro, para dar ánimos a su ejército, contesta en carta a Poro:

«¡El rey Alejandro saluda al rey Poro!

»Aún más extremadamente ansiosos de presentarte batalla nos has dejado al decir que Grecia no tiene nada merecedor de tu atención; sino que vosotros los indios tenéis en propiedad todos los bienes, ciudades y campos. Sé que cualquier hombre desea adquirir lo mejor y no tener lo inferior. Puesto que, por lo visto, los griegos no poseemos eso y vosotros, los bárbaros, lo tenéis en vuestro poder, deseamos tales mejorías y ahora pretendemos obtenerlas de vosotros.

»Me escribes que tú eres rey hasta de los dioses y de todos los hombres, de modo que tu poder es superior, incluso, al de la divinidad. Pero yo dispongo la guerra contra un hombre fanfarrón y, sobre todo, contra un bárbaro y no contra un dios. A las armas solas de un dios no puede resistirse el universo entero: al retumbar del trueno, al resplandor del relámpago y a la furia del rayo. Pero a mí no me amedrentan los pueblos que están en pie de guerra contra mí, ni me infunden temor tus fanfarronadas».

3. Cuando Poro recibió la carta de Alejandro y la leyó, se enfureció tremendamente y al momento convocó sus multitudinarias tropas bárbaras y sus elefantes y otras muchas fieras, todas las que solían combatir al lado de los indios.

Al aproximarse los macedonios y los persas, cuando vio Alejandro la impedimenta de Poro se asustó, no de sus numerosas tropas, sino de sus fieras. Se quedó admirado al observar lo extraño de tales bestias.[124] Porque tenía costumbre de pelear con hombres y no con animales feroces.

Así que Alejandro se transforma de nuevo en su propio mensajero y se introduce en la ciudad en que estaba Poro, con un vestido de soldado como el que va a la plaza a comprar víveres. Los indios, en cuanto lo vieron, lo llevaron inmediatamente a la presencia del rey Poro.

Entonces le pregunta Poro:

—¿Cómo está Alejandro?

Contesta él:

—Vive, tiene salud y desea ver al famoso rey Poro.

El rey salió con Alejandro y le mostró el gran número de fieras y le dijo:

—Al regresar dile a Alejandro que yo voy a sacar a fieras semejantes a él para combatirle.

Alejandro replicó:

—Rey Poro, antes de que yo llegue de vuelta ante Alejandro, él ya ha escuchado lo que me dices.

Y Poro exclama:

—¿De quién?

Él dice entonces:

—De ti, Poro. Ya que, como hijo de dios que es, no ignora lo que se diga.

Poro le hizo regalos y lo despidió.

Mientras Alejandro partía de regreso de la ciudad de Poro, pasó revista a la exposición de las fieras, mientras ejercitaba su entendimiento, aplicándose con toda atención al problema.

¿Qué hace luego el muy sagaz?

Después de erigir como si fueran trofeos todas las estatuas de bronce que tenía a mano y las armaduras de los soldados, mandó calentarlas al rojo cuidadosamente hasta que el metal fuera una pura brasa, y ordenó que quedaran allí delante como un muro de protección ante el ejército formado para la batalla.

Luego tocaron las trompetas el toque de ataque. Poro dio orden de soltar las fieras en seguida. Las fieras, preparadas para la carga, se

abalanzaron y embistieron a las estatuas; pero tan pronto como se quemaban las fauces dejaban de lanzarse sobre ninguna. Así, pues, detuvo el asalto de las fieras el astuto Alejandro. Entretanto los persas dominaban a los indios y los perseguían con embestidas de sus arqueros y cargas de caballería. Enorme era la batalla entre los que mataban y los heridos de muerte. Entonces cae exánime el caballo de Alejandro, Bucéfalo. Al suceder tal cosa, Alejandro se aparta del combate. Los ejércitos continuaron batallando unos contra otros durante veinte días. Pero las tropas de Alejandro empezaron a sentir temor y a replegarse.

4. Como Alejandro se dio cuenta de que iban a rendirse, dio orden de hacer una pausa en el combate y de comunicar al rey Poro este mensaje:

«No es propia de un rey esta actuación: que, para que cualquiera de nosotros dos obtenga la victoria, se exterminen entretanto nuestros ejércitos; sí, en cambio, la valentía personal. Así que hagamos cesar la batalla y vayamos ambos a una lucha cuerpo a cuerpo personalmente».

Se alegró Poro y aceptó la propuesta al ver que el tamaño de Alejandro no era comparable al de su cuerpo. La estatura de Poro era de cinco codos y Alejandro no alcanzaba los tres. Uno y otro bando se dispuso a contemplar el enfrentamiento de Poro y Alejandro. Conque de repente estalla un jaleo en el campamento del rey Poro. Entonces Poro se asustó por el ruido y se volvió para ver a qué se debía el tumulto a su espalda. Alejandro, flexionando las piernas, salta sobre él, le hinca su espada en el costado y mata en aquel instante a Poro, el rey de los indios.[125]

Comenzaron otra vez ambos ejércitos a luchar unos contra otros. Pero Alejandro dice a los indios:

—¡Desgraciados indios!, ¿por qué combatís, cuando ya ha muerto vuestro rey?

—Para no ser hechos prisioneros —le contestaron.

Alejandro les dice:

—Dejad de combatir y volved de regreso a vuestras ciudades, que sois libres. Pues no fuisteis vosotros quienes osasteis atacar a mi ejército, sino Poro.

Así les habló con la convicción de que su ejército no era suficiente para batallar contra los indios.

A continuación mandó que el rey Poro recibiera sepultura con honores regios. Y después de apoderarse de todos los tesoros de su palacio, prosiguió su marcha hacia los brahmanes u oxidorces,[126] bien que estos no fueran un pueblo belicoso; por el contrario, habitaban en

chozas y cavernas, como filósofos desnudos.

5. Los brahmanes, al enterarse de que se aproximaba a ellos el rey Alejandro, le enviaron a sus mejores filósofos con una carta. Al recibirla y leerla, Alejandro se encontró con que decía así su contenido:

«Los gimnosofistas escribimos a Alejandro:

»Si vienes a nosotros en son de guerra, ningún botín obtendrás. Pues no puedes llevarte nada de lo nuestro. Pero si quieres llevarte como botín las cosas de que disponemos, para esto no se necesita la guerra, sino la oración, no dirigida a nosotros, sino a la providencia de lo alto.

»Por si quieres conocer quiénes somos, aprende que somos hombres desnudos acostumbrados a filosofar, no por propio impulso, sino inspirados por la providencia de lo alto. A ti, pues, te incumbe el guerrear; a nosotros, filosofar».

Después de esta lectura Alejandro continuó su marcha hacia ellos en son de paz. Allí contempló el espectáculo de bosques inmensos y muchos preciosos árboles cargados de frutos de toda clase, y un río que rodeaba toda aquella comarca, cuya agua era diáfana y blanca como la leche. Las palmeras, numerosísimas, rebosaban de frutos y las cepas de los viñedos tenían miles de racimos más hermosos de lo que uno soñaría.

Allí los vio Alejandro habitar enteramente desnudos en sus chozas y cuevas. Lejos, a un buen trecho de distancia, vio a sus mujeres y a sus hijos que guardaban sus rebaños.

6. Alejandro los interrogó en este diálogo:[127]

—¿No tenéis sepulturas?

Contestaron:

—Este rincón de la tierra, que ahora ocupamos, es también nuestra sepultura. Aquí, pues, descansamos sobre la tierra cuando nos sepultamos en el sueño. Porque la tierra nos engendra, la tierra nos alimenta y, al morir, bajo tierra yacemos en el sueño eterno.

Preguntó de nuevo:

—¿Quiénes son más, los vivos o los muertos?

Le contestaron:

—Los muertos son, por un lado, muchos más; pero como ya no existen, son incontables. Así que los que se ven son más numerosos que los invisibles.

Pregunta otra vez:

—¿Qué es entonces más fuerte, la vida o la muerte?

Le respondieron:

—La vida, ya que el sol que asciende extiende sus rayos brillantes, pero al ponerse se ve mucho más débil.

También preguntó:

—¿Qué es más extenso, la tierra o el mar?

Respondieron:

—La tierra. Pues se extiende aún bajo el mismo mar.

Preguntó de nuevo:

—¿Cuál es el más destructivo de los animales?

Respondieron:

—El hombre.

Dice él:

—¿Cómo?

Ellos replican:

—Convéncete con tu propio ejemplo. Mira, siendo tú mismo una fiera, a cuántas fieras llevas contigo, para arrebatar tú solo la vida de otras fieras.

Alejandro no se encolerizó, sino que esbozó una sonrisa. Y dijo:

—¿Qué es la monarquía?

Contestaron:

—Un poder injusto de superioridad, una audacia favorecida por la oportunidad, una carga dorada.

Luego inquirió:

—¿Qué fue primero, la noche o el día?

Contestaron:

—La noche. Pues lo que nace se desarrolla en la oscuridad del vientre materno, y luego surge del parto hacia la luz para cobrar vida.

Otra vez preguntó:

—¿Qué partes son mejores: las de la derecha o las de la izquierda?

Contestaron ellos:

—Las diestras. Pues el sol asciende por la derecha y concluye su curso en las regiones del oeste del cielo. Y la mujer amamanta primero con su seno derecho.

Luego les interrogó Alejandro:

—¿Tenéis un jefe?

Respondieron:

—Sí, tenemos un caudillo.

Les dijo:

—Querría saludarle.

Le indicaron entonces a Dándamis, que estaba echado en el suelo, sobre un colchón de hojas amontonadas de los árboles, y que tenía depositados ante sí algunos melones de la zona y otros frutos.

Al verle, Alejandro le saludó. Y él contestó a Alejandro:

—¡Salud!

Pero no se levantó ni le honró como a un rey.

Le preguntó Alejandro si tenía bienes propios.

Contestó él:

—Nuestras propiedades son la tierra, los árboles frutales, la luz del sol, la luna, el coro de los astros, el agua. Cuando tenemos hambre acudimos a los árboles frondosos y comemos sus frutos naturales. En la luna creciente todos nuestros árboles producen frutos. Tenemos a mano también el gran río Éufrates, y cuando tenemos sed, nos llegamos hasta él y bebemos su agua hasta contentarnos.[128] Tenemos cada uno nuestra mujer propia. Y en cada luna nueva se va cada uno y cohabita con su compañera hasta engendrar dos hijos, y calculamos: uno por el padre y otro por la madre.

Después de oír tales cosas les dijo Alejandro a todos:

—Pedidme lo que queráis y os lo daré.

Le respondieron con una frase unánime:

—¡Danos la inmortalidad!

Alejandro contestó:

—A eso no alcanza mi poder. También yo soy mortal.

Le dijeron:

—¿Para qué, si eres mortal, mueves tantas guerras? ¿Para conquistarlo todo y dejarlo en cualquier momento? ¿No lo vas tú a dejar de nuevo a otros tras de ti?

Alejandro dijo:

—Estas cosas las gobierna la providencia desde lo alto, a fin de que nosotros seamos esclavos y servidores bajo su mando. Que no se mueve el mar si no sopla el viento, ni se agitan los árboles si no los empuja la brisa. Tampoco actúa el hombre a no ser movido por la providencia de lo alto. También yo deseo detenerme ante la guerra, pero no me deja el señor que rige mi entendimiento. Pues si todos tuviéramos el mismo modo de pensar, el mundo resultaría estéril. No se navegaría el mar ni se cultivaría la tierra, no se cumplirían bodas ni habría nacimientos de niños. ¿Cuántos en las guerras que he producido cayeron en la desgracia al perder lo que tenían?

»Pero otros fueron afortunados por la conquista de los bienes ajenos. Todos arrebatan todo lo ajeno y lo dejan a otros, y nada es estable para nadie.

Después de esta charla, Alejandro ofreció a Dándamis oro, pan, vino y aceite.

—Toma estas cosas, anciano, en recuerdo de nosotros.

Dándamis se rio y dijo:

—Esto no nos es de utilidad, pero, por no parecer que os las despreciamos por soberbia, te aceptaremos el aceite.

Luego hizo un montón de leña, le prendió fuego, y en presencia de Alejandro derramó el aceite sobre la hoguera.[129]

17. Y después de tal encuentro, Alejandro apartose de estos, regresando por el camino natural que conducía a Prasíaca, que parece que es la capital de la zona de la India donde reinaba Poro.[130] Todos los súbditos de Poro acataron a Alejandro, y una vez que hubo dispuesto todo en orden y que los indios se reincorporaron a sus puestos pacíficamente, decían algunos de ellos a Alejandro:

—¡Magnífico rey, dominarás ciudades espléndidas y reinos y montañas a los que jamás accedió ningún rey de los vivientes!

Y algunos de los muy sabios acudieron a él y le dijeron:

—Rey, tenemos que mostrarte una maravilla digna de ti. Vamos, pues, a mostrarte unas plantas que hablan con voz humana.

Entonces condujeron a Alejandro hasta donde estaba un templo del sol y la luna. Allí había un recinto custodiado y dos árboles de tipo muy parecido a cipreses. A su alrededor en círculo había árboles parecidos a la especie llamada en Egipto *mirobálano*,[131] y también sus frutos eran como los de aquel. Los dos árboles del centro del jardín podían hablar, con voz masculina el uno, y femenina el otro. El nombre del árbol masculino era «sol» y el del femenino «luna». Los llamaban *muteamatos*[132] en el idioma local. A estos dos árboles los habían envuelto con pieles de toda clase de animales: al masculino con pieles de machos y al femenino con pieles de hembras. A su presencia no aproximaban ni hierro, ni bronce, ni estaño, ni siquiera arcilla de alfarero. Cuando Alejandro preguntó cuáles eran las pieles que los envolvían, le contestaron que eran de leones y panteras.

Aún más quiso saber Alejandro de aquellos árboles. Le contestaron:

—Al rayar el alba, apenas aparece el sol, brota una voz de los árboles; y de nuevo cuando el sol está en el centro del cielo, y por tercera vez en el momento de su puesta. Y lo mismo sucede también con la luna.

Los que tenían aspecto de ser los sacerdotes dijeron a Alejandro:

—Acércate con toda pureza, prostérnate en adoración y recibirás su oráculo.

Añadieron los sacerdotes:

—Rey Alejandro, no se permite introducir hierro en el santuario.

Así que Alejandro ordenó depositar las espadas fuera del recinto sagrado. Acudieron con Alejandro buen número de acompañantes, a los que mandó examinar el lugar en todo su perímetro. Luego llama a su lado a algunos de los indios que le acompañaban, para que le

sirvieran de intérpretes. Y les jura:

—Si el sol se pone sin que se oiga la voz del oráculo para mí, os quemaré vivos.

Pero aconteció al sumergirse el sol: una voz india surgió del árbol. Los indios que le acompañaban se aterrorizaron y no querían traducirle el sentido. Alejandro se dio cuenta y los llevó a un lugar aparte. Allí le dijeron al oído:

—Rey Alejandro, pronto vas a morir a manos de los tuyos.

Todos los presentes estaban pasmados ante el prodigio, pero Alejandro quiso recibir el oráculo de nuevo. Ya que había oído su futuro, expresó el deseo de abrazar a su madre Olimpíade. Al aparecer la luna habló su árbol en lengua griega:

—Rey Alejandro, vas a morir en Babilonia: allí serás asesinado por los tuyos y no podrás ser llevado a presencia de tu madre Olimpíade.

Lleno de admiración, Alejandro quiso que depositaran las más hermosas coronas junto a los árboles. Pero los sacerdotes le dijeron:

—No es lícito hacerlo. Pero si nos obligas por la fuerza, se hará lo que quieras. Pues para un rey no hay ley escrita.

Muy afligido se levantó Alejandro de madrugada, y junto con los sacerdotes y sus camaradas y los intérpretes indios se introdujo de nuevo en el santuario. Con la plegaria ritual avanzó en compañía del sacerdote, y poniendo su mano sobre el árbol le preguntó si ya había cumplido el último año de su vida, porque quería saber este punto. Al surgir el sol y en el momento en que su resplandor alcanzó la cima del árbol, se deja oír una voz que dice claramente:

—Ya están cumplidos los años de tu vida y no puedes regresar a presencia de tu madre Olimpíade, sino que vas a morir en Babilonia. Poco tiempo después también tu madre y tu mujer morirán brutalmente a manos de los tuyos. Ya no investigues más sobre esto, porque ya no oirás nada más.

Después de escuchar este oráculo, quedose muy afligido Alejandro. Salió de allí y partió en retirada de la India. Así llega a Persia.

18. Entonces ansiaba visitar el palacio de Semíramis, que era muy famoso. Pero en todo aquel país reinaba una mujer de soberbia belleza, ya de mediana edad.[133] Alejandro le escribe una carta que decía así:

«El rey Alejandro saluda a la reina Candace de Béroe y a los príncipes súbditos suyos. En mi viaje a Egipto he oído hablar de vuestros templos, de vuestros palacios y vuestras tumbas y de que en cierta época fuisteis dueños de Egipto.[134] Por eso os he escrito. Consideradlo y contestadme lo que os parece. Conservaos bien».

Le contesta Candace con esta carta:

«La reina Candace de Béroe y todos sus príncipes saludan al rey Alejandro.

»No nos despreciéis por el color de nuestra piel. Tenemos las almas más claras que los más blancos de tus súbditos. Y disponemos de un número de 80 regimientos de jinetes dispuestos a aplastar a quienes nos ataquen. Los embajadores que te hemos enviado te transportan 100 barras compactas de oro puro, 500 muchachos etíopes, 200 chimpancés, una corona de esmeraldas y de 1.000 libras de oro, con 10 hileras labradas de incontables perlas, y 80 cofres de marfil. Y además diferentes especies de animales salvajes de nuestro país: 5 elefantes, 10 panteras domadas, en sus jaulas 30 perros comedores de carne humana, 30 toros de lidia. Y 300 colmillos de elefante, 300 pieles de pantera y 3.000 bastones de ébano.

»Envíanos a los que quieras para recoger tales obsequios en seguida, y danos tus noticias cuando hayas conseguido reinar sobre todo el universo. Sigue bien».

19. Al recibir Alejandro la carta de la reina Candace, la leyó y envió a Cleómenes a Egipto a recoger sus obsequios. Al enterarse Candace de cómo Alejandro había sometido a tan grandes reyes, llamó a un pintor griego de su corte y le dio órdenes de marchar a la corte de Alejandro y de pintar a escondidas un retrato de Alejandro. Así se hizo, y Candace recibió el retrato y lo guardó en un lugar oculto.

Sucedió que, unos días después, el hijo de Candace llamado Candaules, que iba con una escolta de unos pocos jinetes, fue asaltado por el tirano de los bebrices. Y en su fuga acude Candaules, el hijo de Candace, a refugiarse en las tiendas del campamento de Alejandro. Los centinelas que lo apresaron lo llevan a presencia de Tolomeo, el llamado luego *Soter* («salvador»), que era el segundo de Alejandro. El rey Alejandro estaba durmiendo. Le interrogó Tolomeo:

—¿Quién eres tú y los que te acompañan?

Contestó el otro:

—Soy el hijo de la reina Candace.

Y le dice Tolomeo:

—¿A qué has venido, pues, aquí?

Contestole:

—Junto con mi mujer y un pequeño destacamento venía a celebrar el rito mistérico anual en el País de las Amazonas. Pero el tirano de los bebrices vio a mi mujer, y asaltándonos con una numerosa tropa la ha raptado y mató a la mayoría de mis soldados. Así que regreso para tomar conmigo una tropa más abundante y arrasar la tierra de los bebrices.

Con estos informes, entró Tolomeo en el aposento de Alejandro, lo

despertó y le contó todo lo que había dicho el hijo de Candace. Al oírlo, Alejandro se desveló rápidamente y, tomando su diadema, coronó con ella a Tolomeo, le echó encima su clámide y le dijo:

—Siéntate en el trono como si fueras Alejandro, y di al secretario real: «¡Llama a mi presencia a Antígono, el capitán de mi guardia!». Y cuando yo me presente, cuéntame lo que me acabas de decir y dime: «¿Qué plan decidimos sobre el caso? Dame tu consejo».

Así que se sienta Tolomeo en el trono vestido con el traje regio. Al verlo se preguntaban los soldados:

—¿Qué nuevo plan medita ahora Alejandro?

El hijo de Candace, sin embargo, al ver al personaje revestido de la vestimenta del rey, se llenó de temor de que diera orden de matarlo. Creía, pues, que era Alejandro. Luego ordena a Tolomeo:

—Llamad a mi presencia a Antígono, el jefe de mi guardia personal.

Y al presentarse Alejandro, le dice Tolomeo:

—Antígono, este es el hijo de la reina Candace. Su mujer ha sido raptada por el tirano de los bebrices. ¿Qué me aconsejas hacer?

Le contestó él:

—Te aconsejo, rey Alejandro, que armes tu ejército para luchar contra los bebrices, a fin de que rescatemos a la mujer de este y que se la devolvamos en honor de su madre la reina.

Candaules, el hijo de Candace, se llenó de alegría al oír su consejo. Y dijo Tolomeo:

—Si esa es tu decisión, Antígono, ponla en práctica como jefe de mi guardia. Da orden de que se apreste la expedición.

20. Así que Tolomeo dio órdenes a Antígono, como si fuera él el rey Alejandro. Y así pasó. Antígono se apresuró a llegar en un solo día hasta la población del tirano en compañía de Tolomeo.

Y le dijo allí Antígono a Tolomeo:

—Rey Alejandro, procuremos no ser vistos durante el día por los bebrices, no sea que al enterarse el tirano asesine a la mujer. De tal modo podemos introducirnos por la noche en la ciudad y pegar fuego a las casas, y sus mismas gentes se sublevarán y nos entregarán a la mujer de Candaules. Porque nuestra batalla no es por el reino, sino a causa de esa mujer.

Cuando Antígono hubo hablado así, se le acercó Candaules y dijo:

—¡Qué inteligencia la tuya, Antígono! ¡Ojalá fueras tú Alejandro y no capitán de Alejandro!

Ya de noche penetran en la ciudad, mientras sus habitantes dormían, y pegan fuego a sus suburbios. Mientras los unos se despertaban con sobresalto e indagaban cuál era la causa del incendio,

ordenó Alejandro que se gritara:

—¡Es el rey Candaules con una numerosa fuerza que os ordena devolverle a su esposa antes de incendiar vuestra ciudad entera!

Los habitantes asediados se congregaron todos ante la fachada del palacio del tirano y con la fuerza de su multitud logran abrir sus puertas. Y arrebataron a la mujer de Candaules, que encontraron en el lecho del tirano, y se la entregaron a Candaules, y mataron al tirano.

Candaules, lleno de agradecimiento al consejo y al plan de Antígono, abrazó a Antígono y le dijo:

—Confíate a mí para que te lleve conmigo a mi madre Candace, para darte regalos regios dignos de ti.

Alejandro se puso muy contento y le dijo:

—Pide permiso para mí ante el rey Alejandro. También a mí me gustaría visitar tu país.

Lo envió Alejandro a presencia de Tolomeo para que este lo enviara como mensajero suyo. Y dijo Tolomeo a Candaules:

—Quiero saludar a tu madre con una carta. Toma y llévate contigo a Antígono como mensajero mío, y de nuevo condúcelo sano y salvo a mi presencia, del mismo modo que os he permitido a ti y a tu esposa llegar sanos y salvos a la corte de tu madre.

Candaules dijo:

—Rey, escolto a este hombre como si fuera el mismo Alejandro, y lo devolveré de regreso con regios regalos.

21. En su marcha, Candaules tomó consigo a Alejandro y una numerosa compañía de soldados, bestias de carga, carros y regalos abundantes. Por el camino, Alejandro admiraba los pintorescos montes del país del cristal, que se erguían hasta las nubes del cielo, y los árboles de altas copas cargadas de frutos, no de un tipo existente en Grecia, sino de especies maravillosas y peculiares. Pues allí había manzanos brillantes como el oro que ostentaban sus pesados frutos, como los limones de los griegos; y enormes racimos de vid, nueces con el tamaño de melones, monos tan grandes como osos y otros muchos animales, variopintos por su color y exóticos por su forma.

Había por allí unos terrenos a los que descendían unas escaleras rocosas. Y dijo Candaules:

—Antígono, estos lugares de aquí son considerados como moradas de los dioses.

Hicieron su viaje hasta llegar pronto al palacio real. Y salieron a recibirlos la madre y el hermano de Candaules. Cuando iban a abrazarle, les dijo este:

—No me abracéis tan pronto, sin antes saludar a mi salvador y al benefactor de mi esposa, a Antígono, mensajero del rey Alejandro.

Le preguntaron:

—¿Qué salvación te ofreció?

Cuando Candaules les hubo relatado el rapto de su mujer, realizado por el tirano de los bebrices, y el socorro prestado por Alejandro, le abrazaron sus hermanos y su madre Candace. Luego se celebró un espléndido banquete en el palacio.

22. Al día siguiente se presentó Candace con todo el brillo de su diadema regia, magníficamente erguida para su edad y con su figura semidivina, de modo que a Alejandro le parecía estar ante su propia madre Olimpíade. Contemplaba el palacio refulgente por sus techos decorados y sus muros de piedra. Cobertores de tejidos sedosos y con artísticas incrustaciones de oro se extendían sobre los canapés de áureas patas, y las tumbonas estaban alhajadas con lazos de oro. Las mesas estaban hechas de marfil y las columnas médicas relucían con sus capiteles de color de ébano. Había innumerables estatuas de bronce y carros de combate (drepanóforos) con sus caballos esculpidos en rocas de pórfido, que parecía que iban a echarse a correr con vida propia; y elefantes tallados en el mismo material, que con sus patas aplastaban a los enemigos mientras con sus trompas volteaban a los adversarios, y templos enteros con todas sus columnas talladas de un solo bloque de piedra. Alejandro se maravillaba al observar todo esto, mientras estaba comiendo en el banquete junto a los hermanos de Candaules. Este solicitaba a su madre que le obsequiara, como a mensajero de Alejandro, con regalos dignos de su inteligencia, antes de despedirle.

Al día siguiente, Candace tomó a Antígono de la mano derecha para mostrarle sus habitaciones, construidas de una piedra que reflejaba la luz de modo que a través de las marmóreas paredes se veía desde dentro el ascenso del sol; y dentro de aquellas salas había un triclinio hecho de unas maderas indestructibles y una casa que no estaba fija con sus cimientos sobre el suelo, sino plantada sobre cuatro enormes cubos de madera y que podía ser arrastrada sobre ruedas por veinte elefantes. Y cuando el rey se ponía en marcha para una nueva guerra se albergaba en ella.

Dijo Alejandro a Candace:

—Todas estas cosas serían dignas del mayor asombro si uno las encontrara entre los griegos y no en tu país, porque así de preciosos son vuestros montes y rocas.

Con cierto enfado contestó Candace:

—Dices bien, Alejandro.

Al oírse llamar por su nombre, «Alejandro», él se volvió y dijo:

—Yo, señora, me llamo Antígono y soy mensajero de Alejandro.

Contestó Candace:

—Sí, desde luego que también te llamaste Antígono, pero no para mí. Eres el rey Alejandro. Al momento te enseñaré el motivo de mi reconocimiento.

Y llevándole de la mano le condujo a su cámara y allí le trae la pequeña pintura de su retrato, y le dijo:

—¿Reconoces tu propia imagen?

Alejandro, al reconocer su retrato, se asustó y comenzó a temblar. Le dijo entonces Candace:

—¿Por qué temes, Alejandro, y estás tan asustado? Tú, el vencedor de los persas, el destructor de los indios, el debelador de los trofeos de los medos y los partos, y el subyugador de todo el Oriente, ahora sin guerra ni expedición militar estás en poder de Candace. De modo que date cuenta, Alejandro, que quien piensa aventajar mucho en astucia a los demás encuentra luego a otro que le supera en inteligencia. El caso es que la astucia de Candace ha superado tu listeza, Alejandro.

Alejandro estaba angustiado y rechinaba los dientes. Le dice Candace:

—¿Rechinas los dientes? ¿Qué puedes hacer? ¿Tú, que has llegado a ser tan gran rey, serás ahora sometido por una sola mujer?

Alejandro estaba dispuesto a matar a Candace y a suicidarse luego con su espada. Le dijo entonces Candace:

—También ese es un recurso noble y regio. Pero no te angusties, hijo Alejandro. Como tú salvaste a mi hijo y a su mujer apresada por los bebrices, también yo te voy a salvar de los bárbaros, llamándote Antígono. Pues si se dan cuenta de que eres Alejandro, te matarán al momento, porque tú diste muerte a Poro, el rey de los indios. La mujer de mi hijo menor es hija de Poro. Por tanto te llamaré Antígono. Yo guardaré tu secreto.

23. Después de este diálogo, Candace salió con él y dijo:

—Hijo Candaules, y tú, hija Harpisa, si no hubiérais encontrado en el momento oportuno a la expedición de Alejandro, no os habría yo recobrado ni tú hubieras encontrado a tu propia mujer. De modo que portémonos de modo digno con el mensajero de Alejandro y ofrezcámosle regalos.

Pero le contestó su otro hijo, el menor:

—Alejandro salvó a mi hermano y a su mujer, pero mi mujer está afligida porque su padre, Poro, fue muerto por Alejandro; y ya que tienes en tus manos a este mensajero suyo, quiere que matemos a Antígono.

Contestole Candace:

—¿Y qué beneficio sacarías, hijo? ¿Con matar a este vas a vencer a

Alejandro?

Dijo Caudales a su hermano:

—Fue mi salvador y de mi mujer, y yo lo guardaré sano y salvo y lo devolveré así a Alejandro. ¿Es que por este también nosotros aquí vamos a entablar combate uno contra otro?

Su hermano le replicó:

—Yo, hermano, no lo deseo; pero si tú lo quieres, estoy más dispuesto que tú.

Y con estas palabras se preparaban a enfrentarse en una pelea cuerpo a cuerpo.

Candace se angustiaba por la pelea de sus hijos, con temor de que entablaran lucha, y toma aparte a Alejandro y le dice:

—Tú, que eres sagaz y que has tramado tantas estratagemas, ¿no puedes meditar y hallar una salida para que mis hijos no se hagan una guerra mutua por tu causa?

Alejandro dijo:

—Yo iré y los pondré en paz.

Y poniéndose entre ambos, Alejandro dice:

—¡Oídme, Toas y Candaules! Si a mí me matáis aquí, nada le importará a Alejandro. Porque yo me llamo Antígono. Porque, además, los mensajeros que se envían no son tan preciosos como para justificar una batalla entre reyes. Pues si aquí me matáis, tiene muchos otros mensajeros Alejandro. Pero si queréis mediante mi persona hacer prisionero a vuestro enemigo Alejandro, prometed que me dais aquí tan solo una parte de vuestros regalos, para que me quede entre vosotros y facilite que el rey Alejandro se presente aquí, con el pretexto de que queráis darle personalmente los obsequios que habéis preparado. Y entonces, cuando hayáis capturado en vuestro poder a vuestro enemigo, ¡vengaos y satisfaced vuestra inquina!

Los hermanos le hicieron caso y se abrazaron. Candace quedó admirada de la inteligencia de Alejandro y le dijo:

—Antígono, me habría gustado que fueras hijo mío, pues por mediación tuya habría dominado a todos los pueblos. Desde luego, no has sometido a tus enemigos y a los países por la guerra, sino por la enorme agudeza de tu mente.

Así que Alejandro se alegró por tantos honores, mientras que Candace guardó firmemente el secreto.

Cuando diez días después emprendió su regreso, Candace le ofreció regalos dignos de un rey: una preciosa corona de diamantes, una coraza con perlas y berilos y una clámide toda purpúrea que refulgía como una estrella con sus incrustaciones de oro. Luego lo hizo escoltar con importante acompañamiento de los soldados de su guardia.

24. Después de varias jornadas de marcha llegó al terreno aquel donde Candaules le había dicho que moraban los dioses. Penetró él con unos pocos soldados en su interior y allí ve un espectáculo fantasmagórico entre el resplandor del fuego. Alejandro se asustó, sobrecogido de espanto, pero se retenía allí para ver en qué concluiría. Ve algunas figurillas humanas yacentes que despedían rayos de sus ojos como antorchas luminosas, y una que le dirige la palabra:

—¡Recibe mi saludo, Alejandro! ¿Sabes quién soy yo? Yo soy el emperador Sesoncosis. Pero no fui tan afortunado como tú. Pues tienes un nombre inmortal, por haber fundado en Egipto la muy admirada ciudad de Alejandría.

Preguntó Alejandro:

—¿Y cuántos años viviré?

Le contestó:

—Es bueno que el que vive no sepa cuándo ha de morir. Pues de aprender aquella su hora final se consumiría desde el momento en que lo supiera. El permanecer en la ignorancia le ofrece olvido al viviente para que no lo medite constantemente, aunque de todos modos ha de morir. Sin embargo, has fundado una ciudad muy ilustre entre todos los hombres. Muchos reyes la atacarán con intención de arrasarla, pero tú la habitarás, después de muerto y sin morir. Tendrás como tumba la ciudad que fundaste.

Después de este diálogo salió Alejandro del lugar.[135]

25. Tornando consigo a sus hombres continuaba la marcha hacia su propio campamento. Le salieron al encuentro los sátrapas y le trajeron su vestimenta de rey. Desde allí emprendió un viaje hacia el País de las amazonas. Al acercarse a su tierra les envió una carta en estos términos:

«El rey Alejandro saluda a las amazonas.

»Creo que estaréis enteradas ya de nuestra guerra contra el rey Darío. Después he hecho una expedición contra los indios, derroté a sus caudillos y los esclavicé con ayuda de la providencia de lo alto. Desde allí nos encaminamos hacia los brahmanes llamados “gimnosofistas”. Y después de aceptar sus tributos les permitimos permanecer en los mismos territorios y, a sus ruegos, les hemos dejado en paz. Desde allí, luego hemos cruzado hacia vosotras. Salidnos al encuentro con regocijo. Porque no venimos a haceros daño, sino con intención de ver vuestro país y, a la vez, de beneficiaros. ¡Conservaos bien!».

Después de haber recibido y leído la misiva de Alejandro, le contestaron por escrito con estas palabras:

«Las más poderosas e importantes de las amazonas saludan a

Alejandro.

»Te escribimos para que sepas esto antes de atacar nuestros territorios, a fin de que no fracases luego deshonrosamente.

»Con estas líneas nuestras, te informaremos de curiosidades de nuestra región y de nuestro estricto régimen de vida. Vivimos al otro lado del río Amazónico y, en su interior, en una isla en medio de su curso. El perímetro de nuestro país forma una circunferencia que tardarías en recorrer un año: el río no tiene nacimiento ni fin. La entrada es única. Las que la habitamos somos doscientas setenta mil doncellas armadas. Entre nosotras no se encuentra ni un solo varón. Los hombres habitan al otro lado del río y pueblan esa tierra. Anualmente, celebramos una fiesta colectiva y sacrificamos caballos a Zeus, Poseidón, Hefesto y Ares durante 30 días. Todas aquellas de nosotras que desean perder su doncellez se quedan con los hombres. Y a todas las niñas que dan a luz, nos las traspasan en cuanto cumplen siete años. Cuando unos enemigos se acercan para atacar nuestro país, salimos en expedición ciento veinte mil a caballo, mientras las restantes quedan de guardia en la isla. Y vamos al encuentro sobre nuestros confines, mientras los hombres, en formación de combate, nos siguen. Si alguna resulta herida en la batalla, es honrada por nuestra asamblea comunal y es coronada, y su fama es eterna. Si alguna cae en la guerra combatiendo en primera fila, su más próximo pariente recibe no pocas riquezas. Si alguna trae el cadáver de alguno de los adversarios a la isla, se le da por tal motivo oro, plata y manutención para toda la vida. De modo que nosotras luchamos por la propia gloria. Si vencemos a nuestros enemigos o si estos se retiran en fuga, les queda la marca de una vergonzosa afrenta para siempre; en cambio, si nos vencen, habrán vencido solo a unas mujeres. Mira, pues, rey Alejandro, que no te ocurra precisamente algo de esto. Medítalo bien y contéstanos por escrito. Nos encontrarás en expedición de combate en nuestras fronteras».

26. Alejandro leyó su carta, se sonrió y les contestó con este escrito:

«El rey Alejandro saluda a las amazonas.

»Hemos dominado las tres partes del mundo y no cesamos de exigir trofeos de victoria por doquier. Así que nos quedará una marca vergonzosa si no emprendemos una expedición contra vosotras. Por tanto, si queréis perecer y dejar despoblado vuestro país, aguardadnos en vuestras fronteras. Pero si preferís habitar vuestra propia tierra y no experimentar la guerra, cruzad vuestro país y dejaos ver ante nosotros. Y que los hombres formen de igual modo en la llanura. De hacerlo así, yo os juro por mi padre y por mi madre Olimpíade que no os dañaré, sino que aceptaré el tributo que queráis ofrecerme y no

penetraré en vuestra patria. Y enviadnos, para servir con nosotros, a unas cuantas amazonas a caballo que hayáis escogido. Les daremos como soldada a cada una de las enviadas vuestras un estáter[136] de oro y la comida. Al cabo de un año regresarán estas, y nos enviáis otras. Recapacitad las propuestas y contestadnos. Conservaos bien».

Después de recibir y leer la carta de Alejandro, las amazonas hicieron una asamblea y, tras tomar su decisión, le escribieron la siguiente:

«Las más poderosas e importantes de las amazonas saludan a Alejandro.

»Te concedemos el privilegio de llegar hasta nosotras y de visitar nuestro país. Nos obligamos a darte cada año cien talentos de oro y hemos enviado como destacamento a las 500 mejores de nosotras a tu encuentro, que te llevan el dinero y cien caballos de noble casta. Estas se quedarán contigo durante un año. Si alguna de ellas pierde su virginidad al unirse a un hombre cualquiera, que se quede entre vosotros. Nos escribes, pues, cuántas van a quedarse con vosotros, y en cuanto nos remitas a las demás, recibirás otras tantas. Acatamos tu mando tanto en tu presencia como en tu ausencia. Porque hemos sabido de oídas tus virtudes y tus hazañas. Nosotras vivimos al margen del mundo habitado, y aun así has llegado hasta nosotras como señor. Hemos decidido escribirte y habitar nuestra tierra patria y acatarte como soberano. ¡Consérvate bien!»[137]

27. Después de este intercambio de misivas, escribe Alejandro lo sucedido a su madre Olimpíade de este modo:[138]

«El rey Alejandro saluda a su dulcísima madre Olimpíade.

»En mi decisión de ver a las amazonas dirigí mi viaje hacia el río Prítanis. Al llegar a los alrededores del país vi que el río estaba por allí muy poblado de fieras. Los soldados cayeron en un desánimo tremendo. Ya iba promediado el verano y no cesaba de caer la lluvia en la región, y muchos de los soldados de infantería tenían enfermos los pies. Sucedíanse truenos enormes y caían rayos y relámpagos. Cuando íbamos a cruzar el río llamado Prítanis sucedió que los soldados hicieron una gran matanza de indígenas.[139]

»Llegamos luego al río llamado Termodonte,[140] que recorre una llana y fértil comarca, en la que viven las amazonas, mujeres que por su estatura superan en mucho a las demás mujeres y que son magníficas por su belleza y su valor. Llevan vestidos de colores, floreados, y manejan armaduras de plata y hachas de guerra. No tienen en su país hierro ni bronce. Y están bien dotadas de inteligencia y astucia. Al acercarnos nosotros al río, al otro lado del cual habitan las amazonas, que es un río grande e infranqueable y contiene una multitud de animales feroces, ellas cruzaron y se dispusieron en

formación militar frente a nosotros. Nosotros por carta ya las habíamos persuadido a sometérsenos.

28.»Después de recoger sus tributos nos retiramos hacia el mar Rojo y el río Tenonte. Y desde allí llegamos hasta el río Andante. Por allá ya no se podía distinguir ni la tierra ni el cielo. Eran muchas y muy diversas las tribus que allí habitan. Vimos a los hombres de cabeza de perro y a los descabezados, que tienen en medio del pecho los ojos y la boca, y a otros hombres con seis brazos y cabezas de toro, y a los trogloditas y a los salvajes de pies de correa (himantópodos), y a otros tan velludos como cabras y con rostro de león, y otros animales feroces y de aspecto extraño.

»Desde aquel río nos hicimos a la mar y llegamos a una gran isla, que dista 120 estadios de la costa. Y allí encontramos la ciudad del sol (Heliópolis).

»Tenía doce torres construidas de oro y esmeraldas. La muralla de aquella ciudad era de roca de la India. En el centro se elevaba un altar edificado de oro y de esmeraldas, con sesenta escalones. En lo alto se alzaba un carro con sus caballos y su cochero de oro y de esmeraldas. Pero no era fácil verlo a través de la niebla. El sacerdote de Helios era un etíope vestido con una túnica de lino puro. Nos habló en su lengua bárbara para que nos alejáramos de aquel lugar.

»En nuestra retirada de allí caminamos durante siete días de marcha. Luego encontramos una oscuridad tal que ni siquiera el fuego se podía ver en aquellos lugares.

»Al apartarnos de estos, llegamos al puerto de Lisso.[141] Allí hallamos un monte altísimo al que ascendí y vi en él muchas casas repletas de oro y plata. Vi también un gran muro circular de zafiro con una escalinata de 108 peldaños. Y en lo alto, un templo de forma redonda, rodeado en círculo de 100 columnas de zafiro. En el costado interno y en el externo estaban maravillosamente esculpidas en relieve imágenes de bacantes, sátiros y ménades que tocaban la flauta o danzaban en trance dionisíaco. El anciano Marón estaba allí sobre su asno. En medio del templo se hallaba un lecho trabajado en oro tapado con cobertores, en el cual yacía un hombre envuelto en una fina tela de lino. Su figura no pude verla, pero observé su vigor y el tamaño de su cuerpo.

»En medio del templo había también una cadena áurea de unas 100 libras que sostenía en lo alto una corona de oro. En lugar del fuego había una piedra preciosa que irradiaba luz en todo aquel lugar. Había también una jaula de oro suspendida de lo alto del techo, en la que había un pájaro del tamaño de una paloma, que, con una voz humana en lengua griega, chilló hacia mí y me dijo: “¡Alejandro, deja ya de oponerte a los dioses y vuelve a tu propia casa y no pretendas

ascender por las rutas del cielo!”.

»Cuando quise apoderarme de este y de la luminaria colgada, para enviártela, al punto vi que el que estaba yacente sobre el lecho se movía como si fuera a levantarse. Me dijeron mis camaradas: “¡Déjalo, rey! ¡Que son objetos sagrados!”.

»A la salida del templo vi junto al muro circular dos enormes vasos forjados de oro que contenían unas sesenta veces la medida de nuestras jarras en el banquete. Ordené que todo el ejército se acercara y que allí se celebrara un festín. Había allá una enorme casa preparada al caso. Y se encontraban en ella magníficas copas, dignas de toda admiración, talladas en piedras preciosas. Pero en el momento en que nos recostamos la tropa y yo para festejar el banquete, se produjo al instante una especie de trueno violento, un resonar de flautas y panderos múltiples, de siringas y trompetas, de tambores y cítaras. Y el monte entero humeaba como si un gran rayo hubiera caído sobre nosotros.

»Llenos de terror nos alejamos de aquellos lugares y llegamos al palacio de Ciro. Habíamos conquistado muchas ciudades abandonadas y luego una magnífica ciudad en la que estaba una amplia mansión que el mismo rey acostumbraba a usar como residencia.

»Me dijeron que allí había un pájaro que se expresaba con voz humana. Yo entré en la casa y vi muchos objetos maravillosos dignos de asombro. Toda la casa era de oro. En el centro colgaba del techo una jaula para aves semejante a la anterior, áurea, y dentro de ella había un pájaro semejante a una paloma, de plumaje de oro. Este es el que me dijeron que hablaba a los reyes en sus respectivas lenguas. Vi también allí un gran jarro forjado en oro —estas cosas estaban dentro de los aposentos reales de Ciro—, que podía contener unas ciento sesenta medidas. Era muy admirable por estar cincelado. En su copa presentaba unas figuras humanas, y una batalla naval estaba labrada en una cenefa. En su centro había una inscripción. Por fuera era de oro labrado. Me contaron que la habían hecho en Egipto y que la habían traído de la ciudad de Menfis, desde allá, cuando los persas la conquistaron.

»La casa en que el rey en persona acostumbraba a tratar los asuntos generales estaba construida al estilo griego. En ella estaba pintada la batalla naval de Jerjes. Había además en aquel palacio un trono de oro con incrustaciones de piedras preciosas y una lira que sonaba automáticamente. Había también una estantería para vasos hecha de oro con un alto de dieciséis codos y con ocho tramos. En lo alto estaba un águila que con sus alas extendidas dominaba todo el ámbito circular. Había también una vid de oro de siete brazos, y todos hechos en oro.

»De las demás maravillas, tan numerosas, ¿qué voy a decirte? Tales

son que por su número y belleza no podemos explicarte su prodigiosa calidad.

»¡Conservaos bien!»[142]

Allá encontré además a muchas tribus que comían carne humana y que bebían sangre de animales y fieras como si fuera agua. Porque no enterraban a sus muertos, sino que los devoraban. Ante el espectáculo de tan perversísimas gentes, temeroso de que con ese tipo de alimentación contaminaran la tierra con sus perversos y corrompidos hábitos, solicité la ayuda de la providencia de lo alto y me fortalecí contra ellos. Maté a muchísimos al degüello y esclavizamos su país. Entonces les invadió un terror general a todos ellos, desde los más elevados a los más lejanos, al oír el rumor: «Alejandro, el rey de los macedonios, se acerca aquí y matará en degüello a todos, y quiere arrasar nuestras ciudades y someterlas a su tiranía». Y así emprendieron todos la huida y se perseguían unos a otros, y así uno empujaba a otro pueblo y hasta los más remotos se hallaban agitados en la fuga progresiva. Los reyes de estas tribus son 22. Y emprendí la persecución tras ellos hasta que se encontraron entre las dos enormes montañas, a las que se da el nombre de «Los Pechos del Norte». Y no hay otra entrada ni salida de aquel lugar que el paso a través de aquellos grandes montes. Sobrepasan en altura a las nubes del cielo y extendiéndose a modo de dos muros a derecha e izquierda en dirección al norte llegan hasta el gran mar a lo largo de una zona tenebrosa. Y maquiné un plan por todos los medios para que no tuvieran aquellas gentes otra salida para escapar de aquel lugar entre los grandes montes. La salida entre los dos grandes montes tenía una anchura de 240 codos reales. En aquel momento supliqué a la providencia de lo alto con todo mi corazón, y atendió a mi súplica. Dio órdenes la suprema providencia a los dos montes, y ellos se movieron y avanzaron uno hacia otro hasta distar doce codos. E hice construir unas puertas broncíneas de 32 codos de ancho y de una altura de 60 codos, de compacta factura, e hice revestir esas mismas puertas de una sustancia indestructible por la parte de dentro y la de fuera, para que ni el fuego ni el agua ni cualquier otro mecanismo pudiera corroer el bronce de aquellas puertas. Pues el fuego al aplicarse a ellas se apaga y el hierro se mella. Y por fuera de estas tremendísimas puertas levanté otro muro de protección de rocas pétreas, cada una de las cuales tenía un ancho de 11 codos, una altura de 30 y un grosor de 40. Y después de la construcción hice clausurar el muro fundiendo estaño con plomo en las junturas de los bloques de piedra y recubriendo con una capa de sustancia indestructible el muro, para que nada fuera capaz de dominar aquel portón, al que denominé Las Puertas Caspíacas. A 22 reyes y sus gentes dejé encerrados allí. Los nombres de sus pueblos son: Magog, Cinocéfalos,

Nunos, Fonocératos, Siriásoros, Jonios, Catamórgoros, Himantópodos, Campanes, Samandres, Hippies, Epámboros. Así purifiqué las regiones del norte de todos estos impíos. Después edifiqué otras dos enormes murallas, una al oriente y otra al poniente. Y crucé por en medio de los turcos y los armenios.

Y desde allí caí sobre estos como un león sobre sus presas de caza y maté a degüello a todos aquellos y a su rey, llamado Canon, y penetré en su palacio. Allí encontré a Candaules, hijo de Candace, la reina de la India, junto con su esposa, que estaban prisioneros en la mansión. Al liberarlos les pregunté cómo había sido apresado por aquellos. Me respondió: «Había salido de caza con intención de divertirme en compañía de mi mujer marchando por la región, y llevaba conmigo quinientos esclavos con panteras, perros y halcones. Y de pronto nos atacaron y mataron a todos los que me acompañaban, y apresándonos a mi esposa y a mí nos trajeron ante su rey. Y él nos encarceló con intención de sacrificarnos a su dios. Pero ahora tu virtud te ha conducido aquí, y henos en tu presencia, soberano magnífico». Entonces ordené darles escolta y ofrecerle todos los honores. Y dos días después los envié a la reina Candace.

30. Escribe además otra carta Alejandro a su madre Olimpíade, cuando estaba en Babilonia la grande y a punto de perder la vida,[143] con tales noticias:

Dicen que es grande la previsión de los dioses. El caso es que una de las mujeres indígenas dio a luz una criatura de figura humana, pero de las caderas hacia abajo formada con fragmentos de fieras, de modo que el niño parecía una imitación del monstruo llamado Escila. Pues los injertos eran cabezas de leones y de perros salvajes. Sus formas extrañas se movían y eran visibles a todos, de modo que podía reconocerse el tipo de cada animal. En cambio, la parte superior del niño estaba muerta.

Después del parto la mujer metió a su criatura en un saco de mano y se presenta en el palacio de Alejandro, diciendo a su guardia:

—Anunciadme al rey Alejandro, que sobre un suceso maravilloso quiero mostrarle algo.

Alejandro se hallaba descansando la siesta —era cerca del mediodía— en su dormitorio. Cuando se despertó, se enteró de la llegada de la mujer y mandó que la llevaran a su presencia. Al presentarse ella, el rey mandó retirarse a todos los demás. Cuando todos hubieron salido, la mujer le mostró el monstruo recién nacido y confesó que ella lo había dado a luz.

Asombróse Alejandro al verlo y al momento mandó que trajeran a los intérpretes de prodigios, a sabios y magos. Cuando estos acudieron les dio órdenes de emitir su dictamen sobre aquel parto,

amenazándolos con la muerte si no le decían toda la verdad. Los más famosos y más capacitados de los caldeos eran cinco, y había uno que en su oficio aventajaba en mucho a todos los demás; pero que entonces, por azar, no estaba allí, sino de viaje. Los allí presentes dijeron que en las guerras Alejandro sería superior a todos sus enemigos y que sería el soberano de todos los hombres. Decían, pues, que las más fuertes fieras estaban, como los pueblos bárbaros, sometidos a un cuerpo humano. Y eso significaba el prodigio.

Pero después de estos se presentó también el otro caldeo ante Alejandro. Y al observar la disposición del fenómeno se echó a gritar entre sollozos y se rasgó las ropas en gesto de duelo. Alejandro, al ver su dolor, se angustió infinitamente y le conmina a decir con toda confianza lo que había visto a partir del prodigio. Él le contesta así:

—Rey, no es posible contarte entre los vivos.

Como Alejandro le rogó que le explicara la interpretación del prodigio, le contestó así:

—Poderosísimo rey de todos los hombres, la figura humana eres tú, las formas de fieras son los que te rodean. Y si la parte superior hubiera vivido y estuviera en actividad como los animales de abajo, estarías destinado a regir a todos. Así que, del mismo modo como esta ha dejado la vida, así lo harás tú, rey. Y del mismo modo como están los animales de su parte inferior, así también están los de tu séquito. No tienen conciencia, sino que son bestias salvajes para los humanos, así también los de tu séquito se comportan contigo.

Después de decir esto, el caldeo se marchó, y mandó quemar en seguida la deforme criatura. Alejandro, después de oír lo anterior, ponía en orden sus asuntos personales día a día.[144]

31. Antípatro se había rebelado contra Olimpíade, la madre de Alejandro, y en contra de ella obraba a su capricho.[145] La madre de Alejandro le había escrito muchas veces sobre la conducta de Antípatro —pues se encontraba ultrajada en su condición de madre de Alejandro— y quería retirarse al Epiro, pero se lo prohibía Antípatro. Cuando Alejandro recibió las cartas de su madre Olimpíade y se enteró por ellas del resentimiento que la apenaba, despachó a la corte de Antípatro en Macedonia a Crátero, como intendente, que se hiciera cargo del reino.

Al enterarse Antípatro de la intención de Alejandro y de la llegada de Crátero, y consciente de que venían tropas de Alejandro a Macedonia y Tesalia a por su persona, se atemorizó y decidióse a asesinarle a traición, porque temía ser llevado a prisión por lo que había hecho contra Olimpíade. Pues estaba enterado de que Alejandro se había excedido mucho en su soberbia por las hazañas que llevaba a cabo.

Reflexionando sobre esto, preparó un veneno mortífero, que no se podía guardar en un frasco de bronce ni de cristal ni de arcilla, que se habría quebrado al punto. Antípatro puso el veneno en una cajita de plomo, lo encerró en otra caja de piedra y lo confió a su propio hijo al enviarlo a Babilonia para entregar a Julo,[146] el maestresala de Alejandro, después de advertirle de palabra de la peligrosidad del veneno y de su poder mortífero; para que, si en guerras con sus enemigos le sucediera algo, se lo tomara para morir.[147]

Al llegar el hijo de Antípatro a Babilonia se puso al habla con Julo, el maestresala de Alejandro, en contacto secreto para la entrega del veneno.

Entonces Julo andaba disgustado con Alejandro, porque unos días antes, a causa de un desliz de Julo, Alejandro le había golpeado con su cetro en la cabeza y le había herido gravemente. Por ese motivo Julo estaba furioso contra Alejandro y se puso de acuerdo con el hijo de Antípatro para el crimen. Julo se atrajo a un tal Medio, que también había sido afrentado. Y tomaron sus disposiciones sobre cómo darían a beber el veneno a Alejandro.

Cuando Alejandro descansaba uno de aquellos días después de un gran banquete, se le acercó Medio invitándole a acudir al día siguiente a su casa. Y se dejó persuadir Alejandro por su ruego y acudió al festín de aquel. Junto al rey Alejandro se hallaban otros convidados. El complot asesino, que iba a realizarse mediante el veneno, no lo sabían Perdicas, ni Tolomeo, ni Olcio, ni Lisímaco, ni Eumenio,[148] ni Casandro, pero todos los demás que se sentaban a sus lados participaban de la intentona criminal del veneno y estaban apalabrados con Julo, como escanciador del rey Alejandro, juramentados unos con otros. Pues ambicionaban los dominios de Alejandro.

Cuando Alejandro se hubo reclinado en su sitio, Julo le trajo una copa sin trampa. Se trabó la charla en la reunión y, al cabo de cierto tiempo, como hubiera consumido ya su bebida, Julo le ofreció otra copa que contenía el veneno. Alejandro la aceptó por su mala fortuna y, apenas lo bebió, dio un grito como herido por una flecha en el hígado. Se contuvo por breve tiempo y después, esforzándose por contener su dolor, se retiraba a su casa, recomendando a los presentes que se quedaran en la reunión.

32. Pero los demás, muy preocupados, disolvieron al instante el banquete, y salieron a aguardar con expectación lo que fuera a suceder. Alejandro desfallecía y llamó:

—¡Ah, Roxana, ayúdame tú un poco!

Y, sostenido por ella, llegó a su palacio y se echó en cama.[149]

Al hacerse de día ordenó a Perdicas y a Tolomeo y a Lisímaco que acudieran a su lado. Prohibió que ningún otro viniera con ellos, hasta que les diera su testamento.

En seguida se produjo un tumulto y un intento de motín de los macedonios en el patio del palacio de Alejandro, con intención de matar a los soldados de su guardia personal si no les dejaban ver a su rey. Alejandro quiso informarse del griterío y Perdicas se le acercó y le explicó lo que gritaban los macedonios. Alejandro dio orden de que llevaran en alto su lecho hasta un lugar donde todo el grueso de sus tropas pudiera desfilar junto a él para verle, y circular entre una y otra puerta. Ejecutó Perdicas las órdenes del rey Alejandro, y uno a uno los macedonios se aproximaron a su rey y le contemplaron. No había ninguno que no derramara lágrimas al ver a Alejandro, tan gran rey, tendido moribundo en su lecho.

Un hombre de aquellos, de noble aspecto, pero no de rango especial, se llegó hasta el lecho de Alejandro y dijo:

—Por nuestro bien, rey Alejandro, nos rigió tu padre Filipo, y por nuestro bien lo hiciste tú, rey. Ahora tú nos abandonas, y sería hermoso para nosotros morir contigo, con quien hizo de Macedonia una patria libre.

Alejandro se echó a llorar y extendió su brazo derecho en un gesto de consolación.[150]

33. Luego dio orden de que viniera un secretario y dijo esto acerca de su mujer Roxana:

—Si de mi esposa Roxana nace un varón, que ese sea rey, para los macedonios. Pero si nace una hembra, que elijan a quien quieran como rey.

Y dispuso que escribieran a su madre de este modo:

«El rey Alejandro saluda a su dulcísima madre.

»En cuanto hayas recibido esta mi última carta prepara un espléndido banquete para remunerar a la divina providencia de lo alto por haberte dado tal hijo. Así que si quieres honrarme, ve tú por ti misma y convoca a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, al banquete, con estas palabras: "Ved que está preparado este banquete. Venid a celebrar la fiesta. Pero que se abstenga de acudir aquel de vosotros que tenga una pena reciente o antigua, porque no he dispuesto un banquete de pesadumbre, sino de alegría". ¡Sigue bien, madre!».[151]

Cumplió Olimpíade este requisito, y no se presentó nadie en el banquete, ni pequeño, ni grande, ni rico, ni pobre. No se encontró a nadie sin tribulación. Pronto advirtió su madre la sabiduría de Alejandro y cómo, en el momento de despedirse de los vivos y para

consolarla, le había escrito aquello. Que pensara que no le sucedía a él algo único, sino algo que había sucedido y sucedería a todos.

Mientras decía estas y otras muchas cosas Alejandro, se extendió por el aire la tiniebla y apareció una gran estrella descendente del cielo hasta el mar acompañada por un águila, y la estatua de Babilonia, que llaman de Zeus, se movió.

La estrella ascendió de nuevo al cielo y la acompañó el águila.[152] Y al ocultarse la estrella en el cielo, en ese momento durmióse Alejandro en un sueño eterno.

34. Los persas se peleaban con los macedonios, porque querían llevarse consigo a Alejandro e invocarlo como Mitra.[153] Los macedonios se oponían, porque querían trasladarlo a Macedonia.

Interviene, entonces, Tolomeo con estas palabras:

—Aquí hay un oráculo de Zeus de Babilonia.[154] Aceptaremos de él la sentencia sobre dónde depositaremos el cuerpo de Alejandro.

El oráculo de Zeus les dio esta sentencia:

—Yo os diré lo que debéis hacer. Hay una ciudad en Egipto cuyo nombre es Menfis; allí debéis entronizarlo.

Una vez dado el oráculo, nadie discutió, sino que accedieron a que Tolomeo se pusiera en camino y lo llevara a Menfis embalsamado en un ataúd de plomo. Tolomeo lo depositó sobre un carro y ahí hizo el viaje desde Babilonia a Egipto. Al enterarse los habitantes de Menfis, salieron a recibir el cadáver de Alejandro y lo introdujeron en Menfis. Pero el sumo sacerdote del templo de Menfis dijo:

—No lo depositéis aquí, sino en la ciudad que fundó en la comarca de Rakotis. Pues donde quede este cuerpo, esa ciudad será agitada y revuelta por guerras y combates.[155]

Al momento, entonces, lo conduce Tolomeo a Alejandría y le da sepultura en el templo denominado «Cuerpo de Alejandro», ya que allí dejó como reliquia el cadáver de Alejandro.

35. Alejandro vivió treinta y dos años, distribuidos así: a los veinte años fue rey. Guerreó durante doce años y venció todas sus batallas. Sometió 22 pueblos bárbaros y 14 poblaciones griegas. Fundó estas doce ciudades: Alejandría la que está en Egipto, Alejandría de Horpas, Alejandría Crátisto, Alejandría de Escitia, Alejandría junto al río Crépide, Alejandría de la Tróade, Alejandría de Babilonia, Alejandría de Pieria, Alejandría del Caballo Bucéfalo, Alejandría de Poro, Alejandría del río Tigris, Alejandría de los Masagetas.

Nació Alejandro en una luna llena en el mes de enero, a la salida del sol, y murió en el mes de abril, en una luna llena, a la puesta del sol. Y llamaron *Neomaga*[156] al día de su muerte por haber muerto

joven Alejandro.

Pereció en el año del mundo 5176, en el último año de la 113 olimpíada. Una olimpíada son cuatro años, y la primera olimpíada fue en el cuarto año del rey Acaz. Desde la muerte de Alejandro hasta la encarnanación en una virgen del Verbo Divino pasaron trescientos veinticuatro años.[157]

NACIMIENTO, HAZAÑAS Y MUERTE DE ALEJANDRO DE MACEDONIA

ANÓNIMO

PRESENTACIÓN

1

La *Vida de Alejandro*, que Carlos R. Méndez ha traducido, nos ofrece en castellano, por primera vez, el librillo popular griego que, después de una larga tradición y circulación oral, fue editado en las prensas de Venecia a fines del siglo XVII. (El texto aquí seguido es el que fue editado en Venecia en 1750. La edición es la de Giorgos Veloudis, *Diégesis Alexándrou tou Makedónos*, Atenas 1977). Es una variante de la versión popular de esa biografía novelesca, cuyo origen está en la *Vida y hazañas de Alejandro*, atribuida al Pseudo Calístenes, modificada por una larga tradición de numerosos recovecos y destinada a una recepción y difusión muy popular. Es el último eco, después de siglos de transmisión oral y peregrina, de ese texto fascinante —situado entre la biografía, la leyenda y la historia del gran conquistador del Oriente— que gozó de asombrosa difusión en el mundo helénico, y también, a través de múltiples traducciones e imitaciones, en muy diversas lenguas en todo el mundo.

La biografía novelesca del Pseudo Calístenes se redactó, según la opinión más acreditada, en el Egipto alejandrino en algún momento del siglo III de nuestra era. (Se tradujo por primera vez al latín ya a comienzos del siglo IV). Es decir, que desde la muerte de Alejandro (que sucedió en Babilonia, en 323 a. C.) a la redacción de esa compleja y variopinta *Vida* por el incógnito escritor que denominamos como Pseudo Calístenes ya habían pasado más de cinco siglos. En ese periodo oscuro, la figura del gran monarca y conquistador macedonio se fue convirtiendo en una imagen mítica que lo presentaba como el último gran monarca macedonio, muerto en plena gloria y juventud a los treinta y tres años, en la misteriosa Babilonia, fatídica y ocasional metrópolis de un extensísimo imperio, deshecho a su muerte. Y de la fecha de composición de esa *Vida* hasta la edición que aquí se traduce pasaron nada menos que unos quince siglos más, casi mil quinientos años.

Esta versión tan traída y llevada por los caminos griegos es lo que bien podría llamarse el *Folletín de Alejandro*. Acentúa el tono dramático y fantástico del relato original, reelaborado en una prosa sencilla, pintoresca, y de fuerte colorido popular. Junto a ella existe el relato en otra variante, en verso (es decir, también popular, pero formalmente más cuidada): la *Versión rimada*, que se editó dos siglos antes (en Venecia, 1529), representante de otra rama de esa misma versión trasmitida con variantes diversas.

El carácter popular de esta *Vida de Alejandro* es, desde luego, un rasgo fundamental para cualquier consideración del interés de nuestro texto y de su significado literario e incluso su trasfondo mítico e ideológico. Fue durante siglos un texto bizantino que circuló primero en manuscritos y luego —desde mediados del XVIII— se divulgó impreso como un libro popular, en el sentido más estricto del término.[158] Su larga peregrinación, de resonancias patrióticas, en ocasionales recitados por pueblos y plazas, con auditorios ignorantes, fascinados y fervorosos, durante la época de dominación turca en Grecia, atestigua su amplia difusión, que podemos juzgar por algunos ecos, y luego, a partir de esta tardía *editio princeps* veneciana, por las numerosas reimpresiones y ediciones populares (pues tuvo más de cuarenta en menos de dos siglos). Esta tradición avala el prestigio popular de esta fabulosa biografía, como una subespecie de épica heroica e histórica, de muy sorprendente difusión popular.

Si desde un comienzo la *Vida de Alejandro* del Pseudo Calístenes tuvo el carácter de una obra de tradición textual abierta, es decir, que fue un texto memorizado, copiado y recopiado con numerosas variantes, modificaciones, retoques, glosas y añadidos, sin el respeto habitual de los copistas a la letra de los modelos clásicos, como lo atestigua pronto y ampliamente la tradición de sus manuscritos (y las conocidas recensiones antiguas A, B, Γ, Δ, etc.), en esta recreación popular del texto, que había corrido y rodado a través de tantos siglos, se extreman esos rasgos característicos que lo alejan de la crónica histórica.

Recordemos que, desde sus mismos orígenes, esa biografía novelada que construyó, sobre otros relatos anteriores, el llamado Pseudo Calístenes, un curioso y anónimo escritor de Alejandría, un escritor de muy mediocre cultura y de claro afán propagandista, zurció y manipuló numerosos datos y pintorescos ecos para dar una imagen mitificada de Alejandro. Fue, ya en sus comienzos, un producto literario de escasa precisión cronológica y de vistoso colorido dramático, con una marcada tendencia a la difusión popular y sin pretensiones de una rigurosa exactitud histórica.

Desde un comienzo, la imagen de Alejandro Magno que quiso transmitir el buen Pseudo Calístenes era la glorificada de un héroe mítico. Su Alejandro es un espléndido monarca de origen macedonio, pero no hijo real del rey Filipo II, sino del mago Nectanebo, un faraón egipcio exiliado y astuto. Era el poderoso fundador de la magnífica Alejandría, el conquistador de todo el Imperio persa, un emperador de ambición y prestigio universal, y, además, muy admirablemente, el explorador del Oriente fabuloso.

Alejandro había realizado, en su lejano tiempo histórico, con audacia ejemplar, el ideal eterno del héroe griego, en toda su victoriosa trayectoria de conquistador del mundo coronada por su temprana y trágica muerte. Esa imagen mitificada del conquistador era lo que le importaba, ante todo, al escritor alejandrino y a su público, mucho más que la imagen histórica del caudillo macedonio que había cumplido la expedición victoriosa que diseñara el rey Filipo. Magnífico, Alejandro era el perfecto émulo de los mayores héroes de la mitología clásica, como Aquiles, Heracles y Dioniso, que fueron sus modelos. Modelos que él superó en sus hazañas. Solo en un empeño fracasó el magnánimo Alejandro: no logró conquistar la inmortalidad. Murió joven —como deben morirse los héroes, sin conocer la decadencia de la edad— en Babilonia.

Intentó llegar más allá que nadie en sus hazañas, y solo fue detenido por la muerte traicionera. Que su sueño del imperio universal se disolviera a su muerte no le importaba mucho a este biógrafo tardío y fantasioso, empeñado en transmitir esa imagen mítica del fulgurante y breve destino del rey que quiso ser divinizado como hijo de Amón. Y su biografía, de afanes épicos, aunque escrita en una sencilla prosa, obtuvo un asombroso éxito de público.[159] De modo paradójico, el Homero que Alejandro quería para sí y que le envidiaba a Aquiles, vino a encontrarlo, más de cinco siglos después de su muerte, en este oscuro prosista alejandrino, al que llamamos Pseudo Calístenes.

3

Pero volvamos a la tradición griega popular, esa larga y secular tradición que resuena y desemboca en nuestro *Folletín de Alejandro*. No intentaré aquí repetir los datos doctos que G. Veloudis ha resumido muy bien en su erudita introducción a nuestro texto. En su estudio preliminar comenta las etapas más significativas de esa historia del texto y analiza los rasgos más relevantes de esta versión popular. Sus datos nos son muy útiles para abreviar esta noticia y destacar solo lo

que nos parece esencial, como es la transmisión de ese relato, más mítico que histórico, en un ambiente popular y, en una gran medida, oral, durante varios siglos. «Podemos afirmar —escribe G. Veloudis— que desde el siglo XVI y hasta el XVIII (y aún durante todo el XIX), tanto en Grecia como en el resto de los países balcánicos el viejo libro popular continúa siendo la única y exclusiva lectura el pueblo. La palabra *lectura*, por cierto, no debe ser entendida en un sentido completamente literal, en una época donde el analfabetismo era todavía la regla y aquellos que sabían leer y escribir no pasaban de ser una pequeña minoría». Un libro popular era básicamente un libro leído en público, ante un auditorio familiar, de amigos y vecinos, un libro vendido por buhoneros en las ferias, manoseado y expuesto en las tiendas de ultramarinos, transmitido por mil modos a sus oyentes analfabetos aldeanos y peregrinos.

Desde este punto de vista resulta menos importante la distinción entre la biografía versificada y la escrita en prosa que la transmisión popular de ambas formas de la *Vida*. Como escribe G. Veloudis: «Para estudiar la tradición neogriega sobre Alejandro el Grande en su vertiente de lectura popular, es imprescindible considerar los dos libros populares, la versificada *Rimada* y el *Folletín* en prosa, cada uno con su historia, como un único libro popular sobre Alejandro: es evidente que, más allá de las diferencias puntuales en el tratamiento de los motivos, ambos ofrecen, desde el punto de vista del contenido, exactamente la misma trama y cumplen, aunque divergentes en la realización formal, idéntica función, puesto que colman las necesidades de un público lector en relación con un mito».

Basta con echar una mirada al catálogo de ediciones de los dos libros populares sobre Alejandro, para comprobar el hecho muy destacado de que la *Rimada* se imprimió un siglo y medio antes que el *Folletín*, constituyendo hasta el último cuarto del siglo XVII el único libro popular sobre Alejandro el Grande, para desaparecer después, repentina y completamente, de las ediciones en las imprentas venecianas (y, algo más tarde, de las del territorio de la Hélade). Por el otro lado, el *Folletín*, en contraste con su prolongada tradición manuscrita durante los siglos anteriores, conoce su primera impresión bastante tarde, pero se convierte, a partir de entonces y hasta la tercera década del siglo XX, en el libro popular único y por excelencia sobre el gran Alejandro.[160] La *Vida de Alejandro* fue —con sus 61 ediciones entre las dos versiones— «el libro popular griego de mayor éxito, el mayor *best seller* de toda la literatura griega popular». (Seguido, a distancia, por las *Fábulas* de Esopo, con cincuenta ediciones, y el *Erotócritos* con unas treinta).

Nos interesa subrayar de nuevo cómo este variopinto folletín potencia los rasgos que ya están en la *Vida de Alejandro* del siglo III d. C., desarrollando por un lado los elementos fantásticos y dramáticos, y desdibujando, por otro, los pocos datos históricos recreados y conservados en la biografía. Ya en otra ocasión he puesto de relieve qué grande era la ignorancia del Pseudo Calístenes (quizás más que su ignorancia, su distancia emotiva) respecto de muchos testimonios históricos; pero es evidente que aquí se ha avanzado muchísimo en esa derivación de la historiografía hacia lo fabuloso y novelesco. No ha menguado, en cambio, la admiración sin límites respecto a la figura mitificada de Alejandro, héroe de la tardía epopeya en prosa. Destaquemos algunos ejemplos. Si el Pseudo Calístenes escribió su *Vida* desde Alejandría poniendo un notorio énfasis en los datos egipcios (por ejemplo, en la paternidad del faraón Nectanebo, la relación con el dios Amón, y la fundación de Alejandría, destino final del cadáver de Alejandro, gracias a Ptolomeo), ahora poco de eso es relevante. Cierto que se ha conservado muy bien, al comienzo del texto, esa novela breve o cuento egipcio de cómo el faraón Nectanebo engendró a Alejandro, y cómo el joven le dio luego muerte (sin sentir después ningún complejo edípico), pero sin restos del énfasis inicial de tono épico.

El mundo de Egipto no le interesa gran cosa al copista griego o bizantino que, a muchos siglos de distancia, vuelve a contarnos la historieta de Nectanebo. (Por cierto, el texto le llama Ectenabós, por deformación popular, en los capítulos iniciales, luego le da el nombre correcto de Nectanebo, cuando Alejandro recibe su confirmación como sucesor legítimo en el trono de Egipto mediante un signo mágico: la corona suspendida en lo alto de un poste u obelisco cae sobre su cabeza). No se menciona la visita al santuario de Amón en el oasis de Siwa, y solo muy de pasada se cuenta la fundación de Alejandría. Y esa distancia de tales hechos es muy significativa.

En cambio, se insiste en los orígenes macedonios de la estirpe de Alejandro y en la importancia de Macedonia (más que Grecia) como gran reino propio. Los anacronismos son aquí mucho más gruesos que en la versión original. Del mismo modo, abundan los disparates geográficos, lo que es un claro indicio del destino popular del relato. Los macedonios deben defenderse de los cumanos (un pueblo de origen turco que penetró en Europa central y luego se asentó en el sur de Hungría hacia el siglo XIII). Se menciona varias veces Morea, donde está situada Olimpia, e incluso se habla una vez de «la isla de Olimpia». Tanto Atenas como Jerusalén y Babilonia son «castillos», y los asedios a esas antiguas ciudades son ataques en regla a sus

murallas de tipo medieval. Por cierto que aquí Alejandro destruye Atenas (una confusión seguramente con su destrucción de Tebas, ciudad que ya es solo un nombre más). Ese ataque sucede después de que tres de sus doce oradores hayan polemizado sobre la conveniencia o inconveniencia de rendirse a los macedonios. Toman allí la palabra Sofonías, Antístenes y Diógenes, «el más sabio de los filósofos». (Es curioso notar que estos dos sean ambos cínicos, y tal vez por ello aureolados de prestigio popular). Si el Pseudo Calístenes ignoraba casi todo de las ciudades griegas clásicas, aquí esa ignorancia es garrafal. No menos disparatado es el viaje triunfal de Alejandro a Roma y el sometimiento de Roma y todo Occidente en un vasallaje rápido.

Por otra parte, se nos da una serie de nombres pintorescos de personajes no menos estrafalarios. Aquí el príncipe Nicólaos, que será vencido por Alejandro en Olimpia (en una carrera que no es ya de carros, sino de caballos), resulta hijo del rey persa Darío, aunque luego no se vuelva a mencionar jamás ese parentesco. Son variopintos como esos nombres orientales acabados en -usis y otros finales exóticos, como Candarcusis, Arquidonusis, Berberis, Aplamesis, Evaincis, Evagricis, y muchos otros. También se inventan reinos enteros, como Uluría, por ejemplo. Las distancias geográficas están abolidas: desde Egipto al corazón de Persia, donde lucha contra Darío, se va en un periquete. Los territorios y sus nombres tienen un valor más bien simbólico, como en los cuentos maravillosos. Pero aún mucho más notoria es la exageración constante de las cifras: los guerreros (y también los monstruos y las fieras) son miles de millares, de un lado y de otro. (Aunque siempre Alejandro lucha con una tropa menor, lo que da más valor a sus repetidas victorias). Esa exageración en los números y los espacios recuerda también a los relatos fantásticos parodiados por Luciano en sus *Relatos verídicos*.

En ese acarreo de nombres y figuras de aluvión, hay que destacar la aparición de personajes bíblicos, como el profeta Jeremías, que se aparece a Alejandro en sueños (y también Salomón). Mientras que los atenienses y otros paganos adoran especialmente al dios Apolo (que no les resulta de protección efectiva de las desgracias), Alejandro se muestra devoto de un único gran dios que coincide con el adorado en el templo de Jerusalén. Toda ese piedad monoteísta de Alejandro queda insinuada repetidamente, a la vez que el prudente monarca evita la jactancia de presentarse como un dios, tal como lo hacen los reyes Darío y Poro. El que se humilla será ensalzado y el soberbio abatido, y alguna vez se recuerda el símil de la famosa rueda de la Fortuna, un símbolo muy medieval.

Este largo folletín fabulero tiene un colofón claramente cristiano, del mismo modo que otras versiones medievales de la *Vida de Alejandro*. La *Vida* se cierra con el famoso proverbio bíblico: «De los

bienes de este siglo no esperemos haber provecho alguno, porque todo es cosa vana, según dice Salomón: "Vanidad de vanidades, todo es vanidad"».

5

Con todo, cuando reflexionamos sobre las variaciones sufridas por este texto en su rodar por los siglos y las plumas de copistas ingenuos y menos ingenuos no deja de sorprendernos que haya conservado algo de su esencial dramatismo y su arquitectura original, alterando en cambio tantos detalles históricos. (Detalles, sin embargo, que a sus oyentes, muy distanciados del mundo antiguo, no les importaban demasiado). Es curioso que se hayan conservado las cartas a las amazonas, y hayan desaparecido los brahmanes o gimnosofistas, que perduren las islas de los bienaventurados con un toque cristiano o bíblico, y que el fantasma del faraón Sesoncosis aparezca como un misterioso Sésonco. Aquí los dioses olímpicos están ausentes y Alejandro venera al dios único, el de Jerusalén, recomendado por el profeta Jeremías. Todo el texto está lleno de disparates históricos y míticos, algo que evidentemente no preocupaba al autor ni a su público.

Atendiendo a la configuración amplia del relato, creo que podríamos dividirlo en dos partes por su contenido. Algo así podríamos hacer también con la narración del Pseudo Calístenes. (Aquí ha desaparecido la división antigua del texto en tres libros, pero tampoco eso tiene importancia). En la primera sección la *Vida* nos informa del nacimiento y la infancia de Alejandro, su ascensión al trono de Macedonia, su marcha victoriosa hasta derrotar totalmente, en la tercera gran batalla, al orgulloso Darío y convertirse en su sucesor sobre el trono imperial. La segunda estaría constituida por el viaje al Oriente, sus encuentros con los prodigios y los monstruos, su viaje al fondo del mar en una tina de cristal (aquí no está su ascensión al cielo en carro tirado por grifos), su visita al reino de Candace, sus cartas a las amazonas, y su muerte en Babilonia.

Al comienzo es solo el gran conquistador, el batallador victorioso, luego es el explorador de un mundo misterioso oriental. Alejandro es el paradigma del viajero hacia Oriente, cuya audacia no conoce freno, y es el buscador frustrado de la inmortalidad. Su fracaso es que no consigue hacerse un dios. No hay una separación entre los dos aspectos; pues también en Oriente debe batallar contra Poro y sus mesnadas infinitas. (Poro es una especie de segundo Darío, un rey oriental, de menos talla psicológica, pero con muchísimos elefantes).

Pero lo que atrae la atención en esa segunda parte es, desde luego, menos su talento estratégico que su afán explorador y, sobre todo, su empeño en ir siempre más allá, hasta los extremos del mundo, y conocer los misterios más lejanos. Ya en las imágenes de la época, algunos escultores contemporáneos intentaron reflejar en sus retratos del joven monarca ese anhelo de aventuras infinitas, ese *póthos* o nostalgia del infinito, que caracterizaba al gran héroe.

6

El texto ha conservado muy bien el intercambio epistolar, pero muy exagerado en sus trazos. Pieza fundamental del relato eran las misivas cruzadas entre Alejandro y Darío (pero hay otras cartas más, con Poro y algún otro personaje) ya en el texto más antiguo del Pseudo Calístenes. Esas pintorescas y vivaces epístolas son un elemento muy antiguo. Sin duda, el biógrafo tuvo la idea de intercalar una serie de cartas de origen retórico, que él debía de creer auténticas, para poner de relieve el contraste de carácter entre los dos monarcas: de un lado, el soberbio Darío; del otro, el mordaz y prudente Alejandro. Aquí se sigue manteniendo en lo esencial ese juego de tonos psicológicos. E incluso, podemos observar que se ha agudizado y mejorado el contraste, al abreviar las cartas y aumentar los detalles más coloreados y más impresionantes. (Notemos, de pasada, que aquí las cartas son leídas en voz alta al destinatario por un lector casual).

La biografía es concebida como un admirable *exemplum*, un ejemplo moral de alto interés dramático. (Como lo era en Plutarco). De Alejandro se nos muestra cómo «todas las gracias y virtudes estaban avenidas en su persona: la valentía, la apostura, la prudencia, la piedad y el desamor de toda injusticia». Desde el mismo prólogo se subraya esa inteligencia y prudencia, virtudes muy griegas, unidas luego a una generosidad regia. (Como en los más fabulosos cuentos orientales, son incontables los montones de oro y piedras preciosas que Alejandro conquista, recibe, y distribuye entre los suyos con desprendimiento ejemplar).

El gusto popular por los diálogos y las escenas melodramáticas es bien visible en muchos pasajes. Es curioso que algún anónimo copista ideara alargar la vida al moribundo Darío para que pudiera asistir a la fastuosa boda de su hija Roxandra con el victorioso Alejandro. También es sorprendente la escena en que Alejandro penetra en una cueva donde están los reyes muertos, una especie de Hades, donde dialoga con las sombras de Darío y con Poro. (Como Ulises en la *Nekuia* de la *Odisea* charlaba con las de Aquiles y Agamenón). Pero el

detalle patético más efectista está al final, cuando, después de los plantos fúnebres, su mujer, la bella y fiel Roxandra, se suicida sobre el cadáver de Alejandro, con un gesto sumamente trágico, de un patetismo muy romántico. También se suicida ahí su caballo Bucéfalo.

No faltan tampoco las anécdotas fantásticas, misteriosas, ni las cómicas. Cerca de la tierra tenebrosa, de una mágica laguna de aguas vigorizantes sale Alejandro perseguido por un enorme pez, al que cabalga y despacha de dos puñetazos, y en cuya tripa halla una enorme piedra preciosa; y un poco más allá se escuchan los conciertos de las acuáticas nereidas («a las que hoy la gente dice hadas»), y luego los macedonios atrapan a algunos de los «hombres caballo» (es decir, los centauros, bien provistos de arcos certeros, como en las pinturas medievales), que se les mueren pronto de frío, ya que resultan ser unas gentes de «humores delicados».

No olvidemos que la *Vida de Alejandro* fue un texto ilustrado, muy famoso e influyente en el Medievo, precisamente porque proveyó de monstruos y criaturas fantásticas al imaginario del mundo románico y gótico.

7

Quizás la más notable de las exageraciones se encuentra en el relato acerca de la famosa bajada de Alejandro al fondo del mar, en una tina de cristal, para ver en su medio los viajes y combates de los peces, cuando se nos cuenta: «Y al poco rato vio asomar un peje, muy grande y muy luengo, y contemplábalo Alejandro, asaz maravillado de su enorme desmesura, que todo un día se estuviera mirándolo pasar y, a veinticuatro horas bien contadas, la cola no era aún aparecida». He ahí un cetáceo mucho mayor que aquel en cuya panza viajó Luciano durante meses.

Pero, junto a estas fabulosas invenciones y tantos pintorescos monstruos, se introducen curiosos detalles prácticos y cómicos como el siguiente, que no he encontrado en ningún texto antiguo. Así, con precisión, se nos informa de que, al preparar su expedición a Oriente, Alejandro cuidó de que siguieran a las ingentes tropas numerosas soldaderas bien organizadas con un lenón al frente en un gigantesco burdel: «Dispuso también Alejandro que fuesen escogidas dos mil mozas lozanas y garridas en sus caras y en sus cuerpos para que viniesen en pos de las mesnadas; y a estas les puso un padre de mancebía para que hubiese en ellas su recaudo. Así, cuando quería un guerrero haber trato con mujer, iba donde este capitán, le daba un florín de oro y había esa noche en su tienda una moza; y según fuesen

las que estuviesen en el trebejo, otros tantos eran los florines que entraban al fardel de este señor de soldaderas. Y con ese buen seso, tenía Alejandro su tropa enderezada y en muy buen mantenimiento».

8

En fin, la biografía de Alejandro se ha desplazado desde el terreno de la historia al de la mitología o la literatura fantástica. Se trata de un proceso comenzado muchos siglos antes, tal vez poco después de la muerte del magnánimo conquistador del Oriente, apenas su cadáver fue depositado en la Alejandría de Egipto, en un ataúd de oro y cristal dentro de un templo singular.

Ya en el texto del Pseudo Calístenes percibíamos bien ese desplazamiento de lo histórico hacia lo fabuloso y mítico. Pero los siglos y la distancia acentuaron mucho más esa derivación novelesca de la trama biográfica, borrando los rastros históricos y las referencias geográficas precisas, y multiplicando las aventuras más impresionantes y los encuentros más simbólicos. La destrucción de Tebas o el itinerario preciso de la gran marcha de miles de kilómetros hasta el Indo era una materia menos atractiva para esos públicos ingenuos e ignorantes que los encuentros con los monstruos y las maravillas. La geografía real de la Grecia histórica era para el Pseudo Calístenes menos importante que la ascendencia egipcia del joven monarca. Pero todavía recordaba bien la histórica fundación de Alejandría y el testamento del monarca, al repartir su imperio. Todo eso queda en penumbra en las recreaciones posteriores, que prefieren destacar lo más fabuloso de la leyenda heroica. En cambio, para estos recitadores bizantinos y neogriegos volvió a ser importante destacar bien el origen macedonio y la vinculación de Alejandro con el carácter sagaz y valeroso del pueblo helénico, frente a las gentes de Oriente, persas e indios, gente poco de fiar en el mejor de los casos. Alejandro se había convertido en un héroe nacional de un pueblo oprimido, de los griegos de la diáspora y del territorio conquistado luego por los turcos. En él reconocieron al último gran héroe del helenismo. Si Alejandro se vio a sí mismo como un émulo de Aquiles y de Heracles, falto en sus días de un Homero oportuno, esta *Vida* novelesca vino a cumplir su anhelo de inmortalizarse como el más magnánimo héroe griego.

Es probable que muchos vieran su figura rodeada de un cierto halo mesiánico. Algún día la pobre Grecia volvería a rescatar su esplendor antiguo, que culminó en la figura imperial de Alejandro, un invencible y modélico cosmocrátor antiguo. Como otros héroes que han pasado

de la historia al mito, como Atila, Carlomagno, Ricardo Corazón de León o el mítico rey Arturo de Camelot, Alejandro se convirtió en un paladín paradigmático del helenismo. En los siglos oscuros de la triste Grecia el relato popular le recordaba como un espléndido ejemplo de nobleza, generosidad y valentía. La mitificación, comenzada muy pronto, se hizo más popular de siglo en siglo, en este y otros relatos sobre su figura. (A la vez, subsistía en otros textos más doctos una versión más cercana a lo histórico, pero contaminada también de ese enorme prestigio popular y novelesco). Esta *Vida de Alejandro*, en folletín (más popular que la versión de la *Rimada*), en un libro fantasioso de consumo popular, es el último producto de esa tradición secular, la última derivación de la legendaria saga originada a partir de una biografía de evidente fundamentación histórica, y, por eso mismo, un texto folletinesco de extraño interés literario y, a la vez, de desbordante imaginación mitológica.

9

En la traducción de Carlos R. Méndez el lector percibirá un fuerte colorido estilístico que le confiere un añejo sabor a crónica medieval. Ha procurado conservar el colorido arcaico de la prosa, acentuando un tanto paródicamente el vocabulario medieval e introduciendo con una cierta gracia personal muchos vocablos de rancia prestancia y de corte arcaizante. Parodia levemente el lenguaje arcaico y añejo —que hace más vistoso el folletín—, y capta así muy bien el tono gracioso e irónico, de resonancias caballerescas y retórica afectada, a la vez que sabrosamente popular, que el texto busca darnos, muy marcadamente. Distancia al lector de este relato al cubrirlo de esa pátina léxica que lo aproxima a un añejo libro de caballerías o a un remedo de la crónica épica. Ese tono es una apuesta literaria, en la que no falta el humor. Creo que impregna el viejo texto de un renovado encanto. Pero dejo al lector su opinión propia sobre si el colorido léxico arcaizante resulta o no exagerado.

Lejana de la crónica histórica, solo diré, una vez más, que aquí tenemos, en una versión muy divertida y bien sazonada, la peripecia vital del buen rey Alejandro, presentada de forma novelesca, patética y popular en un texto de singular encanto, configurada no para competir con los doctos relatos de los más verídicos historiadores, pero sí para divertir a los amantes ingenuos de la literatura y los aficionados a la fantasmagoría mitológica del mundo antiguo. (Un cuento fascinante para un auditorio ingenuo y analfabeto).

NACIMIENTO, HAZAÑAS Y MUERTE DE ALEJANDRO DE MACEDONIA

**CONTENIENDO SU VIDA, SUS GUERRAS, SUS PROEZAS,
LOS LUGARES POR LOS QUE ANDUVO E IGUALMENTE SU MUERTE,
CON OTROS MUCHOS HECHOS DE GRAN CURIOSIDAD
Y HERMOSURA**

—zei o basilis Alexandros;
—zei kai basileuei kai ton kosmo kurieuei

PROEMIO DE LA HISTORIA

Opinión es de los más severos investigadores, curioso lector, ser la historia imagen ejemplar de las cosas pasadas, maestra del buen gobierno, guía de la urbanidad y de las buenas costumbres, alumbramiento de aquellos hechos que por la incuria del tiempo cayeran en un completo olvido. Pero cuando a todo ello une la excelencia y solaz de los hechos heroicos y las hazañas del sujeto de que trata, entonces a todos y cada uno estimula a su lectura.

Por cierto puedes tener que de tal condición es la presente de aquel gran monarca de Macedonia, historia, digo, placentera, no exenta de donaire ni escasa en avisos saludables, y aderezada para satisfacer la curiosidad de cada uno, según lo muy variado de su estilo, compuesto por consejos, discursos, coloquios, epístolas, mensajerías, guerras, victorias, galardones, triunfos de monarcas, reyes, grandes señores, generales y otra gente principal y en la cual aun hallarás usos diversos y curiosas costumbres de persas, hindúes, árabes, macedonios, griegos y romanos.

En consecuencia, el mucho valor de los hechos heroicos aquí contados hará que la recibas con los brazos abiertos, como es natural con las cosas agradables; pero allende de esto y como si acaso no fuere con ello suficiente, el solaz de la narración atesora una serie muy admirablemente compuesta de virtudes morales, prendas todas que fueron de este emperador y que bien pueden tenerse por espejo de buena crianza y regla para toda contingencia en el gobierno de este siglo. En la educación del joven Alejandro hallarás, contendiendo en ejemplar emulación, las cuatro virtudes generales: prudencia, valor, justicia y templanza; cuadrivio del cual resulta el temperamento que de este individuo fuera propio desde su primera crianza, donde diera ya clarísima prueba de las grandes y valerosas hazañas que habría de poner luego por obra.

Por consiguiente, agudísimo lector y atalaya siempre atento de las civiles costumbres, junto al placer que te brindará ver en este espejo de la historia los variados sucesos de las guerras con naciones extranjeras, las victorias en multitud de países obtenidas y cuanto líneas arriba enumerado dejamos, sabrás recoger, con la continuidad

de la lectura y la rectitud de tu juicio, una selecta cosecha de honradas y heroicas virtudes. Allí desfilan, encarnadas en este señor absoluto, el ejercicio de la urbanidad, la filosofía asistiendo a la monarquía, la valentía concertada con la prudencia, la simetría entre las pasiones internas y externas, el pundonor y el celo por las cosas superiores e, igualmente, una aplastante refutación y abatimiento de toda clase de errores, vencidos sin remedio allí donde triunfan los partidarios de la prudencia.

Pues esta y no otra era quien le sugería las decisiones y le indicaba los procedimientos que le permitieron alzarse victoriosamente sobre la casi totalidad de los señores de Europa, Asia, África y la India; ella le encumbró y galardonó como príncipe filósofo y legislador; ella le mostró la forma de guardar una paz profunda y duradera entre las encontradas pasiones, la manera de gobernar a muy disímiles naciones, de mudar la desordenada poliarquía en una bien ordenada monarquía, la vía para usar de la riqueza y de la gloria de modo provechoso, tanto para sí como para el común bien, sin caer en vergonzosas prodigalidades ni en rastreros deleites, sino mirando únicamente a la consecución de una gloria inmortal, presea con la que a sus adoradores obsequian la filosofía y la prudencia. Medita, pues, cuál sería la magnanimidad de este héroe y cómo debió primero someter a su propia persona para someter luego a casi la integridad del orbe.

Es esta de aquellas historias de las que tómanse, al mismo tiempo, solaz y buen consejo, puesto que en ella se encuentran todas las maneras y los ingeniosos medios de que este príncipe se valió para encumbrarse por monarca universal.

Opinión es de quien esto escribe, que si fuera posible que de la historia naciera la humanal dicha, de tan solo esta debería brotar, siendo que contiene todos los ingredientes que de una historia pueden ser solicitados. Acepta, pues, benévolo lector, el presente librillo cual obra de una generosa intención y alimenta así las esperanzas que de hacer una nueva y más grande impresión abriga el editor, el cual buena fortuna te desea en todo cuanto aspires y emprendas. Queda con salud.

Venecia, 1750

PRÓLOGO

Macedonia es una gran comarca de Europa que limita al norte con la Dalmacia, la Serbia, la Bulgaria y la Tracia, linda por oriente con el mar Egeo, con el Epiro y la Tesalia hacia mediodía y con el mar Jónico por el lado de occidente.

Merced al buen recaudo que en ella pusieron sus muchos reyes, supo, en su tiempo, empinarse hasta los mayores extremos de grandeza, pero más principalmente por las obras de Filipo y de su hijo, Alejandro.

Llegáronle, pues, las primicias de la fama por las muchas guerras que, contra los de Olinto y otras repúblicas de Grecia, Filipo comenzara; y habiendo ascendido este al trono en el año de cinco mil y ciento y treinta y seis desde la creación de Adán, el décimo sexto corría de su reinado cuando parió Olimpia, su mujer, al muy grande y admirable Alejandro, maguer no era el niño de su propia simiente, sino que la certera causa de su nacimiento vino a ser un prodigioso mago y astrónomo muy sabio, al que decían Ectenabós y que fuera, además, rey del Egipto.

Mas cómo aquello acaeciera, cumplidamente vais a oírlo en la historia que se sigue.

SOBRE EL REY ECTENABÓS

Este maravilloso rey y nigromante, Ectenabós, mandaba sobre toda la tierra del Egipto y teníala siempre en muy buena mantenencia, pues mostrándole sus artes cuánto era por venir, había a todo mal el remedio aparejado antes aún de que manifestado fuese. Y a tanto alcanzaba su poder que no salía a lidiar, según el común uso, con enemigos en el campo, sino que permanecía en su palacio y en haciendo sus conjuros, mal de su grado, tornaban los otros a sus tierras, desbaratados y maltrechos.

Desde que vieron, pues, los demás reyes el mucho daño que por su causa les venía, aviniéronse en uno para juntar sus fuerzas y, moviendo contra él, aniquilarle todo su poder; y eran estos reyes, Darío, el rey de Persia, y el rey de Iberia y el de Lentía y aún otros muchos que con grandísima hueste se allegaban con afán de

combatirle.

DE CÓMO BERBERIS SE PRESENTÓ ANTE ECTENABÓS

Un día, pues, en que estaba de atalaya un guerrero de Ectenabós al que decían Berberis, pónese este a escudriñar el horizonte y ve, de pronto, aparecer aquellas grandes mesnadas. Mayor aún fue el espanto que de su vista tomara y, desguarneciendo su puesto, se va a todo correr hacia palacio y se arroja a los pies de su señor, diciendo estas palabras: «¡Oh, rey! Sabed que una muchedumbre sin número de pueblos se acerca a combatiros. Mirad, pues, por la defensa, no sea que, en este día, seamos destruidos».

Y al oír tales razones, comenzó a reír Ectenabós y esta respuesta le fue a dar: «Amigo Berberís, pensad vos en holgar y no hayáis ningún cuidado por tan ligera cosa, que, con solo una palabra de mi boca, haré yo que todos estos tornen a sus tierras sin que suframos daño alguno».

Y en diciendo esto, se acogió a su cámara y comenzó a hacer sus encantamientos; pero hubieron de venirle los signos muy contrarios y vio que no podría escapar de la derrota y, más aún, que todo su reino perdería y comenzó entonces a decir, destilando amargas lágrimas: «¡Oh, castillo nobilísimo de Egipto, por mí de todas riquezas abastado! ¡Llegado es el día en que de vos debo partirme!».

Y cuidando luego de raerse bien la barba y de mudar sus vestiduras, metió entre los paños buena cuantía de dineros y se partió del Egipto, sin ser de nadie conocido.

DE CÓMO FUERON LOS NOBLES A PALACIO Y NO TOPARON ALLÍ A ECTENABÓS

Y así que de nuevo el sol alumbró el mundo, se dirigieron a palacio los señores del Egipto a departir con su rey, como solían, y a tomar con él consejo acerca de la guerra que harían a las huestes enemigas; pero aunque lo iban demandando por todas las estancias, no lo toparon a él allí, sino tan solo una carta con su sello; y abriéndola, vieron que decía en esta guisa:

«Mis muy amados señores y gentes principales:

»Os hago saber que mis artes me mostraran no poder yo resistir a los poderes que hoy vienen contra mí; por ende, en este día me parto del Egipto, pero a veinticuatro años cumplidos a él he de tornar. Y si

hoy me parto viejo, entonces mancebo he de tornar (y esto, por su hijo Alejandro lo decía).

»Y ahora os ruego que acatéis este mi mandado, sin que os estorbe en su cumplimiento pesar o negligencia: levantad una columna en medio del Egipto y, haciendo historiar mi rostro en ella, poned sobre su cima mi corona.

»Y cuando viniere uno que se detenga al pie de la columna y caiga la diadema, ciñendo su cabeza, ante ese prosternaos, porque hijo mío ha de ser».

Grande fue la desazón y mucho el abatimiento por aquella su partida, mas no echaron en olvido los nobles la voluntad de su señor, sino que al punto fue alzada la columna y arriba puesta la corona, cumpliendo en todo lo que les fuera encomendado.

Fijara, entre tanto, Ectenabós su posada en Macedonia, el reino de Filipo, al que, por otro nombre, en lo antiguo decían Pela, y en breve tiempo vino a cobrar allí muy grande fama de astrónomo y de mago, pues no había asunto que trajéranle a catar y no salieran cabales sus palabras.

SOBRE OLIMPIA

Casado era Filipo, el rey de Macedonia, con mujer asaz hermosa, a la que decían Olimpia; mas tenía esta una gran cuita y era que, comoquiera que mucho lo deseaba, no conseguía ser preñada y vivía por ello en gran tristura y aun con miedo, pues receläbase que fuese Filipo a repudiarla por aquella su esterilidad.

Así, pues, aparejábase un día el rey para dejar sus tierras e ir a combatir sus enemigos, cuando envía por Olimpia y le dice: «Ya ves, mujer, cómo quiero yo mover para la guerra, pero sabe también que quiero, a mi tornada, encontrar aquí a un hijo mío; haz, pues, lo que cumpla a esta sazón, porque si de otra guisa en esto fuere, no querré ya verte ante mis ojos».

Y poco tiempo era pasado, cuando vase Filipo su carrera.

Pero Olimpia, desde que oyera aquel razonar de su marido, andaba de continuo metida en pensamientos, que en un punto perdiera su alegría y ya todo se le trocaba en tristeza y aflicción.

Viéndola, pues, una de sus esclavas en tan mezquino estado, llegose hasta ella y le habló en esta manera: «Sabed, oh reina, que mora aquí en la villa un forastero que es muy entendedor del arte mágica y estrellero de gran fama; y juicio que ese da, en pos se cumple cabalmente, que cosa falsa nunca se le ha oído; y digo yo que por ventura este algún arte sabrá hacer para que seáis preñada».

Y en cuanto oyó la reina las palabras de la esclava, le mandó que sin demora se fuese a buscarlo, pues gran talante había de hablar con aquel sabio.

DE CÓMO VINO ECTENABÓS ANTE LA REINA OLIMPIA

Fue, pues, la esclava y condujo a Ectenabós ante la reina; y cuando lo tuvo delante esta le preguntó: «¡Sois vos aquel, afamado por sus artes mágicas, de quien mucho me han hablado?». Y respondiole Ectenabós: «Sí, mi señora, yo soy; y si algo mandareis, descubridme toda la hacienda, que obrarse ha en ella lo que mester fuere». Y entonces, a una señal de Olimpia se retiran cuantos en aquella cámara eran y le expone así el asunto a Ectenabós: «Mi esposo, viendo que no prende en mí simiente, me ha dicho que si, tornando de la guerra, no le aguardase aquí un hijo suyo, no querrá ya verme ante sus ojos. Por ende, mucho os ruego que, si supiereis hacer alguna cosa para que sea yo preñada, queráis hacerla aína, porque hoy ha salido el rey y no querría que me tache al niño de bastardo». Y a esto le dijo el sutil Ectenabós: «Que no desmaye vuestro ánimo, reina mía, que yo, con mis conjuros, haré que venga el dios Amón a estar con vos y él querrá daros un hijo que a vuestra amargura ponga fin. Y por la noche veréis en sueños a este dios y él será la causa del nacimiento del niño; mas cuando lo veáis, no hayáis de él ningún temor, sino que haced todo aquello que os diga. Mas ahora os ruego que me deis licencia para que torne a mi cámara y lo haga venir».

Y así que estuvo de nuevo en su casa, comenzó a hacer sus encantamientos para entrar en el sueño de la reina como si fuese el dios Amón.

DE CÓMO OLIMPIA VIO EL SUEÑO

Esa misma noche dormía Olimpia cuando ve al dios Amón cómo llegaba a su palacio y entraba en su cámara y la abrazaba; y fue grande el remedio que recibió del dios. Y vio también que la cubría en una cama de oro y le decía estas palabras: «Hoy tu vientre ha de concebir un niño».

Y apenas hubo despertado, al punto envía Olimpia por Ectenabós y, cuando ya quedaron solos, le dice ella: «Esta noche he visto en mi sueño a aquel dios y mucho es lo que deseo estar con él». Y Ectenabós le preguntó: «¿Qué figura tenía cuando lo visteis?». Y ella le

respondió: «Como un macho cabrío de grandes cuernos; no lo retardéis, pues, y haced vuestras artes para que torne a mí esta noche». Y entonces le dice Ectenabós: «Si queréis alcanzar aquello que deseáis, os ruego me concedáis vuestra licencia para hospedarme esta noche en palacio y hacer servicio al dios Amón». Y ella le respondió: «Os otorgo eso y cualquiera otra cosa que queráis; vos solo cuidad de que haya a este dios en mi compaña». Y Ectenabós le dijo: «Esta noche sin falta os lo traeré».

DE CÓMO ECTENABÓS ENGAÑÓ A OLIMPIA

Y así que húbole otorgado su licencia para posar en palacio, se hizo Ectenabós con unos grandes cuernos y una pelleja de chivo y esperó hasta que fuese entrada la noche; puso, entonces, los cuernos en su cabeza, se vistió con la pelleja y, tomando luego la figura de aquel dios, se llegó hasta la cama de la reina y retozó con ella un largo rato; y en ello estando, le dice: «Reina, el niño que ha de nacer será varón de todas virtudes muy cumplido y ha de mandar el orbe entero».

Y en pos de esto, descendió de la cama y se fue para su cámara.

Y al despuntar el día, se va Olimpia al aposento donde albergaba Ectenabós y le dice en mucha poridad: «Esta noche ha venido a mí el dios y muy buena confortación me ha dado; mucho os ruego, pues, que ya en ninguna guisa se ausente de mi lecho». Y Ectenabós le dijo: «Si pudiere yo entrar y salir a mi placer, lo haría venir toda vez que vos quisiereis». Y respondiole Olimpia: «¿Qué es esto, Ectenabós? ¿Otra vez demandáis de mí licencia? ¿Acaso no os dije que nada os embargase y que trabajaseis vuestro arte en todo su sabor?».

Y desde que tal libertad fuérale otorgada, estaba Ectenabós siempre con ella, en muy buen solaz y pasatiempo.

Pero según es costumbre en dicha usanza, al poco tiempo Olimpia fue preñada y comenzó a sentir al niño en su vientre; y cuando de tal ganancia fue segura, túvose por muerta, no sabiendo cómo podría estorcer de aquel gran peligro en que estaba; envía, pues, por Ectenabós y así le dice: «Y ahora ¿qué haré si torna mi marido y me topa en este estado? Que comoquiera que no podrá ser encubierto, habralo de entender y miedo tengo hasta de que me mate».

Pero Ectenabós le respondió, sin alterarse un punto: «Sosegad vuestro corazón, que no hay razón para espantaros, que yo sabré poner recaudo en este asunto».

DE CÓMO ECTENABÓS HIZO SUS ARTES DE NIGROMANCIA Y FILIPO VIO UN SUEÑO

Y tomando un pájaro de los que dicen mochuelo, comenzó a hacer sus conjuros para encantar el sueño de Filipo. Y esa misma noche, habiéndose echado para dormir, ve Filipo en sus sueños a Olimpia que yace con el dios Amón y oye a este que dice a su mujer: «Muy pronto habrás de parir un hijo varón que será emperador del orbe entero».

Y a la vista de tales cosas despiértase Filipo, muy espantado, y envía por un agorero suyo que tenía, asaz entendido en catar sueños, y cuéntale todo cuanto viera y escuchara. Y así que lo hubo oído, dícele aquel mago: «Este sueño que habéis visto, oh rey, muy fuerte cosa es; y en verdad os digo que a ese tengáis y adoréis por vuestro dios, pues la hermosura de Olimpia ha sido preciada por los dioses y digna la han juzgado de tener en ella un hijo». Y buenas semejáronle a Filipo aquellas razones coloradas.

Y no quiso ya fincar por más tiempo en el campo, sino que muy apriesa toma para su casa y al llegar se encuentra a Olimpia cabizbaja, mohína y malandante; y esforzándose él por consolarla, le dice de esta guisa: «Si esta ha sido la voluntad de los dioses ¿qué podemos hacer nosotros? En su poder estamos y a su sabor disponen de nuestras vidas; ceja, pues, en tu aflicción, que no es razonable por esto sentir pena».

Y pagose mucho Olimpia de oír a Filipo decirle que yaciera con un dios y en un punto mudó todo su ánimo y fue de su fortuna muy alegre. Pero al cuitado de Filipo no le sabía ya cosa dulce en la boca, que en fuerte apremio lo traían la duda y la sospecha; y al cabo de pocos días no lo pudo más sufrir y quiso averiguar cómo aquello acaeciera.

SOBRE LA TRANSFORMACIÓN DE ECTENABÓS

Mas no escaparon aquellos nubarrones al ojo del sutil Ectenabós y, cuidando de atajar el temporal que se venía, aguardó hasta la hora en que llegaban los nobles a palacio y, así que estuvieron ya todos departiendo con Filipo, se demudó en una figura espeluznante de animal (con alas de endriago, cola de leopardo, cabeza de águila caudal y las garras y las patas de león) y echando un bramido que haría helar la sangre al más bragado, se presentó en medio de la corte; y tan tremendo fue el miedo que tomaron que ninguno se movía ni hablaba ni alentaba ni sabía si era aún vivo o ya pasado. Y en medio de aquel fuerte aterramiento, adeliñó Ectenabós hacia donde Olimpia

estaba y, llegándose hasta ella, la abrazó y le dio un beso; y en haciendo esto, se trocó en un como gerifalte y perdiose por los cielos.

Y según fueron acordando de aquel riguroso trance, comenzaron a demandar unos a otros qué prodigioso animal sería aquel; y ninguno a esto sabía contestar, hasta que dijo Olimpia que otro no era sino el mismo dios Amón; y cuando oyó Filipo tal respuesta de su mujer, quedó de sus palabras muy pagado, porque tendría un hijo por la gracia de los dioses.

SOBRE EL NACIMIENTO Y CRIANZA DE ALEJANDRO

Cuando vino, pues, el tiempo en que había de parir, en tan grande estrechura hallóse Olimpia que pensaba habría de ser aquella hora su postrera, pues al punto en que nació este infante prodigioso, oyose un retumbar de truenos y sopló además muy reciamente el viento y una fiera tempestad puso cerco al lecho de la reina, que tamaños signos nunca fueran vistos y andaban las gentes temerosas de que el mundo quisiérase finar. Mas todo esto habíalo Filipo por muy buena señal y mandó que en las villas y castillos de su reino se hiciesen grandes fiestas y muchas alegrías por el nacimiento de su hijo.

Y fue creciendo el niño y aprendió a hablar; y así que fue llegado a la edad de cuatro años, envió Filipo por Aristóteles, que era hombre muy sabio y el mejor de los maestros, y le entregó a Alejandro para que le enseñase las letras. De esta guisa, pues, aprendió Alejandro en pocos años la gramática, la retórica, la poética y la filosofía, porque era de ingenio muy sutil y ganábase por ende las alabanzas del maestro y la envidia de los demás niños de la escuela.

Cierto día, estando Alejandro en compaña de su madre así le requirió: «Madre mía, gran deseo tengo de aprender la astronomía de los egipcios y el arte de la nigromancia; os ruego, pues, que me deis por maestro a Ectenabós, porque he oído que más sabe de ello que ningún otro que sea en esta sazón». Mandó entonces Olimpia llamar a Ectenabós y le entregó a Alejandro para que le mostrase sus ciencias. Y desde que el sol apuntaba hasta la hora de sexta, iba Alejandro junto a Aristóteles y con él aprendía; y desde el mediodía hasta el anochecer, iba con el astuto Ectenabós y le mostraba este sus ciencias.

Reuniera Aristóteles, una mañana, a cuantos críos tenía en su escuela, todos de una misma edad con Alejandro, y partiéndolos en dos cuadrillas, puso a este y a Ptolomeo de sendos adalides; y entrega luego a cada niño un palo y les manda que combatan. Comenzó, pues, la batalla y, acometiendo Alejandro por el centro, al poco rato los tenía a todos desbaratados, dejando a su bando vencedor. Y al verlo

tan esforzado, maravillóse mucho Aristóteles y dijo: «¡Oh, dioses! ¡Qué hombre ha de salir de este Alejandro!». Y tomándolo por la mano, le pregunta: «Alejandro, si un día reinareis sobre el mundo entero, ¿qué merced pensaríais en hacer a vuestro maestro?». Y el niño le respondió: «Maestro, si aconteciere en la manera que decís y fuere emperador del mundo entero, honraríaos como a hombre de gran estado y estaríais siempre en mi consejo». Y Aristóteles le dijo: «Salve, pues, Alejandro emperador, porque vuestro será el reino para que sobre todo el mundo extendáis vuestro poder».

DE CÓMO ACAECIÓ LA MUERTE DE ECTENABÓS

Quiso Ectenabós, andando el tiempo, mostrar a su discípulo los planetas del cielo y, tomándolo consigo, ascendieron a una torre y, cuando estuvieron ya en lo alto, le pregunta Alejandro: «Maestro, vos, que tantas cosas sabéis, ¿conocéis también de qué manera os llegará la muerte?». Y Ectenabós le respondió: «De manos de mi hijo la he de recibir». Y Alejandro le demanda: «¿Cómo es posible que un hijo mate a su padre?». Y al punto lo empuja desde la torre ayuso, al tiempo que le dice: «Se os olvidaron vuestras artes, maestro, y no conocisteis que por mi mano la muerte os vendría». Pero Ectenabós, gritando, le preguntó: «¿Por qué me despeñaste, siendo como soy yo tu padre y tú hijo mío?». Y le dice Alejandro: «¿Cómo que vos sois mi padre? ¿No lo es, por ventura, el rey Filipo?». Y allí le descubre Ectenabós todo el hecho de su nacimiento y cómo él de su simiente era fruto y no de aquella de Filipo. Y apenas acabara de contarlo cuando entregaba ya el alma.

Viendo, pues, Alejandro que aquel era su padre, pesole en su corazón de haberse convertido en parricida y, cargándolo sobre sus hombros, lo llevó hasta su casa y estuvo llorándolo y haciendo muy gran duelo durante todo aquel día. Y enviando más tarde por su madre, le demandó en esta manera:

«¿Es verdad que este era mi padre y que se metía en vuestra cama diciéndoos que era el dios Amón y dormíades en uno y de tal guisa os engañó?».

Y confesole entonces Olimpia todo el hecho, o sea, cómo aquel habíala embaucado y, así burlada, cayera en adulterio. Y estando ya seguro de la verdad de aquel asunto, mandó Alejandro que con grandes honores se enterrase a Ectenabós, tal como cumplía a quien fuera su maestro.

En cuanto al bueno de Filipo, de nada se apercibía.

SOBRE BUCÉFALO

Cierto día, llegole mandado a Filipo de que naciera en los establos reales un potro muy hermoso, con una mancha en uno de sus remos delanteros semejando una como cabeza de buey, armada con unos cuernos que alcanzaban hasta un codo de largo. Mandó entonces el rey que lo trajesen, pues gran talante había de verlo e hízose así y, contemplando Filipo el animal, maravillábase mucho de su belleza y de aquella extraña mancha que tenía. Mas tan fiero resultó ser en su natura que no pudo en modo alguno ser domado, de guisa que hubieron de ponerlo en una cuadra apartada, pues no había quien se atreviese no ya a cabalgarlo, mas ni a acercársele siquiera; solo Alejandro iba a verlo por las tardes y se estaba con él un largo rato, pasándole la mano por el lomo, y daba el animal relinchos de contento, mostrando así que se pagaba de aquella su compaña.

Era, en ese entonces, costumbre usada en Macedonia que contendiesen cada semana en el hipódromo los principales señores y jinetes de aquel reino; y corrían estos sus cabalgaduras y sentábase el rey a verlos. Uno de esos días, pues, sin decir palabra a ninguno, se fue Alejandro hasta la cuadra donde Bucéfalo estaba y lo ensilló y cabalgó luego en él muy mansamente, cual si estuviese a tal cosa largamente avezado; y así que hizo su entrada en el hipódromo, lo recibió el pueblo con mucha reverencia, como cumplía a un hijo del rey. Demandó entonces Alejandro como rival a Ptolomeo, que era de todos tenido por el mejor jinete que hasta entonces se viera en el hipódromo, y otorgóselo este y, espoleando sus caballos, salieron entrambos al galope; y asaz perplejos quedaron los presentes, viendo que sacaba Alejandro hasta un tiro de arco a Ptolomeo, quien nunca fuera vencido de otro alguno. Y muy pagado Filipo de la gran maestría y del triunfo de su hijo, alzó las manos y los ojos y así dijo: «¡Oh, cielo, sol y luna! En esta hora podéis ver cómo, al frente de los macedonios, la espada de Alejandro todas las del mundo habrá de quebrantar».

Y esa misma tarde mandó que todos los mancebos de los años de Alejandro comenzasen a instruirse en las artes y disciplinas de la guerra. Y reuníanse cada día para tirar con arco y correr lanzas y usar aun de otras armas y, en todas, siempre Alejandro era el primero.

DE CÓMO ALEJANDRO FUE A LOS JUEGOS OLÍMPICOS

Viendo, pues, que ya todos sus compañeros habían sido de él vencidos, entrole a Alejandro deseo de ir a la Morea y tomar parte en

los Juegos Olímpicos que, por aquel tiempo, cada cinco años solían los griegos celebrar. Y desde todos los rincones de la tierra acudían a aquellas justas y torneos reyes, caballeros de gran fama, señores principales y hombres de toda guisa y estado, porque había allí diversidad de lizas y contiendas, que mientras luchaban unos desnudos, corrían otros por sus pies, estos en sus cabalgaduras, aquellos en sus carros, y los había también que disputaban arrojando pesos y aun otros muchos juegos de muy variada guisa. Y a quien sonreía la victoria, recibía luego grandes honores y era por todo el mundo su nombre alabado, por lo cual había Alejandro muy gran sabor de contender y probar si su destreza también allí le asistiría.

Demandó, pues, licencia de su padre y otorgósela este muy de su grado; y aun mandó que se armase para el viaje un bajel guarnecido de oro y le dio gran cuantía de monedas de plata para los gastos que fuese menester.

Partió, pues, Alejandro, llevando en su compaña a Ptolomeo, y al cabo de pocos días arribó a la comarca de Gastuni, a una ciudad que decían Pisa, que era donde hacíanse los juegos y donde estaba, además, aquel maravilloso templo de Zeus Olímpico. Y encontró allí a muchos mancebos de casas nobles que acudían al sabor del contender y, entre ellos, al hijo de Darío, a quien decían Nicólao.

E iba, un día, Alejandro de paseo, cuando topa con Nicólao y, amablemente, lo saluda; mas siendo este muy soberbio, no tuvo a bien de contestarle y se enfurece entonces Alejandro, que no era de sufrir tales desprecios, y se revuelve contra el persa y así dice: «Ciertamente se ve que eres hijo del arrogante Darío, que a sí mismo tiénese por dios; pero en poco tiempo seréis entrambos de vuestra mucha vanagloria derrocados. Y aquí te desafío, si acaso te atrevieres, a que te midas conmigo mañana en la carrera, para que allí se vea vuestra soberbia quebrantada».

Y otorgóselo Nicólao y le dijo que con él contendería al día siguiente.

DE CÓMO ALEJANDRO VENCIÓ A NICÓLAO

Cuando llegó, por fin, la hora que habían acordado, fuéronse a encontrar en el hipódromo y a una señal aguijan ambos, raudos cual dos águilas caudales. Mas poco trecho habían corrido cuando hace Alejandro una maestría y da en el suelo con el caballo de Nicólao, que cae sobre el jinete y lo quebranta con su peso.

Viendo entonces Alejandro que Nicólao no se puede incorporar y, más aún, que entregara ya el postrero aliento, se alegró en su corazón,

pues por suya quedaba la victoria. Y le otorgaron la corona al vencedor entre ovaciones y vítores del pueblo y por todas partes fueron los pregones, anunciando su triunfo.

Muy contentos, pues, de la gran honra que ganaran, partiéronse de allí y emprendieron el regreso hacia la patria.

DE CÓMO FILIPO DEJÓ A OLIMPIA

Pero al llegar a Macedonia, supo Alejandro que Filipo dejara a Olimpia, queriendo casar con otra, y, además, que en aquellos días celebrábanse las bodas; y ensombreciose su alegría oyendo tales nuevas, porque no era ello arreglado a su sabor.

Y dirigiéndose a palacio, encontró allí a su padre, que disponíase a yantar y tenía convidados; y así que lo vio, adelantóse Filipo a recibirlo, dando a entender por muchas muestras que tomaba gran placer de su regreso y le pidió que ocupase un lugar cabe al suyo en la mesa.

Mas cuando estaban ellos en lo mejor del banquete, sobreviene Olimpia e, interponiéndose entre ambos, comienza a decir estas palabras: «Alejandro, hijo mío, ¿podrá por ventura tu corazón sufrir que, estando yo viva, tome tu padre a otra por esposa?».

Y al oír Alejandro las razones de su madre, salió fuera de seso y, tomando un escabel, levantose, rojo por la ira, y en poco espacio mató a tres de aquellos ricohombres que tal matrimonio concertaran. Y no le osaron los otros esperar, sino que comenzaron a huir, lo más aína que supieron, cuidando cada uno de no dejar allí la vida.

De tal guisa, pues, malográronse las bodas; mas tanto fue el desplacer y tan grande la vergüenza que tomó de ello Filipo, que adoleció y cayó en cama, no pudiendo tenerse por su pie.

DE CÓMO VINIERON LOS CUMANOS A COMBATIR A FILIPO

Y andando las nuevas de cómo Filipo era doliente, llegaron hasta el país de los cumanos, a quienes muy buenas parecieron, pues, creyendo que a ninguno toparían que les defendiese el campo, reunieron una hueste de ciento cincuenta mil hombres y pasaron la frontera.

Y cuando supo Filipo que le andaban los cumanos de algara por la tierra, bien entendió que toda su hacienda podía ser puesta en gran peligro y envía por Alejandro y le dice: «Toma, hijo mío, nuestras

mesnadas y mueve contra el enemigo que nos ha entrado la tierra». Y no hicieron falta más razones, que al punto tomó Alejandro los hombres que allí había, que serían hasta treinta mil, y salió sin más tardanza a lidiar con los cumanos.

Y envió por delante unos barruntes para espiar al enemigo y saber dónde asentara sus reales y, apenas viniéronle certeros los mandados, cayó sobre él en rebato por la noche y quebrantolo, pues viendo aparecer los cumanos tan sin sospecha las huestes macedonias, de tal guisa fueron espantados que no acertaban a poner recaudo en nada de lo que cumplíales hacer.

DE CÓMO VENCIÓ ALEJANDRO A LOS CUMANOS

Y comenzaron a huir los cumanos en medio de la noche e iba siempre Alejandro en pos de ellos, sin darles tregua alguna; y al quebrar de los albores, fuéronlos a herir muy reciamente y cayeron los cumanos como ovejas cazadas por una manada de lobos. Y siguiolos Alejandro en el alcance por tres días y tres noches, haciendo en ellos muy gran estragamiento, que perecieron allí hasta cuarenta mil de los cumanos y de los macedonios dos mil; y además mató Alejandro a Aplamesis, el rey de los cumanos.

Y cuando hubieron tornado del alcance, mandó Alejandro que se congregasen en un sitio sus mesnadas y les habló en esta manera: «Ya veis, mis amados compañeros y amigos, cómo con el poder y el favor de Dios han sido los cumanos por nuestro brazo desbaratados y vencidos».

Y volviéndose hacia los cumanos, de los que prendiera hasta diez mil, así les dijo: «Y otrosí vosotros, ricohombres de los cumanos, ya veis cómo quebrantó Dios vuestras espadas y dejó que las macedonias se afilasen sobre vuestras cabezas y la de Aplamesis, vuestro rey; y a vosotros, señores y gentes principales, os hemos tomado a merced, mas si queréis conservar los cuerpos y haciendas, unid vuestro país con Macedonia y os tendré siempre por míos».

¡Oh, compasivo y misericordioso Alejandro! ¡Qué gran piedad mostró hacia los cumanos después de haberlos sometido!

DE LA RESPUESTA QUE LOS CUMANOS DIERON A ALEJANDRO

Y habiendo oído las razones de Alejandro, esta respuesta le dieron los

cumanos: «¡Oh, rey Alejandro! Puesto que Dios quiso mostraros su favor y disteis muerte a Aplamesis, nuestro rey, humildemente ante vos nos inclinamos; enviadnos, pues, a uno de entre vuestros nobles para que lo hayamos por señor y tened piedad de nosotros».

DE CÓMO ALEJANDRO DIO UN SEÑOR A LOS CUMANOS

Y dando fe a las palabras y a los juramentos que le hacían, dioles Alejandro por rey a un primo suyo, que era cazador mayor.

Y después de hacerles muchas y muy buenas dádivas, les dejó que tornasen a su tierra, contándolos ya por sus vasallos.

DE UN ARDID QUE HIZO ANAXARCO PARA RAPTAR A OLIMPIA

En este comedio, mientras duraba la ausencia de Alejandro con las huestes macedonias, dio en urdir Anaxarco, el rey de Pelagonia, una gran felonía, como ahora vais a oír.

Por aquellos días, pues, en que lidiaba Alejandro a los cumanos, presentose en Macedonia Anaxarco, tornando a la sazón de un viaje por tierras de los persas, y recibiolo Filipo muy bien y convidolo a su mesa y despidiolo luego haciéndole muchos honores y dándole ricos presentes.

Pero cuando, enhoramala, vio Anaxarco a la muy garrida Olimpia con sus ojos, las saetas de amor de mortal herida traspasaron su corazón y se ofuscó todo su entendimiento, que no podía ya pensar en otra cosa sino en cómo tenerla; mas supo guardar su pasión bien encubierta, que por ninguna señal dejó entender lo que deseaba.

¡Guay del hombre que no cata mesura! ¿Acaso nunca oyera, el mentecato, aquellas palabras del sabio Salomón que así rezan?: «Hombre, con la mujer que Dios te diere pásalo a tu solaz y no pierdas el sentido por la ajena, que quien busca lo que no pierde, de juro es que pierda lo que tiene».

Pero estaba Anaxarco fuera de seso y como loco razonaba. Reuniendo, pues, toda su hueste, que serían hasta doce mil hombres, tornó para el castillo donde Filipo posaba y, con la excusa de ayudar a defenderlo, se puso a su servicio; mas entre tanto, cuidaba de qué manera podría alcanzar aquello que quería.

SOBRE ALEJANDRO QUE TORNABA

Y al poco tiempo llegan al castillo mensajeros de Alejandro y le cuentan a Filipo cómo diera muerte al rey de los cumanos y tomárale la tierra; y dijéronle también cómo tornaba ahora victorioso y cargado del haber que allí ganara. Mucho pagáronse sus padres al oír tan buen mandado y, con grande júbilo y contento, al punto determinaron salir a recibirlo.

Pero en cuanto se hallaron extramuros, viendo Anaxarco la ocasión aparejada va y se arroja sobre Olimpia y la arrebata y se escapa con su presa, porque era poca la hueste que iba con Filipo y no se lo pudieron, por ende, estorbar.

Y dio Anaxarco un gran golpe a Filipo y arrojóle en el suelo, muy maltrecho.

DE CÓMO ALEJANDRO PRENDIÓ A ANAXARCO

Poco rato había transcurrido cuando llega Alejandro y encuentra a su padre derribado del caballo y muy mal llagado en la cabeza por un golpe de espada; y demandando por su madre, oye las nuevas de la traición de Anaxarco y cabalga presto con ochocientos hombres escogidos; y le dio alcance en la ribera del río que dicen Mestós y lo prendió vivo y lo condujo, cargado de cadenas, a presencia de Filipo, que estaba ya con el alma entre los dientes.

Dijo entonces Alejandro a su padre: «Levantaos y pisad a vuestro enemigo». Y apelando a las pocas fuerzas que en el cuerpo le quedaban, se puso en pie Filipo y habló en esta manera: «¿No te membraste, Anaxarco, o más bien demonio habría de llamarte, que del mi pan comieras ni del mucho honor que te hice cuando tornabas de la Persia, sino que con engaños y sonrisas viniste hasta mí y tal galardón me fuiste a dar? Pero de esta copa que me has servido también tú has de beber».

Y pisándole la cabeza, sacó Filipo su puñal y cortósela de un tajo.

DE CÓMO FILIPO BENDIJO A ALEJANDRO

Y dijo Filipo: «Mi mucha amargura en un poco de alegría ahora se ha trocado». Y otrosí dijo: «Alma, ya veo que mucha prisa tienes por partirte de mí; emprende tu camino, pues, que la de tu rival por compaña habrás en tu carrera». Y entonces bendijo a Alejandro,

diciendo: «Que todas las cabezas del mundo se inclinen ante ti, hijo mío, y que el orbe entero se someta a tu brazo».

SOBRE LA MUERTE DE FILIPO

Y dicho esto, dio el postrer suspiro y allí entregó el alma. Entonces, los ricohombres de Macedonia formaron un círculo en torno al príncipe y a grandes voces lo aclamaron: «¡Que muchos sean los años del rey Alejandro!» mientras Olimpia, de pie junto al cadáver, lloraba a Filipo, regia y comedidamente.

Y lo pusieron en un ataúd de oro macizo y lo entraron al castillo, haciendo muy gran duelo. Y sepultaron a Filipo y tornó este al seno de su madre, la tierra, de la cual había nacido.

DE CÓMO ALEJANDRO FUE ALZADO POR EMPERADOR DE LOS MACEDONIOS

Tomó entonces Alejandro el título de emperador y mandó que se enviasen cartas a las ciudades para que todos, los de Macedonia, los de Pelagonia y los de la Hélade, confluyesen en Filippos, la ciudad en los confines de la Tracia y la Macedonia.

Y allí acudieron todos sin falta, los chicos y los grandes.

PALABRAS DE ALEJANDRO

Y cuando ya estuvo reunido todo el pueblo, habló Alejandro y dijo: «Oh, compañeros y queridos hermanos míos; ricohombres y señores de Macedonia y cuantos en este lugar estáis presentes. Habiendo recibido de mi padre, Filipo, la corona y el reino en heredad, he aquí que yo soy, en este día, emperador de nuestros territorios. Oigamos, pues, si otra cosa no mandáis, el qué y el cómo de lo que pensamos obrar, porque el mejor consejo es el de muchos acordado».

DEL CONSEJO QUE HUBO ALEJANDRO CON SUS NOBLES

El primero de los nobles que levantose para hablar fue uno a quien decían Filonis, y que era tenido por el más prudente entre sus pares, y dijo de esta guisa: «Rey Alejandro, a los mancebos cumple servir lealmente al rey, y a los viejos, no faltar de su consejo». Respondió entonces Alejandro y así dijo: «Justo es que a los viejos se les honre; y no menos ha de honrarse a quienes, con ser más menguados en sus años, esforzados son en sus obras».

Y levantose luego Leucusis, uno de los caudillos de la hueste, y habló en esta manera: «Rey Alejandro, el sabio Salomón dijo que el reino de dos cosas necesita: de muchos hombres y de mesnada numerosa; y el rey, de una: de buenos y virtuosos consejeros; por ende, aquello que a vos cumple, es tener bien mantenidas vuestras mesnadas para que reine la concordia».

Así dijo; y en pos de este levantose el gran Antíoco, que era otro de los caudillos de la hueste, y de esta guisa habló: «A derecho es, oh rey, que permanezcan los viejos en la ciudad y sirvan a su señor en el consejo, que a los mancebos cumple el servirlo con las armas, como cuadra al valor y la fuerza de la mocedad, que ya, cuando envejezcan, excusarlo podrán».

Y levantose en pos de este Antígono y dijo: «Rey Alejandro, lo que conviene a nuestra hacienda es dar rebato a los reinos vecinos, para que se olviden de nuestras cuitas y cuiden de poner remedio en las suyas y no anden ya vagarosos, cavilando más traiciones».

Estos cuatro consejos, pues, oyó Alejandro de aquellos que eran más sus privados; y levantándose el último Ptolomeo, que era a la sazón gran veedor del reino, estas razones dijo: «Yo digo, oh rey, que reunamos nuestra mesnada y fragüen los menestrales armas relucientes; y que se labre una señal en los escudos por la que todos os conozcan y, de esta guisa, sepan de dónde son aquellas huestes y qué rey es quien las manda, para que no digan vanidad nuestros vecinos, de que muerto Filipo, junto con él los macedonios perecieron».

DE CÓMO ESTE CONSEJO PLUGO MUCHO A ALEJANDRO

Plúgole mucho a Alejandro aquella razón que Ptolomeo dijera y, poniendo fin al consejo, mandó echar pregones de que todos los forjadores de su reino viniesen a la ciudad de Filippos.

Y les mandó hacer brigantinas, que quiere decir lorigas, y también que hiciesen yelmos y que sobre los escudos labrasen una cabeza de león y en los yelmos unas serpientes cornudas con las cabezas entrelazadas; y dijo además a los maestros herreros que aparejasen

cada día el armamento de cuatrocientos hombres y que fraguasen espuelas de oro para los caballeros y para los caballos gualdrapas de cocodrilo y brigantinas asimismo de oro.

De tal guisa, pues, apercibíase Alejandro el Macedonio para dar comienzo a sus empresas.

DE CÓMO DARÍO ENVIÓ UNA CARTA A LOS MACEDONIOS

Y fue corriendo la fama por las tierras y llegaron hasta Persia las nuevas de la muerte de Filipo; y apenas lo supo el rey Darío, envió mensajería con un faraute a Macedonia, portando una carta que rezaba en esta guisa:

«Del rey Darío, par de los dioses en la tierra y rey de todo el orbe, donde relumbro como el sol, a los habitantes de Macedonia.

»He sabido de la muerte del rey Filipo y otrosí que ha dejado en el trono a un chico niño, impedido de reinar por sus pocos días y la natural mengua de su entendimiento. Y grande es el pesar que me ha causado la muerte del rey Filipo y no menos el desamparo en que ese niño queda, no pudiendo ser mantenedor del reino de su padre.

»Por ende, movido de piedad mi corazón hacia vosotros, he determinado enviaros a mi muy preciado Candarcusis, que os regirá como señor bueno y prudente y tendrá vuestra tierra muy bien mantenida en paz y en justicia. Prosternaos, pues, ante él como si de mi persona se tratare.

»Y cuando sea entrado el plazo de que me paguéis las parias, venid a mí con toda la hueste, mas ahora enviadme al hijo de Filipo, con las insignias reales, para que more aquí, con otros cuarenta hijos de reyes que están a mi servicio; y si viere que deviene el infante de buen seso, poco tiempo he de tenerlo a mi lado y os lo tornaré para que sea vuestro rey».

DE CÓMO CANDARCUSIS LLEGÓ A MACEDONIA

Y sellando la carta Darío con bula de oro, se la dio a Candarcusis; y cuando hubo este llegado a Macedonia, lo condujeron los nobles a presencia del serasquier Ptolomeo y tomaron entrambos la vía de Filippos, donde a esta sazón hallábase Alejandro.

DE UN ARTE QUE HIZO ANTÍOCO

Entonces, puso Antíoco el yelmo de Alejandro en la punta de su lanza y, saliendo al encuentro de Candarcusis, le habló en esta manera: «Humillaos ante el yelmo del rey Alejandro». Y respondió, muy grave, Candarcusis: «Si me prosternare yo ante el yelmo de Alejandro, entonces vosotros no estaríais bajo el poder del rey Darío». Y dijo a esto Antíoco: «Pues no os humilléis, si tal es vuestro talante, pero comenzad a despediros de la dulce vida, porque aquí de ella os separáis».

Y al oír razón tan paladina, prosternose Candarcusis ante el yelmo de Alejandro.

DE CÓMO SE PROSTERNÓ ANTE ALEJANDRO

Y apenas entrado en palacio, con mucha diligencia se prosternó también ante Alejandro, que estaba sentado en un trono de oro y piedras preciosas, llevando en la cabeza una corona guarnecida con perlas del tamaño de un garbanzo y con ramas de mirto entrelazadas.

E inclinóse Candarcusis ante el rey y le entregó la carta; y mientras esperaba, cataba el rostro de Alejandro, muy maravillado de su extremada apostura.

DE CÓMO FUE LEÍDA LA CARTA DE DARÍO

Y ordenó Alejandro que se leyese la carta de Darío, pero al oír las razones que allí venían escritas se le escaldó la sangre y revolviéndose contra el mensajero le dice, muy sañudo: «No debería tu señor, usando la cabeza para ver, valerse de los pies para pensar; pero ya entenderá que muy engañado vive, pues no están hechos los macedonios de la ruin naturaleza que él presume».

Y al punto mandó que se escribiese una carta de respuesta y este fue el dictado que hizo el rey:

CARTA DE ALEJANDRO A DARÍO

«De Alejandro, rey de Macedonia, hijo de Filipo y de la reina Olimpia, a Darío, rey de Persia.

»Vuestra carta leímos y mucho os agradecemos la gran compasión que hacia nosotros habéis mostrado, enviándonos tan buen señor para que ponga recaudo en nuestra hacienda; y otrosí por habernos mandado que acudiésemos a vos para serviros.

»Pero un flaco niño que aún tiene por vianda la leche de su madre no es digno de estar a vuestro servicio. Mas vos esperadme, que yo en pocos años habré de ir hasta vuestro reino, con los mejores caballeros de Macedonia, y, entonces, con vuestros mismos ojos podréis ver qué desamparado infante soy».

E hizo luego a Candarcusis un presente de armas macedonias que tenían el nombre de Alejandro grabado sobre el yelmo y, al dárselas, le dijo: «Cuando mueva mis mesnadas y vaya a combatiros, ponte estas armas para que no te maten los macedonios».

Y dándole la carta, le despidió para que tornase con Darío.

DE CÓMO CANDARCUSIS ENTREGÓ A DARÍO LA CARTA DE ALEJANDRO

Tornó, pues, el mensajero y entregó a Darío la carta de Alejandro; y mandó el rey que la leyesen y, según estaba oyéndola, comenzó a reír de buena gana, mostrando que tomaba mucho placer de su lectura.

Entonces, le dice Candarcusis: «No semeja ser prudencia, oh rey, hacer chacota de una carta que esas razones dice; porque yo he visto a Alejandro con mis ojos y, maguer mozo según sus días, es su entendimiento asaz sutil y de hombre viejo. Y a quien le duele un diente, es menester que se lo arranque si quiere sanar de su dolencia; y lo mismo acontece con el ciprés, que si no se arranca siendo aún pequeño, muy grave cosa es de arrancar cuando está en toda su fuerza; y así también vos, cuidad de poner recaudo en vuestra hacienda y quebrantad ahora su poder, porque las cosas ligeras son de deshacer en su comienzo, mas si dejáis que crezca y tome fuerza, puede que cuando queráis no os sea ya posible».

DE CÓMO DARÍO ENVIÓ A ALEJANDRO UN SEGUNDO MENSAJERO

Pero el rey Darío no preció en nada las razones de Candarcusis y, enviando por un privado suyo al que decían Clitevusis, le encomendó que fuese a Macedonia con nueva mensajería; y díjole también que parase mientes en Alejandro y catase de qué entendimiento era y qué

prudencia mostraba. Y le dio después unos presentes para Alejandro, que eran una peonza de madera (que es un juguete de niños pequeños) y un cordel con que girase y dos arcones vacíos y dos costales llenos de granos de mostaza y, a lo postrero, la carta, donde iba esto escrito:

CARTA DE DARÍO

«De Darío, el rey de reyes y dios de Persia, a Alejandro, mi hijo, salve.

»No tomes pesar, Alejandro, si en mi primera carta te dije que vinieses a servirme, porque cuidando de tu honra y de tu pro fue que lo hice.

»Y atiende a lo que ahora te envío, que es un juguete y un cordel para que lo hagas girar y te solaces; y otrosí te envío dos arcones vacíos y dos costales de granos de mostaza. Los arcones son para que los llenes con las parias de tres años y los granos de mostaza para que veas, si por ventura pudieres contarlos, cómo son de abundosas mis mesnadas.

»Envíame, pues, tributo y huestes, aparejadas de todas armas de lidiar, para que me sirvan en la guerra, tal como lo hacía tu padre, porque, si de otra guisa en esto obrares, te han de traer a mi presencia encadenado y cerradas toparás las puertas de mi corazón».

Y fue Clitevusis a la corte de Alejandro y se prosternó ante el rey y le entregó la carta, al tiempo que traían los arcones, los costales y la peonza de madera; y estaba Clitevusis muy maravillado con la hermosura del palacio de Alejandro.

Y mandó este que leyesen la carta y, tras oírla, sacudió la cabeza y dijo así: «El muy desquiciado y soberbio de Darío, a sí mismo tiénese por dios y como hombre mortal ha de ser quebrantado, el muy mezquino; y su inmensa vanagloria hasta el cielo lo levanta, pero solo el Hades pondrá fin a su caída».

Y dicho esto, se levantó y destruyó de sendos golpes los arcones y mascó y escupió los granos de mostaza y mandó luego que escribiesen una carta de respuesta a Darío.

CARTA DE ALEJANDRO A DARÍO

«De Alejandro, rey de los macedonios, a Darío, rey de Persia, salve.

»¡Muy cumplido honor el que me hicisteis y señalado favor el que mostrado me habéis, enviándome una peonza para que juegue con

ella!

»A fe que asaz grande es vuestra soberbia, pero tiempo aún ha de venir en que os veáis derribado de vuestra mucha vanagloria.

»Mas los signos que me enviáis, yo por diestros los juzgo y los veo; porque así como se revuelve la peonza, así habré de revolver el mundo entero y todo él ha de venir bajo mi mano y hasta vos he de llegar; y así como masqué y escupí los granos de mostaza, así quebrantaré vuestro poder y desharé vuestras mesnadas por la voluntad del cielo y del Señor Sebaot; y los arcones los recibo en adelanto de las ciudades que habré de conquistar.

»Oídme bien ahora y tomad el consejo que os doy: conformaos con mandar sobre el Oriente y los persas de ánimo menguado y guardaos de acercaros a Occidente».

Y entregó la carta a Clitevusis y, con ella, una arroba de pimienta como presente para Darío y le mandó que tornase a Persia; y al despedirlo, le dijo: «¿Has visto cómo en tu presencia masqué y escupí los granos de mostaza? Pues en tanto aprecio tiene mi poder al vuestro; y dile a Darío, tu señor, que pare mientes en cuántos granos de pimienta tocan a uno de mostaza y sabrá así cuál es la cuantía de mis mesnadas; mas si mucho se cansare de contar, que huelgue y que me espere, que yo iré a él sin falta y con sus mismos ojos lo ha de ver».

Y se puso en camino el mensajero y tornó donde Darío.

DE CÓMO AYUNTÓ ALEJANDRO SUS MESNADAS

Y en pos de esto echáronse pregones por toda la Macedonia avisando que se ayuntasen sus mesnadas en la ciudad de Filippos; y acudiendo sus gentes al mandado las hizo ver y se halló que eran quinientas veces mil hombres, todos con sus armas de lidiar.

Y dejó los trescientos mil en Macedonia, para que le tuviesen la tierra bien guardada, y con los otros doscientos mil movió contra Arquidonusis, el rey de Tesalónica.

Y al saber este las nuevas de cómo Alejandro venía contra él, quedó mano en mejilla largo rato, cavilando en qué manera aprovecharíale obrar. Y por su buen seso y su mucha prudencia supo ver que no le podría resistir y mandó a un heraldo a recibirlo, llevándole en presente gran cuantía de oro y cien caballos escogidos de los establos reales y un carro asimismo labrado en oro y, con todo ello, a su propio hijo, a quien decían Policartusis.

CARTA DE ARQUIDONUSIS A ALEJANDRO

«De Arquidonusis, rey de Tesalónica, al esclarecido y prudentísimo Alejandro, rey de Macedonia.

»Entendiendo yo por muchos signos que os ha otorgado Dios su gracia para que os alcéis por emperador del mundo entero, bésoos la mano como a señor natural y espero mandado para lo que vuestra alteza disponga sea enviado, ora en mesnadas ora en tributo.

»Y haciendo muchos votos por la buenandanza de vuestra majestad, os envío estos presentes y otrosí a mi hijo, Policartusis, para que sirva a vuestra majestad durante todo el tiempo que huéspedes fuereis en nuestro reino.

»Y si menguados encontrareis los presentes, mucho os ruego que los acepte vuestra majestad como si cumplidos fueren. Y si mandáreisme acudir ante vuestra alteza, hacerlo he muy de mi grado».

DE CÓMO ALEJANDRO RECIBIÓ LA CARTA Y LOS PRESENTES

Prendió Alejandro los presentes y mandó luego que se leyese la carta; y, oyéndola, pagose mucho de las razones que decía y sonrió de corazón, como hombre que está ciertamente satisfecho. Y allegándose al hijo de Arquidonusis lo abraza y lo besa, como a verdadero y leal amigo, y le dice estas palabras: «Por amor de tu padre, quiero que desde ahora en un corazón estemos ambos, como hermanos muy amados».

Y mandó Alejandro escribir una carta de respuesta al rey de Tesalónica que decía de esta guisa:

CARTA DE ALEJANDRO A ARQUIDONUSIS

«De Alejandro, rey de Macedonia, a Arquidonusis, rey de Tesalónica, salve.

»Mucho os agradecemos por la placentera carta que nos enviasteis; y no tanto por los presentes, ni aun por habernos enviado también a vuestro hijo, como por vuestras dulces palabras y solícito talante de muy leal vasallo, que la cabeza que se inclina ante la espada, aquel filo no la corta.

»En cuanto a vuestro hijo, he de acogerlo a mi lado como si mi hermano fuese, y en cuanto a vos, permaneced en paz en vuestro reino

y haced votos por que vaya adelante nuestro hecho y seamos siempre bien andantes.

»Y cada año me daréis ochenta talentos en tributo y ahora enviadme doce mil hombres para que los tengamos de refuerzos».

DE CÓMO ARQUIDONUSIS LE ENVIÓ SUS MESNADAS Y MOVIÓ ALEJANDRO CONTRA ATENAS

Y así que le llevaron la carta de Alejandro, se hincó Arquidonusis de hinojos ante ella como si fuese el mismo rey y al punto cumplió con su mandado, enviándole los doce mil hombres que pidiera, todos con sus armas de lidiar.

De esta manera, pues, dejó Alejandro en pos de sí a Tesalónica y enderezó con sus mesnadas hacia Atenas.

Y era Atenas un castillo muy fuerte y muy grande, que par no tenía en aquel tiempo, y lo mandaban doce ilustres oradores, preciados por los más justos y prudentes de los griegos, que lo tenían en muy buen recaudo y mantenencia; y también allí era donde estaban las escuelas y toda la mayor sabiduría de los griegos.

Habiendo, pues, avisos de cómo Alejandro venía con su hueste contra ellos, convocaron el consejo los filósofos y comenzaron a deliberar qué cosa harían, si salir a recibirlo con presentes u ofrecerle en tributo el filo de las armas.

Y levantándose el primero Sofonías, el filósofo de los filósofos, habló en esta manera: «Desaguisado sería, oh atenienses, y muy gran yerro que con Alejandro quisiéramos lidiar». Y demandándole los otros por qué decía tal razón, así les respondió: «Porque los alamanos y los cumanos tomaron la decisión de combatirle y sufrieron muy bravo descalabro, pues malamente fueron quebrantados; y también mató Alejandro al rey Anaxarco y le quitó la tierra; pero a Arquidonusis, el rey de Tesalónica, que se le humilló y hoy es su vasallo, dejolo en su reino en buena paz. Por ende, y según me dicta el entendimiento, yo digo que tratemos con él la paz, para que nuestra ciudad no sea destruida».

Y callando Sofonías, se levantó el filósofo Antístenes y así le respondió: «Desde que Atenas fuera fundada, muchos han sido los extranjeros que pugnaron por meterla bajo yugo, pero ninguno hubo que pudiese acabar lo comenzado. Y con esa voluntad vino Darío, el rey de Persia, y echole fuerte cerco y la combatió muy fieramente, pero nada pudo conseguir sino que a gran vergüenza suya hubo de tornar para su tierra, sin haber ganado un dinero malo. Y antes de este ya viniera otro rey de los persas, al que decían Jerjes, con todo su

poder, que era, por cierto, formidable, y trajo la guerra a los atenienses; pero de nada le valió, que, mal de su grado, hubo de recular la vía de Persia, derrotado y maltrecho, y aun a poco estuvo de morir ahogado en un río de Macedonia y con él toda su hueste. Por ende, gran yerro sería, siendo tan grande nuestra fuerza, humillarnos ahora ante el hijo de Filipo».

Y en pos de este levantose Diógenes, el más sabio de todos los filósofos, y habló en esta manera: «Tres años ha, oh atenienses, que estuve en la isla de Olimpia, y pude ver allí a Alejandro que contendía en los juegos y corría lanzas, obedeciendo a la llamada de su sino, y fueron derribados por su brazo muchos hijosdalgo y caballeros de gran fama; comenzaron entonces todos los ricohombres a decir mucho bien de él e hiciéronle grandes honores y proclamáronlo el mejor caballero de todos. Y dijo a esta sazón Uranios, el filósofo de Olimpia, viendo los hechos de Alejandro: “Grandes señales veo en el hijo de Filipo; y bien os digo que este sin falta sobre el mundo entero ha de mandar”. Y convidándole el filósofo a que entrase en la ciudad, para rendirle allí homenaje, Alejandro tal respuesta le fue a dar: “Cuando por la gracia de Dios así sea dispuesto, entonces entraré”. Y la opinión de Uranios, oh atenienses, tengo yo por acertada; por ende, os aconsejo que excusemos el lidiar con Alejandro, porque es muy valiente caballero y, aunque mozo según sus días, su nombre es ya temido en el mundo y muy grande la muchedumbre de sus huestes. Por mejor seso entiendo, pues, que lo recibamos con honores y magníficos presentes, porque obrando de esta guisa, nos dejará Alejandro un fuero justo en nuestra tierra y querrá después salirse de ella y tomar la vía de Roma».

DE CÓMO LOS ATENIENSES NO PRECIARON EN NADA EL PARECER DEL FILÓSOFO Y FUESE LUEGO ESTE A DONDE ALEJANDRO ESTABA

Pero aquellas razones del filósofo Diógenes no las preciaron en nada los atenienses, sino que, muy despagados de ellas, comenzaron a retraerlo malamente y a hacer burla de él, diciendo de esta guisa: «Cierto es, oh dioses, que en todo hombre sabio yace gran necedad».

Mas viéndose el filósofo tan crudamente escarnecido ante el pueblo, no lo pudo su corazón sufrir y saliose del castillo, corrido y no poco despechado, y se fue en busca de Alejandro; y así que hubo llegado, condujéronlo a su tienda y le besó la mano, como a señor natural, y le contó todo el hecho de los atenienses, qué cosas deliberaban y qué opiniones había en el consejo.

Oyendo, pues, aquellas nuevas, mandó Alejandro que todo hombre

tomase sus armas y endereza con sus mesnadas hacia Atenas, con voluntad de dar comienzo al asedio si la ciudad le era contraria; y habiendo asentado sus reales a la vista de las murallas, envía luego por un ricohombre de los alamanos, muy amigable y placentero de carácter, al que decían Diserto, y le encomienda llevar mensajería a los atenienses.

Pero este noble alamano no conocía el lenguaje de los griegos y, habiendo recibido la embajada, en fuerte aprieto se vieron los atenienses para topar un hombre que pudiera entender lo que decía y volverle la respuesta. Y cuando, tras mucho buscar, por fin lo encontraron, así les dijo el bueno de Diserto: «Manda el rey Alejandro que deis parias y mesnadas y que seáis vasallos suyos y que finquéis en paz. Y que si no os place de esta guisa, que toda vuestra tierra será destruida y vuestras mesnadas tajadas y que vuestra será la culpa».

¡Guay del mal consejo de los atenienses! Cuando tales razones oyeron los que de ellos eran principales, comenzaron a reír con mucho ruido y respondieron a Diserto con palabras tan descomedidas y soberbias, que vergüenza sentía el mensajero al escucharlas; y esta respuesta hiciéronle volver: «Torna donde Alejandro y dile que Atenas no se le humillará; y que sepa que otros reyes, más poderosos que él, vinieron antes contra Atenas y no pudieron someterla, porque no hay en todo el mundo mejores filósofos ni más esforzados caballeros que los atenienses. Téngase, pues, por contento con reinar en Macedonia y que, maguer le pese, nos vaya saliendo de la tierra sin detardarlo nada».

Y dicho esto, descabezaron al trujamán ante los ojos de Diserto, para que no le enviasen con más mensajerías, y al punto lo pusieron fuera del castillo.

DE CÓMO FUE ALEJANDRO MUY AIRADO CON LA RESPUESTA DE LOS ATENIENSES

Torna, pues, el mensajero y da cumplida y cabal cuenta de cuanto acaeciera en la embajada; y al oír Alejandro tan desabrida respuesta de los atenienses, le arrebató la furia por aquella su arrogancia y mandó aparejarse a sus mesnadas para comenzar la guerra y, al poco rato, muy recio encendíase el combate por los cuatro lados del castillo.

Y tantas eran las saetas que tiraban los cumanos de Alamanía que parecía el cielo ennegrecido por un enjambre tupidísimo de abejas, que ya ni sus caras podían ver los que dentro del castillo estaban; y de esta guisa fueron pasando largas horas, hasta que hubieron de hartarse

los cercados y, abriendo las puertas, salieron a presentar batalla.

DE LA VICTORIA QUE GANARON LOS ATENIENSES

Y mataron en aquella salida a diez mil de los cumanos y a tres millares de los macedonios; y de los atenienses solo diez hombres perecieron.

Y arrojaban mucho fuego desde las murallas abajo, que aun el mismo Alejandro a poco estuvo de morir allí quemado.

Tales hazañas, pues, hacían los atenienses ante Alejandro.

DE CÓMO RECOMPUSO SUS HUESTES ALEJANDRO E HIZO SU CONSEJO

Con la entrada de la noche, dejaron la batalla y tornáronse los unos a la ciudad, los otros a sus reales; y acogiéndose Alejandro a su tienda, que estaba prendida en medio de las otras, envió por los caudillos para tratar allí su consejo y deliberar acerca de qué harían con los atenienses.

Y cuando hubieron llegado todos, habló Alejandro y dijo:

«Esforzados y nobles caballeros, hasta esta jornada el nombre de los macedonios en todo el mundo era temido y admirado, pero ahora, no solo no hemos podido tomar la tierra de los atenienses, sino que hemos sido en el campo derrotados y ha caído nuestra honra al pie de sus murallas; decidme, pues, ¿qué os parece que hagamos?».

Y habló entonces Diógenes, el filósofo que había dejado Atenas, y expuso estas razones: «Rey Alejandro, habéis de saber que no es posible que Atenas por fuerza sea tomada, porque gran muchedumbre de gentes la defiende, hasta diez mil hombres esforzados; mejor será que uséis de alguna maña para engañarlos, de guisa que pudiéremos tender una celada; y esto ha de lograrse si nosotros simuláramos que arrancamos el real y emprendemos el regreso, porque ellos, al sabor del prender, seguramente querrán dar salto fuera y venir a perseguirnos; y cuando viéremos ser grande el trecho que están de la muralla separados, entonces tornaremos la rienda a los caballos y haremos en ellos gran mortandad y ganaremos el castillo».

Y cuando oyó Alejandro tal ardid, semejante al que en lo antiguo por los griegos en Troya fuera usado, por bueno lo tuvo y al punto hace levantar el campamento y se va con toda su mesnada, dejando allí mil vacas y cuatro mil ovejas y, en su tienda, una carta donde

había esto escrito:

«De Alejandro a los principales de Los atenienses, salve.

»Yo, no conociendo el poder de Apolo, vuestro dios, vine contra vosotros con cuanta hueste habéis visto; mas recibió de ello gran enojo la deidad y os dio fuerzas para desbaratar a mis mesnadas; viendo, pues, que ninguna pro de esto puédeme venir, de vuestro castillo ahora me quito y de vuestra tierra me salgo. Y estas vacas y estas ovejas que aquí dejo, mucho os ruego que las sacrifiquéis en mi nombre al dios Apolo para que haya de él merced».

Y alejándose unas doce millas del castillo, llega hasta una floresta y se queda allí emboscado. Y no hizo falta mucho tiempo para que saliesen los atenienses fuera de las murallas y se llegasen hasta el sitio donde estaba la tienda de Alejandro y, topando allí la carta, al leerla, así dijeron:

«El hijo de Filipo ha huido aguijado por el miedo». Y pusiéronse a dar gritos, los chicos y los grandes, y a empujarse unos a otros por ver quién sería el primero en salir a perseguirlo.

Pero un ricohombre al que decían Tirómaco había tenido un mal sueño y, enderezando hacia donde hallábanse los nobles, comenzó a decir a grandes voces: «¡Oh, atenienses, y vosotros, los principales de entre ellos, deteneos y no queráis salir en alcance de Alejandro, porque esta noche me ha venido un sueño con signos muy contrarios!

»Vi que se hundía el templo del dios Apolo y que caían las torres del castillo y que las puertas de mármol eran quebrantadas y entraba por ellas Alejandro en su caballo y no había calle en la villa que no hollase; y vi también el castillo lleno de un trigal de mieses apretadas, de las cuales unas eran ya maduras mientras que otras aún estaban verdes, y a los guerreros de Alejandro que eran segadores y todo lo cortaban».

Este sueño, pues, viera Tirómaco y así lo contó a los atenienses; pero ellos, en otra cosa no pensaban más que en la ganancia, que ya tenían por suya, y no preciaron un ardite sus palabras, antes bien, a mucha prisa se lanzaron en persecución de Alejandro, pues otro temor no habían sino que se escapase.

Mas aguardábalos este, escondido en la floresta de Castalia y habiendo dispuesto sus mesnadas en tres partes, hasta que en el campo de Botalia aparecieron los atenienses.

Y entonces, a una señal de Alejandro sonaron los atabales, tañeron las trompetas y salieron las mesnadas de la floresta donde habíanse emboscado; y viendo los atenienses tan sin sospecha aparecer la hueste de Alejandro, en un punto desmayó todo su ánimo y comenzaron a decir: «¡Guay de nosotros! En este día aciago ni uno solo ha de salvarse».

Y con gran miedo aparejáronse para la batalla como mejor podían.

DE CÓMO ALEJANDRO DESBARATÓ A LOS ATENIENSES

Fue el mismo Alejandro quien hirió los primeros golpes y desbarató las haces de los atenienses; y cortaban y tajaban los macedonios como buenos labradores rozando un campo cubierto de malezas; y los que tornaban las espaldas, tratando de salvarse con la huida, entraban en el castillo mezclados con las mesnadas de Alejandro.

¡Ah, qué gran dolor! ¡Qué amargo planto se hizo en Atenas aquel día!

Salían las mujeres en busca de los suyos y en lugar de sus amores y parientes topaban a la muerte. Y como un río bajaba por las calles la sangre derramada y rasgaban el cielo los alaridos de hombres y mujeres.

DE CÓMO ALEJANDRO RUEGA A SUS MESNADAS QUE NO PASEN A CUCHILLO A LA POBLACIÓN

Cabalgando sobre Bucéfalo entró Alejandro en Atenas; y viendo a sus mesnadas acuchillar sin piedad a toda cosa viva, iba de un lado a otro de la villa, rogándoles que hubiesen de los pobladores compasión; mas todo era en balde, que por hombre del mundo no dejarían de matarlos: tan airadas estaban y tan grande era su saña.

Y lloraban los niños y gritaban las mujeres y algunas que conseguían llegar hasta Alejandro, con lágrimas en los ojos, suplicábanle que de ellos se doliese y detuviese aquel quebranto y cruel matanza; pero de nada valieron los llantos ni los ruegos, que nada podía ya hacer el rey para estorbar la fiereza de sus gentes.

Y cuando prendieron fuego al castillo, corrieron al alcázar las mujeres y los niños, demandando allí la salvación; mas tan violento fue el incendio que abatió las torres en el suelo, llevándose la muerte a cuantos a ellas habíanse acogido.

Y fueron otros a encerrarse en el templo de Apolo, esperando que su dios habría de ampararlos; pero muy menguada fue la ayuda que les dio, que ni ellos ni Apolo pudieron librarse de las llamas y abrasáronse allí todos los dioses de los griegos.

Y viendo Alejandro el templo cómo se ardía, rio y dijo:

«Si fuesen verdaderos los dioses de los gentiles, habrían apagado el fuego y no estarían ahora calcinados». Mas luego sintió pena por la

suerte del pueblo y dijo también, mesturando tristeza y alegría: «En la sangre de los atenienses se han cebado hoy las armas macedonias; pero suya es la culpa que no mía, que de su mucha desmesura tal ganancia han recogido».

PROVERBIO

Y en aquella ocasión dijo el filósofo Diógenes este proverbio: «El errar y el padecer hacen al hombre aprender». Y en pos de esto añadió: «A la cabeza que tal hace, alza la mano y dale, que entonces quedará tu enemigo castigado y habrá temor de ti; porque yo los avisé y no quisieron, los muy zopencos, parar mientes en lo que por su pro y su buenandanza yo decía».

PLANTO DE ATENAS Y DE TEBAS

Muy amargo fue entonces el duelo de Atenas y sabed que en Tebas no fue chico el planto que se hizo; y en Lacedemonia y en Sicilia y también por los reinos de Occidente, de otra cosa no se hablaba sino de aquel fiero escarmiento, que según llegaban lenguas de cómo Atenas fuera devastada, íbales entrando el pavor en el pellejo y las tribulaciones espantábanles el sueño.

DE CÓMO ALEJANDRO PASÓ A ROMA Y ALLÍ SE SOMETIERON A ÉL

Tomada, pues, Atenas, determinó Alejandro que movería contra Roma y haciendo ver sus gentes se halló que eran cuatrocientos mil hombres, todos con sus armas de lidiar.

Y mientras iba de camino hacia Roma, le salieron al encuentro los reyes y los nobles de Lacedemonia y también los de Sicilia, de la Puglia, de Reggio y de Lucania; y llegaron ante él trayendo magníficos presentes y mesnadas para que le sirviesen en la guerra y, además, las parias de doce años y una corona real, bien guarnecida de rubíes y esmeraldas; y besáronle la mano los reyes de Occidente, como a señor natural, y a todos hizo Alejandro mucha honra y otorgoles buenos fueros para que rigiesen sus países con equidad y con justicia.

Y habiendo sabido los romanos que Alejandro venía sobre ellos,

juntáronse en consejo y comenzaron a deliberar qué cosa harían. Y al oír cómo Atenas había sido destruida, enflaqueció su ánimo y aviniéronse todos en una razón, diciendo de esta guisa: «Recibamos a Alejandro en paz, que ya después obraremos según nuestra voluntad; mas, ahora, lo provechoso es que salgamos a su encuentro y le hagamos presentes señalados».

DE LAS SÚPLICAS QUE LOS ROMANOS HACÍAN AL DIOS APOLO

Se dirigieron luego al templo de Apolo para consultar al dios y rogarle que los iluminase en aquel trance. E hizo el dios sus revelaciones por arte de oniromancia (y esto quiere decir que les vino en visión durante el sueño) y les dijo esta razón: «Varones de Roma, sabed que Alejandro es hijo mío, porque años ha me llegué hasta Macedonia y fue entonces Alejandro concebido. Recibidlo, pues, como señor, haciéndole honores y magníficos presentes».

Y cuando fue el mundo otra vez iluminado, aparejáronse los ricohombres de Roma para salir al encuentro de Alejandro; y era el recibimiento aquel de los romanos cosa digna de ser vista.

DE CÓMO RECIBIERON A ALEJANDRO LOS ROMANOS

Iban abriendo la procesión cuatro mil mancebos muy apuestos, escogidos entre las familias de la más alta nobleza, y también dos mil doncellas de muy galana hermosura; y venían los mancebos con laureolas de oro en la cabeza y caballeros sobre espléndidos corceles; y sobre buenas hacaneas venían asimismo las doncellas, ricamente ataviadas con briales de oro recamado; y en pos de estos venían cuarenta mil hombres, trayendo ramas de laurel y ataviados con túnicas doradas, y mil sacerdotes y patricios de los romanos, con grandes cirios encendidos; y cerraban la procesión el sumo sacerdote del dios de los gentiles y dos mil ancianos con hachones encendidos, que escoltándolo venían.

Tal recibimiento, pues, hacían los romanos a Alejandro.

Y asimismo el regalo era sin tacha y en verdad digno de un gran rey. Ofreciéronle primero el gran manto de Salomón, el mismo que el rey Nabucodonosor llevose a Babilonia al tomar Jerusalén, y con él, doce cálices que de Salomón fueran en la Santa Sión, la Santa entre las Santas, los doce de piedras preciosas guarnecidos; y ofreciéronle

también la corona de aquel sabio monarca, donde había engastadas tres gemas tan brillantes que ensombrecían por la noche la lumbre de los cirios, y estaba, además, orlada con doce piedras preciosas y en cada piedra un mes venía historiado; y ofreciéronle después la corona de la reina Sibila, labrada con tal arte y hermosura como nunca antes ni después vieron los ojos ni oyeron los oídos; y en pos de esto ofreciéronle un caballo blanco como el sol, enjaezado con gualdrapa de cocodrilo y con la silla engarzada en diamantes; y diéronle también unas armas que de Troya las trajeran y habían sido, en su tiempo, del rey Príamo, y unas lanzas de marfil labrado y una pica que del rey Tarquino fuera, encorada toda su asta con el pellejo de la serpiente áspid.

Tales presentes, pues, hacían los romanos a Alejandro.

DE CÓMO ALEJANDRO LLEGÓ A ROMA

Aderezó entonces muy bien Alejandro a sus mesnadas y mandó que todo hombre llevase sus armas relucientes y vistiese con sus mejores galas.

Y poniendo en su cabeza la corona de Cleopatra, la reina del Egipto, que tenía doce gemas, cada una de más valor que una ciudad, cabalgó sobre Bucéfalo y adeliñó hacia Roma, en medio de la hueste macedonia.

Y cuando estuvieron ya cerca del castillo, mandó que fuese adelante la caballería y, a una señal suya, comenzaron a sonar, a diestro y a siniestro, las trompetas y los atabales y toda guisa de instrumentos; y dividió Alejandro sus mesnadas en doce partes, para que entrase cada uno en la ciudad según su estado.

DE CÓMO LOS ROMANOS ACLAMARON A ALEJANDRO

Y los que primero salieron a su encuentro fueron aquellos que como flor y prez de la caballería romana eran tenidos e, inclinándose ante él, a una sola voz gritaron: «¡Que muchos sean los años de Alejandro, el hijo de Filipo y de la reina Olimpia!».

Y vinieron en pos de estos las doncellas y, obrando en todo de igual guisa, lo aclamaron; y apartadas que fueron a un costado, las emularon los mancebos y otro tanto hicieron ellos; y cuando hubiéronse apartado, se allegaron los ancianos y las cohortes de los romanos y se humillaron ante él y lo aclamaron; y se acercaron los

últimos los sacerdotes, portando cirios e incensarios, y al tiempo que lo sahumaban iban diciendo: «¡Que muchos sean los años del rey Alejandro!».

DE CÓMO ALEJANDRO ENTRÓ EN ROMA

Así, pues, con estas grandes compañas entró Alejandro en Roma. Y fueron al templo del dios Apolo y allí el sumo sacerdote de los gentiles le ofreció incienso y mirra, que son presentes de reyes, y sacando luego un libro lo puso en manos de Alejandro y le hizo ver lo que en él venía escrito:

«Oráculo. Cuando se cumpla el año cinco mil vendrá el macho cabrío de un solo cuerno; y este ha de echar a los leopardos, los que ahora combaten uno contra otro, de toda la tierra de Occidente.

»Y enderezará luego hacia el sur y enderezará después hacia el oriente hasta que tope al carnero prodigioso, de cuyos cuernos se recuesta el uno en mediodía y el otro en septentrión. Y el macho cabrío de un solo cuerno en medio del corazón ha de golpear al carnero prodigioso, que no podrá excusar la muerte; y grande será el pavor y el ruido entre los reyes y las lenguas del Oriente y quebrantadas caerán allí las espadas de la Persia y vendrá otrosí a la gran ciudad de Roma y por digno rey de todo el orbe será su nombre aclamado».

EXPLICACIÓN DEL LIBRO

Y entregó Alejandro el libro a los filósofos para que catasen el oráculo y, habiéndolo leído, así dijeron ellos: «Rey Alejandro, esta es la visión del profeta Daniel, que a los reinos de occidente dice leopardos, a los del sur, leones, y a los de oriente carnero de dos cuernos, y esto lo dice por los medos y por los fenicios; y el macho cabrío de un solo cuerno, entendemos que es el reino de los macedonios; y también nos parece que las espadas afiladas que, según aquí lo manifiesta, han de venir a Roma, que esto por vos se dice, rey Alejandro».

Y oyendo Alejandro aquel buen razonar, sonrió de corazón, como hombre muy pagado, y así dijo: «Será de mí aquello que la voluntad de Dios disponga». Y fue mucha la alegría que hubo en las huestes macedonias, y entre los ricohombres de Roma había asimismo gran placer.

Y vinieron luego a verle todos los reinos de Occidente y se

humillaron ante él y le besaron la mano, como a señor natural; y le ofrecían multitud de riquísimos presentes, rogándole que les dejase buenos fueros con que tuviesen sus comarcas bien mantenidas en justicia. Y compadeciéndose de ellos Alejandro, mostró a todos mucho amor y les dio muy buenas leyes, tal como se lo pedían. Y le entregaron gran número de hombres para que le sirviesen en la guerra y asimismo las parias de doce años, y en pos de esto, con renovados juramentos de lealtad, tomó cada uno la vía de su tierra.

DE CÓMO ANDUVO ALEJANDRO POR LAS REGIONES DE MEDIODÍA

Habiéndole, pues, entrado en vasallaje los reinos de Occidente, dejó Alejandro como señor en Roma a un amigo suyo muy preciado al que decían Talamedón y quiso luego mover hacia las regiones de mediodía; y encontró allí muchos y muy poderosos reinos, mas ninguno hubo al que no combatiese y derrotase, hasta que dejó conquistada toda aquella parte del mundo.

Y de esta manera fue llegando hasta las cercanías del río Océano, cuyas aguas corren en derredor de todo el orbe, y pasó los lindes de las tierras pobladas por los hombres, adentrándose por yermos y desiertos, donde topó animales que maravilla era de ver, pues maguer el rostro lo habían de persona, cada uno de ellos tenía dos cabezas y servíanse por adarga de sus pies; y combatió con ellos y muy ligeramente los venció, porque aquellas bestias no usaban de armadura y en breve espacio habían hecho en ellos gran estrago y mortandad.

Y pasaron adelante y dieron con una montaña de paredes tan duras que se diría hechas de hierro y no de piedra; e iban ellos muy sin sospecha atravesándola cuando los atacaron por sorpresa unas mujeres, con alas como de águila y uñas enormes y encorvadas como hoces; y pasaban volando sobre las mesnadas y herían a los hombres en la cara, que a unos cien allí dejaron degollados porque eran muy fuertes y esforzadas en guerrear. Viendo, pues, Alejandro las mañas que gastaban, mandó pegar fuego a unos cañaverales que en aquel paraje había y según crecían las llamas se les quemaban las plumas y venían, mal de su grado, abatidas contra el suelo, donde con grande saña eran rematadas, que despenaron aquel día a unas veinte mil de estas mujeres.

Y al cabo de poco tiempo alcanzó Alejandro la orilla del río Océano y, no pudiendo pasar más adelante, tornose al mundo y llegó hasta la Inglaterra, donde determinó que holgasen sus mesnadas.

DE CÓMO MANDÓ CONSTRUIR GRANDES GALERAS

Y mandó a los ricohombres de aquel lugar que le construyesen doce mil galeras y les dijo, además, que fuesen grandes para que en cada una pudiesen embarcar mil hombres armados con todo su bastimento.

Y poniendo luego a Filonis y a Ptolomeo al frente de la caballería, les mandó que fuesen por tierra a la Barbaria, habiendo convenido que otra vez se reunirían en Egipto; y cuando estuvieron ya aparejados para partir, habló Alejandro y dijo: «Castillo que topéis a vuestro paso, no le deis vagar hasta que os entregue parias y mesnadas».

Y embarcando después él en la nao capitana, mandó que las galeras se hiciesen a la mar; y hubieron los vientos favorables y comenzaron a navegar rumbo al Oriente.

Pero al cabo de poco tiempo mudara su talante y parecióle ser de más provecho dividir la flota en cuatro partes y, hallando que este era buen seso, púsolo por obra y nombró almirantes a Seleuco, Antíoco y Bizancio y a cada uno dio tres mil galeras para que las tuviesen a su mando; e hízose así y, fincando él por almirante de las otras tres mil, enderezaron hacia los cuatro puntos del horizonte.

Y navegaron treinta días con sus noches y al cabo de la treintena llega Alejandro con sus galeras a las bocas del Egipto, en el lugar donde fluye el río Crisorroas, y manda erigir allí un castillo, al que, de su nombre, le fue puesto Alejandría; y llegara Seleuco a esta sazón a tierras de Cilicia e hizo fraguar allí un castillo, al que dijéronle Seleucia; y despuntaba el sol del día treinta y uno cuando arribó Antíoco al mar Negro de Tracia y construyó un castillo en aquel sitio, al que dijo Antioquía; y llegando Bizancio, el gran capitán, hasta el estrecho del mar que yace más abajo de la garganta de Scutari, levantó allí un castillo muy fuerte y apostado, que de su nombre dijéronle Bizancio.

DE CÓMO LOS ALMIRANTES LLEGARON A ALEJANDRÍA

Buena posada hacía el rey en el castillo de Alejandría, mas traíalo caviloso el no haber nuevas de sus serasquieres y su armada y andaba, por aquella tardanza, metido en muchos pensamientos, hasta que un día, sobre la hora en que el sol luce más alto, llega Antíoco con todas sus galeras y le cuenta cómo dejaba construido el castillo de Antioquía; y se alegró su corazón al oír mandado que tan buenas albricias merecía.

Y hallábanse entrambos al siguiente muy animadamente departiendo, cuando llega Seleuco con las suyas y les cuenta cómo

dejara Seleucia bien fundada; y mucho también fue el gozo que por ello hicieron.

Y al tercero llega Bizas con su flota y les cuenta cómo deja bien fraguado el castillo de Bizancio, en un paraje regalado de toda gracia y hermosura.

Y fue tan grande entonces su placer, que determinaron erigir otro castillo en aquel sitio donde se habían reencontrado y a este dijeron Uncorazón.

Y permanecieron allí seis meses, aguardando que tornase la caballería.

DE CÓMO LLEGARON NUEVAS DE PTOLOMEO Y DE FILONIS

Y estando ya para acabar el sexto mes, llegaron emisarios de Ptolomeo y de Filonis, anunciando que, a muy chica jornada, venía ya la hueste. Y en verdad que aquella misma tarde entraron en palacio y besaron la mano de Alejandro; y comenzáronle a contar las muchas guerras que lidiaran en las comarcas de Barbaria y en los reinos de Etiopía y dijéronle también cómo dejaban a los bárbaros por sus armas derrotados y que a todos sus caudillos y señores tomaran prisioneros y cargaran de cadenas y consigo los traían, para que determinase el rey sobre su suerte. Y conducidos estos a presencia de Alejandro, tomáronles muy recio juramento y ellos todo lo otorgaron, prometiendo que con sus haciendas y personas habrían de acorrerle cada vez que el rey se lo pidiese; y así que fueron las juras otorgadas, les hizo dar buenos caballos y les soltó los cuerpos, dejando que volviesen a sus tierras. (¡Oh, Alejandro del ánimo benévolo!).

Tornados, pues, los adalides, no quiso Alejandro prolongar más su posada y movió con sus hombres hacia el Asia. Y aún se detuvo en un sitio del camino para fraguar allí un castillo y a este, por nombre, dijo Trípoli, mas tornó luego a su jornada y se dirigió hacia la comarca de Troya, que está en tierra de los frigios.

Y entró en la ciudad por la parte de la muralla que derrocaran los griegos, cuando durante nueve años llevaron la guerra a los troyanos; e hiciérase todo aquel estrago por el amor de una mujer, a la que decían Helena y fuera dueña casada con un rey de la Morea, de nombre Menelao.

Y era en aquel tiempo Príamo rey de Troya y de la Frigia y tenía este un hijo al que decían Alejandro y por otro nombre también Paris. Quiso, pues, este Alejandro ir hasta Lacedemonia, en la Morea, con intención de adorar al terrible dios Apolo, pero escrito estaba que

apenas sus ojos se topasen con la talla y el rostro de la garrida Helena perdiese en un punto todo seso y, no obedeciendo ya más que a su deseo, la raptó y la llevó a Troya, para morar con ella en uno. Mas grande fue el pesar que su padre, Príamo, tomó de aquella hazaña de su hijo ni plugo tampoco a los troyanos, que ningún gozo hubieron de ello. Y cuando supo Menelao cómo Helena, su mujer, fuera raptada, no pudo sufrir tamaña afrenta y envió cartas de ruego a todos los reyes de los griegos para que le ayudasen, porque traición tan señalada no podía permitirse que escapase sin castigo; y pasaron luego el mar y combatieron muchos años ante las murallas de Troya, hasta que fue llegado el día en que hubieron de saquearla y destruirla.

Y se cobró la muerte entonces a los más honrados caballeros de los troyanos y a otro tanto de los griegos. Empero, fue Helena muy alabada, por aquello de haber dicho no querer convertirse en mujer de otro hombre; y de esta guisa, según parece, lo dijera: «Más precio muerte con honra que no vida deshonrada».

Y cuando entró Alejandro en Troya, se humillaron ante él los ricohombres del lugar; y sacando la corona que de aquella reina fuera, se la ofrecieron a Alejandro y la puso él en su cabeza; y resplandecía la corona como el sol y por la noche relumbraba asimismo más que el fuego por las piedras preciosas que tenía. Y ofreciéronle también la coraza de Héctor, un esforzado caballero, toda ella guarnecida con gemas y dorada madreperla, y una sobreveste de pellejo de áspid recamado y, en pos de esto, le trajeron un libro de Homero, donde venían escritas, desde el comienzo hasta el fin, las guerras y la perdición de Troya.

Y leyendo las batallas de aquellos ardidos caballeros, se afligía mucho al cavilar lo adverso que fuera su destino, mas se alegraba al mismo tiempo de que sus grandes proezas quedasen por escrito y, dejando la lectura, así dijo: «¡Oh! ¡Cuántos valientes se perdieron por una mujer aciaga!». Y volviéndose luego hacia los ricohombres, les preguntó: «¿Dónde están las sepulturas de estos animosos caballeros?». Y fueron con él los nobles de Troya y le mostraron las sepulturas. Descabalgó entonces Alejandro y comenzó a sahumarlas con mirra e incienso y, mientras lo hacía, iba diciendo, con grandes muestras de tristeza: «¡Oh, esforzados caballeros, Aquiles y Héctor! ¡Ojalá vivos os hubiese encontrado para honraros con magníficos presentes y disfrutar del mundo en vuestra compañía! Pero, ahora que muertos os encuentro, ¿qué presentes os haré y de qué guisa os honraré? ¡Ojalá sean los dioses compasivos con vosotros y con las grandes hazañas que hicisteis y que Homero puso en escritura!».

DE CÓMO TUVO ALEJANDRO VOLUNTAD DE TORNAR A MACEDONIA

Y dejó Alejandro Troya y decidió tornar al solar patrio, llevando consigo a los reyes de Occidente que sometiera por su espada.

Y pasaron el mar con buenos vientos y desembarcaron en la región de Macedonia cuando eran ya cumplidos los tres años de la ausencia de Alejandro.

DE CÓMO LLEGOLE MANDADO A OLIMPIA DE LA VENIDA DE ALEJANDRO

Y envió por delante mensajeros a que avisasen a su madre y, en cuanto supo Olimpia que su hijo venía de camino, muy contenta de oír aquellas nuevas al punto cabalgó y salió al encuentro de Alejandro; e iban con ella su maestro, Aristóteles, y también los ricohombres y señores de Macedonia y aun otras muchas gentes que gran deseo habían de ver a Alejandro que tornaba; y en la ribera del río Casandra fuéronse a topar e hicieron muy grandes alegrías de una y otra parte; y después de haber trocado cuantía enorme de presentes, entraron todos en el castillo de Filippos.

DE CÓMO ALEJANDRO DIO LICENCIA A SUS MESNADAS

Convocó Alejandro, al día siguiente, a sus mesnadas y, viendo que no faltaba ya ninguno, así les dijo: «Idos ahora a vuestras casas y holgad con vuestros amores y parientes; mas no olvidéis dar cebada a los caballos y mantener bruñidas vuestras armas, para que cuando, de aquí a seis meses, os llegue mi mandado, a todos os encuentre apercibidos para el viaje».

Y fuese luego cada uno por su lado e hicieron buena holganza.

Y cuando fue salido el plazo tornaron al castillo y otra vez reuniose la mesnada. Y mandó Alejandro revistar sus macedonios y, contados, se encontró que eran cien mil hombres escogidos, todos revestidos de armadura y con sus armas de lidiar.

Y a estos quiso tener siempre por sus alabarderos e hizo que vistiesen con un mismo atavío, los yelmos y armaduras historiados con serpientes cornudas y leones, las lorigas ensortijadas con pellejo de cocodrilo. Y mandoles, además, que, donde prendiesen el real, hiciesen con sus tiendas un círculo alrededor de la suya; y no había

hombre en el mundo que se atreviese a lidiar con los macedonios.

Dispuso también Alejandro que fuesen escogidas dos mil mozas lozanas y garridas en sus caras y en sus cuerpos para que viniesen en pos de las mesnadas; y a estas les puso un padre de mancebía para que hubiese en ellas su recaudo. Así, cuando quería un guerrero haber trato con mujer, iba donde este capitán, le daba un florín de oro y había esa noche en su tienda una moza; y según fuesen las que estuviesen en el trebejo, otros tantos eran los florines que entraban al fardel de este señor de soldaderas. Y con ese buen seso, tenía Alejandro su tropa enderezada y en muy buen mantenimiento.

Y los cien mil macedonios nunca faltaban de su lado y recibían de él muchas mercedes; y todos los días departía el rey con ellos, como si fuese uno más entre sus compañeros y, por este buen gobierno, servíanle todos leal y esforzadamente.

Y tenía esta hueste a su mando Ptolomeo, el gran serasquier y condestable; y como era hombre de pro y muy industrioso y siempre justo en sus obras, de todos era muy amado. Y cuando moría alguno de los macedonios, escogía Ptolomeo a otro aún mejor y lo ponía en el lugar que dejara el finado, para que siempre contase la hueste cien mil hombres.

DE CÓMO ALEJANDRO MOVIÓ HACIA EL ORIENTE

Cincuenta mil de sus guerreros dejó Alejandro de guarnición en Macedonia y movió luego sobre Oriente con toda su mesnada.

Y cuantos castellanos y señores principales venían de su propia voluntad y se humillaban ante él, declarándose sus vasallos, eran muy bien tratados de Alejandro y recibían honores y muestras de amistad; pero a quienes se le oponían, corríales la tierra y tomábales su haber y los descabezaba.

De esta guisa, pues, iba corriendo la fama de sus hechos, sabiéndose sus nuevas y creciendo en el mundo el temor a Alejandro, que ya los reyes del Asia y Palestina con solo oír su nombre se espantaban.

Y también el reino del Egipto estaba, por aquel tiempo, bajo el poder de Darío.

DE CÓMO HABLARON A DARÍO SOBRE ALEJANDRO

Y acudieron todos con sus cuitas a querellarse ante el gran persa y a

decirle cómo andaba Alejandro de algarada por el Asia. Y según los iba oyendo se le enturbiaba el rostro y se le encharcaba la sangre del mucho pesar que iba tomando. Y mandó a sus secretarios que le escribiesen una carta y envió luego unos troteros con la mensajería; y decía aquel dictado de esta guisa:

CARTA DE DARÍO A ALEJANDRO

«De Darío, el rey de reyes y cima del mundo, el par de los dioses y más resplandeciente que el sol, cuyo poder se extiende sobre el orbe desde Oriente hasta Occidente y en todo sitio habitado.

»Ha llegado a mis oídos un hablilla, hijo de Filipo, de que has puesto tu mano sobre Grecia y de que en Roma has entrado; y dicen otrosí que has metido en muy gran ruido los reinos y señoríos de Occidente y que hasta el mismo río Océano llegaste; y aún me cuentan que te has entrado por la Barbaria y la Etiopía y que por eso ya no me entregan parias, porque ahora son, dicen, tus vasallos.

»Y como si aún con todo esto no bastase, dicen también que te has pasado al Asia y que traes ahora en grande apremio, con tus rapaces macedonios, a mis esclavos y a mis siervos.

»Acuérdate de que tu padre, Filipo, era mi vasallo y dábame parias cada año, ¿y querrás tú ser tan osado de saquear mi propia tierra?

»Mas si vienes a la Persia a prosternarte ante mí (cosa que, pienso, así ha de acaecer), te haré merced del reino de tu padre y dejaré que lo conserves y aun las parias que este me traía te las daré por excusadas, para que veas cuán espléndida es mi benevolencia.

»Mas si acaso, por tu mucha liviandad, no preciares mis palabras, he de ir contra ti con mi mesnada y ya no toparás en todo el mundo un lugar donde esconderte».

DE CÓMO SE ENSAÑÓ ALEJANDRO Y QUISO MATAR A LOS MENSAJEROS

Muy fiero y enconado se levantó Alejandro después de oír la carta de Darío y tan encendida era su rabia que mandó ahorcar a quienes tal mensajería habían traído; y comenzaron los heraldos a gemir y dar voces y a rogarle: «Rey Alejandro, ¿cuál ha sido nuestra culpa? Nuestro señor nos manda y nosotros obedecemos, como humildes servidores».

Y también los principales de los macedonios se llegaron hasta él y

trataban de amansarle con razones, pidiendo que les hiciese merced de las vidas, porque gran sinrazón sería matar a los mensajeros. Y deponiendo un poco su ira, respondió Alejandro y dijo: «No fueron enviados por Darío con mandado para un rey, sino con amenazas para ladrones viles y sin honra; mas, por amor del gran Dios, les soltaré los cuerpos». Y volviéndose a los persas, les dijo estas palabras: «Y vosotros, no me acuséis a mí por esto, sino que vuestra animosidad tornadla contra aquel que aquí os envió, porque yo como rey lo trato y él a mí como salteador y asesino; y cuando tal mensajería os encomendó, con su misma mano os cortaba la cabeza; pero he aquí que yo os hago merced de la vida».

Y echándose ellos a sus pies, así le hablaron: «¡Oh, gran rey! Si a nosotros matáis, ninguna mengua de ello habrá Darío, pero si nos hacéis merced de la vida, laudaremos y alabaremos vuestro nombre ante todos los ricohombres de Persia y aun ante el mismo Darío».

Y mandó luego Alejandro que se escribiese una carta de respuesta para que la llevasen en su tornada los farautes, y fueron estas las razones que allí puso:

CARTA DE ALEJANDRO A DARÍO

«De Alejandro, el rey de reyes por la gracia del Altísimo, a Darío, el rey de Persia.

»Vuestra carta recibimos, mas no escribís en ella como un rey, según a vuestro estado cumpliría, sino que lo hacéis con baldón y vanagloria.

»Decís allí que entré en los reinos de Occidente y los derroqué; mas deberíais por ello conocer que todo hombre desde abajo comienza a subir hasta que llega a lo más alto. Sabed, pues, que cuando me alcé por señor del Occidente no pensaba detenerme a mitad de la subida; y si no queréis creerlo, mirad cómo vengo ahora sobre Oriente.

»Y tratáis de espantarme con palabras, diciéndome que nadie puede resistir vuestro poder, pero más son los amenazados que los acuchillados; y yo voy ahora sobre vos nada más que con mis macedonios, esos que decís ladrones y rapiñadores.

»Tomad, por una vez, un buen consejo y guardaos de presentarme batalla con vuestros persas, no sea que no salvéis ni la hacienda ni la vida; mas prosternaos ante mí y he de haceros merced y podréis conservar toda la Persia».

DE CÓMO DARÍO RECIBIÓ LA CARTA DE ALEJANDRO

Mas no halló aquel mensaje Darío a su sabor, sino que la cólera anegole el corazón y con ceño borrascoso preguntó a los mensajeros: «¿Sabréis por ventura decirme cuántos años tiene ahora Alejandro y qué entendimiento muestra y cuántos pendones trae en su compaña?».

Y así le respondieron los farautes: «Puede que llegue a treinta años, que no más, y es varón muy gallardo y esforzado, firme y verdadero en su palabra y muchas son las gracias naturales que tiene en su persona; en cuanto a sus mesnadas, serán de hasta quinientos mil hombres, que su entendimiento, oh rey, por la carta podreislo colegir. Y todo lo que vimos, todo lo declaramos a vuestra alteza sin encubrir ninguna cosa, ni grande ni pequeña».

DE CÓMO SE REUNIERON LAS HACES DE DARÍO

Y estuvo caviloso Darío un breve espacio y dijo luego que en aquellas sus razones parecíale ver algunos signos de majestad, pero que no estaba seguro de si acaso serían ciertos. Pero no quiso posponer su decisión, sino que mandó echar pregones por las villas y poblados de su imperio para que todas sus mesnadas confluyesen en la ribera del río Torremocha, allí donde hizo Dios que hubiese gran discordia entre las lenguas de la tierra.

Y asimismo envió cartas, con fuertes sellos lacradas, a los de Jerusalén y a los de Egipto, diciéndoles que por nada del mundo se rindiesen a Alejandro, porque muy presto llegaría él para acorrerles con todo su poder.

Pero en este comedio entrárase Alejandro en tierra de judíos y vino a asentar sus reales en los aledaños de la muy noble Jerusalén, de la cual era señor, por aquel tiempo, el sumo sacerdote y profeta Jeremías.

Y escribió Alejandro una epístola y la envió a Jerusalén; y rezaba aquella carta de esta guisa:

EPÍSTOLA DE ALEJANDRO A LOS JEBUSEOS

«De Alejandro, el rey de reyes por el poder del Altísimo, a los habitantes de Jerusalén que creéis en un Dios del cielo y de la tierra, el todopoderoso Dios Sebaot, salve.

»Cuando veáis esta mi epístola, prosternaos ante ella como si de mi

persona se tratare y salid a recibirme, que yo, con el sufragio de Sebaot todopoderoso, he de sacudir de vuestro cuello el yugo de los idólatras.

»Y haced todo cabalmente como os digo y no queráis obrar en esto de otra guisa, que yo dejaré buenos fueros en vuestra tierra, que a vuestro contento sean».

Y cuando vieron la epístola de Alejandro, prosternáronse ante ella todos los de Jerusalén, los chicos y los grandes, y escribiéronle otra de respuesta que estas razones decía:

EPÍSTOLA DE LOS JEBUSEOS A ALEJANDRO

«Rey Alejandro, vuestra epístola recibimos y ante vos nos prosternamos.

»Sabed, para que sea ello del conocimiento de vuestra majestad, que nosotros al Dios Sebaot adoramos y glorificamos; y Él fue quien nos sacó de la esclavitud de Egipto y atravesamos luego el mar Rojo y vinimos a morar aquí.

»Y ahora, por nuestros muchos pecados nos ha puesto en las manos de Darío; pero si os abriéremos las puertas de la ciudad sin su consentimiento, muy airado ha de venir y nos echará en muy fuerte cautiverio.

»Por ende, os rogamos que sigáis vuestro camino y mováis contra Darío, que, si le vencéis, por vasallos vuestros quedaremos; y tornad entonces y entrad en Jerusalén para que os aclamemos como rey del orbe entero».

Y leyendo la epístola Alejandro, escribió otra que decía de esta guisa:

SEGUNDA EPÍSTOLA DE ALEJANDRO A LOS JEBUSEOS

«De Alejandro, rey y siervo de Dios Todopoderoso, a todos los de Jerusalén.

»En verdad os digo que maravillado soy, porque no esperaba de vosotros, servidores del Dios Todopoderoso Sebaot, que en tan alta estima tuvieseis a Darío.

»Decidme, pues, ¿por qué habéis de preferir estar bajo el poder de los idólatras y no ser vasallos míos, que adoramos a un mismo Dios?

»Mas no voy yo ahora hacia Darío, sino que a vosotros vengo; obrad, pues, como vuestro entendimiento os ilumine».

DE CÓMO JEREMÍAS HABLÓ A LOS JEBUSEOS

Y al ver Jeremías la segunda epístola de Alejandro, convocó al consejo de los jebuseos y dijo allí esta razón: «Varones de Jerusalén, recibamos a Alejandro y permitamos que entre en la ciudad, porque esta noche ha venido a mí en visión el profeta Daniel y así me ha dicho: "Este que viene habrá de sacaros de entre las manos de Darío"».

Y oyendo estas palabras, alegráronse los jebuseos, porque tuvieron que todo sería para su pro y su buenandanza.

DE UN SUEÑO QUE VINO A ALEJANDRO

Esa misma noche, habiéndose echado para dormir, vio Alejandro en sueños al profeta Jeremías, ataviado con sus ropas de sumo sacerdote, y oyó que le decía: «Alejandro, hijo mío, ven y entra en Jerusalén, en la Santa Sión, y humíllate ante el Dios del cielo y de la tierra, pues desde aquí has de mover con tus mesnadas y todo el poder de Darío será por tu mano quebrantado».

Despertó, pues, Alejandro, muy satisfecho del sueño que tuviera, y llamando a sus capitanes les encareció que todo hombre se adobase con sus mejores galas para entrar en Jerusalén.

Y llegáronle avisos al profeta de cómo se aprestaban las huestes de Alejandro y al punto manda que los chicos y los grandes se compongan sin tardanza para salir a recibirlo. Y vistiendo luego él mismo su atuendo de sumo sacerdote, salió al frente de una procesión de mil prelados, todos vestidos con mantos y llevando incensarios de oro y plata; y en pos de estos seguían diez mil hombres y mujeres con velas y cirios encendidos; y así que llegaron ante el rey, prosternose el pueblo de Jerusalén.

Y según se aproximaba aquel cortejo crecía el asombro de Alejandro reconociendo la figura del profeta y, asaz maravillado, se vuelve a sus alabarderos y les dice: «¡Oh, amigos! ¡Por mi vida os juro que de tal guisa y no de otra lo viera en mi sueño!». Y echaron pie a tierra los macedonios y fueron a besar la mano a Jeremías; y sahumó este a Alejandro con mirra y con incienso, como a rey digno que era, y tendiéndole la diestra lo hizo levantar y entraron ambos en Jerusalén.

DE CÓMO ALEJANDRO ENTRÓ EN JERUSALÉN E HIZO OFRENDA DE MUCHOS PRESENTES

Se encaminaron entonces hacia el templo de la Santa Sión y, al entrar, hincó Alejandro los hinojos en tierra, en señal de respeto. Y dijéronle cómo lo había construido Salomón, el rey sabio, y demandándoles él a qué dios lo consagrara, el profeta Jeremías tal respuesta le fue a dar: «Nosotros en un Dios creemos, creador del cielo y de la tierra, y a ese Dios adoramos y ante Él nos prosternamos».

Y al oír esta respuesta, dijo Alejandro: «En verdad veo que sois siervos del Dios Altísimo y también yo en este Dios creo y ante Él me inclino; y por su amor os eximo de los presentes y las parias que, como vasallos, me debéis; y ojalá pluguiere a Dios el socorrerme para que vaya mi hecho enderezado de fortuna».

Mandó entonces el profeta que trajesen ricos presentes para ofrecerlos a Alejandro, mas no quería este de ninguna guisa recibirlos, sino que, excusándose, así dijo: «Que sean dados en ofrenda al Dios Sebaot».

Y posó allí Alejandro durante varias jornadas, sin que nunca se apartase de su lado Jeremías; y un mediodía, en que se hallaban entrambos muy animadamente departiendo, dícele este: «Ya el profeta Daniel había anunciado que vendríais a Jerusalén, a adorar al Dios del cielo y de la tierra.

DE LAS RAZONES QUE JEREMÍAS LE DIJO

»Y yo os digo, Alejandro, que lo adoréis y le supliquéis día y noche y Él querrá seros favorable y os dará las fuerzas con que abatáis el imperio de los persas.

»Y otrosí os digo que os alzaréis por cabeza del Egipto y la del rey de la India tajaréis y aun que en cama doliente os tocará yacer; pero en esto y en todo habrá de asistiros Dios para que el mundo entero metáis bajo vuestro poder.

»Y otrosí os digo que hollará vuestro pie la vecindad del paraíso y que allí toparéis una isla poblada por hombres y mujeres que de otra vianda no comen sino frutos; y a estos dicen Los Bienaventurados y a ellos cumple revelaros los hechos por venir de vuestra vida y vuestra muerte.

»Y en verdad os digo que todo esto veréis con vuestros ojos y aun otras muchas cosas, mas ahora os ruego que aceptéis algún presente de nosotros, para que no finquemos de vos quejosos». Y Alejandro respondió: «Lo que sea vuestra voluntad, eso es lo que haré».

Mandó entonces el profeta que trajesen unas gemas que tenían grabado el nombre del Dios Sebaot y eran las mismas que ponía en su yelmo Josué, el hijo de Nun, cada vez que salía a campaña contra sus

enemigos; y trajéronle después la espada del griego Goliat y el yelmo del esforzado Sansón, guarnecido con colmillos de serpiente, y de este mismo caballero trajéronle también su lanza, que tenía la punta de diamante; y ofreciéronle luego el manto del rey Saúl, que tiene en su hechura tal maravillosa condición que no lo puede el hierro traspasar; y en pos de esto, diéronle en presentalla los hebreos mil caballos con sus sillas y sus frenos y mil camellos asimismo con todos sus arreos y lo aclamaron y se prosternaron ante él, como leales vasallos de un rey tan digno de reinar.

Y al despedirlo, diole Jeremías su bendición y con ella partió Alejandro de Jerusalén y marchó hacia tierras del Egipto.

DE CÓMO ALEJANDRO FUE A EGIPTO Y ALLÍ ADOLECIÓ Y CAYÓ EN CAMA

Muy animosos salieron los egipcios a presentar batalla, mas cuando vieron las huestes de Alejandro, menguó en un punto su valor y por mejor seso preciaron tornar por donde habían venido.

Y echoles Alejandro fuerte cerco y por los cuatro lados de la muralla comenzó, con mucho ahínco, a combatirlos; pero al cabo de aquel día, el castillo aún no se le daba.

Y como era el mes de la canícula y mucho el sudor bajo el peso de las armas, sintió Alejandro apetencia de nadar, que no lejos del lugar yacía una laguna cuyas aguas estaban siempre frías. Poniendo, pues, por obra su deseo, echose en ella y buena hora allí se estuvo a todo su solaz; mas quiso Fortuna que al salir el viento le soplara muy contrario y tomó de ello tan gran destemplamiento que empezó a temblar como azogado y cayó doliente en cama, con unas fiebres que no le dejaban tenerse por su pie.

DE UNA ARTERÍA QUE HICIERON LOS EGIPCIOS

En gran tribulación cayó también la almofalla por aquel mal que había al rey sobrevenido y andaba la hueste desmazalada y afligida.

Y cuidando los egipcios que si leña le arrimasen aquel fuego sin duda crecería, escribieron, los taimados, una carta con razones engañosas y, en mucha poridad, la enviaron a Alejandro. Y decía aquella carta de esta guisa:

«Rey Alejandro, guárdate de tu físico, Filipo, porque es falso y desleal y aparejarte ha la muerte con sus hierbas».

Y también al físico enviaron una carta; y en ella, esto le ponían:

«Si tú quisieres, alfaquín, dar muerte con tus hierbas a Alejandro, nosotros por señor de todo el Egipto te alzaríamos y grande serías llamado en la corte de Darío».

Y al ver Filipo aquella letra de los egipcianos, comenzó a reír y la rompió en muchos pedazos y, sin querer pensar más en el asunto, les tomó esta respuesta paladina: «Si quisiere yo un reino, mejores que el vuestro tiene mi señor para otorgármelo en merced; y vosotros no sois sino bellacos, ladrones y asnos brutos, como las bestias menguados de todo entendimiento, porque todos los reyes de la tierra no valen lo que un pelo de la cabeza de Alejandro.

»Y esta artería que ahora porfiáis malamente por hacer, sobre la vuestra muy presto ha de caer. Y sabed, maguer os pese, que está Alejandro muy bien en su salud y ningún quebranto tiene».

DE CÓMO FILIPO LLEVÓ LAS HIERBAS A ALEJANDRO

Preparó, pues, Filipo sus hierbas y raíces y, adobando bien las pócimas, se dirigió a la tienda de Alejandro para dárselas y que, bebiéndolas, sanase. Y así que lo vio entrar se incorporó Alejandro y, tomando el ciborio que le tendía el físico, lo miró a los ojos y le dijo: «¿Será por ventura mi salud lo que yace en este cálice?».

Y no respondió palabra Filipo, sino que, tomando la copa de sus manos, bebió la mitad de la tisana y la tornó luego a Alejandro; bebió después el rey y, cuando hubo ya acabado, sacó la carta que le enviaran los egipcios y se la dio a Filipo.

Y al leerla, movió la cabeza y dijo, destilando gruesas lágrimas: «Si trabajárame yo por guisar cómo murieseis, ¿qué otro rey querríame a su lado, siendo que vuestra muerte pondría en gran bullicio al mundo entero?».

Y echando la mano a su jubón, sacó los pedazos de la suya y los arregló lo mejor que pudo y se la mostró a Alejandro, diciendo: «Como traidores fementidos obraron los egipcios, buscándome mal con vuestra alteza; pero así pluguiere a Dios que su ruindad se tornare contra ellos, porque yo soy vuestro leal vasallo, como el Altísimo bien sabe».

DE LA RESPUESTA QUE ALEJANDRO DIO AL FÍSICO

Respondió entonces Alejandro: «Como discreto hablaste, Filipo, que

físico de rey que pierde a su paciente no puede excusar que caiga sobre él mucha sospecha, siendo como es cosa tan grave de sufrir».

Y yéndose el físico, durmió Alejandro durante todo aquel día hasta la hora de vísperas, en que tornó a recordar y envió entonces por los macedonios y cenó en su compañía, departiendo con ellos muy animadamente. Y a los manteles levantados, tornó a echarse y durmió muy bien y muy profundo aquella noche.

DE CÓMO ALEJANDRO COMBATIÓ A EGIPTO Y LO TOMÓ

Y así que fue el mundo de nuevo alumbrado, se levantó muy animoso y mandó que se armasen las mesnadas y comenzaron a dar guerra a los defensores del castillo; y arrojaban grandes piedras y tantísimas saetas que se puso prieto el cielo y ya no podían ver el sol los egipcianos.

Viéndose, pues, en tan fuerte estrechura, comenzaron a gritar, diciendo, lo más alto que podían: «¡Rey Alejandro, compatriota, hijo del rey Nectanebo, tened piedad de nosotros!».

Y al oír Alejandro aquellos gritos, hizo señal a los suyos de que parasen la batalla y diesen tregua a los egipcios; y abriéndole las puertas del castillo, entró Alejandro y todos, los chicos y los grandes, se prosternaron ante él.

Y demandó por los que de ellos eran principales y así dijo: «Manifestadme ahora por qué me habéis llamado hijo de Nectanebo, vuestro rey; y decidme toda la verdad, sin ocultarme nada».

Y contáronle ellos cuál fuera el principio de aquel hecho, o sea, cómo les dejara la carta Nectanebo y se partiera luego del Egipto; y fuéronla a buscar y escuchó Alejandro su dictado, que decía de esta guisa:

DE LA CARTA QUE NECTANEBO DEJARA A LOS EGIPCIOS

«Viendo yo que no puede mi poder resistir al de Darío, me parto en este día del Egipto; pero al cabo de treinta años tornaré. Mas levantad ahora una columna en medio del castillo y poned en ella mi rostro historiado y sobre su extremo mi corona. Y cuando viniere uno y, deteniéndose al pie de la columna, cayere mi corona sobre su cabeza, ante ese prosternaos, porque hijo mío ha de ser».

«Y por esta escritura, oh rey, supimos que erais vos nuestro señor

natural».

Y habiendo oído Alejandro esas razones, va y se pone al pie de la columna y al punto cae ayuso la corona y se ciñe en su cabeza; y unos a otros se miraban los egipcios, asaz maravillados de ver aquel prodigio.

Y dirigiose luego hasta el tesoro real y encontró allí toda guisa de alhajas, mas no quiso tomar cosa para él, sino que todo lo repartió entre su mesnada.

Y en pos de esto, mandó levantar en el Egipto cuatro columnas muy granadas, e hicieron una más alta que las otras mirando hacia el interior del castillo y a esta la recubrieron de ámbar dorado y esculpieron en ella su rostro en oro puro; e historiaron en la segunda a Ptolomeo, y en la tercera, a Antíoco, y en la cuarta, a Filonis.

E hizo luego que derribasen las murallas y puso a Filipo por señor de toda la tierra del Egipto.

DE CÓMO DARÍO LLEGÓ HASTA EL RÍO ÉUFRATES

Entretanto, había llegado Darío a la ribera del río Éufrates y, asentando allí sus reales, envió unos barruntes a que espiasen la hueste de Alejandro; pero quiso su mala estrella que topasen con la ronda de los macedonios y los prendieron para llevarlos ante el rey; y a aquella misma hora, vínole también mandado de los suyos, de cómo estaba Darío posado a orillas del río Éufrates.

Y mandó Alejandro ver sus gentes y se encontró que eran seiscientas veces mil los caballeros y cien veces los peones. E hizo luego dar tormento a los espías y confesaron estos la verdad: que era muy grande la mesnada de los persas, hasta mil veces mil los caballeros y otros tantos los peones.

Y cuando fue la noche entrada, subió Alejandro a una montaña muy alta y mandó prender allí muchas hogueras; y tantas eran las lumbres encendidas que semejaba cabalmente que fuese otra vez el sol salido.

Y al quebrar de los albores envió por los barruntes de los persas y les encareció que dijesen a Darío esta razón: «En la guerra, debe un rey combatir con otro rey».

Y haciéndoles luego un presente de armas macedonias, los despidió con este buen consejo: «Por vuestro bien os digo que excuséis el acudir a la batalla, mas si acaso no pudiereis, vestíos con estas armaduras para que os guarden de los bravos macedonios, porque no es costumbre de estos dejar hombre con vida. Y ahora tornad donde Darío y contadle lo que con vuestros ojos habéis visto».

Y les soltó los cuerpos y ellos se marcharon, que no hizo falta usar de más palabras.

Y llegaron ante Darío los espías y comenzaron a manifestarle todo aquello que habían visto en el campo macedonio y decían asimismo mucho bien de Alejandro y con muy apuestas razones lo laudaban.

Pero escuchando loar a su enemigo, se enfurruñó el rey de tal manera que los mandó descabezar, para que no anduviesen, como malos parladeros, metiendo el miedo en el cuerpo de los persas.

DE CÓMO ACONSEJARON A DARÍO QUE ENVIASE A MIGADA CONTRA ALEJANDRO

Mandó después Darío que se aparejasen todos para entrar en la batalla y allí los principales de los persas dijéronle esta necedad: «No sería pertinente, oh rey, que entrareis vos en el campo con Alejandro, porque no siendo él más que un ladronzuelo y menos de preciar que el más humilde de los muchos reyes que a vuestra alteza sirven, desechado debe ser».

Y pareciéndole a Darío ser buen seso aquel decir, envió por Migada, el gran capitán, y así le dijo: «Toma seiscientos mil hombres de los persas y mueve contra Alejandro y préndelo vivo y tráemelo aquí, cargado de cadenas; y si por ventura intentare huir, síguelo por el mundo entero y no le des ningún vagar hasta que caiga en tus manos; y toma también doscientos mil de los medos y doscientos mil de los etíopes y cien mil arqueros de a pie y cumple cabalmente mi mandado».

Y tomando Migada las huestes que Darío le dijera, atravesó el río Éufrates; y lo vieron los atalayas de Alejandro y fue muy presto el mensaje al campamento.

DE CÓMO HABLÓ ALEJANDRO A SUS MESNADAS

Viendo, pues, Alejandro las huestes de Migada, mandó que todo hombre vistiese sus armas y cabalgase; y cuando ya estuvieron aparejados, levantó su diestro brazo en señal de que callasen y, a grandes voces, les dijo este discurso:

«¡Oh admirables y esforzados macedonios y vosotros, los de Paflagonia y los de Lacedemonia, oídme todos! Hasta hoy al gran Dios Sebaot hubimos valedor y tomamos Roma y también las islas todas; y en pos de esto, Él nos apoyó y puso en nuestra mano Jerusalén y la

tierra del Egipto; y ahora, ya veis, llegado es el día en que con el rey Darío entremos en contienda; si le vencemos, nuestra honra y nuestra hacienda crecerán como nunca antes conociera hombre en el mundo, mas si somos de él vencidos, por toda la tierra querrá venir en el alcance; por ende, más precio dejar la vida hoy como valientes en el campo, que no perderla cual cobardes, tornando la rienda delante de los persas.

»Porque habéis de saber que nunca la cobardía ha librado al hombre de la muerte y más vale para el bueno muerte honrada que no vida denostada.

»Pero sabed también que muy aína los desbarataremos, porque no viene el rey con ellos y mesnada sin rey es como cuerpo sin cabeza, y nosotros a Dios habremos por mantenedor y será su voluntad otorgamos la victoria.

»Y ahora yo os pido, por las muchas guerras en que hemos combatido, que mostréis aquí vuestra firmeza, porque la hueste que de buen grado entra en la batalla, la prez y el campo arranca al enemigo. Lidiad, pues, ardidamente, para que todos digan que granados son vuestros hechos, como de muy esforzados caballeros».

Y poniéndose el yelmo, hizo señal de que moviesen. E iba Alejandro en la delantera y puso a Antíoco en la costanera diestra y a Ptolomeo en la siniestra.

Y enristraron las lanzas, espolonearon y fueron a herir en las haces de los persas dando grandes alaridos; y así que se partieron por las astas, metieron mano a la espada y comenzó muy recio el combate cuerpo a cuerpo.

Mas poco tiempo transcurriera cuando perdieron los persas su valor, no pudiendo sufrir los fieros tajos que daban los macedonios y, tornando las espaldas, dejáronles el campo; y llegó Alejandro en el alcance hasta la tienda de Darío.

DE CÓMO HUYÓ DARÍO

Pues habiendo visto el rey su hueste quebrantada no quiso fincar hasta el final de la batalla, sino que cabalgó un caballo corredor, hincó espuelas y fuese en demanda de un sitio más seguro.

Entre tanto, mandaba Alejandro que se enterrase a los muertos de los persas y a los que prendieron vivos los puso luego en libertad, encomendándoles que dijesen a su señor estas palabras: «Más os aprovecha, rey Darío, pagar parias y fincar en el señorío de Persia que no otra vez lidiar en campo con los macedonios, porque hoy os han matado a Migada, un cumplido caballero, pero mañana, a vos mismo

han de matar».

Y atravesó Alejandro el Éufrates con toda su mesnada y, cuando estuvo el último hombre ya del otro lado, mandó derrocar todos los puentes que había sobre el río.

Mas no pensaba Darío en pleitesías, sino que cuidaba de poner recaudo en su hacienda y de enderezar a su mesnada y, haciendo echar pregones por las cuatro partes de su reino, mandó que viniesen todos sus poderes al castillo de Babilonia sin que osase ninguno desoírlo, so pena de la vida.

Y todos sin falta allí acudieron e hizo Darío ver sus gentes y se encontró que eran dos veces mil millares; y sin retardarlo más, quiso mover otra vez contra Alejandro.

DE CÓMO FUE ALEJANDRO MUY ESPANTADO AL VER LAS MESNADAS DE DARÍO

Tan grandes pueblos habíanse reunido en el bando de los persas que todo el llano lo cubrían y aun no poco de las cuestas; y al verlos Alejandro, se espantó en su corazón, mas se guardó muy bien de confesarlo a ninguno, sino que a paso firme iba recorriendo sus haces y diciendo:

«¡Oh, mis esforzados macedonios y lacedemonios! Al hombre que torna las espaldas muy presto dan alcance y muerto queda o esclavo; y también muchos son los animales que de solo oír bramido de león, flaquéales el ánimo y tiénense por muertos del gran espanto que les pone.

»Y de tal guisa son estos que tenéis ante los ojos, que de pensar tan solo que iremos contra ellos, no les deja el miedo entender si son vivos aún o ya difuntos; y en verdad os digo que desde ahora hemos quebrado sus rodillas y comenzamos a matarlos, porque el tornar las riendas es para estos una segunda naturaleza, acostumbrados como están a que los persigamos y los derrotemos.

»Y a pesar de que no es poca la hueste que Darío se ha traído, toda ella no la precio en un dinero malo, que más semejan mujeres que no hombres de prestar y los tengo ya por arrancados. Y si antes matamos a Migada, el gran capitán, aun al mismo Darío habremos de matar.

»Y ahora, cada uno quien fuere, en la lid lo entenderemos y que por ruin se tenga el que los más chicos golpes dé».

Y con estas y otras muchas razones mantenía Alejandro el temple y el coraje de su hueste; y eran sus gentes hasta mil veces mil hombres, todos con sus armas de lidiar.

DE UN MANDADO QUE DIO ALEJANDRO

Y mandó Alejandro echar pregones por todo el real, avisando que si dejase alguno el campo antes del fin de la batalla, sería por cobarde azotado y por desleal descabezado y a gran vergüenza caería sobre su nombre el vil mote de follón y de traidor.

DE UN SUEÑO QUE VINO A ALEJANDRO

Cuando por fin se recogió en su tienda y se echó para dormir, aquella noche vino a él en visión el profeta Jeremías y oyó de su boca estas palabras: «Alejandro, hijo mío, levántate y marcha contra Darío y no tengas ningún temor ni cuidado, porque habrás por valedor al Dios del cielo y de la tierra y Él te sostendrá; y pon en tu cabeza las gemas que te di en Jerusalén y acuérdate de invocar siempre a Sebaot, el Dios del cielo y de la tierra, y habrás así de quebrantar todo el poder de Darío, aunque muy grandes sean sus huestes».

Y despertó Alejandro, sonriendo y muy pagado del sueño que tuviera, y al apuntar de los albores ordenó sus haces para la batalla y mandó que a diestro y a siniestro tañesen cuernos y trompetas y sonasen los atabales; y ordenó sus hombres en tres partes y, viéndolo Darío, hizo lo mismo con los suyos.

DE CÓMO ALEJANDRO Y DARÍO COMBATIERON

A lanzas y a espadas fueron a herir unos en otros y tan altas eran las voces, tan fieros los golpes del hierro en los escudos, tan fuerte el relinchar de los caballos, que a dos jornadas de camino bien se oía el ruido del combate.

Y toda aquella, desde la hora de tercia hasta que fue entrada la noche, la pasaron de tal guisa, que no hubo allí sino tajar, herir y horadar y fue la tierra en gran espanto puesta, maltrecha bajo el peso de tanto cuerpo muerto y medio ahogada de la sangre que manaba como de fuente perenal.

DE CÓMO LOS PERSAS DESAMPARARON EL CAMPO

Pero hora tras hora crecía el apremio de los persas y desmayaba su

ánimo y menguaba su coraje, que de mucho mejor grado querrían estar al abrigo de sus casas que no aguardando enemigos en el campo, hasta que hubieron de tornar algunos las espaldas y, en un instante, ya la huida fue tropel, que no miraba cada uno sino por cómo salvaría su pellejo.

Y los persiguieron los macedonios tres días con sus noches, haciendo en ellos muy gran mortandad y estragamiento, que murieron entonces de los persas ciento cuatro mil hombres y de Alejandro cinco mil. Y aun prendieron cautivos a otros doscientos mil y, cuando los llevaron a presencia de Alejandro, dioles el rey este consejo: «Si preciáis en algo vuestra vida, guardaos de lidiar otra vez con macedonios en el campo».

E hízoles luego merced, pues no quiso que a ninguno se retuviese prisionero, y tomaron, muy contentos, la vía de su tierra.

SOBRE LA HUIDA DE DARÍO

Viendo Darío que los macedonios vencían de nuevo la batalla, perdió todo talante de mantenerse en aquel sitio y comenzó a huir, escoltado por cien valientes caballeros; y creedme que no se dio vagar hasta que estuvo en el castillo de Persia bien guardado, que aún entonces dudaba si estaría a buen recaudo de tan formidables enemigos.

Mientras tanto, ya Alejandro había marchado sobre el castillo de Babilonia; pero estando los caldeos apercibidos para la guerra, no quisieron franquearle las puertas, otorgándole la entrada; y era Babilonia un castillo muy fuerte y muy grande, de los mejores de aquel tiempo, y pasaba el río Éufrates por en medio de la villa y corría, además, en derredor de sus murallas.

Entendiendo, pues, Alejandro que Babilonia de grado no se le daría, mandó prender las tiendas y echole fuerte cerco, para que no pudiese entrar ni salir hombre o bestia sin ser visto y echado en cadenas.

DE UNA INDUSTRIA QUE HIZO ALEJANDRO PARA TOMAR BABILONIA

Asentado ya el real, mandó Alejandro abrir canales en su interior, cuidando de que fuesen anchos y profundos, para que pudiese entrar en ellos el agua del río; y cuando estuvo todo bien cavado, echáronse a esperar que cayese la ocasión.

Hasta que una noche congregáronse los babilonios para celebrar grandes fiestas en honor de Apolo, su dios, y habiendo tomado sus mujeres y sus hijos, marchó el pueblo al templo en procesión. Aguardó entonces Alejandro la hora en que más encendidos estuviesen los festivales e hizo en aquel punto desviar el río a los canales y en breve espacio menguó mucho el agua que llevaba; y obrando con presteza, pasó la cárcava e hizo pegar fuego a los cuatro lados del castillo.

Y cuando entendieron los babilonios las mañas que Alejandro se gastaba, se vieron en muy grande desconcierto y comenzaron a gritar, diciendo, lo más alto que podían: «¡Rey Alejandro, por amor del dios, tened piedad y no mostréis vuestra saña con nosotros!».

Y al oírlos Alejandro, hubo de ellos compasión y mandó que se apagase el fuego; e hízose así y fue el incendio sofocado.

DE CÓMO LOS BABILONIOS ACLAMARON A ALEJANDRO

Y entró Alejandro en el castillo de Babilonia y los chicos y los grandes se prosternaron ante él y lo aclamaron con la saludación que solo es cumplida al emperante: «¡Que muchos sean vuestros años, rey del orbe entero!».

Y le trajeron buena hilada de riquísimos presentes: sacaron lo primero dos mil talentos de oro y, en pos de esto, mil caballos con sus sillas y sus frenos y cien fieros leones, todos con cadenas fraguadas de pura plata; y, tras esto, mil leopardos, avezados para la caza, y quinientos caballos árabes, más corredores que el viento; y trajéronle después dos mil cántaros de oro y mil copas de idéntico metal y otros tres mil caballos, enjaezados con lorigas hechas con la escama de un pescado que tiene en su natura esta virtud y es que el hierro no la horada; y trajéronle en pos de esto el manto de un gran rey de Persia, al que decían Jerjes, y estaba guarnecido con dientes de serpiente y con gemas que valía cada una más que una ciudad; y trajéronle también la corona del rey Sésonco, que fuera en su tiempo muy poderoso rey y había señoreado el mundo entero; y lo postrero fue traerle la mesa de Darío, toda hecha de zafiros, que es piedra de mucho valor; y cuando comía Darío sobre ella, ninguna cuita podía entrar en su corazón.

E hizo posada Alejandro en Babilonia y permaneció allí holgando treinta días.

DE CÓMO ESTABA DARÍO EN MUCHA TRISTEZA PUESTO

No tardaron en andar la vía de Persia los mandados de cómo Babilonia era tomada; y en oyendo Darío aquellas graves nuevas, se le mudaron los colores de la cara y comenzó a hacer muy triste duelo, diciendo de esta guisa:

«¡Ay de mí, el infeliz! ¡Yo, que hasta el cielo me empinaba, miradme ahora, cómo yago en el bajo polvo derribado! ¡Yo, que por menoscabo tenía el hablar a hombre mortal, miradme ahora a qué miseria soy llegado, todo mi reino perdido a manos de Alejandro! Bien dice el proverbio que lo que a tuerto se cobra, todo es falsa ganancia. Y dijo también el sabio Salomón que por buen comienzo espera hombre buena andanza, pero al final están la honra y la deshonra».

Y viéndole los nobles tan desconhortado, trataban de mitigar su pena, hablándole con palabras de alivio y de consuelo.

DE CÓMO LOS RICOHOMBRES CONSOLABAN A DARÍO

«¡Oh, admirable y glorioso rey! Bien sabéis vos cómo Filipo y todos los reyes del mundo nos enviaban parias cada año; mas si ahora los vientos son contrarios, no desmaye por ello vuestro corazón, porque la nao grande, cuando está en medio de la mar y la hostiga la tormenta, muchos peligros pasa, pero así que encuentra una pequeña cala, toda aquella cuita en grandes gozos es trocada; y de esta guisa acontece al imperio, que si ayer fuimos de este derrotados, mañana querrá Fortuna otorgarnos la victoria, porque aún tienen los persas mucho poder y buenos y esforzados caballeros».

DE CÓMO UN MANCEBO NOBLE QUISO DAR MUERTE A ALEJANDRO

Entonces, un mancebo noble, al que decían Ábissos y era de Darío muy preciado, dio un paso adelante e, hincando en tierra los hinojos, habló en esta manera: «¡Oh, altísimo rey! Ni leal ni honrado sería el vasallo que, viendo la aflicción de su señor, no le moviere su ánimo a deshacer la causa de aquel mal. Así, pues, viéndoos yo en tan fuerte estrechura, por vuestro amor quiero poner mi vida al tablero e ir a los reales de Alejandro y darle muerte, para sacar de cautiverio vuestro reino».

DE LA RESPUESTA QUE LE DIO DARÍO

Respondió entonces Darío y así dijo: «Mi muy amado Ábissos, si tú matares a Alejandro, podría decir que por tu mano el reino es mío y a la tierra de tus mayores harías el más precioso don, quitándola de esclavitud y tornándole la libertad en que de antiguo fue criada; y maguer murieres, viviría tu nombre por siempre entre los persas y aún más, porque la fama de hazaña tan granada sonaría entre todas las lenguas del mundo».

DE CÓMO FUE ÁBISSOS AL ENCUENTRO DE ALEJANDRO

Queriendo, pues, poner por obra su voluntad, ensilló Ábissos sin más tardanza su caballo y, aparejándose bien de todas armas, se puso una armadura con insignias macedonias y fue a mezclarse con la hueste de Alejandro; e hízolo así, sin ser ventado de ninguno.

Y salió Alejandro, a la hora en que solía, a ver sus gentes; y estando Ábissos al acecho, apercibióse de que era el rey el que venía y fuésele allegando, con mucha discreción, hasta ponerse a su costado y, de pronto, echa allí mano a la espada y le asesta muy aína un golpe en la cabeza. Mas húbolo de errar, que de otra guisa lo tenían los hados acordado, y tajando la cimera, se detuvo el hierro en el almófar, rayendo, cual navaja de barbero, tan solo unos cabellos.

Y al punto conoció Alejandro no ser traición maquinada por los suyos y así dijo: «No es de los macedonios la mano que se ha alzado contra mí, sino que esta alevosía, aquellos felones de los persas la han urdido».

Y aún no acabara cabalmente su discurso cuando ya Ábissos estaba de bruces contra el suelo, sin espada ni casco ni coraza, que maltraído y desastrado lo echaron de hinojos ante el rey; y demandándole Alejandro cuál era su país y cómo le decían, aquel le respondió: «Por nombre a mí dicen Ábissos y en tierras de Persia soy nacido y preciado allí por el primero entre los escuderos de Darío, mi señor. Y por su amor vine aquí, para que en este día de entrambos finasen nuestras vidas y de tal guisa librar de vuestro yugo a mi rey y a toda Persia».

Y le dijo Alejandro: «¡Oh, desventurado Ábissos! ¿Por amor de tu señor tal locura acometiste? Y sabiendo que podría yo ahora yacer muerto por tu mano ¿cuidas aún la dulce vida conservar?».

Y Ábissos, tal respuesta le fue a dar: «Para que se alegrase en su corazón, quería yo cumplir el mandado de mi señor; en cuanto a mí, lo que los dioses hayan determinado, eso sin falta habrá de acaecer,

que no fue dado al hombre escapar de su destino».

Dijo entonces Alejandro: «Al hombre a quien Dios quiere guardar no es posible que de otro hombre reciba daño o muerte; pero a ti, tu mala estrella te ha guiado hoy a este lugar, para que encuentres aquí tu perdición». Y respondiole a esto Ábissos: «En manos de vuestra majestad estoy y lo que vos entendáis, eso se hará».

Calló entonces Alejandro y, tomándose la cara con la mano, estuvo pensativo un breve rato y luego dijo: «Pues el amor de tu señor fue el que te movió, como leal vasallo, a jugarte la cabeza a todo o nada y osaste hacer lo que ningún hombre antes osara, no quiero yo toller la vida a un valiente y de ella te hago merced; torna, pues, ante Darío y dile esta razón: "Al hombre que es de Dios amado, no puede mano de hombre darle muerte"; y dile también que alivie su corazón de la soberbia y se avenga a besarme la mano y entrégueme parias y mesnadas y en buena paz finque en Persia como rey».

Y se humilló Ábissos ante Alejandro y emprendió luego el regreso.

Y cuando supo Darío cómo todo el hecho aconteciera, sacudió la cabeza y así dijo: «Tú, Ábissos, has mantenido la palabra que me diste; pero lo que los dioses no otorgan, el hombre no lo alcanza». Entonces, habló Ábissos y dijo: «Sabed, oh rey, que, cumpliendo vuestro mandado, por vuestro amor la muerte he recibido; y ante vos me inclino y bésoos las manos y los pies, mas otra vida no puedo ya ofreceros e irme quiero a servir a quien de ella hiciérame merced».

Y muy acongojado, comenzó a decir Darío de esta guisa: «Al hombre venturoso lo ayudan los dioses y los hombres, pero al desventurado hasta sus mismos vasallos le tornan las espaldas y lo dejan; y al que muy presto levanta Fortuna de su estado, en muy chica hora de su buenandanza es derribado».

Aparejábase entretanto Ábissos para volver con Alejandro y ponerse a su servicio y, antes de que partiese, envió por él Darío y le encareció que le dijese estas razones:

«Rey Alejandro, guardaos del mucho encumbramiento, porque quien muy alto se alza, ayuso luego es derrocado. Y parad mientes en ello y acordaos de Sésonco y de cómo se levantó por rey del mundo entero; mas su mucha soberbia no dábale vagar y tanto lo aguijaba, que concibió en su corazón llegar hasta el mismo paraíso; y al principio dejaron los dioses que su hecho creciese como nunca antes se oyera por el mundo, pero matáronlo en pos con toda su mesnada. Y también a Jerjes, el gran rey de los persas, por su mucha vanagloria sobrevínole la muerte y perdió la vida a manos de los hombres de Dafneón. Y dejando a los antiguos, miradme a mí, cómo hasta la cumbre de toda gloria habíame alzado y, ahora, hasta para los míos soy odioso.

»Obrad, pues, Alejandro, a guisa de prudente, que el cuerdo en

cabeza ajena escarmienta, y no queráis encumbraros en demasía, no sea que, al final, en gran penuria os veáis puesto.

»Y si queréis que haya entre nosotros concordia y amistad, conservad toda la tierra de Occidente y también toda la Grecia, con vuestro solar paterno, y reinad allí en paz; mas, si no os pluguiere obrar de esta manera, más preciamos nosotros morir con nuestro reino que no vivir siendo vasallos, porque no se prosterna un rey ante otro rey y solo cuando de entrambos uno muere, entonces el otro queda en paz.

»Y si no fuere a vuestro gusto este mandado, pensad de aparejar para la guerra, que al cabo de cincuenta días iré a combatiros con mis persas, que, maguer muy pocos me han quedado, no ha de faltarles ni ánimo ni esfuerzo. Y entonces habremos de quebrantaros a vos y a todo vuestro poder o bien hasta el postrimero hombre moriremos lidiando en el campo, porque el derecho lo tienen los dioses en su mano y a quien ellos quieran, a ese se lo darán».

Y llevando este mensaje, partió Ábissos en demanda de Alejandro.

DE CÓMO ÁBISSOS FUE TORNADO ANTE ALEJANDRO Y LE DIO EL MANDADO DE DARÍO

Y apenas fue llegado, lo condujeron a presencia del rey y muy cumplidamente declaró la encomienda de Darío; y cuando lo hubo oído, sacudió Alejandro la cabeza y así dijo: «Muy dulce cosa es el remar y por el remo todo monarca debe combatir; con tal respuesta, pues, que de Darío me has traído, bien veo ser cosa imposible que haya amistad entre nosotros; pero en manos de Dios está otorgar la paz».

DE LO QUE ALEJANDRO VIO EN SUEÑOS

Esa misma noche, vino a Alejandro en visión el profeta Jeremías, vestido con sus hábitos de sumo sacerdote, igual en su figura a como lo viera en Jerusalén, y oyó que le decía: «Levántate y ve como emisario ante Darío y espíalo, a él y a las mesnadas de la India que vienen contra ti; y si acaso te reconocieren, nada temas, porque Dios te guardará de todo mal».

Y así que hubo despertado, envía Alejandro por Ptolomeo y también por Antíoco y Filonis y les manifiesta todo el hecho de su sueño y cómo quería cumplir lo que el profeta le mandara. Y mientras

apercibía su partida, les iba encomendando estas cosas:

«Si por mi desventura me viere puesto en peligro y fuere llegada la hora de mi muerte, repartid entre vosotros los remos del mundo y velad por que el trono de Macedonia sea siempre sobre todos el más alto y más honrado, para que guarde memoria muy granada de mi nombre».

Y hacían ellos grandes duelos, como si ya estuviese muerto, e intentaban, con muchas y buenas razones, estorbarle su partida; mas él, mandándoles callar, así les dijo: «Si fuere la voluntad de Dios que hoy me pierda, todas las manos del mundo no bastarían para salvarme; mas si Él quiere que yo viva, todas las de los persas no bastarán para matarme».

DE CÓMO FUE ALEJANDRO DE MENSAJERO ANTE DARÍO

Y ataviándose Alejandro con ropa de los persas, se puso en la cabeza un turbante, ornado de esmeraldas y nácar dorado, y sobre el vestido un almajar fenicio, guarnecido con doblas de oro y dientes de serpiente, y tomó luego la vía del palacio de Darío.

Y cuando supo este que llegara un faraute de Alejandro, reunió a lo más selecto de su corte, con grandísimo boato, pues quería encandilar al mensajero, mostrándose en toda su grandeza de espléndido monarca.

Y le recibió en un trono de cuatro escalones, que a uno y otro lado tenía unas caras como de ángeles y eran candelabros para poner cirios; y todo el alcázar relumbraba por el mucho oro que allí había y no era delicia en el mundo de la que no estuviese largamente abastado; y se alzaban en medio de la sala cuatro columnas bien labradas y en cada una de ellas había incrustado un gran diamante, tan claro y refulgente que parecía que era sombra la luz de las antorchas.

Entró, pues, Alejandro en el palacio de Darío y le dijo, al tiempo que entregábale una carta: «El rey Alejandro, mi señor, muchas saludes envía a vuestra majestad; y me ha dicho, además, que la carta sea leída y me deis luego otra de respuesta». Y los nobles de los persas cataban a Alejandro, muy admirados de su natural apostura y de la riqueza del vestido. Y mandó Darío que se leyese la carta de Alejandro y rezaba la misiva de esta guisa:

«De Alejandro, el rey de reyes y emperador del mundo entero por el poder de la superior providencia de Dios.

»Muy bien sabéis, rey Darío, que mientras vivió mi padre dábaos parias cada año; y otrosí que antes de morir, dejome en heredad la corona y el reino, pero vos, aguijado de vuestra mucha arrogancia y aconsejado por vuestro poco entendimiento, no preciasteis en nada aquella su voluntad, sino que, haciéndome muy villana afrenta, quisisteis entregar a un extraño el señorío de Macedonia, como si estuviese vacante el trono de mi padre.

»Y mandasteis, además, que me trajesen a vuestra corte para serviros, como si fuese niño de pocos días; he aquí, pues, que Dios lo ha otorgado y vengo ahora a vuestro encuentro, mas no como un chico niño, sino como un hombre que demandaros ha razón de esos agravios.

»Y a pesar de que era vuestro empeño hacerme tal desaguisado, arrojándome del trono paterno, no os echo yo del vuestro, sino que os dejo por señor de toda Persia; pagadme, pues, parias y no queráis ser porfioso, sino que apartad vuestra mala saña y prosternaos ante mí, porque, de otra guisa, ni uno solo de vuestros persas ha de salvar la vida y puede que aun vos mismo la perdáis a manos de los macedonios.

»Mas, si tan empecinado fuere vuestro mal seso que en él os mantuviereis, os emplazo para que al cabo de dos semanas vengáis al río de Armenia con toda vuestra mesnada, que allí me toparéis para lidiar en campo a todas armas, porque yo vengo contra vos, como hombre, a combatiros y no, como chico niño, a serviros, según, con gran engaño, lo creíais».

Y cuando la carta fue leída, se vuelve Darío hacia los persas y les dice: «¿Puédese sufrir, oh, ricohombres, la desmesura y vanagloria de los altivos macedonios?». Pero antes de que ninguno respondiese, habló Alejandro y dijo: «De cuantas tierras en el mundo son, Macedonia hoy sobre todas es alzada y a gran orgullo lleva el haber un rey asaz cumplido y unos guerreros esforzados y sin tacha».

Y así que hubo dicho esto, comenzaron a mirarse los nobles de los persas, como si no estuviesen seguros de lo que oyeran sus oídos, hasta que uno de ellos dijo, mirándole muy torvo: «¿Cómo osas tú, un mensajero, replicar al rey en esa guisa?». Y, muy tranquilo, Alejandro le responde: «Muy grande es mi señor y yo, que por mi propia voluntad soy su faraute, hablo en lugar de su persona». Y apartándose luego hacia un costado, añadió: «Dadme ahora una carta de respuesta para que cumpla con mi encargo». Habló entonces Darío y le dijo: «Torna esta noche, a la hora de la cena, que entre tanto habrémosla

escrito».

Llegada, pues, que fue aquella hora, entró Darío en la sala con gran séquito de príncipes y nobles e indicaron a Alejandro un sitio frente al rey que a los embajadores estaba destinado.

Y pusieron a la mesa un magnífico yantar, con mucha abundancia de viandas y de vinos, y sirvieron primero a Darío y fue servido luego Alejandro. Y así que bebió el vino, tomó la copa, que era de plata bien labrada, y echósela al vestido; y lo vio el escanciador, pero no se atrevió a decir palabra, sino que fue y avisó al rey qué cosa hiciera el mensajero; mas no quiso Darío dar a aquel hecho ninguna importancia, sino que le mandó que tornase a servirle. Diéronle, pues, una segunda copa y como hiciera con la primera, de igual guisa hizo con esta, que apenas el vino hubo acabado, la metió luego entre sus paños.

Entonces, uno de los principales de los persas, no pudiendo sufrir más aquellas sus maneras, le increpó con gesto duro y le dijo: «¡Oh, tú, hombre macedonio! ¿Por qué haces tal cosa en la mesa del rey?». Y respondiole Alejandro, muy sosegadamente: «Tal es la costumbre del mío, que cuando recibe huésped a manteles, por señal de su largueza le hace presente de las dos primeras copas que bebiere». Y oyendo tal respuesta, quedaron los nobles asaz maravillados, no sabiendo si de simple juzgarle o de insolente.

Pero entre los muchos convidados que el rey tenía en su mesa hallábase aquel Candarcusis que, a la muerte de Filipo, fuera enviado por Darío de adelantado a Macedonia y, dejando su asiento, llegose hasta el rey y le dijo en algarabía: «Sabed, oh, gran monarca, que este mensajero no es otro que Alejandro y que, por ende, vuestros más hondos deseos han de verse hoy cumplidos». Y rebosante de gozo el corazón, respóndele Darío: «Si son esas razones verdaderas, entonces bien puedo decir que por segunda vez soy nacido en este día, cuando tales favores quiere hacerme la fortuna; pero fuerte cosa es de creer que todas las cabezas del mundo de un fino cabello estén así colgadas». Y a esto dijo Candarcusis: «¡Que pierda yo la mía si no es él!».

Y entendiendo Alejandro no ser de buen aviso aquel repentino bisbisar, echó mano al turbante y sacó una sortija que traía allí escondida y se la puso en el dedo, porque tenía este anillo una gema encantada, que fuera antes de la reina Cleopatra, y se lo dieran en presente los troyanos. Y en este punto, se vuelve Darío hacia Alejandro y, sonriendo muy hermoso, así le dice: «¡Oh, varón macedonio! Es parecer de algunos que mucho semejas a Alejandro».

Y el discreto de Alejandro, tal respuesta le fue a dar: «¡Oh, rey Darío! Porque semejo a Alejandro, mi señor, soy de él muy preciado y más cumplidamente me honra que a los otros macedonios; y aun

sucede, en ocasiones, que algunos brutos, movidos por su simpleza, yerren y se hinquen de hinojos ante mí, creyendo ser yo el rey, y es ello causa de que se haga luego mucha burla y harto grandes sean las risas por su mucha torpeza y baboquía».

Y al oír estas razones tuvo miedo Darío, no fuera a verse expuesto a tal vergüenza, y quedó muy caviloso, no sabiendo qué hacer. Y tan fuerte alteración de aquella duda había tomado que derribó la mesa con el pie y se levantó, con gran destemplamiento, y salió con él toda la corte, llevándose los cirios y antorchas que allí había.

De tal guisa, pues, diose por concluida la cena y quedaron a oscuras en la sala unos pocos convidados.

DE CÓMO ESCAPÓ ALEJANDRO DE MANOS DE DARÍO

Se quitó entonces Alejandro el almajar y lo extendió sobre el suelo y asimismo el turbante lo puso como almohada, semejando en todo que se aparejaba para dormir.

Pero enseguida se levanta y sale de la sala, en achaque de ir por aguas, y así que estuvo fuera, sin la menor demora se va derechamente a las puertas de palacio y, sacando una de las copas que guardara entre sus paños, le dice al portero: «Toma esta copa del rey y ábreme, porque me envía Darío con un mandado para los veladores».

Y le franquea el paso el portero de palacio y entonces se va derechamente a las puertas del castillo y, sacando la otra copa, le dice al que estaba allí de guardia: «Toma esta copa del rey y ábreme presto, porque me envía Darío a que llame a los emires a su consejo».

Y le franquea el paso el portero del castillo; y así que estuvo fuera de la muralla, se va muy presto hasta el lugar donde dejara su caballo y se marcha de allí a todo correr.

Y llegó hasta el río de Armenia y lo atravesó sobre Bucéfalo, pues estaban las aguas congeladas; y en la otra orilla topó a Antíoco, a Filonis y a Ptolomeo, que con una parte de la hueste aguardaban su tornada.

E hicieron muy grandes alegrías al verse felizmente reencontrados y todo el resto de la noche estuvo Alejandro contándoles la historia de su encuentro con Darío.

DEL CONSEJO QUE DIERON A DARÍO SUS PRIVADOS

Enviara el persa, en este comedio, por sus doce consejeros y,

mostrando lo que su corazón rumiaba, así les dijo: «¡Oh, ricohombres! Sostiene Candarcusis que este emisario macedonio no es tal, sino el mismo Alejandro; decidme, pues, ¿qué os parece que hagamos en este asunto y qué recaudo pondremos que sea provechoso a nuestra hacienda?». Y los nobles le dijeron: «Si son esas razones verdaderas, entonces, los dioses de Persia se han apiadado de vos y de nosotros».

Y se avinieron todos en que fuese Candarcusis quien prendiese a Alejandro; toma, pues, este algunos guardas y, encendiendo gran número de antorchas, se dirige hacia la sala donde habíanlo dejado; pero, llegados al lugar, no toparon sino sus vestiduras y por más que mucho demandaron, ninguno había que supiese darles razón del mensajero, hasta que hubieron de preguntar a los porteros: «Ha no mucho vino un hombre y nos dio dos copas de plata del rey y así nos dijo: “Abridme presto, porque envíame el rey con mandado a los veladores y también a que avise a los emires de ir a su consejo”».

Conociendo entonces Candarcusis y el rey Crises la artería de Alejandro, tomaron cuatrocientos caballeros, los mejores que allí había, y salieron en pos de él, con esperanza de prenderlo. Y hacia la hora de tercia llegaron al río y a la primera luz del día divisaron a Alejandro, que estaba en la otra vera, holgando con sus hombres, y en muy honda desazón cayeron con su vista, porque entendieron que habían sido malamente escarnecidos.

DE LO QUE DIJO ALEJANDRO A LOS QUE LE SEGUÍAN

Acercándose entonces a la orilla, les dice Alejandro a grandes voces: «¿Qué buscáis, varones de los persas? ¿Será que por ventura perseguís al viento? A tuerto lo hacéis y en balde os cansáis, que no hay quien pueda al viento dar alcance; y ya con vuestros mismos ojos podéis ver que a los caballos de los macedonios no los detienen ni ríos ni montañas. Mas, decidme, ¿por qué os quedáis allí como pasmados? Tornad donde Darío y decidle que mucho agradecemos el honor que nos hiciera, pero que no acaecerá siempre de tal guisa, porque hemos de guerrear sin falta en el plazo que dijimos; más le vale, pues, que piense en ir aparejando su mesnada».

Y se fueron los persas desandando su camino, cabizbajos y fuertemente avergonzados.

Y tenía ese río esta rara condición, que por la noche se congelaban sus aguas, pero, al llegar el día, otra vez tornaban a correr.

DE CÓMO ESTABA DARÍO MUY ACONGOJADO

Y cuando supo Darío la industria de Alejandro, comenzó a llorar amargamente e iba así diciendo: «¡Catad, oh, ricohombres, qué mañas gasta el hijo de Filipo! Nos ha tomado la tierra, nuestro reino ha metido bajo su poder y a nuestra misma casa llega para reírse en nuestras barbas y hacer muy grande burla y chancearse a nuestra costa. ¡Oh, dioses! ¿Qué será ya de nosotros?».

Y mandó luego escribir una carta de rogación a Poro, el rey de la India, que decía de esta guisa:

CARTA DE DARÍO A PORO

«Al más alto entre todos los reyes de la tierra, señor de los que el orbe señorean y terrenal dios de la India, cuya diestra mano se extiende con firmeza sobre cuantos en el mundo habitan.

»Yo, Darío de Persia, el lacerado, el miserable, el desdichado, en el día de hoy escribo a vuestra majestad y ante ella me prosterno.

»Bien sabe vuestra alteza que no ha mucho tiempo era yo señor de treinta y seis reyes; mas, he aquí que se ha levantado uno de los más bajos de los hombres, Alejandro el Macedonio, y todo mi reino me ha tomado y otrosí todo Occidente ha metido bajo su poder y aun Jerusalén y Egipto y Babilonia; y dos veces hemos combatido en lid campal y entrambas hemos sido de él vencidos, con gran mortandad y estrago entre mis persas.

»Por ende, humildemente ruego a vuestra majestad que acceda a socorrernos para que lo combatamos por tercera vez y acabemos con él o ya por siempre él acabe con nosotros».

DE CÓMO SE APIADÓ PORO DE DARÍO Y LE ENVIÓ MUCHA MESNADA

Sacudió la cabeza Poro al oír la carta de Darío y, muy apenado, así dijo: «Por grande que sea la humana felicidad, nunca estará tan recogida que no la mancille la desdicha. Teníase Darío por semejante a los dioses y como dios hacíase llamar, mas helo aquí ahora, por los macedonios en gran apremio puesto, aunque Filipo era su esclavo. A la fe, que muy inestable amiga es la fortuna».

Y envió luego por uno de sus jeques y le encomendó que obrase de esta guisa: «Toma cuatro veces mil millares de hombres y ve en auxilio

de Darío; pero a este Alejandro no lo mates, sino que tráemelo aquí vivo, pues gran curiosidad tengo de verlo, que mucho me hablan de su prudencia y dicen que es rico en maestrías, sutil de ingenio y esforzado».

Y a los pocos días recibe Darío los mandados de cómo venían de camino las mesnadas de la India y se alivió un tanto su congoja; e hizo luego ver sus gentes y se halló que eran mil veces mil hombres, todos con sus armas de lidiar, y apenas llegaron los indianos, movieron contra Alejandro con todo su poder.

Quiso entonces Darío enviar unos barruntes a que acechasen las mesnadas enemigas, mas no pudieron estos ir tan secretamente que no los descubriesen las rondas macedonias y, prendiéndolos cautivos, los condujeron ante el rey; y al saber que eran escuchas de los persas, mandó que los subiesen a un otero y que luego cabalgasen las mesnadas, formadas por legiones; y haciéndose el alarde, quedaron los espías boquiabiertos al ver la gallardía y ardimiento de las huestes de Alejandro.

Y cuando ya lo hubieron visto todo, les dio armaduras macedonias, al tiempo que les decía estas palabras: «No temáis por vuestra vida porque yo de ella os haré merced; y si no pudiereis excusar el entrar mañana en la batalla, poneos estas corazas para que no os maten los macedonios; y ahora, tornad con vuestro señor». Y les dejó marchar y se fueron ellos, muy felices, con los suyos.

Y así que llegaron de nuevo al real, los requirieron los príncipes de la India y comenzaron a hacerles muchas preguntas, demandando por las fuerzas de Alejandro, y ellos, con muy buena voluntad, de esta manera respondieron: «Vimos muchísima mesnada y toda es de hombres esforzados, que ningún miedo anida en sus corazones; y los caballos que cabalgan son fogosos y escogidos para la guerra y, en verdad, que es muy grande su poder; y lo que con nuestros ojos hemos visto, todo os lo manifestamos, sin ocultaros de ello nada».

Y oyendo esas razones, no se pagaron de ellas las mesnadas de la India, sino que comenzó, poquillo a poco, su valor a enflaquecer y a suspirar su corazón por las bondades de su tierra, que muy canijas ganas tenían de entrar con macedonios en el campo. Mas cuando supo el rey Darío lo que contaban los espías, les mandó tajar la lengua por galardón de sus avisos, para que otra vez no dijesen alabanzas de Alejandro.

DE LA GUERRA QUE HICIERON CON LOS PERSAS

Apenas si el sol había salido cuando quisieron dar comienzo a la

batalla y fueron a encontrarse con tanto brío los fonsados que a los primeros golpes se levantó una tolvanera tan prieta y tan espesa que se enfoscó el azul del cielo y difícilmente sabíase ya quién era persa o quién indiano o macedonio; y resonaba el hierro con tal furia que, a muchas jornadas de allí, espantábanse las gentes del gran ruido que se oía.

Y metieron mano a la espada los hombres de Alejandro y comenzaron a tajar tan finamente, cual buenos labradores que van por un campo apretado de mies en tiempo de la siega, que no pudieron ser contados los que aquel día murieron por sus manos.

Y tuviéronse los persas como mejor podían, pero según la hora iba pasando desmayábales el ánimo y menguábanles las fuerzas y hacia la de vísperas tornaron las espaldas y desampararon el campo; y los dejaron ir los macedonios, no queriendo que los prendiese la noche y quedar desperdigados.

Pero al despuntar del otro día vinieron lenguas a la tienda de Alejandro, diciendo que los indianos enderezaban su mesnada y querían comenzar nuevo combate. Mas no lo pudo el rey sufrir, que él por arrancados ya los diera, y tomando tan solo su hueste macedonia, que eran cien mil caballeros escogidos, se fue a herir en lo más apretado de sus haces; y tan ardidamente los lidió que al poco rato los tenía ya desbaratados, haciéndoles tan gran estragamiento que fiero espanto daba ver la tierra toda cuajada de cadáveres.

Y huyeron los indianos a todo el correr de sus caballos, comoquiera que a ellos muy de vagar les semejaba.

DE CÓMO HUYERON LOS PERSAS

Y cuando vieron los persas que dejaban el campo los indianos, allí pensó cada uno en cómo salvaría su pellejo y por mejor tuvieron irse con estos que no quedarse y aguardar a los macedonios.

Y entendiendo el cuitado de Darío que aquel mal no podía conjurarse, pues ya de los suyos quien no era muerto era huido, perdido todo su valor, encomendóse a su caballo que le diese salvación e iba, el desdichado, destilando de sus ojos vivas lágrimas y diciendo en esta guisa: «¡Ay de ti, insensato Darío, que ayer hasta el cielo te empinabas y hoy ni un palmo de tierra tienes que puedas decir que es tuyo!».

Y cuantos pudieron escapar corrían hacia el castillo de Persia, con la esperanza de, tras sus muros, poderse guarecer.

SOBRE LA MUERTE DE DARÍO

Entonces, dos privados de Darío, Candarcusis y Ariobarzanes, se pusieron a los costados del rey mientras huía y le dieron sendos golpes con sus espadas, derrocándolo del caballo; y caído que fue en tierra, lo despojaron de las púrpuras reales y se alejaron de él, dejándolo tan maltrecho que pensaban que fuese muerto. Y quedó allí Darío, desnudo y malandante, maguer no era aún transido.

Llegáranle entretanto nuevas a Alejandro de que muriera Darío en la batalla y, así que las oyó, envía por sus caudillos y les dice: «Detened a los persas y mandadles que no huyan, porque muerto es ya Darío; y decidles también que, si obedecen, no les será hecho mal ni daño alguno, mas si porfiaren en huir, que ni uno solo ha de salvar la vida. Y tú, Filonis, ve a prender los caballos de los indianos y deja que tornen después los hombres con Poro, su señor».

Y fue Filonis y anunció a las huestes de la India el mandado de Alejandro; y no hicieron falta más razones, que apenas escucharlo descabalgaron todos y le entregaron sus caballos y sus armas y también sus estandartes, con muchas señas caudales; y los dejó marchar Filonis, tal como Alejandro le mandara, y así desnudos tornaron junto a Poro, su señor. Y encarecioles aún Filonis que le dijesen de esta guisa: «Rey Poro, quedad en paz en vuestro reino, mas otra vez guardaos de dar a ninguno mesnada; y sabed también que yo, Filonis, por la voluntad de Alejandro, mi rey, soy, desde este día, señor de toda Persia».

Y cuando ya tomaban los indianos la vía de su tierra, fueron los persas a prosternarse ante Alejandro y los juntaron después con las huestes macedonias.

Y salieron muy pagados de aquella su buenandanza, porque hubieron la fortuna de servir a tan buen señor.

DE CÓMO ALEJANDRO TOPÓ A DARÍO MUY MAL LLAGADO

Por la llanura de Persia iban tranquilamente de camino cuando toparon con un hombre que allí estaba, tendido sobre su propia sangre y cubierto de polvo; y era este Darío, que se quería ya finar, pero al darse cuenta de que era Alejandro quien venía, reunió el poco aliento que en el cuerpo le quedaba y dijo, con voz amortecida: «Rey Alejandro, descabalgad y acercaos presto para que oigáis una palabra de mi boca».

Y al sentirse llamado tornó Alejandro la cabeza, mas no lo conoció

y así le dijo: «¿Quién eres tú y qué quieres, hombre malhadado?». Y respondiole aquel: «Yo soy Darío, a quien Fortuna hasta el mismo cielo empinara, pero llegada es la hora en que mi duro sino ha de arrojarme en el Hades. Y vos, Alejandro, con vuestros propios ojos me visteis cuando a mi corte fuerais, como fingido mensajero. Mas acordaos de que también vais a morir y no me dejéis que entregue el alma revolcado en el lodo, porque no es vuestro corazón cruel y despiadado, como el de los persas».

Y al oír Alejandro las palabras de Darío, tomó tan gran pesar de su desdicha que no podía las lágrimas tener y, echando pie a tierra, se quitó su propio manto y le cubrió con él; y mandó a los macedonios que trajesen un carro de oro y plata para llevarlo y, mientras lo esperaban, lo acostaron sobre unas maderas y lo cargaron a hombros; y el mismo Alejandro lo sostenía por un lado e íbale diciendo: «He aquí que yo, aunque erais mi enemigo, os hago honores reales, como cumple a vuestra persona, y en merced os ruego que me deis vuestra bendición».

Y anduvieron así por un trecho como de un tiro de arco, hasta que vinieron con el carro y, acomodándolo sobre él, lo condujeron al castillo.

DE CÓMO ALEJANDRO SENTOSE EN EL TRONO DE DARÍO

Y cuando ya lo divisaban, mudó Alejandro sus vestiduras y adobóse muy bien, con ropas muy honradas, y poniendo en su cabeza la corona de Salomón, el rey de Jerusalén, entró luego en el castillo de Persia; y penetró en el palacio de Darío y sentose allí en su trono, alto de cuatro escalones y ornado de gemas y adamantes que más valían que una ciudad.

Y acudieron a humillársele los principales de los persas y de los demás reinos y, prosternándose ante él, le desearon que reinase muchos años.

DE CÓMO RECIBIÓ ALEJANDRO A ROXANDRA POR ESPOSA

Y estaba Darío a la diestra de Alejandro y mandó que llamasen a su hija, Roxandra; y cuando vino, irguiéndose un poco sobre el codo, la tomó por la mano y se la entregó a Alejandro, al tiempo que decía:

«Aceptad, rey Alejandro, a Roxandra, la hija de mis entrañas». Y levantándose del trono, la recibió Alejandro de mano de su padre y la sentó a su lado; y tomó luego su corona y la ciñó en la cabeza de Roxandra y se quitó esta un anillo y lo pasó en el dedo de Alejandro. Y habló allí el macedonio y dijo: «Mirad, rey Darío, a vuestra hija y mudad la amargura de vuestro corazón en alegría, porque a mi lado sobre el mundo entero ha de reinar». Y viendo Darío a su hija con la corona de Alejandro, se tornó en gozo su pesar y los bendijo, diciendo de esta guisa: «Que los señores y los reyes de la tierra se prosternen ante vos, Alejandro, y se extienda vuestra mano sobre el orbe».

Y envió luego por su mujer y también se la encomendó, diciendo estas palabras: «Rey Alejandro, aceptad en vuestro corazón a mi esposa como si fuese la misma Olimpia, vuestra madre». Y con su último aliento, le dijo aún Darío: «Amad a los persas, Alejandro, porque saben ser leales a su señor, pero a mis asesinos, dadles la muerte que merecen».

Y apenas dicho esto, entregó el alma.

DE CÓMO DIO SEPULTURA A DARÍO Y AHORCÓ A LOS ASESINOS

Muy gran duelo mandó Alejandro hacer por la muerte de Darío y lo condujo hasta el sepulcro en solemne procesión de ricohombres y mesnadas, mirando que no faltasen al difunto cuantos honores al emperante son cumplidos.

Y acabados los funerales, mandó echar pregones por los cuatro costados del imperio, avisando que quien hubiese dado muerte a Darío se llegase ante él para cobrar el galardón que por sus méritos derechamente había ganado.

Y al cabo de pocos días se presentan los matadores de Darío, y Alejandro, al verlos, les pregunta: «Decidme, ¿por qué habéis matado a vuestro rey?». Y ellos le respondieron: «Su muerte fue la que os alzó al trono de Persia». Y replicoles Alejandro: «Si tal cosa hicisteis a vuestro señor natural, que crio vuestro poder y os hizo tanto honor, ¿mejor pago habríais de darme a mí, que no soy sino un extraño?».

Y mandó que los ahorcasen, como a traidores, sobre la tumba de Darío.

DE CÓMO ALEJANDRO DESPOSÓ A ROXANDRA

Ejecutados, pues, aquellos felones, con gran cortejo de reyes y señores entró Alejandro en palacio para desposar a Roxandra según los usos de aquel tiempo. Y no había en todo el mundo dueña ni doncella que le llegase a Roxandra en donaire y apostura, ni habrá de hallarse nunca cara tan bien tallada ni cuerpo tan agraciado; y también su entendimiento era asaz sutil e iba parejo con su mucha hermosura.

Y haciéndose las bodas, mandaron que las mesnadas trocasen sus vestidos, ataviándose los persas con paños macedonios y los macedonios con paños de los persas.

Quiso después Alejandro que se viesen los haberes de Darío y se halló que eran doce aljibes repletos de oro puro y veinte estancias inmensas estibadas de plata fina y aun doce torres que apenas se abría la puerta desbordaban los florines como aguas turbulentas de un río henchido por las lluvias y nunca supo nadie cuántas monedas allí había, pues por mucho que porfiaban los veedores, perdíanse siempre con la cuenta.

Y a más de esto encontraron en los establos reales cien mil hacaneas y trescientos mil caballos, buenos para la guerra, y en las alcándaras mil halcones gerifaltes y otros tantos de sacres y de neblíes y aun quinientos leones en sus jaulas, asimismo adiestrados para la caza.

Y a los haberes contados, mandó que toda la hueste formase en la llanura de Persia e hizo ver sus gentes y halló que eran cuatro veces mil millares los caballeros, todos con sus armas de lidiar.

Y posó Alejandro en Persia, cazando y holgando a todo su solaz, un año entero.

Y cuando el año fue salido, movió con sus mesnadas contra Crises, el rey de Lidia, porque este Crises no le quería entrar en pleitesía ni rendirle homenaje. Pero al saber los lidios que Alejandro venía sobre ellos, trataron su consejo y se avinieron en que fuese Crises prendido y entregado, pues no era razón que todos se perdiesen por su causa; e hiciéronlo así y se lo llevaron a Alejandro cargado de cadenas. Y diéronle, además, tanto oro en presente como nunca antes fuera visto por los humanos ojos, mas no quiso él tomar ninguna cosa, sino que todo lo repartió entre su mesnada.

Y partiéndose luego de la Lidia, giró hacia la mano diestra del mundo y fue conquistando todas las lenguas que por allí moraban, hasta que hubo de llegar al extremo de la tierra.

DE CÓMO ENCONTRÓ HOMBRES SALVAJES COMO FIERAS

Y yendo su camino, a las pocas jornadas halló unos hombres salvajes cuyos cuerpos en todo eran normales de humanos pero las cabezas habíanlas de fiera, con gran departimiento de figuras.

Y pasó más adelante y anduvieron quince días, al cabo de los cuales llegaron a una región desierta, sin árboles ni matas; y moraban en aquellas asperezas unas mujeres de luenga y reluciente cabellera, altas como de tres brazas y de espaldas tan anchas como un toro; y sin que fuesen sentidas de ninguno, dieron rebato a la zaga y comenzaron a matar a muchos hombres, que en gran estrechura los traían hasta que llegó en su acorro Alejandro y entonces descabezaron allí a muchas de estas.

Y pasaron adelante y anduvieron otros cincuenta días, hasta llegar a un lugar donde había muchas cavernas y muy grandes y descabalgaron allí para reposar un poco de los afanes de la marcha; y estaban ellos tranquilos y confiados cuando sobrevienen de pronto unas hormigas, tamañas que prendieron un caballo y se lo llevaron al fondo de una cueva; mandó entonces Alejandro que cortasen de unas cañas que en aquel paraje había y, echando grandes manojos en la boca de las grutas, les pegaron fuego y churruscaron buen número de esos dañosos bichos.

Y dejaron atrás aquel lugar y, al octavo día, toparon con un río, tan ancho en su cauce como lo que puede andarse en media jornada de camino; y creyeron las gentes que allí se acabaría la jornada, siendo cosa imposible vadear aquellas aguas principales. Pero se estuvo Alejandro mano en mejilla por un rato y mandó luego a los peones que talasen unos árboles corpudos y a los menestrales que con aquella madera hiciesen almadías; y al cabo de dos meses, tenía allende el río a toda su mesnada.

Y llegando a la otra vera, encontró a unos hombrecillos que no alzaban del suelo más de un codo, y a estos decían los ximiecos; y vinieron a prosternarse ante Alejandro y le trajeron en presente mucha miel y muy vasta cantidad de cocos y de dátiles.

DE CÓMO ALEJANDRO ERIGIÓ UN CASTILLO Y PUSO ALLÍ UN REY

Viendo Alejandro que era bueno aquel lugar, mandó levantar allí un castillo y eligió después a uno de estos ximiecos que más virtuoso le semejó y lo puso como rey; y además les enseñó a que anduviesen a lo humano y a que creyesen en el Dios del cielo y de la tierra.

Y en pos de esto, se partieron de aquel sitio; pero era tan desmesurada la comarca de los ximiecos, que a cien jornadas hechas

como usados andariegos no habían aún salido de ella; pero iban muy a su sabor y sin apremio alguno, que bien un año entero comieron las mesnadas de aquel conducho que les dieran los ximiecos.

Y cuando por fin acabaron de franquearla, dieron con un llano muy espacioso y vieron que había una laguna en un extremo de aquel campo; y llegándose hasta ella, bebieron de sus aguas y comenzaron entonces todos a decir que eran más frías que la helada del invierno y que más dulzor tenían que el azúcar.

SOBRE LA COLUMNA DE SÉSONCO

Poco más allá encontró Alejandro una columna con un rostro muy bien esculpido en oro y, debajo de este, unas letras que este aviso presentaban: «Yo, que aquí yago, soy Sésonco, el que un día se alzó por rey del mundo entero; y tan grande fue mi encumbramiento que pretendí hallar el extremo de la tierra, pero en esta llanura vine a morir con toda mi mesnada, porque enviaron los dioses contra mí a los hombres salvajes y, en aquella hora aciaga, topamos con nuestro duro sino. Y si alguno hubiere que llegare a este lugar, que no quiera pasar más adelante, porque nada bueno hay ya que con sus ojos pueda ver».

Y estaba todo aquel campo cuajado de calaveras y de huesos. Y apenas hubo acabado la lectura, veló Alejandro las letras con su manto y puso encima su corona, para que ninguno se atreviese a descubrirlas y, leyéndolas, se espantasen las mesnadas.

Y al demandarle los capitanes qué era aquello que decía en la columna, esta respuesta les fue a dar: «Dice aquí que yacen más adelante unos parajes muy placenteros y bien provistos de todos bienes». Y de esta guisa los persuadió para que siguiesen avanzando.

Y dejaron aquel lugar y anduvieron dos jornadas; y a la tercera llegaron los de vanguardia al pie de una montaña y toparon allí a unos hombres de muy fiera catadura, altos más de dos brazas y asaz vellosos en sus cuerpos, que otro pellejo no se les veía si no era en las palmas y en las plantas de los pies; y se paraban estos en las rocas a mirar a las mesnadas sin ninguna muestra de temor, sino que muy irascibles y sañudos semejaban e iban, como las cabras, dando saltos de una peña en otra y haciendo fieros gestos de amenaza.

Y fueron presto con avisos a Alejandro de que acudiese a ver unos descomunales que allí había; y vino el rey, pero se heló su corazón al avistarlos y dijo para sí, con gran espanto: «Estos sin duda han de ser los hombres salvajes que mataron al rey Sésonco con toda su mesnada». Y al punto mandó que vistiesen los hombres su armadura y

estuviese la hueste apercibida.

Y tomando luego una mujer, la dejaron entre unas peñas y se retrajeron para ver qué harían los salvajes. Entonces, uno de estos de dos trancos descendió los roquedales y, llegándose hasta donde la mujer estaba, la prendió con fuerza y comenzó a darle bocados, como quien de buena vianda se paga; y gritó la mujer con muy fuertes alaridos y arremetieron ellos al rescate y al salvaje lo pasaron a lanzadas.

Mas comoquiera que aquel trato no podría tan sosegadamente tolerarlo, comenzó el bruto a bramar y, a sus voces, apareció una gran muchedumbre de estas bestias y cayeron como rabiosos sobre los hombres de Alejandro, que en chico espacio los obligaran a recular hasta el sitio donde estaba la columna de Sésonco, maguer no usaban de armadura, sino que solo con piedras y con palos era su guerrear; y muy mal aparejada traían la batalla, y aún peores agüeros les soltaran, si no hubiese querido la ventura que llegase allí Antíoco con el grueso de la hueste y pudieron entonces desbaratar a los salvajes, haciendo gran mortandad entre su tribu, que hasta mil veces mil de estos quedaron descabezados por todo aquel llano.

Y condujeron ante Alejandro a uno al que prendieran vivo y, aunque no serían sus años más de diez, pasaba bien en dos codos al más alto de los macedonios. Y tenían otrosí los hombres salvajes esta singular costumbre: que en cuanto uno caía herido, se abalanzaban los otros sobre él y allí mismo lo comían, sin dar tiempo a que finado fuese.

Y al otro día de mañana hizo Alejandro ver sus gentes y vio que le mataran dos mil hombres, mas no por ello desistió de andar aquella vía.

Pero en el curso de la noche trataran su consejo los principales de los macedonios y, aviniéndose en un parecer, se llegaron hasta el rey y estas palabras le dijeron: «Señor, ya veis en qué riguroso trance nos pusieron estos fieros monteses y el gran quebranto que hemos sufrido a sus manos; no queráis, pues, seguir senda que nunca fue usada y tornaos al mundo y a lo que es comunal, no sea que nos perdamos todos aquí, en tierra extraña, y no perdure de nosotros memoria ni sepultura; y mirad que ya vienen las huestes muy desmayadas y no podrán seguir esta carrera del grande espanto que en sus cuerpos se ha enquistado».

Y al oír aquellas razones, contristose mucho Alejandro y, mandando a sus guerreros que posasen en derredor de sí, les habló en esta manera:

«¡Oh, mis muy amados y esforzados macedonios! Asistidme aún en esta empresa y no queráis mostraros de ánimo menguado, ahora que tan poco ya nos falta para alcanzar el extremo de la tierra, que, con la ayuda de Dios, muy presto hemos de tornar a nuestras casas y holgaremos entonces de todo este lacerio, mas habiendo ganado tan señalada prez y honra que, mientras hubiere en el mundo hombres que lo habiten, tenerlo han todos por hazaña».

Y diciendo estas palabras, les encendió los pechos y pasaron adelante.

Y dejando atrás aquel lugar, llegaron hasta unos prados muy hermosos, con mucha abundancia y variedad de árboles frutales, y encontraron allí dos grandes columnas de oro puro, con sendos rostros historiados sobre ellas; y se acercó a mirarlos Alejandro y vio que eran el rey Heracles y la reina Severa y, al conocerlos, le vinieron lágrimas a los ojos y comenzó así a decir, mostrando que mucho se dolía: «¡Oh, glorioso rey Heracles y virtuosa reina Severa, que fuisteis en el mundo renombrados! ¡Cómo vinisteis a morir aquí, en tierra extraña, después de vuestros grandes hechos!».

Y encontraron gran cantidad de oro al pie de las columnas de Heracles y otro tanto, o aún más, de buena plata, mas no quiso Alejandro tomar ninguna cosa para él, sino que todo lo repartió entre su mesnada.

Y fincaron reposando en aquel lugar tan placentero por seis días; y al séptimo, partiéronse de allí y anduvieron otros diez, al cabo de los cuales toparon con unos hombres desusados, como que tenía cada uno seis brazos y seis piernas.

Y salieron estos, con grandes aspavientos, a lidiar con las mesnadas, pero los tajaron asaz bien los macedonios y les hicieron muchos muertos y a no pocos prendiéronlos con vida; y estaba muy contento Alejandro de haber ganado unos cautivos de tan sobrada y desigual naturaleza, cuidando de llevarlos en su regreso al mundo, cual maravilla que eran muy digna de ser vista; mas no lo quiso Fortuna consentir, que como no supiesen de qué viandas habían estas gentes mantenencia, acabaron, mal de su grado, por consumírseles de hambre.

Y anduvieron desde aquel lugar diez días y llegaron a la región que habitan los canitestos, que así les dicen porque el cuerpo y la voz los tienen de hombres, pero el andar y la cabeza son de perros.

Y siguiendo su camino, hubieron de atravesar por una comarca muy mala, pasando muchas penurias y fuertes fatigas, hasta que al décimo día llegaron a una ribera, cabe el mar, y prendieron allí las tiendas para dormir y reposar, que harto cansados venían.

Se le muriera a esta sazón el caballo a uno de los macedonios y, arrastrando el cuerpo hasta unas peñas que cerca de la orilla estaban, dejáronlo allí; pero cuando era la noche más oscura, salió de las aguas un centollo y se lo comió; y a lo que semeja, habralo dicho este a los otros de su linaje, porque a la siguiente sobrevino una gran muchedumbre de estas alimañas y arrebataron buena cuantía de caballos, y aun a algunos hombres, y los jalaron hacia el piélago sin que los pudiesen, en ninguna guisa, estorbar.

Y después de este mal trago, no habiendo ya ningún sabor de la posada, arrancaron las tiendas y anduvieron hasta que fueron llegados a otro sitio junto al mar, pero muy bueno de prados y copioso de sombras y de frutas; y allí acamparon para holgar, que muy desfallecidos se encontraban.

SOBRE LA ISLA DE LOS BIENAVENTURADOS

A la mañana siguiente, salido ya el sol y reparadas las fuerzas por el sueño, divisaron desde allí una isla que yacía en medio de aquel mar y, nada más verla Alejandro, al punto quiso llegarse hasta ella; comenzaron, pues, a trabajar los menestrales y construyeron almadías y, así que fueron hechas, pasaron a la ínsula.

Y apenas pusieran pie en la playa cuando aparecieron unas gentes y se hincaron de hinojos ante él y le aclamaron, diciendo: «¡Que muchos sean los años de Alejandro, rey del mundo entero!». Y luego le preguntaron: «¿Qué demandáis de nosotros, rey Alejandro, que vivimos, como veis, de toda alhaja desnudos? ¿Qué podréis prender del que ninguna cosa tiene?».

Y respondioles Alejandro, muy maravillado: «No quiero tomar nada de vosotros, solo por ver la tierra he venido; mas, decidme, por caridad, ¿cómo sabéis mi nombre, siendo que nunca antes me viérais?; y además, ¿cómo es que, tan cumplidamente, habláis la lengua griega, morando en tierra extraña y apartada del trato con los hombres?».

Y viendo su mucho desconcierto, así le despejaron el misterio: «Rey Alejandro, desde antiguo nos fuera revelado que habríais de venir, a vernos y a que os viésemos, porque el rey Heracles nos declaró vuestra llegada y vuestro nombre; pues habéis de saber que, ha mucho tiempo, reinaba este rey en Macedonia y, con él, la reina Severa, y que tenían su tierra en muy buena justicia mantenida; pero cuando empezaron los griegos a usar de lujurias y fornicios, viendo la gran desvergüenza en que cayeran no quiso ya quedarse allí y mandó construir quinientas grandes galeras y se embarcó en ellas con cuantos de sus vasallos aún eran de buen seso, dejando aquel lugar ilícito y

viniendo a posar en el sitio donde habéis visto sus columnas; y el día de su muerte mandó pegar fuego a los navíos, para que ya nunca tornásemos al pecador mundo.

»Pero después que dejó el siglo, fuimos nosotros acordándonos de aquellas mañas que en nuestra primera tierra usábamos y comenzamos a frecuentar toda guisa de pecados; mas comoquiera que no podía aquello de Dios ser encubierto, tomó este gran enojo del mucho deservicio que le hacíamos y envió a los hombres salvajes a que nos diesen muerte; y los pocos que pudimos salvar las vidas nos llegamos a esta isla, donde estos frutos son la vianda con la que mantenemos nuestro cuerpo y las letras la ración de nuestro espíritu; tomad, pues, rey Alejandro, algunos sabios escogidos de entre nosotros, porque habréis de atravesar por lugares yermos y salvajes y en grandes apremios seréis puesto y tendréis necesidad de buen consejo».

Y oyendo aquellas razones, dijo Alejandro, muy maravillado: «Mayor honra traen las letras que no el oro ni la plata, porque el hombre prudente en hora de estrechura a mil veces mil hombres puede aparejar la salvación, pero el necio a otros tantos perderá. Mas, decidme, si ello os place, ¿tendremos más combates siguiendo esta jornada?».

Y respondiéronle los sabios: «No habrá ocasión ni menester, rey Alejandro, de meter mano a la espada, porque de aquí en adelante ya solo toparéis el río Océano y las islas de los bienaventurados, hombres que viven en paz con Dios y cuyo pensamiento en el Señor noche y día está puesto».

Y preguntó aún Alejandro: «Y esas gentes que decís, ¿de dónde es que han salido?».

Y a esta demanda, así le contestaron: «Vivían Adán y Eva, nuestros primeros padres, en el regalo y delicia del paraíso y de todo fruto podían comer menos del árbol que en medio de ese vergel crece, que fuertemente se lo vedara Dios; mas desoyeron ellos el maridado del Señor y quisieron probar también de aquella vianda y fueron, por su falta y su mal seso, condenados a destierro.

»Y cuando fueron expulsados, erraron hasta llegar a aquellas islas e hicieron allí su posada, pero al cabo de cien años aún no dejaban de llorar, sino que todos los días se acordaban del paraíso y destilaban por él muy gruesas lágrimas.

»Y anduvo el tiempo y tuvieron dos hijos, a los que dijeron Caín y Abel; pero el diablo, a quien nunca la envidia da reposo, le buscó mal a Caín con su hermano, hasta que lo trajo a un punto en que le hubo de matar e hicieron muy gran duelo Adán y Eva por la muerte de su hijo Abel; y viendo Dios el mucho llanto que vertían y oyendo las grandes voces que daban, envió un ángel y les dijo: “¿Por qué hacéis

tan gran bullicio y tamañas lamentaciones? Ya Dios está aburrido de vosotros, pues Él, que de la tierra lo criara, otra vez a la tierra lo ha enviado, que todos a ella han de tornar, los que son nacidos y los que nacerán. Mas quiere Dios daros otro hijo, para que os consoléis en vuestra pena, y a este por nombre diréis Set; pero vosotros partíos ya de este lugar e id a poblar todas las tierras del orbe, que cuando cinco mil años sean pasados y aun otros quinientos, de nuevo habréis de ver el paraíso”. Y después les enseñó cómo debían sepultar a Abel.

»Y cuando el tiempo fue cumplido, vino a nacer Set y creció en aquella isla y en ella tuvo descendencia, de donde, estos bienaventurados que hoy la habitan, son del linaje de Set».

Y habló entonces Alejandro y preguntó a los sabios: «¿Por dónde podremos llegar hasta esa tierra?». Y le mostraron ellos el camino y por aquella senda prosiguieron.

Y al cabo de seis días llegaron al pie de una montaña y, subiendo Alejandro hasta la cumbre, oteó desde allí el horizonte y vio la isla de los bienaventurados; y mandó levantar en aquel sitio una gran columna y que historiasen en ella su figura, señalando con la espada hacia la isla.

Y bajaron de esta montaña y anduvieron cinco días y al sexto llegaron a otra, aún más alta que la anterior, y en una de sus laderas encontraron a un hombre encadenado a la roca, alto de veinte brazas y ancho hasta de diez; y tan fieramente gemía que durante medio camino vinieran oyendo sus plañidos y sollozos.

Y pasaron adelante, con el pellejo fruncido del gran destiento que aquel espanto les ponía, y al cabo de seis jornadas llegaron a otra montaña, la mayor de cuantas vieran, y toparon con una mujer, asimismo aherrojada y descomunal de veinte brazas, por otras diez que había de anchura; y yacía a sus pies una culebra colosal, que iba trepando por su cuerpo hasta metérsele en la boca, estorbándole el hablar.

Y desde allí anduvieron ocho días, atravesando una comarca con fieros barrancos y muy bravas pasadas; y había también gran abundancia de lagunas, con mucha mala sierpe silbadora, y estaba todo el aire cuajado de quejumbres y de suspiros muy amargos, mas no pudieron entender de dónde vendrían esas voces, aunque muy claras les llegaban; y era el parecer de Alejandro que aquel sería el infierno de los pecadores, donde estos padecen sus tormentos.

Y salieron por fin de esos parajes y dieron con el río Océano; y escudriñando el mar, vieron, como a unas cinco leguas de la costa, la isla de los bienaventurados. Prendieron, pues, las tiendas y comenzaron a trabajar los menestrales para hacer una galera y, así que estuvo aparejada, se embarcó en ella Alejandro con Antíoco y Ptolomeo y hacia la isla navegaron.

Y era tan grande la muchedumbre de pomíferos que había en aquel sitio que sería empresa escasa de empezar y luenga de acabar el querer rendir de ellos cuenta; y de estos, estaban unos en flor, mientras que de otros comenzaba la hoja a amarillear; y tal abundancia de frutos y tan gran disparidad de formas y colores no vieron ni verán ojos humanos por el mundo; e iban y venían pájaros de toda guisa y plumaje, en muy grandes nubarradas, posándose en las copas y en las ramas, y eran sus gorjeos y sus cantos de un deleite mixturado, porque iban en uno la tristeza y la alegría; y a la sombra de los árboles manaban fontecicas de aguas frías como nieve del invierno y más dulces que la miel.

Y ambulando por allí, toparon con uno de los bienaventurados y le dijo Alejandro: «Que la paz sea con nosotros, hermano». Y aquel le respondió: «Que la paz sea con todos, rey Alejandro. Seguid por esta vereda, que ya os aguardan los principales de nosotros para conduciros ante Florilucio, nuestro rey, que él habrá de manifestaros todo el hecho de vuestra alma, de vuestra vida y vuestra muerte».

Y pasaron adelante, mas poco trecho llevaban recorrido cuando salieron muchos hombres a recibir a Alejandro y saludábanlo todos con un beso en la boca; y estaba Alejandro asaz maravillado y decía en su corazón: «¿Serán estos hombres mortales, criados por la tierra, o por ventura serán ángeles?». Y con estas buenas compañas llegó Alejandro a presencia de Florilucio.

Y estaba el trono de este rey debajo de un árbol cargado de frutos y hacia su mano diestra bullía una fuente manantial, y su escaño y su manto estaban hechos con la madera y las hojas de aquel árbol; y cuando vio a Alejandro, sacudió la cabeza y dijo: «¿Por qué venís hacia nosotros, rey Alejandro, dejando el vano y pecador mundo?». Y asiéndolo por la mano, lo hizo sentar a su lado y lo saludó en esta manera: «¡Salve, Alejandro, porque vos sois la cabeza de todos! Y cuando os hayáis enseñoreado del mundo entero, entonces habréis de seguir los pasos de nuestro padre Adán».

Y oyendo estas palabras, se ensombreció el alma de Alejandro y preguntó: «¿Por qué me decís esa razón?». Y respondiole Florilucio: «Al hombre de esclarecido entendimiento no es menester explicarle el sentido del verbo». Y dijo entonces Alejandro: «¿Otorgáis vuestra licencia para que os ofrezcamos viandas de nuestra tierra?». Y consintiendo Florilucio, a una seña de Alejandro acercose Antíoco trayendo pan blanco y buen vino; mas, cuando vio Florilucio las vituallas, no quiso aceptarlas y, sonriendo, habló y dijo estas palabras:

«No comemos nosotros de tales alimentos, sino que los frutos del árbol a cuya sombra estamos son nuestro único yantar, y el agua de la fuente que mana a nuestros pies, nuestra única bebida; y no usamos de otras vestiduras sino de las hojas de este árbol y nuestro

pensamiento está puesto día y noche en orar al todopoderoso Sebaot. Y otrosí copiosos son los años que vivimos y, cuando nos llega la hora de partir, vamos entonces hacia un lugar mejor que este; y no conocemos los pesares, sino una dicha perenal, laudando con himnos al Señor. Y vos, Alejandro, sois el primero que llega hasta nosotros desde las tierras que están allende el río Océano, que no suelen andar esta carrera las almas que al pecador mundo son usadas».

Y dijo entonces Alejandro: «Asaz maravillado estoy oyendo estas razones, mas, si ello no os pesa, quisiera aún saber si sois como los demás hombres engendrados, pues no veo que viváis en femenil compaña».

Y respondiole a esto Florilucio: «También entre nosotros hay mujeres, mas en otra isla moran, a seis jornadas de camino por la mar; y como los animales, a ellas nos llegamos solo una vez al año, por treinta días cumplidos, que no más; y cuando nace un niño, si es varón, pasados doce meses recíbelo su padre y mora en esta isla con nosotros, mas si fuere hembra, en la otra finca, con su madre».

Y dijo allí Alejandro: «Si en ello consintiereis, de muy buen grado vería aquella isla de que me habláis». Y Florilucio tal respuesta le fue a dar: «La isla podréis verla, pero ninguna cosa de las que allí están guardadas; y hasta la mansión de bronce podréis aún llegar, mas no queráis ver lo que dentro de ella guarda porque al punto con la vida lo habríais de pagar».

Y pasó adelante Alejandro, recelando de si diríanle verdad, y navegó hasta la otra isla, mas, por mucho que cataba, ninguna cosa pudo ver; y llegó también hasta la mansión de bronce, pero no se atrevió a escudriñar lo que guardaba, que no hubo nunca ni habrá hombre que lo sepa, sino que Dios únicamente es quien lo sabe.

Y así que entendió que en balde se esforzaba, tornó a la isla de los bienaventurados y demandó otra vez a Florilucio: «¡Oh, prudentísimo rey! Mucho os ruego nos digáis qué yace aún de aquí a los confines de la tierra».

Y el rey así le respondió: «En aquella montaña que allá lejos podéis ver, ornada de una magnífica floresta, allí es donde el mismo Dios sembró el vergel del paraíso. Y Él crio también a Adán y a Eva para que se lo tuviesen siempre bien guardado. Pero vino el diablo, aguijado por su envidia, y comenzó a decirles muchas mentiras y razones engañosas, dándoles a entender por mil maneras que sería muy en su provecho si comiesen del fruto que Dios teníales vedado; y tan apostadamente les habló, con tan sutil ingenio, que hubieron ellos de creerle y desoyeron el divino mandamiento, por lo que fueron a la postre desterrados».

Demandó entonces Alejandro: «¿Sería posible que fuere yo a visitarlo?». Y le dijo Florilucio: «No puede el cuerpo entrar en el

paraíso en uno con el alma; y más aún que aquella montaña es muy alta y toda ella está cercada de una muralla de bronce y día y noche velan en sus adarves ángeles de seis alas, con espadas de fuego en sus manos, y os lo habrán de estorbar; así que tornad, Alejandro, por la senda que a esta tierra os trajera».

DE CÓMO SALIÓ ALEJANDRO DE LA ISLA DE LOS BIENAVENTURADOS

Apercibióse, pues, Alejandro para el viaje y, así que llegó la hora de partir, vinieron a despedirse los bienaventurados y lo abrazaron y lo besaron y le hicieron grandes honores.

Y habló allí Alejandro y dijo: «Si no fuere porque me pesa dejar solos a los macedonios, perdidos en tierra extraña, aquí me quedaría con vosotros, a vivir vida de ángeles».

Y a esto dijo Florilucio: «Marchaos ya, rey Alejandro, llevando nuestra bendición, que del mundo entero habréis de apoderaros y, después, al seno de vuestra madre, la tierra, tendréis, por fuerza, que tornar, hasta que en el día de la resurrección de nuevo nos encontremos, que entonces cada uno, según sus obras hayan sido, así será lo que hallará».

E izó velas Alejandro y tornó al lugar donde asentara sus reales; y apenas fue desembarcado, reunió a toda su mesnada y muy cumplidamente les manifestó cuanto con sus mismos ojos viera.

SOBRE LA TIERRA TENEBROSA

Dejando atrás aquellas islas, anduvieron nueve días y al décimo toparon con una llanura muy extensa; pero había en el medio de aquel campo un abismo, de harta anchura y muy profundo, que lo cruzaba desde un extremo al otro, estorbándoles el paso.

Mas no por ello pensaron en deshacer el camino, sino que mandó Alejandro que se tendiese allí un puente caudal. Y metieron mano a la escoda los canteros, se desbastó la piedra, cimbráronse los arcos y se erigió el puente, tan bueno y principal que mejor no lo alzarían los gigantes si a ello se pusieren. Y cuando estuvieron ya del otro lado, hizo grabar sobre la piedra unas letras que decían: «Fue construido por mandado del rey Alejandro, que lo cruzó con sus mesnadas cuando tornaba de la tierra de los bienaventurados».

Y habiendo pasado aquella sima, anduvieron cuatro días y llegaron

a la tierra tenebrosa, una región donde estaba el aire siempre tan oscuro que no concedía al sol entrada.

Mandó entonces Alejandro traer yeguas que tuviesen potrillos mamones y, dejando a las crías en la linde de lo claro, montaron en las madres y se metieron en aquella cerrazón. Y todo un día anduvieron sin que viesen nada del lugar por dónde iban, hasta que dieron voces de que todo hombre descabalgase y tomase unos puñados de aquella tierra; e hiciéronlo así y dejaron después la rienda suelta a las yeguas, para que hallasen la tornada hacia la luz. Y cuando estuvieron ya de nuevo bajo el sol, miraron aquella tierra que habían recogido y poco faltó para que les saltaran los ojos de las cuencas al ver que toda ella era de oro, que no hubo allí quien no se arrepintiese de no haber tomado más.

Y anduvieron en pos de esto cuatro días y toparon con dos pájaros que tenían las cabezas de persona, con las caras muy hermosas; y al ver estos a Alejandro, le hablaron con voz humana, diciendo de esta guisa: «Rey Alejandro, ¿por qué os empeñáis en desafiar a Dios? Parad mientes en lo que hacéis y no queráis provocar su ira, no sea que os pierda en el desierto, a vos y a toda vuestra mesnada; tomad mejor nuestro consejo y tornad a vuestras usadas guerras, que ya el rey de la India os espera para combatiros».

Y atendiendo a ese aviso torció Alejandro hacia su mano diestra y, al cabo de ocho días, llegó a riberas de una laguna que semejaba buena para posar. Y por no ser buena avenencia camino grande y largo ayuno, comenzaron los cocineros a aderezar sus guisados y pusieron a remojar en la orilla mucho pescado en saladura que en las alforjas traían. Y ya juzgaban ellos que habrían gustosa la calderada cuando, de pronto, empiezan los coletazos y adieso vanse los peces, nadando con harto brío.

Y anunciaron presto al rey la nueva de la resurrección de los pescados y, al oír aquel prodigio, se quedó, por un momento, confuso y pensativo, mas luego mandó que todo hombre diese salto en las aguas y, aunque muy desmadejados estaban al entrar, salieron llenos de vigor, que toda la fatiga ahogose en el fondo de aquel lago.

Y retornando a su jornada, a dos días de camino dieron con otra laguna, cuyas aguas diríanse de almíbar, que aún más dulces dejaban los labios al beberlas, y echose en ella Alejandro, porque era el sol ferviente y el tiempo bochornoso; y cuando estaba braceando a todo su sabor, acometióle un pez muy bravo y muy grande y huyó Alejandro y se salió del agua, mas tan enrabietado mostrábase aquel monstruo que le siguió fuera del lago, por el ribazo arriba, hasta que pudo Alejandro trepársele en el lomo y allí lo despenó de dos buenos mojicones. Y ya muerto, lo abrieron y toparon dentro una gema de inapreciable valor, grande como un huevo de ganso y reluciente como

el sol; y mandó Alejandro que la engarzasen en una seña caudal y desde entonces siempre la llevaban delante del rey, que más relumbraba aquella piedra que un farol.

Y pasaron adelante y, al llegar a otra laguna, determinaron pernoctar en aquel sitio. Y era ya la noche bien entrada, cuando salieron unas mujeres de las aguas y comenzaron a cantar, con voz tan lene, hermosa y hechicera que haría de cualquier hombre, a no ser que fuese sordo, muy fácilmente su cautivo; y a lo que semeja, serían aquellas las nereidas, a las que hoy día, por otro nombre, la gente dice hadas.

Y no sin algún trabajo partieron de aquel lugar y anduvieron por seis días, hasta que dieron con un soto muy grande y muy espeso y surgió de entre los árboles una muchedumbre de hombres-caballo, mirando a las mesnadas con muy torvo semblante. Y eran estos pareados de natura, porque de la mitad arriba eran humanos, mas de cintura abajo eran caballos; y eran, además, todos arqueros y las saetas de que usaban tenían la punta de diamante, maguer no conocían la armadura ni llevaban cosa alguna de hierro, pero eran de veloces como los pájaros del cielo.

Y al verlos Alejandro, se volvió a sus compañeros y les dijo: «Hagamos una maña para prender a algunos de estos y traerlos con nosotros a Macedonia, que, a la fe, gran maravilla son».

Y mandó que hiciesen una cava y la disimulasen con cañas y con hojas; y cuando estuvo aparejada, envió a unos caballeros a que los provocasen al combate; y no conociendo aquellos seres las arterías de los hombres, fue coser y cantar que cayesen en la trampa, que murieron allí hasta doce mil y a otros seis mil prendiéronlos con vida y en poco tiempo los habían amansado.

Y querían llevarlos con ellos al mundo, pues eran tan corredores que no había cosa viva que se les escapase y presa o lugar donde apuntasen con sus flechas nunca iba errado aquel tiro; y les proveyó Alejandro de armaduras y los instruyó en las artes de la guerra, mirando a que le auxiliasen en las suyas. Pero quiso el azar que, cuando ya salían al mundo, soplase un viento frío y, comoquiera que fuesen criaturas de humores delicados, finaron todos de aquel destemplamiento.

Y al cabo de dos meses dieron con un templo y, habiendo entrado en él Alejandro para orar, topó allí dentro con unas letras anunciándole su muerte; y así que las leyó, pesole mucho en su corazón, pero se guardó de contárselo a ninguno y siguieron adelante como si nada hubiese visto.

Y a diez jornadas de aquel sitio encontraron a los unípedos, a los que así decían por tener solo una pierna y otrosí una cola semejante a la que gastan las ovejas. Y habiendo prendido a algunos de estos, los

llevaron ante Alejandro y el rey les preguntó: «¿Cómo es que sois de naturaleza tan menguada?». Y respondiéronle aquellos, muy llorosos: «Rey Alejandro, tened piedad de nosotros y dejadnos tornar a nuestra madriguera, que por ser tan flacos y sin fuerzas moramos en esta huraña región, siempre escondidos y con miedo».

Y oyendo un sermón tan lastimero, compadeciose de ellos Alejandro y los puso en libertad.

Pero apenas si un poco se habían alejado, cuando comienzan a saltar de peña en peña y a hacer mucha mofa de Alejandro, diciendo de esta guisa: «Alejandro el mundo entero ganó con su prudencia y ahora nosotros nos hemos burlado de él, porque teniéndonos cautivos nos ha dejado, el muy sandio, escapar, no conociendo que nuestra carne es más sabrosa que el mejor de los pájaros del cielo o de las alimañas de la tierra ni que encierra nuestra arca gran abastanza de piedras preciosas y de perlas grandes como nueces y que a nuestro pellejo no hay hierro que lo horade».

Y al oírlos, comenzó Alejandro a reír de buena gana y así dijo: «A fe mía que bien se dice aquello, que quien mucho habla mucho yerra, y también que el buen callar cien sueldos vale en toda plaza».

Y al punto mandó que saliesen a perseguirlos doscientos mil caballeros, llevando alanos, lebreles y leopardos. Y echando fuerte cerco en derredor de la montaña, les soltaron las traíllas y en poco espacio tuviéronlos prendidos, que ni uno solo hubo que escapase. Y mandó Alejandro darles muerte y que pusieran los pellejos a secar; y al abrir los costillares, encontraron gran cantidad de perlas y de aljófares y de piedras preciosas; y se dio también orden a los persas para que comiesen de aquella carne y después decían estos que no la había más sabrosa ni entre las aves del cielo ni entre las alimañas de la tierra.

Y dejando aquellas breñas prosiguieron su camino y a los seis días alcanzaron los confines de la India y entraron de nuevo en el mundo.

Y eran pasados ya seis meses desde que viera Alejandro las letras que anunciábanle su muerte y estaba muy atribulado por causa de aquel funesto aviso. Pero acordándose de los unípedos comenzó a reír y, al verlo, se alegraron los macedonios y comenzaron también ellos a reír; mas la tristeza que Alejandro guardaba en su corazón, ninguno la conocía.

Fuéranle, entretanto, a Poro con mandados de cómo la hueste de Alejandro andaba por las fronteras de su reino y ningún placer tomó de oír aquellas nuevas, sino que, ofuscado por la ira, le envió una carta con estas bravas razones:

CARTA DE PORO A ALEJANDRO

«De Poro, el gran rey de la India, que relumbra como un dios, al rey Alejandro.

»He oído decir que al rey Darío mataste y que, por esa tu victoria, henchido estás de vanagloria y que muy alto te encaramas; y otrosí que ahora, tanto ha cundido tu locura que te me quieres entrar por la tierra, demandando tu ruina y perdición, que otra ganancia, te fio, no habrás de tu necio desatino.

»Te aprovecharía saber que cuando soy airado la misma tierra se estremece y los reinos del orbe bajan la cerviz ante mi poder, que así se aliaren todos solo para resistirme, no daría por ellos un ardite.

»Pero tú, ¿qué desvariado seso cargas en tu cabeza?, ¿qué atrevimiento temerario te aguija a correr hacia la muerte? Bien creo que has de estar ya muy cansado de la vida para preciarla en tan poco viniendo contra mí; pero si, acaso, algún deseo tuvieres aún de conservarla, entrégame las parias que de todo el mundo has recibido y me apiadaré de ti, dejándote tornar a tu solar paterno.

»Mas si porfiares en obrar de otra manera, no encontrarás ya comarca que pueda guarecerte, ni en Macedonia ni en lugar alguno sobre la faz de la tierra».

Y escuchando la carta, rio Alejandro de buena gana y le escribió allí mismo su respuesta:

CARTA DE ALEJANDRO A PORO

«De Alejandro, el rey de reyes, mas no por mi propia voluntad, sino por aquella del todopoderoso Sebaot, creador del cielo y de la tierra, al rey de la India, Poro, el que dice que relumbra como el sol y tiénese por dios; el rahez, el asno, el loco, el más desastrado de los que el mundo habitan.

»Me escribes que maté a Darío y que me ha hecho mi soberbia encaramarme en demasía; pero así como ahora tú de la India, también Darío dios de Persia hacíase llamar y, con el acorro del todopoderoso Sebaot, fue quebrantado por mi mano; y en balde quisiste ser tú su valedor, pues de nada le aprovechó, porque muy flacas son tus fuerzas para ello, pero firme mi esperanza de que también a ti he de barrerte con tus dioses.

»Y no vengo ahora contra ti como quien mueve sobre un rey, sino contra un hombre ruin y desdichado, porque no crees tú en un Dios invisible, creador del cielo y de la tierra, sino que, en tu demencia y devaneos, a ti mismo llamas dios.

»Y mucho es el ruido y alharaca que nos haces con la caterva que acaudillas, como si fuere yo a espantarme de bausanas, pues si grandes son tus huestes, mayor aún es mi poder para estragarlas.

»Y así permita Dios que mueras a mis manos, para que vayas a condenarte, y contigo la horda de tus dioses, en los brumosos antros del Hades».

DE LO QUE DIJO PORO A SUS RICOHOMBRES

Y al acabar de oír la carta de Alejandro, se vuelve Poro hacia sus nobles y les dice: «¿Podéis creer que de tal guisa nos amenace este fulano, cuando no ha habido nunca, en toda la tierra, hombre nacido de mujer que se atreviese a replicarme? Mas, por los planetas del cielo, que le daré yo buen escarmiento; quiero que se apresten sin demora mis mesnadas y aun que se envíen cartas a los demás reyes de la India para que acudan con las suyas».

E hízose así y, cuando fueron ya todos allegados, mandó Poro ver sus gentes y se halló que eran los hombres cincuenta veces mil millares, diez mil los leones adiestrados para la guerra y cien mil los elefantes, asimismo avezados al combate.

Y cuando vieron las huestes de Alejandro la muchedumbre de pueblos que Poro había juntado, como un frío puñal caló el pánico en los persas y también se fue arreciendo el ánimo de los macedonios; y comenzaron unos y otros a tener sus poridades y a urdir una muy ruin alevosía, creyendo que si entregasen a Alejandro habrían de salvar ellos las vidas; pero así que fue creciendo aquel ruido, hubo de oírlo Ptolomeo y acudió presto ante el rey a descubrirle con qué harina cocía el pan la almofalla.

DE CÓMO HABLÓ ALEJANDRO A SUS MESNADAS

Se llenó de aflicción el alma de Alejandro al saber los cabildeos que había entre sus gentes, mas no dejó que se alterase un punto su semblante, sino que mandó a grandes y chicos que viniesen a posar en derredor de sí y, cuando estuvieron ya todos congregados, les habló en esta manera:

«Oh, mis muy amados macedonios, los mejores de entre todos los linajes de los hombres, muy grave cosa es de creer que, tras haber ganado el mundo con la espada, os espantéis ahora de estos gallinas de los indianos; mas, si me habéis arrancado de vuestros corazones y

no queréis ya darme vuestro amor ni combatir bajo mi enseña, de vuestras manos puedo decir que recibo hoy la muerte; y si entendéis que sirviendo al rey Poro habéis de ser mejor pagados, entonces yo mismo iré a ponerme en su prisión.

»Pero sabed que si rueda mi cabeza por el polvo, ni uno solo de vosotros tornará a ver Macedonia ni sabrá ya si mañana ha de conservar la suya, porque a mí, tres codos de tierra me bastan para yacer en ella, pero vosotros mezquina vida viviréis en tierra extraña, comiendo siempre vuestro pan con miedo y negras lágrimas, que a quien vive metido en servidumbre nada dulce le sabe ya en la boca; porque ¡guay de aquellos que a su señor traicionan!, que mala muerte no pueden esquivar.

»Mas he aquí que yo me dispongo a lidiar con Poro, rey contra rey, y que aguarden fuera del campo las mesnadas; de esta guisa, si Dios me otorgare la victoria y le doy muerte, de todos será dicho que yo solo, sin ayuda de nadie, conquisté el mundo y no por vuestro esfuerzo y valor; y si me matare él a mí, con gran cuita y pesadumbre viviréis, lejos del hogar de los mayores hasta el final de vuestros días».

DE LA RESPUESTA QUE SUS HUESTES DIERON A ALEJANDRO

Y al oír los macedonios las razones de Alejandro, hubo muy viva agitación entre las haces y así le respondieron: «Rey Alejandro, apartad esas sombras de vuestro corazón y no queráis dudar de nuestro amor, que por mejor tenemos dejar las vidas en el campo que no ser causa de que algún mal pueda veniros, ni hemos tomado nosotros parte alguna en esas bellacas avenencias, sino que todo ha sido cosa de los persas, que son de suyo espantadizos y de natural desmayado y mujeril».

Y se le subió la sangre a la cabeza al oír que la conjura fuera cosa de los persas y les mandó que vistiesen ropas de mujeres y que envolviesen su cabeza con un paño bermejo (y hasta hoy, de tal manera van vestidos los persas y los agarenos).

Y en pos de esto mandó Alejandro que se viesen sus mesnadas y se encontró que eran seis veces mil millares; y envió luego a Filonis y a Seleuco, que a la sazón hallábanse en Persia, una carta que decía en esta guisa:

CARTA DE ALEJANDRO

«De Alejandro, el rey de reyes, a mis muy amados Filonis y Seleuco.

»Sabed que todo el mundo vimos y somos tornados con salud; y habiendo llegado ahora hasta la India, nos aparejamos para guerrear con Poro; por ende, así que veáis esta mi escritura, moved muy presto hacia la India con todas las huestes de Occidente».

Y partieron los troteros y enfiló Alejandro hacia el campo de batalla.

DE LAS INDUSTRIAS QUE HICIERON PORO Y ALEJANDRO

Cuando ya estuvieron a la vista unos de otros, mandó Poro que soltasen diez mil leones y comenzaron a aguijarlos con voces y zurriagas para que acometiesen a las huestes macedonias; pero el discreto de Alejandro, entendiendo la maña que Poro maquinaba, sacó por delante de las huestes ocho mil búfalos y toros bravos y fuéronse a lidiar unas fieras con las otras, que ya de ningún hombre se acordaban.

Y dividió Alejandro sus mesnadas en tres partes e hizo lo mismo Poro con las suyas. Y comenzó el redoble de atabales, sonaron cuernos y trompetas y, sin dilatarlo más, fuéronse a herir con grande saña, que espantable cosa era de ver los crudos golpes que se daban. Y mientras les duró el sol en el cielo, en el tajar y el horadar se estuvieron todo aquel día, que solo menguándoles la luz se dieron treguas y tornó cada uno a su real; y de las huestes de Poro doscientos mil hombres dejaron allí la dulce vida y seis mil quinientos de los guerreros de Alejandro.

Y envió recado Poro a sus reyes y señores principales de que acudiesen a su tienda para tratar con ellos su consejo, y acogiéndose al alfaneque, habló y así les dijo: «Gran muchedumbre de los nuestros nos han matado hoy los terribles macedonios; decidme, pues, oh, ricohombres, cómo os parece que podremos nuestra hacienda enderezar».

Y ellos le respondieron: «¡Oh, altísimo rey! Lo que a vos y a nosotros aprovecha no es enviar mañana más hombres a la guerra, sino que en su lugar vayan los grandes elefantes, que mucho estrago han de causar entre las haces enemigas».

DE CÓMO ENVIÓ PORO LOS ELEFANTES A LA GUERRA

Dando por bueno Poro este consejo, al otro día sacó cien mil elefantes

e hizo poner sobre ellos unos ingenios como torres, que en cada una iban veinte guerreros bien armados de arcos y ballestas.

Pero viendo Alejandro que Poro movía contra él con elefantes, al punto mandó que todo caballero colgase esquilones en el pescuezo del caballo y que doscientos mil peones, revestidos de armadura, tajasen con segures las patas de aquellas grandes bestias.

Y a guisa de bragados se atuvieron los peones al mandado de su rey, que adentrándose en aquella espesura de perniles, de corazón cumplido comenzaron a cortar mucho buen jamón con el filo de sus hachas; y arremetió tras ellos la caballería y, al oír los elefantes los cencerros, tomaron tan gran espanto de aquel ruido que no podían ya las guías hacer ningún gobierno en ellos. Y murieron aquel día treinta mil de los indianos y doce mil de los hombres de Alejandro, que muchos no pudieron excusar ser aplastados.

Viendo, pues, Poro que de nuevo la victoria se inclinaba por los macedonios, dio orden de retirarse y atravesó el río Alfeo con sus naves; y querían los macedonios pasarlo también ellos, que habían sobrada voluntad de seguir en la contienda, mas no topando esguazo alguno por donde vadear aquel gran río, hubieron de posar, mal de su grado, en la otra orilla.

DE CÓMO FILONIS Y SELEUCO VINIERON EN AUXILIO DE ALEJANDRO

Seis días llevaban de esta guisa, catándose los unos a los otros, cuando llegaron Filonis y Seleuco con las mesnadas de Occidente; y tantos eran los hombres que traían que no podían ser contados, todos ellos revestidos de armadura y con sus armas de lidiar; y venían además muchos postillones con cien mil acémilas y treinta mil camellos cargados de oro, para atender los gastos que fuesen menester.

Y reuniéndose en consejo, dijeron a Alejandro estas razones: «¡Oh, amado señor y rey del mundo todo! No debéis quedaros aquí mirando al rey de la India, sino mover contra él sin más tardanza, porque sus fuerzas son mayores que las nuestras y, viendo que les damos vagar, cobrarán valor creyendo que el nuestro ha desmayado y, además, que de buen seso semeja aprovechar los hombres que en vuestro auxilio han venido, ahora que están en todo su vigor y deseosos de combate».

Y dijo entonces Alejandro: «En verdad que grandes son las huestes de Poro y desmesurado el río para pasarlo sin ser de ellos sentidos; decidme, pues, ¿de qué guisa os parece que obremos?».

Y a esto respondió Filonis y dijo: «No hay enemigo ante quien tiemble el brazo de los macedonios ni agua tan caudal que detenga sus

caballos, sin contar que a vuestra estrella no hay montes ni selvas que la puedan estorbar; yo solo os ruego que me deis vuestra licencia para que mueva contra ellos, porque no sería laudable que lidiaseis vos con Poro, sino yo, pues vos imperáis en todo el orbe y yo, por vuestra merced, señor soy de la Persia como este de la India, por ende, soy yo su par como él lo es de mí».

Y le dijo entonces Alejandro: «Obra según tu entendimiento te lo muestre, que mi consentimiento tienes».

Y así que le hubo otorgado su licencia, tomó Filonis dos mil veces mil caballeros y doscientos mil peones y mandó que fuesen estos ligeramente armados, con las espadas ceñidas y tan solo un venablo en la mano, y que los llevasen los jinetes en ancas de sus cabalgaduras.

Y echáronse a esperar que estuviesen comiendo los indianos; y cuando se iba viendo el fondo ya de las marmitas, pasaron ellos el río a toda prisa y echaron pie a tierra en la otra vera los peones.

DEL COMBATE QUE HIZO FILONIS

Como un azor sobre la liebre cayó Filonis sobre las huestes de Poro, sin querer darles plazo de haber mucho solaz con su pitanza, que tan recios golpes iban dando a diestro y a siniestro que a uno cortaban el apetito y las cabezas.

Y maravillándose Alejandro del denuedo y las hazañas de Filonis, se volvió hacia sus mesnadas y les dijo que por vil habría de tenerse quien viese hechos tan granados y no le aguijase su ánimo a imitarlos; y sin querer aguardar ya ni un instante, pasaron todos el río y lidiaron como esforzados caballeros, desbaratando a las huestes de la India y arrancándoles el campo.

Y tornaron las espaldas los indianos y se arrojaron tras ellos los macedonios, descabezando a muchos y tomando a otros a merced; y perdió Poro en esta batalla mil veces mil hombres y de las filas de Alejandro fueron tres mil y ochocientos los que murieron.

LAMENTACIÓN DE PORO

E iba diciendo Poro en su huida: «¡Ay de mí, el desventurado! ¡Qué presto corrió la rueda y aína mudó el bisiesto, que a los que éramos alzados ahora nos descendió y a los que abajo estaban en chica hora los encumbró! Que si por grandes se estimaban los poderes de Persia, incalculables eran los pueblos que mi estandarte seguían, pero fuimos

de estos barridos como muy ligera cosa. Si el majestuoso río Alfeo no ha sido capaz de echarles freno, ¿quién podrá ya a estos demonios detener?».

E hizo Alejandro su posada en una tienda caudal de jamete carmesí que Poro había desamparado en su espantada y cada día salían sus algaras, corriendo a su placer las tierras de la India, pues ya ninguna resistencia encontraban a su paso.

Fuera entretanto Poro a guarecerse en el castillo de Heliópolis y desde allí envió mandado a los reyes que moraban en las regiones del norte, apremiándolos con estas llanas razones:

CARTA DE PORO A LOS REYES DEL NORTE

«Mis muy amados reyes y hermanos; ya conoceréis cómo Alejandro el Macedonio dio muerte al rey Darío y ha ido extendiendo su mano sobre el orbe; sabed también que tres veces con él he combatido y otras tantas de su lado se ha inclinado la victoria; y ha cruzado ahora el río Alfeo y me corre la tierra y me la arrasa.

»Por ende, mucho os ruego que vengáis presto en mi socorro, pues no puede ocultarse a vuestra suma discreción que, si de él somos destruidos, querrá luego mover contra vosotros y, a fe mía, que no os será fácil resistirle».

Y entendiendo los reyes el gran peligro que venía sobre ellos, reunieron toda su tropa y se allegaron a Heliópolis; y las gentes que traían eran seis veces mil millares de hombres y dos veces mil millares tenía Poro y diez veces mil millares eran las fuerzas de Alejandro.

Aparejáronse, pues, de ambos bandos para entablar nueva batalla y cuando se avistaron en la llanura, envía Alejandro por Filonis y le dice: «Ve a espiar la hueste que trae Poro y cata cuál es su valía». Y pregúntale Filonis: «¿Y cómo haré para espiarla?». Y le responde así Alejandro: «Irás como faraute a llevarle una carta»; y este fue el dictado que le hizo:

CARTA DE ALEJANDRO A PORO

«De Alejandro, el rey y señor de los reyes, al rey Poro, salve.

»Para mientes, Poro, en que el filo de la espada no corta la cabeza que se inclina; si amas, pues, tu vida y quieres conservarla págame parias, ríndeme pleitesía y queda en tu reino en paz y manda en él y otra vez guárdate de la mucha vanagloria como de mortal enemigo,

porque quien mucho se empina muy pronto es derrocado.

»Y a lo que veo, muy grande malquerencia tienes a los guerreros de la India y en tu desamor mucho porfías por perderlos hasta el último, pero a mí, que por joya de gran precio tengo la vida de los macedonios, grave despropósito seméjame que siga este daño y mortandad; por ende, te desafío a que tú y yo solos entremos en campo a toda ultranza y que se alce el vencedor por señor del orbe entero.

»Mas, si acaso te pidiere tu ánimo excusar esta contienda, dame los presentes y las parias y queda en paz.

»Envíame, pues, respuesta y dime cuál de entrambas cosas es más a tu sabor».

Y fue Filonis con la mensajería y lo condujeron a presencia de Poro, que estaba sentado en un trono magnífico de doce escalones; y se leyó la carta y, tras oírla, así dijo el rey de los indianos: «Justar con él y que aguarden las mesnadas fuera del campo, eso es lo que place a mi corazón». Pero si plugo a Poro aquel mandado, mayor fue el contento de sus huestes al oírle razón tan intachable.

Y revolviéndose luego contra el faraute, dijo Poro esta gran vanidad: «No eres tú Filonis, el usurpador del trono de Darío que te haces llamar señor de Persia?». Y le respondió Filonis: «Con verdad dijisteis que yo soy Filonis, el más honrado entre los compañeros de Alejandro y señor de Persia por su soberana voluntad». Y badajeó todavía el boquirroto: «Ya vuestros señoríos son acabados, porque hoy ha de morir Alejandro a mis manos; y ahora vuélvete y dile que me hallará en el campo para que justemos, tal como desea».

Y de regreso de su embajada, le demandó Alejandro por el valor y la fuerza de Poro, y Filonis esta respuesta le fue a dar: «Es alto y grueso de cuerpo, pero tiene las carnes podridas y, con vuestro buen esfuerzo, al primer golpe que le asestéis, muerto será por vuestra mano».

Y una vez que se hincaron los mojones, se armó Alejandro y salió al campo, cabalgando a Bucéfalo, y otro tanto hizo Poro, jinete en buen caballo corredor; y partiéronles el sol, embrazaron los escudos, enristraron las lanzas, espolonearon los caballos y fueron a herir muy reciamente uno en otro; y tales golpes se dieron que, a la primera carrera, se quebraron entrambas por el asta y metieron allí mano a la espada.

Pero quiso en eso la ventura que se levantase un gran ruido y barahúnda entre las huestes de Poro y con las grandes voces torna este la cabeza, recelando una traición, y le acomete entonces Alejandro y le atiza tal golpe sobre el yelmo que se lo taja en dos y le pasa aún la cofia y el almófar, derrocándolo en tierra ya sin vida; y al mismo tiempo clavó Bucéfalo los dientes en el pescuezo de su rival y revolcó

al caballo indiano por los suelos.

Y así que vieron sus mesnadas que Poro caía muerto, les entró en el cuerpo tal espanto que de otra cosa no cuidaban ya sino de huir y, arrojando lanzas, escudos, arneses y toda cosa que el correr les embargase, comenzaron a escapar como alma que lleva el diablo; e iban en pos de ellos los macedonios hiriendo a su voluntad, que a tres mil dejaron muertos y prendieron vivos a cuantos más quisieron.

Y tornando al sitio donde yacía el cadáver de Poro, le limpiaron la sangre de que estaba encostrado, trocáronle aquellos paños untados por otros de fina alama y, ciñéndole una corona bien bruñida, lo acostaron en lecho de oro con baldaquines bermejos para conducirlo hasta Heliópolis; y guardaron mucha compostura durante toda la jornada, porque deseaba Alejandro que le tratasen con todos los honores que a tan alto rey cumplían.

Y cuando llegaron a la reina Clitemnestra con mandados de cómo Poro era muerto, se demudó su semblante y se soltó la hermosa cabellera, dejando que arrastrase por la tierra, y comenzó, con mucha saña, a rasgar el precioso vestido que llevaba y a hacer muy grandes duelos y a destilar espesas lágrimas; y salió después a recibir el cuerpo escoltada por diez mil dueñas principales de la India, que iban haciendo asimismo muy lastimeros plantos.

Y entregole Alejandro los despojos, mas no quiso entrar en la ciudad, sino que acampó doce días extramuros y al decimotercero pasó las puertas de Heliópolis y encontró allí cosas de gran asombro y maravilla, que era el palacio de Poro obra de ver y no olvidar, largo de hasta cuatro tiros de arco, de plata fina la techumbre y de oro macizo los muros y columnas; y en las paredes de palacio estaban historiadas las guerras de todos los reyes y, sobre grandes reposteros, los doce meses pintados en humanal figura, cada uno con la hacienda que tiene encomendada; y había, además, en derredor de la sala cien flameros de oro puro, cuya lumbre estaba siempre encendida, ya fuese día o fuese noche.

Y en los establos reales halló cien mil caballos, con sus jireles recamados en hilo de oro, y diez mil leones de cazar y veinte mil leopardos, asimismo adiestrados para la caza; y trajéronle los nobles de la India la corona de Poro, que más valía que un reino, toda hecha de zafiros, de rubíes y de otras piedras preciosas, que había allí engastadas más de mil.

Y posó Alejandro un año en el castillo de Heliópolis, para que holgasen sus mesnadas de las muchas guerras que lidiaran.

Y así que el año fue salido, quiso mover hacia la región de las amazonas, mujeres que tienen un reino ellas solas, aunque no tienen rey. Y prendiendo las tiendas a pocas jornadas de sus fronteras, escribioles desde allí una carta que decía de esta guisa:

CARTA DE ALEJANDRO A LAS AMAZONAS

«De Alejandro, el rey y emperador de todo el mundo, a las mujeres amazonas, salve.

»Ya habrá llegado hasta vosotras la fama de mis hechos y sabréis cómo aniquilé todo el poder de Darío, el rey de Persia, y asimismo al rey de la India, el tremebundo Poro, y otrosí que están a mi servicio muchos reyes, a quienes sojuzgué por la espada, y tiénenme todos por señor y páganme parias.

»Y ahora es mi voluntad el ir hacia vosotras, mas no para llevaros la guerra, sino para veros solamente, porque mucho me han hablado de vuestra valentía y del buen recaudo que tenéis en vuestra hacienda.

»Estad, pues, apercibidas para recibirme como cumple a mi persona».

Y al conocer las amazonas los designios de Alejandro, así le replicaron su mensaje:

CARTA DE LAS AMAZONAS A ALEJANDRO

«De las amazonas, las terribles y esforzadas en las armas, cuyo nombre en el mundo entero es temido y admirado, al rey Alejandro, salve.

»Rogamos encarecidamente a tu majestad que no quieras venir a esta nuestra tierra, porque es la comarca mala y peligrosa y muy grandes afanes pasarías y puede que con las manos vacías tuvieres que tornar, sin haber acabado nada de lo que hubieres comenzado.

»Porque has de saber que está nuestra región entre dos ríos y tan grande es esta isla, que en un año entero que anduvieres no alcanzarías aún el otro extremo.

»Y otrosí no habita aquí ni un solo varón, sino que allende el río tienen sus moradas y allí pasan, guardando nuestros hatos y ganados; y cada cinco años los traemos con nosotras y aquella que entonces quisiere tener niños se lleva uno a su casa y posa con él por doce lunas, al cabo de las cuales otra vez ha de partir a cuidar nuestros rebaños.

»Y en tiempo de guerra, asaz ligeramente atravesamos el río y vamos muy alegres al combate y vienen nuestros hombres en pos de las mesnadas para servirnos y adobarnos la comida y cargar con nuestras tiendas.

»Y somos de complexión tan desmesuradamente fuerte que no hay pueblo en el mundo que pueda resistirnos, porque forman nuestras haces más de ochocientas mil guerreras esforzadas.

»Y otrosí tales son nuestras costumbres, que si alguna es herida en la guerra, muy grandes honores recibe de las otras; y si hace gran estragamiento entre las haces enemigas, muchos son los honores e incontables los presentes que recibe; y si muere en la batalla, la glorificamos con himnos y cantigas como si fuese una diosa.

»Si por ventura, pues, hubieses puesto en tu corazón el combatirnos, piensa que si nos vences ninguna vergüenza de ello nos vendrá, porque siendo hembras no semejará gran maravilla el ser desbaratadas; mas si fueres por nosotras derrotado, a fe que tamaño ha de ser el menoscabo de tu honra y grande el escarnio que de ti se haga por el mundo, cuando digan las gentes que unas flacas mujeres quebrantaron tu poder.

»Medita bien, pues, estas razones que te escribimos, no sea que debas después arrepentirte. Pero no te somos nosotras tan contrarias; escríbenos qué quieres que te enviemos y puntualmente habrás de recibirlo, sin que debas cansarte viniendo hasta aquí.

»Dinos, pues, cuál es tu talante y sabe que están nuestras mesnadas apercibidas para el combate».

Y al ver Alejandro aquella carta que le habían endilgado, rio de buena gana y envioles otra letra en respuesta.

CARTA DE ALEJANDRO A LAS AMAZONAS

«De Alejandro, rey y emperador de todo el orbe, a las mujeres amazonas, que os tenéis por esforzadas, salve.

»Yo, con la firmeza de mi voluntad, el mundo entero he conquistado y no sería digno de mi honra, ni podríame de ello venir sino desdoro, que me arredre ahora ante vosotras; pero haceros la guerra es cosa de la que tomaría muy gran desabrimiento y querría que no hubiere menester de amenazaros más que con palabras.

»Por ende, os digo que me enviéis parias y mil quinientas amazonas, las más garridas de entre vosotras, con otros tantos caballos escogidos, y que cada año se renueve esta mesnada; y otrosí enviadme presente de aquellas cosas de vuestra tierra que sean más espléndidas y de valor.

»Y si no os aviniereis a entrarme en pleitesía, mal de mi grado he de mover sobre vosotras con todos mis poderes, pero os doy fe de que ni una habrá que pueda salvar la dulce vida».

Y al oír aquel sermón, encomendaron a buena pendolista este dictado:

CARTA DE LAS AMAZONAS A ALEJANDRO

«De las terribles y esforzadas amazonas al famoso rey Alejandro, salve.

»Os hacemos saber que la mano os besamos y a vuestro poder nos sometemos; y si fuere vuestra voluntad venir a nuestra tierra, aparejadas estamos para recibiros; y esperamos que así sea, porque son en verdad grandes nuestros deseos de ver a vuestra real persona.

»Y hemos determinado pagaros cada año cien quintales de oro y enviaros mil quinientas amazonas escogidas, muy esforzadas y valientes; mas les pusimos esta ley: que si alguna de ellas se allegare a un hombre, a gran baldón sea tenido y como impía sea tratada por las otras. Y cuando el año sea cumplido, otras os enviaremos y tornarán estas con nosotras.

»Quedamos, pues, por vuestras y dispuestas a obedeceros en todo lo que vos mandéis».

Y al ver Alejandro el buen seso que criaran, no quiso llegar hasta su tierra, sino que enderezó hacia los lindes de Urmelía, que la tenía entonces el rey Bómitros.

Pero sabiendo este que Alejandro se acercaba a sus fronteras, puso en su corazón de combatirlo y mandó que se aprestase su gente sin demora (y serían los suyos hasta ochocientos mil hombres con sus armas de lidiar), figurándose que habría de pillar desprevenido al macedonio.

Mas ya pusiera su cauterio el avisado de Alejandro, enviando por delante a Seleuco, con mil caballeros escogidos, a que se echase en celada en un soto del camino; y así que apareciera el enemigo, tomáronlo por sorpresa y en un decir amén habíanlo desbaratado; y a este Bómitros lo prendieron vivo para llevarlo ante Alejandro, mas lo descabezaron después con todos los suyos que cayeran prisioneros.

SOBRE LOS PUEBLOS INMUNDOS

Vencidos los urmelios, siguieron su jornada sin haber ninguna novedad hasta que, cruzando por unos páramos muy secos y muy ásperos, llenos de peñas y berruecos, toparon a unos hombres inmundos, diecisiete tribus en total, y aunque hablaba su propio lenguaje cada una de estas alcaveras, a todos decían los pueblos inmundos, pero estos son sus nombres repartidos: godos, mangodos, livorenses, acidianos, valitanos, antropófagos, cinocéfalos, tragoníes, folloneos, baladrianos, hacineos, logreses, botiondeos, mesturiales, jorguineses, malfetríes y refertinos.

Y así que vieron aparecer las huestes de Alejandro, salió toda esta

turba a la escapada y los tomaron en batida los macedonios, no dándoles vagar; y anduvieron de esta guisa muchas jornadas, espantándolos con tremolinas y estruendo de lanzas y de escudos y empujándolos siempre con rumbo a Septentrión, hasta que llegaron por fin a la región de las grandes montañas y encontraron allí una comarca muy bien provista de grutas y toda cerrada por unas sierras muy fieras, que no ofrecía más paso que una collada por la que entrar y salir.

Viendo, pues, que aquel lugar era bueno, comenzaron a hostigarlos con piedras y saetas, forzándolos a retraerse hasta aquella angostura y, así que hubieron entrado, no dejaron ya a ninguno que saliese.

Mandó entonces Alejandro que se fraguase una puerta de bronce, ancha como la collada y más alta que los montes, y la untaron luego con esperma de rodaballo, porque tiene este ungüento tan singular virtud que ni lo quebranta el hierro ni arde por el fuego; y levantaron luego una torre, derecha como una espiga, y emplazaron, debajo del chapitel, un órgano, hecho con tan sutil ingenio y maestría que maravilla era de ver, porque según le entraba el viento por los caños, recitaba estas palabras: «Aquí está el rey Alejandro»; y nada más oír aquella voz, tal espanto ponía en esas gentes que no osaban ni pasar cabe la puerta.

Y hasta hoy siguen allá, en el norte, encerrados.

DE CÓMO FUE ALEJANDRO AL REINO DE LA ESPLÉNDIDA CANDACE

Quiso después Alejandro dirigirse a la tierra de los amástridas, que regía por aquel tiempo Condavlusis, uno de los hijos de Candace, reina muy famosa y preciada en el mundo por el buen recaudo que ponía en su hacienda y, no menos, por ser muy grandes sus riquezas; y además de Condavlusis tenía un segundo hijo, al que decían Doríforos, y emparentara por su lado con los reyes de la India, que con una hija de Poro habíalo casado.

Y teniendo avisos Candace de que andaba Alejandro cerca de su reino, envió por un imaginero que vivía en su corte a soldada y le encargó que se infiltrase entre las huestes macedonias y, obrando con arte y con sigilo, le sacase en tablillas la figura de Alejandro.

E hizo el pintor su mester asaz cumplidamente y tornó ante la reina y le entregó la imagen; y al verla, quedo Candace muy maravillada de la pericia del maestro, pero aún más de la apostura del modelo, y cogiendo las tablillas, se las llevó a su cámara y allí las dejó, muy bien guardadas. Y todo esto lo hacía porque dijéranle que

era el mismo Alejandro quien, fingido en mensajero, iba a espiar los reinos que deseaba conquistar y cuidaba que si al suyo, por ventura, se asomase, habría de hacerlo su cautivo.

Mas la mesura y prudencia no pudiera Candace dejarlas a su hijo en heredad y, apenas supo Condavlusis que Alejandro venía hacia su reino, se le nubló el entendimiento de la gran conturbación que aquel nombre le ponía y, sin sopesarlo más, desamparó el palacio y huyó a toda prisa, queriendo guarecerse en el castillo de su madre.

Pero así que iban de camino, tomando siempre la cabeza por temor de Alejandro, cayó en una celada que le tendiera Evagricis, el señor de los ularios (pues desde antiguo había entre ambos muy fuerte enemistad y malquerencia), y le desbarató en un punto toda su mesnada y le prendió también a su mujer, a su hija y todo el tesoro que acarreaba; y aun poco faltó para que echase mano sobre el propio Condavlusis si no fuese su caballo muy ligero, que en la bondad del animal halló la vida.

Y tras mucho galopar y cuando iba ya creyendo que por fin estaría a salvo, le llevó su hado a topar con la vanguardia de Alejandro, mas no le había otorgado que esta vez hallase escapatoria. Y demandáronle por su nombre y su linaje y él todo lo manifestó, que no quiso encubrir nada de su hecho.

Enviaron, pues, mandado de cómo prendieran a Condavlusis, preguntando también si debían llevarlo ante el rey; pero apenas oír aquellas nuevas, asacó Alejandro un seso muy ladino, que fue trocar sus vestiduras con Antíoco, y sentando a este en el trono, dijo que permanecería él de pie a su mano diestra, para semejar en todo y cabalmente que sería uno más de entre sus capitanes.

Y fue el mismo Alejandro a buscar al prisionero y lo condujo a presencia de Antíoco y a este besó la mano Condavlusis, creyendo que, sin duda, era el rey. Y comenzó Antíoco a demandarle por su hacienda y así le preguntó: «¿De dónde vienes, hombre desventurado, y de quién huías cuando caíste en nuestras manos?».

Y aquel, esta respuesta le fue a dar: «¡Oh, rey Alejandro! Del gran miedo que había yo de vos quería escapar y, dejando la región de los amástridas, tomé la vía que va al reino de mi madre, Candace, creyendo que allí estaría a salvo; pero cayó de rebato sobre mí Evagricis, el rey de la Uluría, y me desbarató la hueste que llevaba y se apoderó también de mi mujer, de mi hija y de todo el algo que tenía condesado y apenas si pude yo salvar la vida; y por librarme de este topé con los guerreros de vuestra alteza, por lo que bien veo que se ha cumplido en mí lo que cuenta la conseja:

»Érase una vez un hombre que huía de un león y, encontrando un árbol grande cabe un lago, subiose en él y, por el gran miedo que de aquella fiera había, encaramose lo más alto que pudo y llegó hasta la

copa, pero en las últimas ramas vino a topar con una descomunal serpiente que, al verlo aparecer tan sin sospecha, comenzó a deslizarse, muy alegre, hacia él. Torna entonces la cabeza el buen hombre hacia el lago, pensando en zambullirse y salvar así la vida, mas cuando estaba ya para saltar, vio cerca de la orilla yacer un cocodrilo, con su tamaña boca abierta, esperando que ayuso fuese para almorzárselo en un credo.

»Hallándose, pues, en tan fuerte punto y estrechura, dijo en su corazón: "¡Ay de mí, cuitado, y en qué menguada hora yo nací! Y ahora ¿qué haré? Si al suelo me descuelgo, vivo me ha de comer el león; si en el árbol me quedo, muy de vagar me irá engullendo la serpiente; mejor será, pues, que me arroje en las aguas y me despache el cocodrilo en dos bocados que no sufrir largo tormento".

»Y así lo hizo y se tiró al lago y se lo tragó el glotón del cocodrilo.

»Y de igual guisa, rey Alejandro, ha acontecido con mi hacienda, que huyendo de vos, en vuestras manos he caído».

Y habló en esto Antíoco y dijo: «A fe, que al hombre malhadado muchas calamidades le sobrevienen; mas ¿por qué, cuando supiste de mi llegada, no saliste a recibirme, como debías, sino que pensaste en escapar? No sin razón te has visto en este trance, que por tu mucho aturdimiento con justicia has padecido. Empero, ya que Dios todopoderoso te ha puesto en nuestras manos, por su amor quiero yo sacar de cautiverio a tu mujer y a tu hija y aun tornarte todo lo que has perdido y enviarte después al encuentro de tu madre».

Y volviéndose entonces hacia Alejandro, le dice así: «Antíoco, toma contigo a Condavlusis y mueve contra Evagricis, el rey de Uluría; y si en paz quisiere tornarte todo lo suyo, tómale juramento de vasallo y dile que sin ningún temor acuda a mi presencia con vosotros; pero si su mal seso le empujare a obrar con vanidad, arrásale la tierra y tráemelo aquí, cargado de cadenas; y así que hayas cumplido mi mandado, te enviaré con Condavlusis ante la reina Candace, su madre, a que le lleves mi embajada».

Y al oír tan impensada promisión, brincó de alegría el corazón de Condavlusis e, hincando los hinojos ante Antíoco, le besó las manos y los pies, al tiempo que decía: «¡Oh, altísimo rey, para alivio de los desgraciados os encumbró Dios y os alzó por rey del mundo entero!». Y también Alejandro se inclinó ante Antíoco con grave reverencia, como si fuese el rey; y tomando luego una hueste de ochocientos mil hombres escogidos, movió contra Evagricis.

Y mientras iban de camino hacia Uluría, preguntó Alejandro a Condavlusis: «Si sacare de cautiverio a vuestra mujer y a vuestra hija y os tornare, además, todo el cabal que os han tomado, ¿qué merced querríais hacerme?». Y respondiole aquel: «¡Oh, noble Antíoco! Todo mi haber habríais de conservarlo para vos y cuando fuéremos ante mi

madre, Candace, recibiríais muchos presentes de los míos y seríais para ella como un tercer hijo; porque habéis de saber que tengo otro hermano, al que dicen Doríforos, y desde ahora seremos tres hermanos que se amen de corazón».

Y con estas y otras muchas razones llegaron a la región de los ularios y allí dividió Alejandro sus mesnadas en tres partes: a doscientos mil hombres los envió en algara a que saqueasen la tierra de Evagricis, a trescientos mil dejó escondidos en un soto y con los otros trescientos marchó en dirección hacia el castillo; y cuando ya estuvieron cerca, prendieron a un buen hombre que a la sazón por allí andaba y lo enviaron al alcázar con una carta que rezaba de esta guisa:

CARTA DE ALEJANDRO A EVAGRICIS

«De Alejandro, el rey de reyes y señor de todo el orbe, a Evagricis, el rey de Uluría.

»Ha llegado hasta mí la vergonzosa fama de cómo andas por el mundo haciendo muchos tuertos a las gentes y también de que muy grandes son tu ufana y tu soberbia y muy fuerte aborrecimiento de tu persona he tomado, si certeras fueren esas lenguas.

»Te envío, pues, a Antíoco para que le entregues parias y presentes y te humilles ante él como si yo mismo fuese; y además has de tornar a Condavlusis su mujer y su hija y todo el caudal que le prendiste.

»Y si por ventura tu mal recaudo te llevare a obrar en esto de otra guisa, de mala muerte has de morir, para escarmiento de todo hombre de mal seso».

Y al oír la carta Evagricis, envió unos barruntes a que catasen los poderes de Alejandro; y yendo estos, llegaron casi hasta las tiendas sin que ninguno se lo estorbase y semejóles que no era mucha la mesnada. Y cuando escuchó tal falsedad, inflamose de soberbia Evagricis, presumiendo que muy ligeramente vencería, y salió al campo a presentar batalla.

Y aguardó Alejandro que se alejasen un buen trecho del castillo y, haciendo sonar allí una trompeta, al punto aparecieron las mesnadas que encubría la floresta y fueron a herir sobre la zaga, que ya doquiera que tornasen la rienda los ularios topaban con los hierros macedonios y no quedó aquel día hombre con vida y aun el mezquino de Evagricis, perdida ya toda esperanza de que le tomasen a merced, se traspasó él mismo con su espada.

Y pasaron el foso los macedonios y quebrantaron las puertas y entraron en la villa, que ya no había ninguno que pudiese defenderla,

y hallaron a la mujer y a la hija de Condavlusis y le tornaron todo su haber y, a más de esto, prendieron grandísimas ganancias.

Muy alegres, pues, con la buenandanza de su hecho, volvieron ante Antíoco, que los recibió sentado siempre en el trono de Alejandro, y le besaron la mano como a rey.

Y habló entonces Antíoco y preguntó a Condavlusis: «¿Ha recobrado Antíoco lo que Evagricis te tomara?». Y él le respondió: «¡Oh, poderosísimo rey! No solo ha recobrado lo que era mío, sino que a estos ha añadido muchos otros bienes. Os suplico, pues, que le dejéis venir conmigo ante mi madre, porque he visto que es muy sutil su entendimiento y sin par su denuedo en la batalla».

Y consintiendo en ello Antíoco, se despidieron de él y partieron hacia el palacio de aquella reina. Y según iban de camino, le dice Condavlusis: «En verdad os digo, magnánimo Antíoco, que no he encontrado en todo el mundo hombre más esforzado ni más prudente que vos; con justicia, pues, es Alejandro rey del orbe entero cuando tales vasallos tiene».

Y le responde a esto Alejandro, por sonsacarle y probar su corazón: «Creedme, hermano Condavlusis, que muchos varones mejores que yo tiene Alejandro a su servicio; el primero es Filonis, que además me sobrepasa en edad, después vienen Filipo, Seleuco, Ptolomeo y Antígono y solo en pos de estos vengo yo, Antíoco». Y le dijo Condavlusis: «A todos ellos los he visto y son, sin duda, muy cumplidos caballeros, pero ninguno hay que os alcance en ánimo y prudencia y aun os digo que seríais digno de reinar y que ciñere la corona vuestra cabeza; y es tan grande el amor que os he cobrado y tanto el solaz que me da vuestra compaña, noble Antíoco, que a bien tendría perder mi vida si con ello creciere en vuestra estimación».

DE CÓMO ALEJANDRO ENTRÓ EN UNA CUEVA Y TOPÓ ALLÍ A LOS DIOSES DE LOS GENTILES Y TAMBIÉN A MUCHOS REYES Y DE LO QUE PASÓ CON ELLOS

De esta guisa iban, muy animadamente departiendo, cuando pasaron por un sitio cerca del cual había una caverna y dijo entonces Condavlusis: «Hermano Antíoco, hay por estos lugares una cueva donde dicen algunos que yacen encerrados los dioses de los gentiles y también que allí dentro se ven cosas de muy fuerte horror y repeluzno; y tengo para mí que sean certeras esas famas, porque cuantos alguna vez atreviéronse a probarlo salieron como alunados, aborreciendo el trato de las gentes».

Y a esto le dice Alejandro: «¿Tal es vuestro amor hacia mi persona

que así me aguijáis para que entre en aquella cueva y quede trastornado por todos los días de mi vida?». Y Condavlusis le respondió: «No lo decía yo por buscaros mal alguno, comoquiera que difícil me parece que a vos algo contrario pudiere acaeceros, porque muy firme sois de entendimiento y en grado sumo afortunada la estrella de Alejandro, vuestro rey, y al hombre bienhadado los demonios y los dioses le brindan su socorro». Y dijo entonces Alejandro: «Os ruego ahora que tengáis a bien mostrarme esa caverna que decís».

Y lo llevó Condavlusis hasta la boca de la cueva, mas cuando vio que la intención de Alejandro era entrar, lo tomó por el manto y comenzó a trabarlo vivamente, diciendo de esta guisa: «¡Oh, animoso Antíoco! Os suplico que no queráis entrar en este sitio, porque guarda muchos fieros espantos y funestas apariciones y si, por mi desventura, algún mal allí os viniere, ¿cómo podré tornar a presencia de Alejandro, que tanto honor me ha hecho, siendo yo el culpado de que os hubierais vos perdido?». Y Alejandro le responde: «Aguardadme vos aquí, que quiero yo escrutar un poco su interior y el gran Dios será mi amparo».

Y diciendo esto, le hizo a un lado y franqueó la entrada, espada en mano. Y conforme en lo hondo se metía, le iban saliendo al paso unas caras como de diablos, pero él, rogando siempre a Dios todopoderoso que le asistiese, las fue apartando sin haber de ellas ningún miedo.

Y a poco más que anduvo, topó una gavilla de cautivos, agarrotados en cepos y herropeas, y reconoció entre estos a Cronos y a Hermes, que fueran dioses de los gentiles, mas no sabiendo quiénes serían los demás, demandoles en voz alta por sus nombres y respondiole entonces uno de los engrillados: «Rey Alejandro, estos que veis aquí fueron en su día reyes temidos en el mundo y señorearon sobre toda la tierra, tal como vos en el presente; pero según íbalos subiendo Fortuna en su estado, más todavía crecía su soberbia y, en su loca vanagloria, a sí mismos llamaban pares de Dios; y por los muchos enojos que le hacían, los arrojó en estos algares el Creador, a empodrecerse en uno con su alma, y desde aquí, aún ha de echarlos en el Tártaro, a que yazgan en aquellas tenebruras, por siempre condenados».

Y preguntó de nuevo Alejandro: «Y esos rostros que semejan como humanos ¿qué cosa son?». Y dijo el otro: «Son reyes que hicieron muchas crueldades y creían en esos que ahí veis, metidos en cadenas, y por dioses los tenían en su tiempo».

Y mirando bien su figura, remembró aquella cara Alejandro y así dijo: «Paréceme, oh, alma desdichada, como si en otra ocasión ya os hubiese visto». Y él le respondió: «Si habéis llegado hasta la región de los hombres salvajes, contemplaríais mi rostro labrado en la columna,

porque yo soy el rey Sésonco, que fui, una vez, señor del mundo entero; y mi soberbia me llevó a buscar el extremo de la tierra y aun el mismo paraíso, pero los hombres salvajes vinieron contra mí y me dieron muerte, con toda mi mesnada, y después me arrastraron los demonios a esta cueva donde yago, condenado por mi mucha desmesura. Y vos, Alejandro, parad mientes y no os empinéis en demasía, no sea que a este lugar os traigan, atado de pies y manos».

Y dejó Alejandro a Sésonco y, avanzando por aquellos ahogaderos, topó con su suegro, Darío, el rey de Persia. Y al verlo, comenzó Darío a llorar y a dar fuertes suspiros, diciendo en esta manera: «¡Oh, prudentísimo Alejandro! ¿También tú has sido arrojado en estas fuertes prisiones?». Y respondió Alejandro: «No he venido a morar aquí con vosotros, sino que, yendo de camino, me detuve para veros». Y díjole Darío: «¡Oh, discreto Alejandro! Porque estás con el Dios del cielo y de la tierra y Él es tu valedor, sabrás cosas ignoradas por el común de los mortales».

Y otra vez comenzaron a correr lágrimas por las mejillas de Darío, al tiempo que así le demandaba: «Alejandro, hijo mío, ¿está en buena mantenencia la tierra de los persas?; y otrosí, ¿cómo tienes a Roxandra, mi dulce hija bien amada?». Y Alejandro le respondió: «Vuestra hija está siempre a mi lado y reina hoy sobre el mundo entero». Y le dijo entonces Darío: «Si acaso ello te place, ve un poco más adelante y hallarás a Poro, el rey de la India».

Y fue Alejandro hasta donde Poro estaba y, al verlo, le dijo estas palabras: «¡Oh, grandísimo Poro! ¿No eras tú aquel que antaño te decías par de los dioses en la tierra? ¿Qué haces, pues, aquí, aherrojado cual pobre hombre sin ventura?». Y le respondió Poro: «Cuantos en el siglo reinan con ufanía y soberbia, de tal guisa pagan por sus muchos pecados. Mas tú, no quieras confiar tanto en tu fortuna, no sea que te pierda tu arrogancia y te arrastren hasta aquí los demonios, cargado de cadenas». Y dijo Alejandro: «A la fe, que bien dice aquel proverbio, que quien tal hizo, que tal haya».

Y en pos de esto subió de nuevo hacia la luz y encontró a Condavlusis en la entrada, vertiendo muchas lágrimas y haciendo fuertes lamentaciones, como quien le daba ya por muerto. Y apenas verlo, corrió hacia él y lo besó y le dijo, con enorme alteración: «¿Qué fue esta gran tardanza, noble Antíoco? En tan horrible miedo estaba puesto que maldecía la hora en que os hablara de este antro, creyendo que seríais para siempre ya perdido; pero, en verdad, que en esto veo hoy la buena ventura de Alejandro, pues habéis salido sano y salvo de tal sitio; mas, por mi vida, os ruego me digáis qué cosas visteis ahí dentro, para que pueda yo saberlo y contárselo a las gentes».

Y en muy animado departir retomaron su camino, que no poco diérales que hablar tan bizarra aventura.

Y según iban acercándose al reino de Candace, maravillábase Alejandro de los magníficos frutales que ornaban la falda de los montes, pues crecían allí aceitunas regias como toronjas, nueces tamañas como melones, peras corpudas como campanas, limones gruesos como un zurrón henchido, manzanas mayores que calabazas y, en fin, tal desmesura y profusión de frutas raras y jugosas, que sería pleito muy largo de acabar el referirlas todas.

Y envió Condavlusis mensajeros por delante a que anunciasen a la reina su llegada, que estaba a la sazón en negra cuita puesta, porque llegárale antes una lengua equivocada diciendo que era muerto su hijo a manos de Alejandro; mas cuando supo ser erradas aquellas malas nuevas y que, además, venía ahora su hijo a palacio, en un punto tornose en alegría su dolor y salió a su encuentro muy contenta, acompañada de los señores principales de la corte.

DE CÓMO CANDACE RECIBIÓ A SU HIJO Y A ALEJANDRO

Cuando por fin unos y otros se reunieron, echó pie a tierra Condavlusis y, tomando a Alejandro por la mano, se llegó hasta su madre y le dijo estas palabras: «Recibid, madre mía, a mi hermano Antíoco, el serasquier de Alejandro, y dadle a él la bienvenida antes que a mí».

Y ella a entrambos los besó, vertiendo dulces lágrimas de júbilo, y comenzó a demandar a su hijo por los trances que pasara y le responde a esto Condavlusis: «Puedo decir, madre, que este caudillo macedonio me ha dado por segunda vez la vida, porque cuantos pesares se ensañaron sobre mí, él los disipó y me los tornó trocados en gozos, que a mi mujer y a mi hija sacó de cautiverio y aun el haber que Evagricis me tomara me lo tornó doblado. Aceptadlo, pues, madre, como a vuestro tercer hijo».

Y al oír Candace esas razones, abrazó a Alejandro y le dijo tiernamente: «Bienvenido seáis, Antíoco, campeador del gran rey Alejandro; os ruego que desde hoy me tengáis por vuestra madre, pues tanto bien habéis hecho a mi hijo y vuestro hermano».

E hincó los hinojos Alejandro y le besó la mano, cual lo haría un mensajero, mientras cataba la reina las líneas de su rostro y se preguntaba en su corazón: «¿No será este, por ventura, Alejandro el Macedonio?».

Y haciéndolo levantar, lo besa suavemente, al tiempo que le dice: «Antíoco, acompañadnos a palacio para que veáis nuestras riquezas y toméis de ellas lo que os resulte apetecible, que entre tanto, escribiré

yo una carta para que la llevéis de mi parte a Alejandro».

Y yendo siempre con él, le fue mostrando muchos portentos de ingenio y maestría de que estaba el castillo fornecido y una enorme concurrencia de cosas extrañas y curiosas y tantos de topacios, de perlas, de oro, de toda guisa de gemas y diamantes, que se diría que allí fueran acopiados todos los tesoros que había por la tierra.

Y una vez que el palacio hubieron visto, entraron ambos en la cámara de la reina y le dijo allí Candace: «De cuanto os he mostrado, tomad para vos todo aquello que os pluguiere, querido hijo mío, Alejandro».

DE CÓMO ALEJANDRO FUE RECONOCIDO

Y dijo él, tratando de esconder su desconcierto: «Yo soy Antíoco, el fiel vasallo de Alejandro. ¿Por qué me llamáis con el nombre de mi señor?». Y le responde la reina, con voz firme: «Bien te conozco yo a ti, Alejandro el Macedonio, que puedes haber mudado de nombre, pero no de persona; y si rehúsas creer en mis palabras, torna la cabeza y mira esas tablillas que están cabe mi lecho y dime a quién semeja la figura que ahí viene historiada».

Y al reparar Alejandro en la pintura, vio que, en efecto, muy cumplidamente trazadas aparecían allí todas las líneas de su cara y así le replicó: «A fe mía que es un espléndido retrato y bien se ve no estar hecho por mano de aprendiz; mas, ciertamente, porque mucho semejo a Alejandro es por lo que más me honra mi señor y aún acontece que algunos ricohombres se inclinen a veces ante mí, tomándome por el rey».

Y allí rio Candace y dijo: «¡Ah, hombre astuto! No quieras engañarme con patrañas, porque no es esa la verdad, sino que tú eres el mismo Alejandro y que yo me he alzado en este día por reina del mundo entero, pues al emperador y señor de todo el orbe tengo cogido en un puño. Y sabe, Alejandro, que ha girado la rueda tal y como yo deseaba, pues de tal guisa has obrado que tú mismo has venido a ponerte en mis manos y ya no has de escapar si no consintiere yo en ello».

Y al oír estas palabras, se demudó el rostro de Alejandro y le cambió el color y comenzó a batir diente con diente, cual si estuviese atacado de tercianas, y miraba a uno y otro lado, no sabiendo qué hacer. Y pasóle por la mente asesinarla allí mismo, en su propia cámara, y salir luego para tratar de llegar a su caballo y salvar la vida huyendo, o bien morir como esforzado, luchando con su espada, y no que, como a mujer, lo degollasen dentro de la casa, con gran

vergüenza y menoscabo de su honra.

Y entendiendo la reina su mucha alteración, tuvo miedo de él e hizo amago de dirigirse hacia la puerta, pero se lo estorbó Alejandro y, prendiéndola del brazo, le habló de esta manera: «No vas tú a ninguna parte, sino que aquí has de acabar la vida; y saldré luego a dar muerte a tu hijo y a morir, si así lo ordena el hado, mas honrado por mi espada y no como un ladrón, a manos villanas de sayones».

Y al oír la reina esas palabras, arrimose bien a él y lo ciñó entre sus brazos y lo besó muy dulcemente y, al separar los labios, le dijo con voz suave: «Alejandro, hijo mío y rey de todo el mundo, no receles que de mí algún mal pueda venirte, porque ni al propio Condavlusis habré de revelar nuestro secreto, que no quiero yo otra cosa sino tornarte a tus mesnadas cargado de honores y presentes, porque muy necia sería la mujer que quisiere dar muerte a un rey tan grande y a un hombre tan magnífico, que no alberga mi corazón sino el deseo ardiente de guardarte y venerarte; pues ¿dónde está aquel que quiera ser llamado ofensor de todo el linaje humano? Porque hoy la paz del mundo reposa sobre tu cabeza y tu muerte pondría los reinos y señoríos, desde el Oriente hasta Occidente, en muy gran bullicio y contienda. ¿En verdad me juzgas tan liviana que temiste que acabase con tu vida? ¿Crees que soy mujer sin seso que no sabe lidiar sino con devaneos y no entiendo que más vale uno solo de tus cabellos que no todo el oro de la tierra? ¿Qué más quiero yo, amado Alejandro, sino tenerte por hijo y reina del orbe ser llamada por tu causa? Y óyeme aún estas razones y no te pese si ahora, como madre, debo regañarte: por lo que más quieras te ruego que, desde hoy en adelante, te abstengas de ir de espía por los reinos llevando falsas mensajerías, porque no es de cuerdos ni discretos correr en pos de la propia perdición ni semeja buen recaudo que de apenas un cabello penda la cabeza del imperio. Y si en algo aprecias tu vida, otórgame ahora este fuerte juramento: que ahuyentes de ti todo temor y no cuides ya de otra cosa sino de estar a todo tu placer».

DE CÓMO ALEJANDRO SE CONSOLÓ

Tornó el sosiego a su espíritu al escuchar Alejandro las palabras de la reina, e hincándose de hinojos, le besó entrambas manos y le dijo: «Desde este día ocuparás un lugar en mi corazón al lado de mi madre Olimpia». Y al levantarse, lo rodeó ella con sus brazos y lo besó y buenamente confortados estaban al salir del aposento.

Pero llegara en este comedio Doríforos, el otro hijo de Candace, harto maltrecho y alterado, pues tuviera el infortunio de topar con las

rondas de Alejandro y le desbarataron toda la hueste que llevaba y poco faltó para que él mismo dejase allí la vida; y cuando supo que un heraldo de Alejandro había sido recibido por su madre, le arrebató la ira y comenzó a demandar por él, diciendo que con sus propias manos habría de matarle.

Pero fue presto un pajecillo con el aviso a la reina y corrió esta a estorbárselo y, encontrando a Doríforos en el atrio de palacio, comenzó a retraerle, diciendo de esta guisa: «¿Qué es esto, Doríforos? ¿Qué desatino porfías por hacer? Depón tu saña, hijo mío, y no quieras obrar desaguisado, porque Alejandro socorrió a tu hermano cuando en grave peligro estaba puesto, que a su mujer y a su hija sacó de cautiverio y aun todo su haber se lo tornó y los envió a su hogar buenos y salvos con un privado suyo a quien tiene en gran aprecio; y antes por amigo y señor debémoslo tener que no por enemigo y lo justo es enviarle de lo nuestro riquísimos presentes y hacerle grandes honores, que su bondad hacia nosotros a ello nos obliga. ¿Y quieres tú pagárselo dando muerte a su muy amado Antíoco? Líbranos, hijo mío, de obrar tan contra derecho, porque más vale que hoy muramos todos y no que perezca en nuestra casa el faraute de Alejandro».

Y replicó a esto Doríforos: «Dejadme, madre, que dé muerte a un hombre de Alejandro, porque muchos de los míos yacen en el campo tajados por sus hierros, por no agregar que desde aquella fatal hora en que mató a mi suegro, Poro, no se harta mi mujer, día y noche, de llorarle; por mi vida, pues, os juro que este Antíoco se despide hoy de la suya».

Y habiendo oído la mujer de Condavlusis todo el disputar, sale en busca de su marido y, encontrándolo, le dice: «Sabe, esposo mío, que tu hermano Doríforos quiere dar muerte a tu muy querido Antíoco». Y al punto corre Condavlusis hacia el palacio de su madre y topa en el atrio a Doríforos, que saca ya la espada de la vaina, y a su madre, que a duras penas lo contiene, tratando de embargarlo con razones y trabándolo del cinto. Y de un salto se llega Condavlusis a su hermano y le arrebata la espada de la diestra y comienza a forcejear con él y a reñirlo con muy bravas palabras.

Y viendo cómo se acrecía la brega de sus hijos, se espantó el alma de Candace y a mucha prisa entra en palacio y torna presto en compañía de Alejandro; y apenas verlo, se va Doríforos sobre él, puñal en mano, pero lo para en seco Alejandro con la punta de su espada y, manteniéndolo a distancia, le dice en esta guisa: «Acordaos, Doríforos, de que mi muerte lo será también para vos y para toda vuestra estirpe, porque podréis matarme a mí, pero ninguna mengua por ello han de sufrir los poderes de Alejandro; mas, cuando venga y me demande, no sé dónde podríais ocultaros, pues no ignoráis cuántos reyes y señores ha enviado ya bajo la tierra; mas si hubiese sabido Alejandro, mi

señor, que es uso de esta tierra asesinar a los mensajeros, entonces no me habría enviado en su lugar, sino que él mismo habría venido con toda su mesnada».

Y al oír aquellas razones se fue enfriando el valor de Doríforos y apagándose su ira.

Rio entonces Candace y, sin mirar hacia Alejandro, dijo así: «El hombre prudente las tribulaciones y los miedos esconde en su corazón y con el ingenio de su lengua habla».

Y tomaron luego a entrambos por la mano y aprovecharon para poner paz entre ellos, hablándoles con muy dulces palabras, y los hicieron abrazar y se trocó toda la saña en amistad.

Y cuando fue la hora ya pasada, le envió recado Candace de que llegase muy secretamente hasta su cámara; y estando allí, le dio su propia corona, guarnida de carbunclos y esmeraldas y de perlas corpudas como nueces, y le dijo: «Llévala de mi parte a Roxandra, tu mujer». Y le dio también su sortija, de tan sutil hechura que tenía cuatro gemas enlazadas sin ninguna trabazón, pero no había fuerza en el mundo que las pudiese desatar.

Y al otro día de mañana, trajeron muchos presentes para que los llevase a Alejandro: armaduras forjadas con hierro y jacinto de Ceilán, lanzas encoradas con el pellejo de la serpiente áspid, un caballo árabe blanco, con los arneses y la silla de oro fino, y, a lo postrero, un yelmo magnífico, con la cimera en figura de águila y, debajo de las garras, unas letras que decían: «Alejandro, rey del mundo, emperador, césar augusto y basileo de Oriente y de Occidente».

DE CÓMO ALEJANDRO SE PARTIÓ DEL REINO DE CANDACE

Y cuando fue ya hora de que tornase con los suyos, le trajeron también las parias de diez años, pero no quería él aceptarlas y se opuso, diciendo de esta guisa: «Yo seré vuestro rogador ante Alejandro y él querrá soltaros el tributo».

Mas lo tomó allí Candace por un brazo y, llevándolo a un costado, abajó la palabra y le dijo este buen seso: «Si no las tomas, recelarán todos de ti y al final se entenderá quién eres; acéptalas, pues, y que tu corazón nos sea propicio; y no eches en olvido mi consejo y guárdate ya de andar sobre el filo de la espada espiando las cortes enemigas y no te fíes de ninguno, no vayas a verte derrocado de tu estado».

Cogió, pues, el tributo y, haciéndole grandes honores, lo despidió Candace, con lágrimas en los ojos, y lo envió de vuelta, escoltado por sus dos hijos.

Y aledaño del real les cortaron la pasada las rondas macedonias, pero viendo quién era el que venía, echaron pie a tierra de inmediato y se hincaron de hinojos ante el rey; y torna allí la rienda y dice a los hermanos: «Sabed ahora que yo no soy Antíoco, sino el mismo Alejandro».

Y oyendo esas palabras, perdieron ellos el color y así dijeron: «Pues si vos sois Alejandro, entonces nosotros somos muertos». Y sonrió Alejandro y dijo: «No tengáis temor alguno, porque el honor que me ha hecho vuestra madre y el amor que me ha mostrado no lo arrancaré yo de mi corazón, como un ingrato, antes os digo que, desde hoy, quiero a entrambos contaros por mis hermanos naturales».

Y después de hacerles grandes agasajos, les redimió las parias y los despidió, cargados de presentes.

DE LAS RAZONES QUE SUS AMIGOS DIJERON A ALEJANDRO

Cuando ya hubieron partido los hijos de Candace y dejaron de verse tras una loma del camino, se llegaron Ptolomeo, Filonis y Antíoco hasta la tienda de Alejandro y así le hablaron, diciendo estas razones: «Rey Alejandro, ¿por qué os empeñáis en desdeñar los peligros, como loco temerario, y estáis siempre poniendo vuestra vida en las más bravas estrechuras? Si un día, que no lo quiera el hado, a gran tuerto os perdiereis por andar, tan sin provecho, jugándoos la cabeza, desde Levante hasta Poniente muy recias contiendas habría por los reinos, y allende de esto, en fuerte trance nos veríamos nosotros, de vos desamparados aquí, en tierra extraña; por ende, muy ahincadamente os rogamos que no tornéis a obrar tan sin mesura y paréis mientes en que ya todo el mundo ha caído en nuestras manos, que no hay comarca ni región que no hayan conquistado las armas macedonias; tornemos, pues, si acaso os pluguiere, a tierra de los persas, para que huelguen un poco las mesnadas».

Y pareciéndole buen seso aquello que decían sus privados, con la salida del sol mandó arrancar las tiendas y enderezaron hacia Persia.

DE CÓMO ALEJANDRO ENTRÓ EN EL MAR

E iban ellos tranquilamente de camino, bordeando la orilla de la mar, cuando le vino asohora talante de emprender una hazaña desusada.

Alzando, pues, el brazo, mandó descabalgar y dijo a Antíoco que

fuese hasta un castillo que yacía cerca de la playa y encargase a los menestrales el fraguar una gran cuba de vidrio y que luego le ajustasen cinchos gruesos y argollas de metal para trincarla con maromas y todo ello por ser su voluntad el entrarse en aquel piélago y ver qué vida hacían los peces en el fondo. Y cumplió Antíoco el mandado, fue templada la tinaja y la trajeron a la costa.

Con gran cuidado entonces la cargaron en un barco y navegó Alejandro, acompañado de algunos caballeros, hasta el medio de la mar; y al anclar en aquel sitio, les dijo estas palabras: «Tened el ojo siempre puesto en las cuerdas, que, cuando las sacuda, será esa mi señal para que me trabéis de nuevo arriba». Y dicho esto, se embauló Alejandro en la cuba, la echaron en las aguas y bajó el rey a escudriñar lo que guardaban.

Y al poco rato vio asomar un peje, muy grande y muy luengo, y contemplábalo Alejandro, asaz maravillado de su enorme desmesura, que todo un día se estuviera mirándolo pasar y, a veinticuatro horas bien contadas, la cola no era aún aparecida.

Y vio también las guerras que lidiaban los cardumes y cómo se tenían gran inquina, que se daban terribles coletazos y muy enconadamente se mordían, y dijo en su corazón: «He aquí que, como los hombres en la tierra, también los peces en la mar se echan celadas y con grande saña se combaten».

Y estaba él en buen solaz acechando sus batallas, cuando sobreviene uno, forzudo y tamaño como un toro, huyendo de otro monstruo aún más fiero, y con la mucha ardura que traía se da contra la cuba tan tremendo testarazo que la pone a zarandearse como un ligero abalorio; y al percibir los de la nave que se movían las maromas, comenzaron a tirar de ellas con tanta diligencia que en un visto y no visto la habían izado a cubierta.

Pero salió Alejandro asaz enfurruñado, pues le estorbaran el saber en qué terminaría la guerra de los peces y estaba, del gran disgusto, tronante y borrascoso; y se excusaban los del barco diciendo que su mandado hicieran y así como les dijo, en esa guisa obraran; y con estas y otras razones fue escampando su nublado hasta que, ya tranquilo, mandó desplegar velas para tomar a tierra.

Y cuando echaron el ancla en la bahía, juntó en la playa a su mesnada y les declaró cumplidamente las haciendas y el gobierno que en el fondo de la mar hacían los peces, según él mismo lo viera con sus ojos.

DE CÓMO ALEJANDRO TORNÓ A PERSIA

Dejando atrás aquel lugar, anduvo Alejandro hasta que llegó al castillo de Persia, donde fue recibido de Roxandra con muchísimo contento.

Y ofreció a los pocos días un gran convite en honor de sus guerreros y, en pos de esto, los despidió, para que fuesen los hombres a posar con sus amigas y parientes, dando a cada uno su soldada y haciendo a todos espléndidos presentes, que no hubo quien del rey partiérase con queja.

Y permaneció Alejandro un año en Persia, holgando, cazando y haciendo grandes alegrías, pero al treceno mes cambió su voluntad y quiso pasarse a Babilonia.

DE CÓMO EL PROFETA JEREMÍAS VINO A ALEJANDRO EN VISIÓN Y LE DIO AVISO DE SU MUERTE

Mas la primera noche que iban de camino vio Alejandro en sueños al profeta Jeremías y oyó muy claramente que le decía estas palabras: «Alejandro, esfuerza tu corazón para dejar el siglo y venir al sitio destinado para ti, porque los días de tu vida ya tocan a su fin; y sabe aún que de mano amiga recibirás la muerte y de esta guisa habrás de tornar a tu primera madre, la tierra; ve, pues, a Babilonia y cuida de poner orden en tu imperio y en tu hacienda, porque otro tiempo no te será otorgado».

Y apenas dicho esto, se desvaneció la imagen del profeta y al punto despierta Alejandro, con gran alteración, mirando con ojos espantados las tinieblas de la tienda, mientras le batía el corazón más que un atabal dentro del pecho, y comenzó a destilar ardientes lágrimas y a dar recios suspiros y aquella noche la pasó sin poder hallar ningún consuelo para tan fuerte amargura.

Y así que fue de nuevo el mundo alumbrado, siguieron su jornada; mas iba él como un hombre a quien van a dar justicia, cabizbajo y taciturno, que acordándose de su muerte no quería cruzar palabra con ninguno.

Y cabalgaron hasta salir a un llano, muy bien apostado de prados y de fuentes, y encontrándolo tan grato determinaron posar en aquel sitio; y decían a aquel lugar Ausitis y allí es donde tuviera, en otro tiempo, su morada Job, el justo.

Pero viendo los nobles cómo andaba Alejandro pesaroso, hubieron su consejo y acordaron que vistiesen las mesnadas ricos paños y armas de justar e hiciesen un torneo en aquel campo; y llegando luego hasta la tienda de Alejandro, de esta guisa le dijeron: «Altísimo rey, ¿por qué se aflige vuestro corazón y en el arca del cuerpo guardáis tanta tristeza? Mirad qué grandes muchedumbres de hombres esforzados

van en pos de vuestra seña, que todos a vos besan la mano, como a señor natural, y donde les mandareis irían ellos sin dudarlo, ya fuere en la tierra o ya en el mar; tomad, pues, un poco de contento, que viéndoos alegre, otro tanto el pueblo ha de alegrarse».

Y oyendo aquellas razones se confortó Alejandro y tomó también mucho solaz viendo a sus caballeros correr lanzas, tirar bofordos y quebrantar tablados. Mas hubieron los torneos de acabarse y, deshechos los cadahalsos, partiéronse de allí y entraron en Babilonia.

DE CÓMO VINO SU MAESTRO A VER A ALEJANDRO

Al segundo día ofreció Alejandro un gran convite para todo aquel que seguía sus banderas sin olvidarse de ninguno, que reyes, ricohombres, caballeros y peones, todos tuvieron su sitio señalado en la mesa.

Y esa misma tarde llegaron los señores de Levante y de Poniente y también de Mediodía y Septentrión y aun los de las islas de los mares, trayéndole las parias de muchos años y cuantía inacabable de presentes.

Y en pos de estos llegó Aristóteles, su maestro, enviado por Olimpia, la madre de Alejandro; y así que lo vio el rey, en un punto se disipó aquella amargura que ahogaba su corazón y, levantándose del trono, fue a besarlo y a abrazarlo y le habló de esta manera: «Bienvenido seáis a nuestra casa, preciosa cabeza que relumbra como el sol entre los griegos y cuyas obras admiran, boquiabiertos, los sabios del Egipto. Mas, decidnos, querido maestro: ¿cómo están las tierras de Occidente? ¿Qué novedades hay por aquel mundo? y ¿qué es del reino de Macedonia y de mi madre, Olimpia? ¿Se habla en el terruño sobre mí? y ¿qué se dice? ¿Os han llegado las nuevas de cómo fui hasta el extremo de la tierra y llegué hasta la vecindad del paraíso? Porque habéis de saber que con mis propios pies hollé la isla de los bienaventurados, aquellos virtuosos de quienes habláis en vuestros libros, y que me dijo Florilucio, su rey, que los dioses de los gentiles no moran allí, sino que están sus almas condenadas en las cavernas del Hades».

Y respondiole entonces Aristóteles y le dijo estas palabras: «Agradezco a los dioses que me hayan dejado ver tan claro día, en que tengo de nuevo vuestra hermosa faz ante mis ojos y oigo estas dulces palabras nacidas de esa boca, oh, gran rey del mundo entero, que merced a vos vive el orbe hoy en sosiego y buen recaudo.

»Vuestra madre en Macedonia reina en paz y mucha es su alegría al saber de las señeras proezas que hacéis y de que toda vuestra hacienda vaya siempre feliz y enderezada de fortuna, mas un dolor

lleva hincado en su corazón y es que noche y día suspira por veros y, con vos, a Roxandra, su nuera, y no halla cosa alguna que alivie su enorme desconsuelo».

Y cuando oyó Alejandro de la angustia de su madre, escaparon de sus ojos sendos lagrimones, mas recobró su ánimo y, tomando a su maestro por la mano, lo condujo hacia la mesa y lo sentó a su diestra, para hacerle mayor honra, y sentáronse en pos de él todos los grandes señores, cada uno según su estado; y quitados los manteles, mandó Aristóteles que trajesen los presentes que Olimpia le enviaba.

DE CUÁLES FUERON LOS PRESENTES QUE OLIMPIA ENVIARA

Mandárales Olimpia una corona de grandísimo valor para Roxandra y otra, asimismo muy hermosa, para su hijo Alejandro; y a más de esto, dos mantos guarnecidos con nácar dorado y dos sortijas, con unas gemas veteadas de rarísima belleza, y dos corceles blancos como el sol, con los arneses de oro, y aun otros cien caballos escogidos.

Y cuando le hubo dado todos los presentes, le entregó Aristóteles la carta de su madre, mas rogole entonces Alejandro que fuese él quien la leyese y esto es lo que decía:

CARTA DE OLIMPIA A ALEJANDRO

«De la reina Olimpia a Alejandro, mi dulcísimo hijo, salve.

»Sabe, Alejandro, hijo mío, que desde el día de tu partida, no ha conocido mi corazón uno solo en que alegre estuviese, sino que siempre a la pena tiene por compañera, que ni el reino ni el señorío me dan placer faltando tú de mi lado.

»Te ruego, pues, que quieras tornar a Macedonia o bien otorgues tu consentimiento para que vaya yo hacia ti y vea tu rostro, porque faltándome tu persona, tan grande desamor voy cobrando hacia la vida, que muy ligeramente me ha de llevar la muerte».

Y según iba Aristóteles leyendo, destilaba Alejandro amargas lágrimas y lloraban con él los macedonios, los chicos y los grandes.

Y cuando se hubieron hartado de llorar, comenzaron a departir en otras cosas y dijo entonces Aristóteles: «Mucho me maravillo de vuestras hazañas y hechos tan granados, que otros tales no se han visto por el mundo, ni creo hayan de verse en lo por venir».

Y respondió Alejandro esta razón: «Tres cosas he tenido y guardado

siempre en mi conducta. La primera, mesura en el tratamiento y buen decir; la segunda, haber siempre en mi boca la verdad y ser firme en mi palabra; la tercera, juzgar a todos a derecho y creer en el Dios del cielo y de la tierra».

DE LAS RAZONES QUE PASARON ENTRE ALEJANDRO Y SU MAESTRO

Comenzó entonces Alejandro a contar a su maestro las muchas guerras que lidiara y a nombrarle los reyes a quienes diera muerte y le escuchaba Aristóteles suspenso de su boca, atónito por las grandes victorias que ganara, y le hace esta pregunta: «Y el oro y las riquezas que de todo el mundo habéis prendido ¿dónde se hallan condesados?».

Y extendiendo la mano, le mostró Alejandro los nobles y caballeros que allí estaban y así dijo: «Ante vos los tenéis, porque mis muy amados compañeros y mi pueblo son mi oro y mis riquezas».

Y habló de nuevo Aristóteles y le dijo esta razón: «Rey Alejandro, debéis poner ahora vuestros cuidados en tener un hijo y aseguraros descendencia».

Y replicó a esto Alejandro: «No dejaré yo un niño en heredad a Macedonia, sino una gloria perenal y la honra de ver su nombre alzado por sobre todos los reinos del mundo; y cuando me parta del siglo, acordaos de mí y del mucho bien que os hiciera».

Y a aquella hora vino a entrar en la sala un ricohombre de los persas que, a pesar de que era viejo, procuraba semejar mozo tiñéndose las barbas, y al verlo, le dijo Alejandro estas palabras: «¡Oh, mi muy amado Mielivinos, una barba tan bellida! Te ruego que me digas si algún bien te ha hecho la pintura y a uno con el lustre a tus cabellos han tornado las fuerzas a tu cuerpo; pero ¿es que acaso no temes te sobrevenga la muerte y, sabiendo todos que eras viejo, te apagues en la flor de la mocedad que, por cierto, mayor pérdida sería?».

Y diciendo estas razones Alejandro, hasta la villa se oyó resonar las carcajadas y aun del arrabal no poco se escuchaban.

Departía en otra ocasión el rey con su maestro, cuando pasó delante de ellos un hombre al que asimismo decían Alejandro y que era grande de cuerpo, pero muy flaco de ánimo y medroso en la batalla; y al verlo, lo increpó el rey de esta manera: «¡Oh, varón! Intolerable cosa es que Alejandro te digan y tornes la espalda al enemigo; cuida, pues, de honrar el nombre que llevas o bien múdalo y deja de infamarlo».

Y se fue el otro muy deprisa y fuertemente avergonzado.

Aquella misma tarde condujeron a presencia de Alejandro a tres mil ladrones que estragaban el imperio y, echándolos de bruces, le dijeron los alguaciles: «Mandad, oh rey, que los colguemos». Pero Alejandro así les replicó: «Pues han llegado a ver mi rostro, ya ninguno de ellos se perderá, porque a los jueces fue dado el poder de justiciar a los hombres, y a los reyes, el de compadecerlos y hacerles merced de la vida».

Y mandó que los dejasen en libertad y a todos acogió por sus monteros.

Trajéronle otro día a un hombre de la India, del que decían ser arquero tan cumplido que hacía pasar la saeta por medio de un anillo; y pidiéronle que tirase con el arco, pero aquel de ninguna guisa lo otorgaba, que no condescendía siquiera a empuñarlo; y viendo Alejandro que no le movían ni ruegos ni lisonjas, se puso hecho un basilisco de verlo tan borrico y mandó que, sin dilación alguna, lo ahorcasen.

Y mientras apercibían el tablado, demandáronle los guardas: «¿Por qué de tal guisa te matas a ti mismo, apenas por un tiro de arco?». Y dijo él: «Diez días ha que no lo tiendo y hube temor de errar el tiro ante el rey y amancillar así toda mi honra».

Y cuando supo Alejandro la respuesta que el indiano habíales dado, dejolo en libertad y le hizo mucha honra, alzándolo a la dignidad de batidor.

A poco de esto, llegó un hombre pobre delante de Alejandro y le dijo: «Altísimo rey, una hija tengo que es la lumbre de mis ojos y el único tesoro de mi azarosa vida, mas no poseo nada con que dotarla y que se case; ayudadme, pues, si a ello os moviere vuestro corazón».

Mandó entonces que le diesen mil talentos y, al ver todo aquel oro, se le cuajó al pobre la sangre y balbució estremecido: «¡Oh, graciado rey! Muy grande cantidad es esta que me dais».

Y allí dijo Alejandro: «Los presentes de los reyes siempre grandes han de ser».

DE CÓMO HONRÓ A ARISTÓTELES Y TORNÓ ESTE A MACEDONIA

Llegada la hora en que Aristóteles debíase partir, le dio en presente la corona y el manto que fueran del rey de la India y diez mil talentos de oro y treinta arrobas de perlas y, además, le hizo llamar señor de todos los señores y lo envió de tornada a Macedonia, cargado de bienes y de honores, portando una carta para su madre, Olimpia, donde prolijamente le contaba los lugares por los que pasara y los

muchos asombros que en esas tierras viera.

Y tomó Aristóteles la vía de Macedonia y se quedó Alejandro en Babilonia para holgar aún durante un tiempo en compañía de Roxandra. Y olvidárase ya de la aflicción de la muerte, que noche y día estaba muy contento y haciendo grandes alegrías; y de esta guisa fue su hecho por tres meses.

Un día, viene un hombre y le dice: «¡Oh, gran rey! Estaba yo cazando en la margen del río Tigris y topé allí gran cantidad de oro; venid a verlo, pues, si así os place».

Y rio Alejandro y dijo: «Todo el oro del mundo en las manos de Dios está y si Él hubiese querido que fuese mío, a mí y no a ti habríalo mostrado; tómalo, pues, porque ese oro es tuyo». Pero insistió el buen hombre y dijo: «Yo he prendido ya cuanto deseaba, pero mucho más aún es lo que ahí yace».

Cabalgó entonces Alejandro y fue a ver el sitio que aquel hombre le dijera; y así que llegó, se le cortó el habla en la boca, pues era el oro aquel un inmenso pedregal, tan desaforado que no podían los ojos abarcarlo.

Mas no quiso tomar él ni un pequeño guijarrillo, sino que mandó a sus quiñoneros que todo se partiese a su mesnada.

DE LA CAUSA POR LA QUE FUE ALEJANDRO ENVENENADO

Había entre los servidores del rey dos hermanos que le eran muy preciados, pues siendo los tres de una misma edad, tuviéralos por compañeros de crianza y estábales, por ende, muy aficionado. Y hacía muchos años que faltaban de Macedonia y, cuanto más tiempo pasaba, mayor apremio metíales su madre para que dejasen el fonsado y acudiesen a verla y darle así contento; pero aunque ya en varias ocasiones demandaran licencia de Alejandro, no lo quería él otorgar, que por nada del mundo consentía que se partiesen de su lado.

Viendo, pues, aquella mala cabeza que siempre era el rey quien embargaba su venida, dio en tramar un hecho cruel, ruin y traidor; y poniéndolo por obra, coció una golosina, en todo semejante a las otras de su especie, y la envió luego a sus hijos con esta aviesa carta:

CARTA DE LA MUJER ALEVOSA A SUS HIJOS

«A mis dulces hijos bienamados, Leucadusis y Brionusis, de vuestra

cuitada madre, salve.

»Bien sabéis, hijos míos de mis entrañas, cuántas veces ya os escribí que vinieseis a verme y cómo vosotros siempre os excusáis diciendo que por el mucho amor que Alejandro os tiene no podéis partiros de él.

»Pero os hago ahora saber que no puede más mi corazón sufrir esta gran pena y, por la leche que de mí habéis mamado, os requiero para que vengáis donde pueda veros con mis ojos y no queráis ya retardarlo por cosa ni hombre del mundo, porque en chica hora ha de acabar conmigo la aflicción.

»Y si porfiare Alejandro en no otorgaros su licencia, dadle a beber de aquel jarabe que hallaréis dentro la vianda y, cuando lo haya probado con el vino, en verdad os digo que no querrá ya estorbaros la venida».

Y así que leyeron la carta de su madre, cortaron el pastel y encontraron dentro una bujeta, y nada más abrirla, al punto entendieron qué bebedizo era el que guardaba y dijo entonces Leucadusis a su hermano: «Tiremos esto donde nadie pueda verlo, porque ninguna cosa buena de aquí puede salir». Pero no quiso Brionusis oír aquel buen seso, sino que cuidó de poner la balsamera a buen recaudo; y por más que fieramente reñíalo su hermano, no quiso ya ni dársela ni decirle en qué sitio la ocultara.

Y era Leucadusis primer caballerizo de Alejandro y Brionusis su copero mayor, que con su propia mano escanciábale el vino; y desque recibiera la carta de su madre, entrole el maligno en el cuerpo, que en otra cosa no pensaba sino en darle la ponzoña.

Y le escocía también un lance que acaeciera poco atrás, pues una noche en que servía en la mesa del rey rompió un ciborio de grandísimo valor y, furioso Alejandro por la pérdida de una copa que tenía en gran estima, le atizó con un candelabro en la cabeza y comoquiera que fuese Brionusis de natura rencorosa, no quiso echar aquella afrenta en olvido, sino que mucho le creciera el encono.

Se llegó, pues, a otro quejoso de Alejandro al que decían Medes, y descubriéndole su corazón, determinaron entrambos de buscarle mal al rey; y fueron sonsacando con arte a unos y a otros y ganaron para su causa a muchos nobles, hasta que un día hubieron de reunirse, con grandísimo secreto, y se avinieron en que muriese emponzoñado, otorgando con fuertes juramentos no salirse un punto de aquello que acordaran.

Y de los privados de Alejandro, solo cinco no tomaron parte alguna en la conjura: Perdicas, Ptolomeo, Olbio, Lisímaco y Filonis, que a estos no les fiaron nada porque bien conocían ser muy leales a su rey; pero todos los demás, tratando su consejo, así dijeron:

«Mientras viva Alejandro y sea emperador, nosotros siempre vasallos seremos y han de consumirse sin provecho los grandes lacerios que pasamos, que tarde o nunca alcanzaremos el galardón que merecen nuestros muchos esfuerzos; por ende, solo cuando estuviere a las puertas de la muerte y entienda que no puede a la parca ya eludir, querrá entonces repartirnos los reinos y llegará la hora en que a nosotros digan alteza y vivamos, por fin, a todo nuestro solaz».

Y con estas malas razones se avinieron aquellos malditos para envenenar a un monarca tan cumplido y por todas las virtudes agraciado; y habiendo salido vencedor de tantas batallas, no quiso el hado que muriese lidiando enemigos en el campo, sino que de mano amiga y en su mismo palacio había de morir.

Y también hoy se hallan muchos amigos de esta guisa, que estando delante la persona le ponen la cara muy alegre y le hacen muchos honores y le hablan con dulces palabras, dándole a entender por mil muestras gran amor; pero, así que torna las espaldas, comienzan a decir mal de él y a urdir mañas y arterías con que lo puedan engañar y robarle de su hacienda y hacerle mengua en su honra. Y los tales amigos semejan al traidor Judas y con él irán a estar en uno por toda la eternidad.

Pero volvamos ahora a la historia y a la gran felonía que cuidaban de hacer.

DE CÓMO FUE ALEJANDRO ENVENENADO

A pocos días quiso Alejandro convidar a manteles a sus ricohombres y adalides y vinieron también los más esforzados caballeros y aun los mejores de entre sus peones.

Y según corría el vino fue encendiéndose el banquete, que ya reían todos y cantaban y decían muchas alabanzas de Alejandro; y muy regocijado el rey con aquel gran alborozo, se levantó de la butaca en que se hallaba y, extendiendo su brazo, les dijo, radiante y satisfecho: «¡Oh, mis nobles compañeros! Quiero que sea hoy vuestra alegría la mayor que nunca antes se viera».

Y dicho esto, se retiró de la sala y fue a reclinarse a un habitáculo contiguo, cavilando siempre de qué guisa podría hacer todavía más honor a sus amigos. Pero entonces aquellos malditos hicieron señas a Brionusis de que le aparejase el tósigo en el vino y enviaron luego a Medes a pedir a Alejandro que tornase y, yendo este a la estancia donde el rey posaba, le dijo estas palabras: «¡Oh, gran señor del mundo y luz de Macedonia! Faltando vos de la mesa ningún contento tienen ya vuestros fieles amigos y os suplican que salgáis para que

vuelvan la animación y el gozo que se llevó vuestra persona».

Y de buen grado tornó Alejandro a su sitio y allí los felones de sus amigos levantaron las copas, con la excusa de brindar por la buenandanza de su hecho, y el falso de Brionusis le presentó la suya, henchida de vino y de ponzoña, y la prendió Alejandro y todo lo bebió sin recelar ninguna cosa.

Y aún pasó una buena hora antes de que el veneno lo estragase, e iba, entre tanto, de un lado a otro de la mesa, teniendo para todos una buena palabra y muy pagado de verlos tan alegres, hasta que hubieron de apremiarle los dolores y dijo de esta guisa: «¡Oh, amigos! ¿Qué rabia es esta que me muerde las entrañas y, como espada, me rasga en canal? Por mi vida, que no puedo ya tenerme en pie y habré, por fuerza, de acogerme a mi cámara; mas no tengáis ningún cuidado y seguid con el convite, que en poco rato estaré de nuevo aquí, holgando con vosotros».

Y fue a echarse en su lecho, al tiempo que enviaba por Filipo, aquel que era su físico.

Y así que entró en el aposento, solo con verle los colores conoció estar Alejandro emponzoñado y al punto le dio a mascar un vomitorio, con la esperanza de que, gormando, se curase; pero al escudriñar lo revesado, entendió que era el tósigo muy recio y que, además, con el vino se lo dieran y le dijo: «Sabed, oh rey, que aquella mano que el vino os sirvió, con veneno os lo había mesturado».

Y suspiró Alejandro fieramente y, asiéndolo por el brazo, así dijo: «Filipo, muestra ahora todo el poder de tu ciencia y líbrame de la muerte y sea yo después tu esclavo y tuyo el reino». Y el cuitado de Filipo, esta respuesta le fue a dar: «¡Oh, mi rey! ¡Así pluguiere a Dios manifestarme la manera de poner remedio a vuestro mal! Pero ya todo es en balde, porque muy fuerte era el veneno que bebisteis y a más no llega mi saber, sino a alongaros la vida por tres días, para que hagáis testamento y pongáis en orden vuestros reinos».

PLANTO DE ALEJANDRO

Y cuando esto oyó Alejandro, tuvo muy gran quebranto en su corazón y comenzó a hacer el mayor duelo que podría hombre hacer, diciendo mal de la ventura que a tal estado lo trajera: «¡Oh, vano y engañoso mundo y desventurada gloria, qué poco tiempo moraste a mi costado y qué desbocada prisa ahora muestras por apartarte de mí, cual de contrario que mucho se aborrece! A todo hombre por un día concede Fortuna su favor y lo cubre de honores y placeres, pero, luego, en chica hora de todo lo despoja, que bien dice la sentencia que no hay

alegría tan pura que no la corrompa la tristeza, si humana dicha que no sea fallecedera a poca de sazón.

»¡Oh, tierra! ¡Oh, sol! ¡Montes, sierras, campos! ¡Llorad por mí, que tan poco tiempo gocé del mundo con gloria y con honra y hoy, como todo hombre nacido de mujer, al polvo he de tornar! ¡Oh, madre tierra que me abres ya tus brazos, cómo al principio te muestras buena y después, de un golpe, arrebatas a los hombres a tu seno!

»¡Oh, mis muy amados y esforzados macedonios! ¿Cómo podríais salvarme de manos de la muerte? ¿Qué galardón no os daría por defenderme ahora de tan brava enemiga? Libráraisme de este trance y fuere yo vuestro vasallo y vosotros los señores en mi reino».

Y oyendo las palabras de Alejandro, amargamente lloraban los macedonios y era muy grande el bullicio y la confusión que había en las mesnadas, que acudiendo todos a palacio para ver a su rey, unos a otros se empujaban por entrar y, así que lo veían, arreciaban aún más los llantos y los duelos.

Entretanto, fuera Filipo en busca de una mula y, desollándola viva, envolvió a Alejandro en su pellejo, para que pudiese resistir lo menester y hacer su testamento.

Y enviaron por uno de sus escribanos e hizo el rey dictado y lo leyeron después en presencia de todos.

TESTAMENTO DEL REY ALEJANDRO

«Yo, Alejandro, rey y emperador de todo el orbe, hijo del magnífico Filipo y de la reina Olimpia, viendo que la muerte, de la que nadie puede huir ni esconderse, porque ni a rey teme, ni ante señores se arredra, ni del mancebo se duele, sino que a todos iguala y se lleva sin atender a deudo ni amistad, pues la muerte, digo, me ha echado fuerte cerco y quiere despartirme de la dulcísima vida, hago mi testamento y declaro que esta es mi voluntad:

»Primero: de todos mis amigos, y también de mis enemigos, demando perdón de cualquier mal que pudiese haberles hecho y les perdono el que a mí hecho me hubiesen.

»Segundo: para evitar cualquier discordia y contienda que pudiere surgir entre mis adalides y señores, digo que este es mi mandado:

»Dejo la gobernanza de Macedonia a mi muy amado Perdicas y dígole que tenga a mi madre, Olimpia, por su madre y a ella que lo tenga a él por hijo; y otrosí dígole que conduzca a Macedonia a mi muy amada esposa, Roxandra, para que viva allí, en compañía de mi madre, y que cuando nazca la criatura que lleva en su vientre, si fuere varón que Alejandro sea dicho y que reine cuando le llegue su tiempo,

y si fuere mujer que cuiden de que sea bien casada.

»Y otrosí dejo a Ptolomeo todo el Egipto y Alejandría, a Seleuco la Persia y Babilonia, a Antígono la Cilicia y a Filonis la Media; y dejo a Pitón la Frigia y la Lidia, a Meleagro la Paflagonia y a Éumenes la Capadocia; y a Casandro dejo la Licia y el Helesponto, a Lisímaco la Tracia y a Antípatro el Ponto; y dejo a Oxiartes la Bactriana, a Filipo la Drangiana y a Antíoco la India; y a Fratafernes dejo la Partía y la Hircania y a Olbio la Mesopotamia.

»Y en estas regiones que a cada uno doy en heredad, os encarezco que obréis siempre a derecho y que mostréis buen amor y caridad hacia los pobres y no queráis hacer desaguisado ni tuerto a ninguno, porque también ha de sonar la hora de vuestra muerte y, como yo en este día, nada habéis de llevaros con vosotros.

»Y otrosí dejo cien arrobas de florines para que sean repartidas a los pobres, las viudas y los huérfanos.

»Y otrosí digo que a todo guerrero que sea pobre y viejo y quiera tornarse a su tierra, le deis doble su soldada y os mostréis gradosos con él, para que cuando esté de nuevo en su casa se acuerde de mí en su corazón y me bendiga.

»Y otrosí digo que, cuando se despida el alma de mi cuerpo, dejándome desnudo, hagáis un ataúd de oro y me pongáis dentro (¡Oh, cielo! ¡A mí, que el mundo entero semejábame pequeño, habrá de contenerme ahora un cofre de tres codos!); y cuando hayáis puesto mi cuerpo en él, llevadlo hasta Alejandría, la ciudad que por mí fue levantada».

Y así que hubieron leído el testamento, de nuevo comenzaron las mesnadas a llorar y a hacer muy grandes duelos por aquella fatal separación.

SOBRE LA MUERTE DE ALEJANDRO

Viendo Alejandro que estaba ya en queja de la muerte y sus fuerzas le dejaban, llamó a los señores principales y a sus mejores caballeros y los fue besando de uno en uno y se despedía de ellos, diciendo de esta guisa:

«Mis muy amados compañeros y también vosotros, caballeros macedonios, los más honrados de cuantos ciñen espada, bien os acordáis de cómo anduvimos hasta el extremo de la tierra y llegamos muy cerca del mismo paraíso y aun entramos en el mar y todo lo vimos y pusimos por cuenta, que tales hazañas más se dirían propias de inmortales que no de hombres nacidos de mujer; mas he aquí que ahora me parto de este siglo y voy al Hades, allí, donde van los

muertos desde el principio de los tiempos, y de los muchos tesoros que había condesado ninguna cosa llevo en esta jornada, mas a vosotros dejo en heredad amor, concordia y justicia, para que tengáis el mundo en buena mantenencia; y ahora os ruego que traigáis aquí a mi caballo, Bucéfalo, para que también de él pueda despedirme».

Y cuando vio aquel noble bruto que su amo estaba en pasamiento, se llegó hasta su lecho y comenzó a darle muchos besos y a verter muy gruesas lágrimas, como si fuese humano; sonrió entonces Alejandro tristemente y tomándolo por la crin, así le dijo: «¡Oh, mi leal caballo muy amado! Desde hoy no habrá Alejandro que te tire de la rienda».

Y habían, entre tanto, prendido a Brionusis y trajéranlo allí, cargado de cadenas; y además, su hermano, Leucadusis, al conocer las nuevas de cómo fuera el rey emponzoñado, con su misma espada se matara, no pudiendo sufrir aquella gran vergüenza.

Y sosteniéndose en el codo, se revolvió Alejandro contra su copero y lo increpó en esta manera: «¿Se te olvidó, Brionusis, todo el bien que te hiciera y cómo te engrandecí y fuiste por mí honrado? ¿Por qué, pues, pusiste en tu corazón el deseo de obrar tan contra justicia, arrastrando a la perdición a tu hermano, a ti mismo y a mí, el rey del mundo entero? Mas también tú has de beber de esta copa que me diste».

Y entendiendo Bucéfalo que aquel era el matador, enseguida se arroja sobre él y antes de que ninguno pestañease habíalo ya roto a dientes y patadas; y reventado aquel traidor, lleváronse el caballo al establo y los pedazos de Brionusis se los echaron a los perros.

Y en aquel momento vieron un lucero que caía sobre el mar y también un águila caudal que iba tras de él; y al hundirse el astro en las aguas, en ese punto entregó el alma Alejandro.

Y no os podría hombre contar el llanto que se hizo en aquel día, que golpeándose las caras con los puños y amancillándose las ropas, gritaban las mesnadas: «¡Rey Alejandro, señor, escudo y consolación de Macedonia!», y hacían el mayor duelo que se vio nunca por el mundo.

Y tornando a la cuadra el mozo que cuidaba de Bucéfalo, con los ojos bermejos y mojados del gran llorar que hiciera, así se lamentó: «¡Oh, Bucéfalo, tú vives, pero aquel cumplido caballero que te sacaba al campo yace muerto y ya tu honra es perdida!».

Y el animal, cual si tuviese entendimiento, conoció aquella palabra y comenzó a bramar como un león y a dar de testarazos en los muros, con tanta fuerza que a una poca de hora había fallecido.

Y quedaron todos muy maravillados de la sin par nobleza del caballo, que por amor de su amo quiso entregar también la vida.

PLANTO Y MUERTE DE ROXANDRA

Estaba Roxandra de hinojos cabe el cuerpo de Alejandro, rasgadas sus preciosas vestiduras y arrastrando por los suelos su luenga cabellera, y, deshecha en llanto, le decía, cual si estuviese vivo:

«Alejandro, amado mío, ¿qué mal es este que me has hecho? ¿Por qué me desamparas y me dejas, sola y desvalida? ¡Ay de mí, la mezquina y en qué menguada hora yo nací! ¿A quién abriré ahora los misterios de mi corazón? Háblame; dime ¿de dónde sacaré el esfuerzo para sufrir esta cruel separación?

»¡Oh, cielo y tierra, y también vosotros, sol, luna, montañas, campos, ricohombres y ricashembras, mancebos y viejos y cuantos en el mundo sois, llorad por mí en este día, que a tal rey he perdido, y acompañad a esta pobre extranjera en su dolor, que el arca de mi cuerpo se ahoga de amargura!».

Y volviéndose a las gentes que allí estaban, esta merced les demandó: «¡Oh, nobles varones! Os ruego que me dejéis un poco a solas con mi pena, hasta que mi ánimo se haya sosegado».

Y así que hubieron salido de la cámara, tres besos le dio Roxandra y, acariciando su mejilla, le dijo con voz queda: «Alejandro, amado mío, no es cosa posible que, muerto tú, no aborrezca yo la vida; y por mejor tengo que muramos hoy en uno que no vivir sin verte, rey mío».

Y dicho esto, tomó el puñal que Alejandro llevaba a la cintura y, apuntándolo a su corazón, echose sobre él y al punto entregó el alma.

DE CÓMO LLEVARON LOS CUERPOS DE ALEJANDRO Y DE ROXANDRA A ALEJANDRÍA

Y tornando los nobles a la estancia, toparon muerta a Roxandra y se acreció con este trago su congoja. Mandaron entonces Ptolomeo y Filonis que labrasen los orfebres sendos ataúdes de oro fino e hicieron después un carro de oro y plata y, poniendo dentro los dos cuerpos, los llevaron a reposar a Alejandría, la ciudad que Alejandro había construido; y levantaron allí dos columnas muy altas y subieron las arcas sobre ellas, rindiéndoles grandes honores y destilando gruesas lágrimas.

Y acabadas las obsequias, despidiéronse los nobles y fuese cada uno en vía recta hacia su reino, según Alejandro en su testamento dispusiera.

Y murió Alejandro a los treinta y tres años de su edad, habiendo reinado tan solo dieciocho.

Y todas las gracias y virtudes estaban avenidas en su persona: la valentía, la apostura, la prudencia, la piedad y el desamor de toda cosa que no fuese a derecho.

Y tú, hombre, para mientes en el ejemplo que ante tus ojos tienes y piensa en la comunal suerte de todo lo humano. Porque esta vida es como la florecilla del valle, que ora llega la hoz y la corta o bien el sol la seca y la marchita y en breve tiempo se pierde; y de tal guisa estamos hoy en el mundo con riquezas y honores, pero mañana llega la guadaña de la muerte y nos siega, que ni en haberes repara, ni en gloria ni en señorío.

¿De qué le aprovecharon a Alejandro tantas hazañas como hizo, tantas tierras que conquistó, tantas riquezas que acumuló? Cuando la muerte llamó a su puerta todo lo echó en olvido, que ya en nada lo preciaba, viendo que no podía escapar del duro sino; e inclinó la cabeza aquel ante quien todos los reyes del mundo se inclinaban y una chica tumba vino a contener a quien la tierra entera semejábale pequeña.

Tal es la muerte, que diferencia no hace de señor a vasallo, de rico a pobre, de mancebo a viejo, sino que a todos trata por igual y ante ninguno se avergüenza ni a nadie teme.

Y cuando llegue aquella hora, ninguna ganancia de este siglo con nosotros llevaremos, que sola el alma con su haber ha de cargar, sea ello bueno o sea malo. Por ende, para ella han de ser nuestros cuidados, hermoseándola con buenas y cristianas obras y temor de Dios y caridad y amor hacia nuestros hermanos, que por ello recibiremos muy rico galardón y vida eterna; mas de los bienes de este siglo no esperemos haber provecho alguno, porque todo es cosa vana, según dice Salomón: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad».

EPÍLOGO

Alejandro murió en Babilonia cuando iba a cumplir treinta y tres años, tras haber conquistado un imperio de enormes dimensiones a lo largo de unos doce años de victorias bélicas. En un invencible avance desde el Nilo hasta el Índico, desde las costas del Mediterráneo hasta el valle del Indo había extendido sus dominios en una marcha prodigiosa sobre las tierras que antes eran dominios del gran Imperio persa. Estaba en la cumbre de su poderío cuando le llegó, brusca y mortal, la súbita enfermedad que en muy pocos días truncó su existencia. Como ya le habían profetizado, según la leyenda, los árboles parlantes en los confines de Persia, vino a encontrar en la fabulosa Babilonia una muerte oscura y repentina. Como otros héroes de la mitología clásica, el gran Alejandro se despidió de la vida en plena gloria y plena juventud. Fue en el memorable 322 a. C., el mismo año en que murieron, muy lejos de él, en el entorno de la vieja Atenas, su sabio maestro Aristóteles, el orador Demóstenes, el terco y último defensor de la libertad ateniense, y Diógenes, el cínico vagabundo y aguzado filósofo.

Ninguno de sus generales tenía el arrojo ni la grandeza de miras de Alejandro, ninguno podía reclamar el trono vacante, ninguno era digno de sucederle. De modo que, apenas muerto el invencible conquistador, los que aspiraban a heredar su imperio se enfrentaron y acordaron dividirse los enormes territorios conquistados. El imperio conquistado por el gran héroe parecía excesivo para uno solo, cualquiera de ellos, y allí mismo, en torno al cadáver, en Babilonia, tramaron el gran reparto, acatando primero un fingido acuerdo y decidiéndolo luego en sucesivos combates bélicos. Así, el gran sueño de Alejandro de un imperio universal quedó truncado para siempre, y ese dominio de inmensos confines vino pocos años después a quedar repartido tras una serie de feroces batallas entre sus sucesores, los llamados Diádocos, caudillos ambiciosos y violentos.

Por otra parte, como señala Pedro Barceló,[161] «el rey macedonio se convirtió en un mito ya en vida, y pronto este fenómeno se agudizó enormemente tras su desaparición. Todo lo relacionado con él quedó inmediatamente englobado en la categoría de lo extraordinario. Sus

hazañas parecían tan excepcionales como irreales: ¿fue todo un sueño? Su paso por la historia es único, insólito, inalcanzable, increíble. Muy pronto interminables fueron también las discusiones sobre su naturaleza divina, como evidencia cuán a menudo se ocuparon los autores coetáneos y posteriores de sus hechos y su fuerza de atracción».

Es decir, la figura de Alejandro pasó muy pronto de la historia a la leyenda, o al mito, y su silueta fue creciendo en el imaginario colectivo forjando así la imagen del último y más cercano de los héroes griegos.

En esa mitificación progresiva del gran conquistador, que comenzó pronto tras su muerte, podemos distinguir varias etapas significativas. Al comienzo aparecen los primeros y aún cercanos historiadores de su gesta. Es decir, autores que habían tratado de cerca y acompañado a Alejandro, como Calístenes, sobrino de Aristóteles, Ptolomeo, futuro rey de Egipto, y Nearco, Cares, Onesícrito, Aristóbulo y Clitarco. Pero todos sus escritos se perdieron pronto. A nosotros nos han llegado los relatos de historiadores posteriores, que se basan y apoyan en textos de esos primeros cronistas. Ahí están Diodoro de Sicilia, Plutarco y Arriano, entre los de lengua griega, y Quinto Curcio y Justino entre los latinos. Esos textos biográficos fueron redactados ya en los siglos I y II d. C. y configuran la imagen histórica que perdura en la historiografía posterior.

Pero, paradójicamente, el relato biográfico más influyente durante siglos, desde el ocaso del mundo antiguo hasta fines de la Edad Media, en casi todas las literaturas de Europa y el Oriente Próximo, no iba a ser el de ninguno de esos doctos autores, sino el de un curioso y anónimo escritor helenístico, al que llamamos Pseudo Calístenes (por pura convención, a partir de la atribución errónea de un manuscrito antiguo). Y que, por lo que podemos deducir de su pintoresco relato, pudo ser un alejandrino de comienzos del siglo III d. C.

Como hemos ya antes destacado en el prólogo a nuestra traducción, ningún personaje del mundo antiguo mantuvo en el Medievo una fama tan universal como la que alcanzó este Alejandro legendario, como el último gran héroe griego, magnánimo conquistador y fabuloso viajero. Fue, pues, gracias a sus traducciones y versiones varias en muy numerosas lenguas, con múltiples y pintorescas variantes míticas que una y otra vez enriquecen y colorean la saga del audaz protagonista y que prolongan sus aventuras desde un mundo más o menos histórico por el ámbito fantástico de sus excursiones a los cielos y al fondo más misterioso del mar y su incursión en el mundo de las sombras, como la figura del joven y antiguo rey macedonio se difundió durante más de mil años.

(No voy a insistir en ello de nuevo, y remito para los interesados

en más detalles de esa historia casi interminable a los libros citados en la escueta bibliografía final).

Pero sí quisiera subrayar cómo en el progresivo distanciarse del relato histórico para avanzar hacia lo fabuloso, es decir, en el alejarse del suelo de la geografía real y del mundo histórico para peregrinar por los espacios de una fantasía desbordada, hay un notable salto del uno al otro, entre los dos textos traducidos. Si bien ya lo he apuntado en los prefacios iniciales, quisiera destacar de nuevo esa deriva hacia el cuento popular.

Es muy curioso advertir cómo el texto tardío del *Folletín* recuenta y hasta alarga algunos episodios, como el del nacimiento de Alejandro y los amores de Nectanebo y Olimpíade, mientras que luego muestra una total ignorancia de la historia y la geografía, ya sea la de Egipto o la de Atenas y Roma, y no digamos de la del Oriente Próximo.

Es muy significativo cómo nos cuenta con sabrosos coloquios los amorosos encuentros del faraón fugado y luego astuto mago y la reina Olimpia, y la muerte final del Nectanebo a manos de su hijo, Alejandro. Este era un cuento o mito egipcio de asombroso éxito, muy bien narrado ya por el Pseudo Calístenes, y perdura muy matizado en algunos textos medievales, que no quieren comprometer la ascendencia legítima del héroe.

Está clara la intención política del relato egipcio: venía a destacar que el gran Alejandro, conquistador de Egipto y fundador de la magnífica metrópolis de Alejandría, era, en realidad, de origen egipcio, un hijo del último faraón, y por lo tanto el legítimo heredero del trono de Egipto. Un relato semejante, con parecida intención nacionalista, encontramos en el relato persa de Firdusi, que cuenta cómo Olimpia había sido enviada a Persia por Filipo para ser esposa del gran rey, pero este la devolvió tras acostarse con ella, porque le disgustaba su olor corporal. Luego, ya en la corte macedonia, ella dio a luz a Alejandro (del que Filipo resulta abuelo). Y este venía a ser hermanastro de Darío, y habría conquistado el trono que secretamente le pertenecía. Irónicamente, el conquistador era un heredero legítimo, como Alejandro de Nectanebo en el cuento egipcio.

Es muy significativa la colosal ignorancia que el narrador folletinesco tiene de la geografía antigua, tanto cuando se inventa de pronto el viaje de Alejandro a Roma (!) como cuando menciona «el castillo de Alejandría», o cuando relata la entrada de Alejandro en Jerusalén y toda la marcha y las batallas por tierras de Asia. Desde luego, muchos famosos episodios están ya en la narración del viejo Pseudo Calístenes, pero este sí que parece conocer muy bien Alejandría, que tal vez fuera su ciudad natal, aunque ya desconociera la geografía real de las antiguas ciudades griegas, pues cree que la

famosa Esparta era un puerto marinero.

La correspondencia que Alejandro intercambia con sus imperiales reyes enemigos, Darío y Poro, procede de una larga tradición helenística, como ya señalamos; pero lo más notable aquí es la exageración retórica de las cartas, siempre pergeñadas con gran exageración, que destaca una y otra vez el contraste entre el estilo pomposo de los orgullosos déspotas orientales y el tono irónico y sarcástico del joven conquistador. Por otra parte, las tumultuosas batallas, con miles y cientos de miles de combatientes, en que triunfa siempre de manera arrolladora el ejército griego sobre las muchedumbres bárbaras, no responden a ningún escenario ni a ninguna geografía real. Son pura imaginación desbocada, y un tanto repetitiva.

La desaforada ignorancia combinada con la peculiar fantasía de este tardío y folletinesco fabulador llega al colmo cuando, en un capítulo muy sorprendente («De cómo Alejandro entró en una cueva y topó allí a los dioses de los gentiles y también a muchos reyes y de lo que pasó con ellos»), nos cuenta cómo el intrépido viajero se encontró en una cueva oriental a los dioses antiguos, como Cronos y Hermes, alojados allí en compañía de los reyes difuntos Darío y Poro. Y consuela a uno y otro. Aunque podríamos rastrear aquí un extraño eco de los encuentros de Ulises en el Hades en la *Odisea*, dudo que fuera esa la intención del autor, quien en unos párrafos cercanos habla de las islas de los bienaventurados y más tarde nombra al profeta Jeremías y a otros personajes bíblicos.

El final del relato, tanto en la versión antigua como en la última, acepta la tesis muy antigua de que Alejandro murió no de enfermedad, sino envenenado, pero tuvo tiempo para irse despidiendo de los suyos. Este final tiene un tono patético bastante logrado, con plantos oportunos y con el suicidio del caballo Bucéfalo y de su muy amante esposa la reina Roxana. Resulta un excelente final, algo más alargado en el relato tardío.

Muy poco tienen en común estas dos fabulosas *Vidas* algo míticas con las novelas históricas modernas sobre el gran conquistador, que es tal vez el personaje del mundo antiguo griego más biografiado y novelado en los dos últimos siglos. En todas esas narraciones sobre el gran monarca macedonio hay siempre una intención histórica evidente, y se construyen con respeto escrupuloso de los datos que dan los historiadores y biógrafos antiguos, como Plutarco o Arriano, y con los testimonios arqueológicos. Las interpretaciones dramáticas y psicológicas varían y las representaciones del carácter y motivos y gestos del biografiado pueden ser muy varias y aun contradictorias, pero siempre con un respeto muy preciso a los datos y a los escenarios

históricos de los que parten las reconstrucciones de los relatos, con tonos muy diversos de muy varios estilos.

Por otra parte, no quisiera dejar de recordar aquí, aunque sea en una breve nota final, el texto más memorable de la literatura hispánica que vuelve a relatar, y lo hace en muy distinto estilo poético, la biografía alejandrina atribuida al Pseudo Calístenes. Me refiero al espléndido *Libro de Alexandre*, escrito por un clérigo castellano a comienzos del siglo XIII. Ciertamente, su largo poema se basa mucho menos en la versión latina del antiguo texto que en la admirable recreación literaria ya en largo y docto poema y en un refinado latín medieval, la *Alexandreis* del clérigo Gautier de Châtillon. A escasa distancia temporal, el poeta castellano cuyo nombre ignoramos reconstruye el relato de tono épico en numerosas estrofas de la *cuaderna vía*, es decir, en unos 2675 cuartetos de estupenda factura. No es momento ahora de glosar tan magnífico poema medieval ni de precisar su originalidad con respecto a los relatos anteriores. Hay en él muy sorprendentes aciertos, como son, por ejemplo, el relato de la gran guerra de Troya puesto en boca del mismo Alejandro, o el cónclave de los demonios en los infiernos en que Lucifer decide castigar la audacia del viajero Alejandro con una pronta muerte.

Pero, desde luego, no podemos alargar aquí y ahora estos comentarios, que solo quieren ofrecer una mínima nota puntual acerca de nuestro estupendo poema castellano, poema que entronca muy bien con la fabulosa recuperación de la figura del gran Alejandro, claro modelo de soberano cortés, en la literatura europea de la época, y de manera muy destacada y memorable en la épica francesa.[162]

CARLOS GARCÍA GUAL

NOTA BIBLIOGRÁFICA

No intentaré dar una bibliografía de los numerosos estudios o versiones sobre la leyenda de Alejandro en otras lenguas. Solo quiero recordar, muy brevemente, como puntos de referencia, algunos libros de enfoque amplio y de indudable interés:

Juan Casas Rigal (ed.), *Libro de Alexandre*, Real Academia Española, Madrid, 2014.

Chiara Frugoni, *La fortuna di Alessandro Magno dall'antichità al Medioevo*, La Nuova Italia, Florencia, 1978.

F. J. Gómez Espelosín, *En busca de Alejandro. Historia de una obsesión*, Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares, 2015.

—, *Alejandro Magno. Historiografía y propaganda*, Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares, 2007.

M.ª Antonia Liborio (ed.), con introducción de Peter Dronke, *Alessandro nel Medioevo Occidentale*, Fondazione Lorenzo Valla, 1997.

Richard Stoneman, *Alexander the Great. A Life in Legend*, Yale University Press, New Haven, 2008.

NOTAS

[1] Este breve prólogo sobre la fama de Alejandro falta en la versión de *A*. En su lugar nos encontramos con un elogio, en estilo retórico, de la sabiduría de los egipcios. Las líneas iniciales de *A* dicen así:

«Los sapientísimos egipcios, descendientes de los dioses, que han calculado las dimensiones de la tierra y han amansado las olas del mar, que han trazado las mediciones del río Nilo y establecido la posición de los astros en el cielo, han transmitido al mundo el poder dominador de la inteligencia, la invención de la capacidad de la magia.

»Cuentan, pues, que Nectanebo, el último rey de Egipto, después del cual Egipto decayó de su anterior dignidad, dominaba todas las cosas con su poderío mágico. Todos los elementos cósmicos se sometían a él, a su palabra…».

El texto enlaza luego con el nuestro, para relatar la historia de Nectanebo.

En estas líneas hemos traducido algo libremente la expresión de «el poder dominador de la inteligencia». El texto griego es incierto. Otra versión posible es «el imperio por dominio del *lógos*». Pero la palabra *lógos*, que utiliza el griego, es intraducible en toda la amplitud de su campo semántico. La misma palabra *lógos* se usa un poco después, al decir que «todos los elementos cósmicos se sometían a él, a su *lógos*». La idea de que la *heúresis magike¯s dynámeos*, «el hallazgo o invención del poderío de la magia», resulta lo más notable de la ciencia del sabio Egipto es un dato que indica la mentalidad del autor de este relato tan atento a los prodigios y maravillas.

La historia de Nectanebo, que comienza aquí y concluye en I, 14, es una novela breve de tipo «milesio», adosada a la trama general, al estilo de esas novelas cortas o narraciones menores que suelen intercalar, a modo de episodios diversos, otros novelistas. Sobre su interés ya hemos tratado en el prólogo. (Cf. B. E. Perry, «The Egyptian Legend of Nectanebus», en *Transactions and Proceedings of the American Philological Association* 97 (1966), 327 y sigs.)

2 La *lecanomancia* o «adivinación por lebrillo» era un método de profetizar el futuro, mediante la observación e interpretación del movimiento del agua en la vasija y de las formas que sobre el agua adoptaban otros líquidos, generalmente el aceite. En la antigüedad era un procedimiento bastante divulgado. (Cf. W. R. Halliday, *Greek Adivination*, Londres, 1913, capítulo VIII (reed., 1967).) Aún en la actualidad se utiliza. Así, por ejemplo, en *El otoño del patriarca* (Barcelona, 1975) de G. García Márquez se nos cuenta que el protagonista conoce su futuro: «Lo sabía desde una tarde de los principios de su imperio en que recurrió a una pitonisa para que le leyera en las aguas de un lebrillo las claves del destino que no estaban escritas en la palma de su mano, ni en las barajas, ni en el asiento del café, ni en ningún otro medio de averiguación, solo en aquel espejo de aguas premonitorias, donde se vio a sí mismo muerto…» (págs. 86-87).

La descripción que se nos da de las prácticas de Nectanebo excede la lecanomancia propia. Es una mezcla de adivinación y de magia a distancia. Instrumentos de acción mágica son su manto de profeta, el báculo y las fórmulas de encantamiento, además de las figurillas representativas. Por otra parte, denominación de «profeta» corresponde a un título concreto y a un rango elevado en la jerarquía sacerdotal egipcia.

3 En esta expresión de «los supuestos *dioses*», como en alguna otra similar (p. ej., en I, 3, «el que llamaban su dios»), encontramos una cauta reserva de influjo cristiano.

4 Se usa aquí la palabra latina *exploratores*. Tropas con esa específica denominación y función comenzaron a utilizarse en época del Bajo Imperio.

5 Hay una amplia variación entre los nombres de los pueblos que dan unos y otros manuscritos, como es frecuente en nuestro texto en estas listas de nombres propios. (Así *A* comienza enumerando a los escitas, los árabes, los sirios, los caldeos, los mesopotamios, etc. Más tarde, en I, 3, se nombra, más justamente, a los persas. Los pueblos aquí relacionados pertenecen en su mayoría a tribus vecinas del mar Negro y del Caspio. Se supone que esta lista puede estar en relación con la enumeración de victorias de algún emperador romano en esa zona, concretamente con las de Aureliano (cf. la *Historia Augusta: Aurelianus* 33, 4), según nota Van Thiel.

6 Pelusio, situado en la boca más oriental del Nilo, era el puerto egipcio fortificado y fronterizo más cercano a Asia. Por él escapa Nectanebo, previamente disfrazado, con el vestido de lino y el cráneo rasurado y sin barba, como un sacerdote egipcio.

7 Esta alusión al regreso del faraón rejuvenecido, es decir, en la figura de su hijo Alejandro, es una forma de expresar la idea de la

reencarnación del viejo rey desposeído en el nuevo soberano victorioso; supuestamente un extranjero, pero en realidad resulta ser el descendiente directo y heredero legítimo del trono, rediviva personificación del faraón exiliado por los invasores persas, y su vengador. Este rasgo mítico del origen egipcio de Alejandro —que pudo favorecer la propaganda real por ser a la vez grato a los nacionalistas egipcios— es probablemente el elemento más antiguo en la trama novelesca sobre la desaparición de Nectanebo y su reaparición en la capital de Macedonia.

El santuario del Serapeo y su dios Sérapis fueron muy favorecidos por los monarcas helenísticos. Fueron los Tolomeos quienes hicieron de esta divinidad, sincretizada con el Zeus helénico, el primer dios de Egipto. En *A*, en cambio, los sacerdotes egipcios consultan a «Hefesto, el abuelo de los dioses», y este es quien da el oráculo acerca del regreso del rey huido, que, «después de despojarse de su figura de anciano y de dar la vuelta al mundo, volverá joven a la tierra de Egipto». (El dios griego Hefesto corresponde al egipcio Ptah. Cf. más adelante, nota 59).

8 Los llamados «magos» son, en principio, sacerdotes persas. Más tarde esta denominación se extendió a los que practicaban la magia en general. Este paso se ha cumplido ya en la época de redacción de *A*, donde Nectanebo confiesa: «Soy por excelencia profeta egipcio, y además mago astrólogo». En *A*, Olimpíade saluda a Nectanebo como «excelentísimo matemático», mientras en nuestro texto solo se refiere a él como «profeta».

De los demás tipos de adivinos enumerados aquí por Nectanebo —las otras recensiones introducen algunas variantes—, los más curiosos son, seguramente, los profetas «ventrílocuos» (*engastrímythoi*), en cuyo vientre se dejaba oír una voz oracular, de origen divino.

En *A* la entrevista de la reina Olimpíade y de Nectanebo tiene un matiz erótico más explícito. Así se nos dice que él «vio que la belleza de la reina era más radiante que la luna. Y como era extraordinariamente aficionado a las mujeres, sintió aguzarse su entendimiento bajo la influencia del deseo amoroso…».

9 Esta singular tablilla de simbolismo astrológico tiene algunos paralelos en las descripciones de los antiguos. Cf. F. Boll, W. Gundel, *Sternglaube und Sterndeutung*, Leipzig, 1931 (4.ª ed.), págs. 196 y sigs. (reed. Darmstadt, 1966). El *horóscopos* es la estrella ascendente en el momento del nacimiento de una persona.

Sobre la relación entre los «magos», los «matemáticos» (llamados también «caldeos») y la especulación astral, puede verse el interesante libro de J. Gagé, «*Basileia*». *Les Césars, les rois d'Orient et les «mages»*, París, 1968. (Sobre la contribución de los *magoi* de Egipto a la *Novela de Alejandro*, en el siglo III, trata especialmente en págs. 275-76).

10 Amón, el dios egipcio, fue también identificado en el sincretismo religioso helenístico con Zeus. A él le estaba consagrado el carnero; y el dios aparece con los cuernos en espiral de ese animal, adosados a las sienes, y con un aspecto patriarcal, en las representaciones de la época. Su cabellera y su barba son grises a veces (cf. I, 8), como corresponde a su edad, o doradas, siendo el oro el metal simbólico de la divinidad. El oro y los cuernos de carnero tienen además un simbolismo solar característico.

La vinculación de Alejandro con este dios, de quien se consideraba descendiente, es bastante compleja. El dato antiguo más notable es su famosa visita al santuario de Amón en Libia. El disfraz de Nectanebo como Amón nos presenta en forma profana y novelesca la creencia mítica de la visita de un dios a una mortal, noble y joven, para engendrar en ella a un héroe. Alejandro, después de su coronación, se hizo proclamar hijo de Amón, y luego se identifica con este dios; aunque es difícil discernir lo que hay de político y la parte de auténtica religiosidad en la progresiva deificación del monarca macedonio.

Sobre el culto a Alejandro divinizado en Egipto, véase el libro de P. M. Fraser, *Ptolemaic Alexandria*, Oxford, 1972, págs. 213 y sigs. (Sobre la *Vita Alexandri* y su creación en Alejandría, cf. *ibid.*, págs. 676-683).

Cf. J. Ferguson, *The Religions of the Roman Empire*, Londres, 1973, con bibliografía.

11 En *A* Nectanebo anuncia a Olimpíade que verá al dios primero en forma de serpiente y luego en varias metamorfosis: «Se transformará en el cornudo Amón, en el vigoroso Heracles y en Dioniso, el portador del tirso; y, finalmente, el dios se te mostrará al acudir a ti en forma humana, con mis propios rasgos». (*A* subraya ya aquí la vinculación de Alejandro con esos tres dioses: Amón, Heracles y Dioniso, que volveremos a encontrar).

El «manto color de serpiente», probablemente un dato antiguo y original, puede recordar esas metamorfosis que nuestra recensión no nombra, como si el dios, al aparecer en forma humana, guardara sobre sí un vestigio de su piel de ofidio.

Dioses griegos, como Apolo y Asclepio, podían aparecer también bajo esa forma. Algunos encantadores, como el famoso Alejandro de Abonutico, del que trata Luciano (en su diálogo *Alejandro o el falso profeta*), utilizaban serpientes amaestradas para sus trucos de efecto. Plutarco (*Vida de Alejandro* 2, 5) cree que esta leyenda sobre la relación de Olimpíade con una serpiente puede provenir de su papel como bacante en ritos órficos y dionisíacos, donde las mujeres expertas actuaban manejando grandes serpientes domesticadas. En Egipto la serpiente puede asumir también un carácter divino, y figura en los símbolos del poder real. Por otra parte, recuérdese el marcado

carácter ctónico del animal y el perenne simbolismo sexual que parece latir en esos sueños con serpientes.

12 Todos esos signos mencionados encajan bien en la leyenda de Alejandro: el oro, el sol y la lanza (que equivale al cetro, pero añade su carácter belicoso al significado regio) son símbolos manifiestos. De la cabeza de león como emblema del valor podríamos decir lo mismo; el rostro de Alejandro tendrá aspecto leonino. El halcón era considerado por los egipcios como portador de sueños (Eliano, *Historia de los animales* 11, 39). También como la encarnación animal del faraón. En muchas representaciones el halcón —símbolo de Horus— extiende sus alas sobre él.

13 En Egipto el huevo es un símbolo del universo, creado por Atum en forma de un huevo primigenio —como en ciertas cosmogonías órficas, y en la parodia aristofánica de las *Aves*—. La serpiente es un símbolo del poder real, y en la forma estilizada del *ureus* la porta el faraón en su diadema, como insignia regia.

14 Esta impresionante y pintoresca escena del parto de Alejandro, retenido hasta el momento oportuno, tiene en la redacción de *A* un colorido mítico que nuestro texto no conserva. Por el contrario, el redactor de esta versión ha procurado reflejar mejor el dramatismo de la situación, prescindiendo de las alusiones mitológicas un tanto eruditas de *A* (cuyo texto conservamos muy corrupto en este pasaje).

15 No sabemos nada de este hijo anterior, ya muerto, de Filipo, ni de su madre. El que el nacimiento de un gran personaje venga señalado por fenómenos atmosféricos —muestra del favor divino y de la simpatía cósmica— es un tópico de la historiografía popular. Plutarco (o. cit. 3, 3) refiere que el nacimiento de Alejandro coincidió con el incendio del famoso templo de Ártemis en Éfeso.

16 El aspecto leonino de Alejandro está atestiguado por los historiadores. No así la asimetría de sus facciones, rasgo que revelaba, según creencia antigua, un poder demoníaco. La descripción fisiognómica, muy apreciada en la época, ofrece aquí un ejemplo pintoresco. En *A*, los ojos de Alejandro son «uno, blanco, y otro, negro».

17 Existen notables variaciones en los nombres de los educadores y maestros de Alejandro. Nuestro texto trasmite corrupto el nombre de su nodriza, que fue «Lanica, hermana de Clito (apodado) el Negro». Hay fluctuaciones en algunos nombres: p. ej., según *A*, su maestro de retórica fue Aristómenes de Atenas; nuestro texto nombra, más correctamente, a Anaxímenes. En señalar a Aristóteles como su maestro de filosofía suelen coincidir (aunque *A* lo nombra Aristóteles de Mileto). Aristóteles fue, efectivamente, su preceptor en el año 343/342. Su relación con Alejandro se vio muy comentada por la leyenda como paradigma de la relación pedagógica entre el tutor

sabio y el joven rey. (Cf. M. Bröcker, *Aristoteles als Alexanders Lehrer in der Legende*, tesis, Bonn, 1966). Esta relación, que aún en la Edad Media dará lugar a la invención de nuevas anécdotas, sirve de base a la famosa «Carta de Alejandro a Aristóteles sobre las maravillas de la India».

La lista de estos maestros procede, según Valerio y el texto de la traducción armenia, de Favorino, escritor contemporáneo de Adriano, de su obra en griego *Pantodapai historiai* («Miscelánea histórica»). Es este un dato que, admitido por el consenso general, sirve para señalar una fecha *post quem* de la redacción de nuestra obra.

18 La alusión a la astronomía, como culminación de la ciencia adquirida por Alejandro, es propia de nuestra redacción. La conservarán las refundiciones medievales, y en el *Roman d'Alexandre* se agregarán a estos conocimientos otras enseñanzas de la época, como el saber jugar al ajedrez y el tratar con cortesía a las damas.

19 A Bucéfalo, caballo salvaje e indómito, se le adjudica aquí esta extraña faceta de comer carne humana. Caballos antropófagos conocían ya los griegos en algún mito, como el de los caballos del rey tracio Diomedes, que, como castigo divino por su salvaje trato, acabaron por devorar a su propio dueño.

20 El número de doce años puede tener una significación mítica. A esa edad revela también Jesús (según el Evangelio de Lucas y el de Tomás) su naturaleza divina.

21 «Padre», en griego, ya desde Homero, es un apelativo cariñoso referido a cualquier hombre de edad. También «hijo» es, paralelamente, un término afectivo, sin más. Pero aquí el autor juega, irónicamente, con los dos significados, el más estricto y el afectivo, de tales términos.

El episodio de la muerte del astrólogo al caer en un pozo está montado sobre la conocida anécdota que se refiere de Tales (Platón, en *Teeteto* 174 a; Dióg. Laercio, I, 34; Esopo, 40 Hausrath).

A ella se agregan otros dos motivos míticos: el del viejo rey que muere a instancias del joven heredero —aunque sea inintencionadamente, como el caso de Egeo al regreso de Teseo—, y el del adivino, que ha previsto su propia muerte, pero no puede evitarla —como Anfiarao y Mopso en sus respectivas leyendas—.

22 Esta comparación mítica —solo en cierto aspecto oportuna, puesto que Alejandro no saca a su padre vivo de ninguna Troya— es un «feliz» hallazgo del redactor de la versión *B*.

23 Un *thauma*, maravilla digna de asombro, bien subrayado por nuestro redactor (la observación falta en *A*). Eran muy del gusto de la época, de estos primeros siglos de nuestra era, este tipo de anécdotas que se coleccionaban en breves obrillas tituladas genéricamente

Parádoxa.

[24] *Bouképhalos*, del gr. *bous* y *kephalé*. Era corriente marcar a los caballos en la grupa, aunque en el caso de Bucéfalo parece tratarse de una mancha natural.

[25] Sobre la leyenda de Bucéfalo, cf. A. R. Anderson en *American Journal of Philology* 51 (1930), 1 y sigs. Frente a esta versión de la doma sorprendente y maravillosa de su caballo, está la tradicional (de Plutarco, en o. cit. 6), según la cual Alejandro logró vencer la resistencia del caballo, que se asustaba de su propia sombra, colocándolo de cara al sol.

[26] Todo este episodio de la carrera de carros en Olimpia está inventado por el autor de esta novela, sobre la base de una frase anecdótica de Alejandro (Plutarco, o. cit. 4, 10) que afirma que él competiría en Olimpia si sus oponentes fueran reyes. En realidad, los conductores de los carros eran aurigas profesionales, mientras que los que recibían los premios y eran proclamados vencedores eran los dueños de las caballerías, que sí que eran aristócratas y reyes de diversas comarcas griegas, en la época clásica.

En todo el episodio se deja notar el estilo del autor, al dramatizar la acción mediante el diálogo, y darle su regusto popular. La pasión de los alejandrinos, y los romanos, por las carreras de caballos, así como su conocimiento de los trucos de los cocheros para obtener la victoria, han favorecido la creación de esta escena.

[27] Juego de palabras entre el nombre griego de *Nicolaos* y el verbo «vencer» (gr. *nikáo*). Se repite al final de I, 19.

[28] Expresión proverbial. Cf. Hesíodo, *Trabajos y días*, v. 265.

[29] El redactor de *B* ha sustituido el nombre de Átalo (que puede leerse en *A*, según conjetura de Müller) por el de Lisias, que es, en *A, el del bufón* (*gelotopoiós*) que con sus palabras desencadena la violenta escena siguiente. El episodio tiene un núcleo histórico (en la boda de Filipo con la sobrina de Átalo) y está referido por Plutarco (o. cit. 9, 3, y sigs.). Pero el novelista ha variado completamente el final del mismo, para conceder mayor gloria a Alejandro, como reconciliador de sus padres en una escena moralizada y falsa.

[30] Las comparaciones mitológicas son una de las debilidades de nuestro autor. Aquí mezcla dos escenas bien famosas, de las que probablemente conociera alguna representación plástica: la batalla de centauros y lapitas en las bodas de Pirítoo, y la venganza de Ulises. Ambas escenas están un poco traídas por los pelos. (Otras alusiones mitológicas en I, 10; I, 13; I, 14; I, 15; I, 42; III, 2; III, 28).

[31] Juego de palabras entre *Lysias* y *diá-lysis*, «separación».

[32] Filipo destruyó la ciudad de Matona en 354. En el 340, mientras Filipo hacía una campaña contra Bizancio, Alejandro, al frente de un

ejército como regente de Macedonia, a sus dieciséis años, conquistó la ciudadela de los medenses (gr. *maídoi*) (cf. Plutarco, o. cit. 9, 1). Es probable que el novelista confunda ambas noticias y las altere a su gusto.

33 Este encuentro con los emisarios del rey de Persia se basa en una anécdota antigua (cf. Plutarco, o. cit. 5, 1). El rey de Persia, como señor del universo, exige de los demás un tributo por la tierra que poseen en usufructo, pero que solo a él pertenece por derecho divino. En la época en que se sitúa esta charla aún no reinaba en el trono persa Darío, que subió a él en 336, el mismo año en que comenzó a reinar Alejandro.

Es probable que el germen de este episodio esté en la narración de Heródoto (V, 17-20), donde se cuenta que, antes de la invasión de Jerjes, los enviados persas solicitaron del rey de Macedonia, Amintas, tierra y agua como señal de acatamiento. Amintas obedeció a sus requerimientos. Luego solicitaron la presencia de las mujeres de la corte en el banquete, y al intentar propasarse con ellas, el joven hijo de Amintas, llamado precisamente Alejandro, intervino para negarse a sus abusos y los hizo matar.

34 Una libra romana (gr. *litra*) = 327,5 gramos, que equivalía a 72 piezas de oro en el Bajo Imperio.

35 Invención de la recensión *B*. Posible influencia de II, 17.

36 Todo este episodio un tanto romántico es una creación del novelista sobre el dato generalmente transmitido de la muerte violenta de Filipo, asesinado por el joven Pausanias, noble macedonio, en un acto de venganza, cuando se dirigía a una fiesta en el teatro con ocasión de la boda de su hija Cleopatra con Alejandro de Epiro, hermano de Olimpíade, en el 336.

37 La profecía de Amón tiene una aplicación doble: la inmediata que aquí le da Filipo, considerándose padre de Alejandro, y la de vengador del exilio de Nectanebo, al expulsar de Egipto y someter a los persas (el relato de la muerte de Filipo está mucho más desarrollado en *A*, con otros detalles).

38 El número de las tropas varía según los manuscritos y la suma total no es exacta. En la recensión *A* faltan los capítulos sigs. (27-29).

39 La destrucción de Tebas se contará más tarde de nuevo (I, 46), aunque este parecía lugar más propio para hacerlo. El flautista Ismenias vivió en la primera mitad del siglo IV y su maestría se hizo proverbial.

40 El talento era la mayor unidad monetaria de la antigüedad. Es difícil calcular su correspondencia actual. En época clásica el talento de plata ateniense equivalía a 60 minas, es decir, a 6.000 dracmas áticas. El oro valía, en tiempos de los Tolomeos, doce veces más que la

plata. Según Plutarco (o. cit. 15, 12), Alejandro contaba en los comienzos de su campaña con solo 70 talentos (según noticia tomada de Aristóbulo) y adeudaba 200 (según noticia de Onesícrito).

Las cifras de nuestro texto son una invención fabulosa de nuestro novelista, que no tiene reparos para imaginar enormes cantidades de oro. Como de costumbre, hay variaciones en las distintas recensiones. (Valerio da la cifra de 60 talentos, y *A*, de 70, de acuerdo con la noticia de Aristóbulo).

41 Diodoro (17, 17, 2) cuenta la misma anécdota.

42 Como se ve, al autor le interesan menos las batallas que las anécdotas y *parádoxa*. En este caso parece tratarse de un hecho real: junto al monte Clímax, en Licia, podía cruzarse a pie una extensión marina cuando soplaba el viento del norte. Esto sucedió en ocasión de la llegada de Alejandro y fue considerado un suceso milagroso (Arriano, 1, 26; cf. Calístenes, *F. Gr. Hist.*, 124 F 31).

43 Este viaje a Italia y de allí a Cartago es pura invención del novelista. Luego usa ya algunos datos históricos de su paso por Egipto. El texto de *A* es más explícito: «Los generales de los romanos, por mediación del general Marco Emilio, le envían la corona de Zeus Capitolino entretejida de perlas, con estas palabras: “Te coronaremos, Alejandro, cada año con una corona de oro de cien libras de peso…”».

Traduzco unas líneas de la introducción de Van Thiel (pág. XVIII) que me parecen resumir muy bien la significación del pasaje:

«Algunos elementos del cap. I, 29, que nuestro autor ha alterado con gran libertad, proceden igualmente de su fuente histórica. En Memnón de Heraclea (*F. Gr. Hist.*, 434 F 18, 2) leemos: “Cuando Alejandro se disponía a cruzar a Asia Menor, escribió a los romanos que debían, o vencerle, si podían, o someterse al más fuerte. Entonces los romanos le enviaron una corona de oro por valor de 100 talentos”. Algo así debía relatar nuestro historiador (del que toma su esquema el novelista).

»El nombre de Marco Emilio, que este introducía, apunta intencionadamente a Paulo Emilio, el vencedor de Pidna, y la historia entera se ha inventado en una época en que la supremacía de los romanos pesaba gravemente sobre los estados de los diádocos, es decir, que Alejandro se comportaba frente a los altivos romanos del mismo modo como ellos estaban acostumbrados a tratar a sus súbditos».

Por otra parte, algunos historiadores hablan de una embajada de los romanos que se presentó a Alejandro en Babilonia (Arriano, 7, 15, 5); y nos cuentan que Alejandro, tras conquistar el Oriente, planeaba someter luego a Cartago, Sicilia y Roma (Arriano, 7, 1, 3).

44 El novelista, después de haber llevado a Alejandro hasta Cartago,

encuentra natural colocar aquí, en la marcha por el norte de África hacia el este, la visita (famosa e histórica, pero posterior a su conquista de Egipto) del joven rey al santuario libio de Amón, en el oasis de Siwa. La mención de la isla de Proteo, es decir, la de Faro, como lugar de cita para el reencuentro con su flota, es un tanto proléptica. Alejandro descubre la existencia de esta isla más tarde (I, 32).

45 Según Plutarco (o. cit. 26, 3), cuando Alejandro pensaba en fundar una gran ciudad en el norte de Egipto, tuvo en sueños la visión de un anciano de venerable aspecto (Homero o Proteo) que le recitó los versos de la *Odisea* IV, 354-5:

Hay más allá una isla en el resonante mar,

ante la costa de Egipto. Y la denominan Faro.

El oráculo de Amón es más complicado (y se repite luego en I, 33). Amón, dios solar y profético, se identifica con Febo Apolo. Eón Plutonio significa Sérapis, dios de ultratumba que los griegos identificaron con Plutón (cf. Plutarco, *Sobre Isis y Osiris* 27) y, en un sincretismo de carácter filosófico más abstracto, con Eón (gr. *aion*), dios de la totalidad y la eternidad, de origen persa. Las cinco colinas se refieren a los cinco elementos cósmicos de la religión persa, o tal vez a las cinco partes de Alejandría.

46 El nombre de esta población era *Paraitonion* (hoy Marsa Matruch), un puerto en la frontera occidental de Egipto con Libia. En el camino hacia el santuario de Amón, que dista 230 kilómetros de Alejandría. El autor de nuestro relato no desaprovecha la oportunidad de inventarse una etimología casual. De su afición a estas explicaciones etimológicas hay otros ejemplos (I, 22; I, 31; I, 32; I, 35, etc.).

47 Es decir, no se trata de la ciudad de Hermes (*Hermou pólis*), sino de «la ciudad del puerto de atraque» (*hormou polis*). La etimología es falsa. Hermúpolis es el puerto actual de Damanhour.

48 La *chora alexandreon* o comarca de Alejandría. En *A* toda esta descripción geográfica es mucho más extensa y con más topónimos. El autor de la narración, que es alejandrino, se mueve aquí entre unos términos geográficos bien conocidos, por una vez. Esta descripción geográfica de Alejandría y su comarca posee cierto interés histórico. Es difícil comentarla aquí en detalle. Cf. Van Thiel, o. cit., págs. 175 y sigs., quien, a su vez, remite a A. Calderini, *Dizionario dei nomi geografici e topografici dell'Egitto grecorromano*, El Cairo, 1935, y a A. Adirani, *Repertorio d'arte dell'Egitto Greco-Romano*, serie C., vols. I-II, Palermo, 1963, 1966. Cf., además, P. M. Fraser, o. cit.

49 Cleómenes y Nomócrates fueron, efectivamente, los que dirigieron la construcción de la nueva ciudad. La discusión sobre las proporciones justas de la pólis era un tema que preocupaba a los

griegos desde antiguo, y en Aristóteles (en la *Política* VII, 4, y en otros lugares) lo hallamos tratado con seriedad. Las grandes ciudades del período helenístico iban pronto, sin embargo, a crecer de un modo desmesurado. Aunque el motivo político principal en que se basaban los antiguos teóricos, el de la participación personal en el gobierno democrático de la pólis, había dejado ya de tenerse en cuenta.

50 *Dracon y Agathodaímon* eran los nombres de los dos grandes canales de Alejandría, que, con modificaciones, aún subsisten. Eúforo y Melantio debían de ser los nombres de dos distritos de la ciudad. El que dirigió la construcción de canales subterráneos fue Crates de Olinto (aquí alterado en Cártero). Las explicaciones de los nombres están inventadas. «Hipónomo» significa, simplemente, en griego, «canal subterráneo».

51 Ya en la *Odisea* IV, 349 y sigs., se habla de Faro como lugar de residencia de Proteo, viejo dios marino de raudas metamorfosis. En época helenística el culto a este viejo dios pudo cargarse de nuevas connotaciones, haciendo de él una divinidad originaria en el proceso cósmico.

Por otra parte, el hallazgo de su tumba garantiza la protección del *héroe* enterrado sobre la vecina ciudad, fundada junto a su santuario.

52 La anécdota es antigua (cf. Plutarco, o. cit. 26, 5 y sigs.; Arriano, 3, 2, 1 y sigs.). Plutarco dice que emplearon harina al no tener a mano yeso.

53 Alejandría fue dividida, efectivamente, en cinco distritos, denominados con las cinco primeras letras del alfabeto griego. La etiología aquí dada es pura invención.

54 Las serpientes son una aparición metamórfica de los genios tutelares de las casas. El *agathós daímon* de la mansión asume la figura de serpiente para penetrar y habitar en ella. En Egipto las serpientes eran veneradas por tal motivo. Además de los cultos privados al «buen demonio» particular, existía la fiesta pública del *Agathós Daímon*, celebrada en 25 de Tybi (enero).

55 El «multiforme animal» es Cerbero, el infernal perro de tres cabezas, que en el tardío helenismo se asoció al culto de Sérapis. Zeus y Hera equivalen a Sérapis e Isis. El Heroon y el Serapeo fueron dos grandes templos de Alejandría. El emplazamiento de este último es bien conocido por las excavaciones arqueológicas, que han descubierto los fundamentos de su gigantesca construcción.

56 En nuestra recensión se ha perdido, o expresamente eliminado, una parte de esta historia. Traducimos el texto de *A*, para suplir la laguna:

«Alejandro preguntó de quién eran los obeliscos. Le contestaron: "Del rey emperador del mundo, de Sesoncosis". En caracteres

hieráticos está grabada esta inscripción: “El rey de Egipto, Sesoncosis, emperador del universo, los erigió en honor de Sérapis, dios manifiesto del universo”.

»Dijo entonces Alejandro, con la mirada dirigida hacia el dios: “¡Magnífico Sérapis, si tú eres el dios del universo, muéstramelo!”.

»Se le apareció en sueños el magnífico dios y le dijo: “¿Te has olvidado, Alejandro, de lo que dijiste al ofrecer tu sacrificio? ¿No dijiste entonces: ‘Quienquiera que seas que velas providentemente sobre la tierra y que con tu mirada abarcas el universo ilimitado, acéptame este sacrificio y sé mi auxiliador en los combates’, y al instante descendió en vuelo un águila y arrebatando las vísceras las depositó en mi altar? ¿No te era posible inducir que yo soy el dios que vela providente sobre todas las cosas?”.

»Y en sueños interpeló Alejandro al dios y le dijo: “¿Va a perdurar con mi nombre esta ciudad de Alejandría que acabo de fundar, o cambiará este nombre mío por otra denominación en tiempos de otro rey? Revélamelo”. Entonces ve que el dios le da la mano y lo transporta junto a una enorme montaña y le dice:

»“Alejandro, ¿puedes cambiar de lugar esta montaña?”. Soñó que él respondía: “No puedo, señor”. Y el dios le dijo: “Del mismo modo tampoco tu nombre puede ser transferido por la denominación de otro monarca. Sino que Alejandría aumentará en bienes, y sobrepasará y favorecerá a las ciudades de origen más antiguo que el suyo”.

»Alejandro dijo: “Señor, revélame además esto, cuándo y cómo voy a morir”.

»El dios contestó:

»“Es sedante, hermoso y noble, que quien nació mortal ignore cuándo se va a encontrar el término fijado a su vida. Los que son mortales desconocen en su interior que es inmortal la vida multiforme, mientras se mantengan ignorantes de las desgracias. Piensa también tú que eso precisamente es lo más hermoso y no pretendas conocer de antemano el futuro. Pero ya que tú me interrogas deseoso de conocer el porvenir, te es concedido enterarte en resumen de esto: Tú, que has venido joven a mis dominios, someterás a todas los tribus de los bárbaros…”».

El texto de *A* presenta luego algunas lagunas y enlaza con el de nuestra redacción en lo fundamental. Es probable que el redactor de *B* haya suprimido el párrafo que acabamos de traducir por parecerle inoportuna la glorificación de Sérapis como dios omniprovidente. Me parece probable que, desde su perspectiva cristiana, el redactor tardío prefiera dejar las alusiones a la providencia en un tono un tanto ambiguo.

La alusión a Sesoncosis, el gran conquistador egipcio, como

precursor de Alejandro en su papel de «emperador del universo» (gr. *cosmocrátor*), se repetirá más adelante. Seguramente el autor alejandrino del relato conoce la leyenda sobre este faraón, desarrollada en Egipto desde mucho tiempo atrás (Heródoto, II, 102-110) y que vino a parar en cierta *Novela de Sesoncosis*, que conocemos, por restos papiráceos, muy fragmentariamente.De Sesoncosis nos habla también Diodoro, 1, 35 y sigs., que toma sus datos de Hecateo de Abdera, un historiógrafo novelesco de la época de Tolomeo I. Según Diodoro (5, 55, 3), Sesoncosis había llegado, en su expedición a la India, más allá que Alejandro. Sesoncosis es, según la tradición, el fundador del culto de Sérapis; Alejandro, su restaurador. Como advierte Van Thiel, la idea del «imperio mundial» no es griega; sí, en cambio, típica en Egipto.

La profecía sobre el futuro de Alejandro y la gloria de Alejandría (es decir, a partir de «Es sedante, hermoso y noble») está, en *A*, en trímetros yámbicos. (Se conservan 40 versos).

57 Como es bien sabido, los griegos utilizaban sus letras para la notación numérica. Así que es fácil resolver este enigma: 2 veces 100 = 200 = Σ = (S); 1 = A; 100 = P = (R); otra vez A; 4 veces 20 = 80 = Π = (P); 10 = I; y la primera letra = Σ (S) = S A R A P I S.

58 *A* agrega que Alejandro, tras celebrar otros sacrificios al dios, hace construir el Serapeo en su honor para albergar su estatua convenientemente. Cita unos versos de Homero (*Ilíada* I, 528-530), que no tienen probablemente otro sentido que subrayar la semejanza entre Sérapis y el Zeus griego en su venerable aspecto, y concluye: «Así, pues, Parmenisco edificó el llamado Serapeo de Parmenisco» (sobre el culto de Sérapis, cf. L. Vidman, *Isis und Sarapis bei den Griechen und Römern*, Berlín, 1970).

59 El texto dice que Alejandro se dirige a Egipto, tras abandonar Alejandría. Esta ciudad, fundación griega, quedaba al margen del Egipto auténtico, cuya capital histórica era entonces Menfis, tradicional sede de la coronación de sus reyes en el delta del Nilo. El dios Hefesto —a quien ya se menciona en *A* cuando la consulta sobre Nectanebo— es, simplemente, la versión griega del egipcio Ptah, patrón, como el dios heleno, de los artesanos. Como dios soberano de la ciudad de Menfis, presidía la coronación de los faraones. Demiurgo universal, había modelado el mundo en su creación. Se le representaba en figura de dios anciano.

60 El gesto de Alejandro al abrazar la estatua de Nectanebo reproduce un momento del ceremonial egipcio de la coronación, en que el faraón recién designado abrazaba a su antecesor. Por otra parte, la alusión de Alejandro a «los inexpugnables muros» de Egipto puede entenderse, creo, metafóricamente, referida al aislamiento geográfico natural del país. De otro modo habría que pensar que Alejandro se

refiere a Egipto, erróneamente, como una *polis*, del mismo modo que en nuestro texto se hace luego con Persia (II, 13; II, 14). Pero el error sería más raro en este caso, ya que el autor de nuestro texto conoce bien Egipto.

61 Los «catafractos», caballeros acorazados, que con su completa armadura preludian a los caballeros medievales, pertenecen a una época posterior a Alejandro. Este tipo de caballería fue desarrollado por los partos en sus encuentros con los romanos, y luego por los persas sasánidas. Ya en Cannas (55 a. C.), la intervención de los catafractos fue decisiva. Y en la guerra contra los persas de 322-323 d. C. las tropas romanas volvieron a experimentar sus temibles embestidas. Hombre y corcel cubierto de malla, arco y aljaba, pesado casco con visera, escudo redondo y lanzón formaban el arnés de estos guerreros, según nos los reproduce el célebre grafito de Dara, «la estatua del jinete de Taq-i Bostan, en el arte sasánida.

62 La conquista de Tiro, tras un penoso asedio de siete meses, es una de las más arduas hazañas de Alejandro. La ciudad, establecida sobre una isla, era tenida por inexpugnable, hasta su caída en julio del 332.

Nuestro novelista invierte el curso de la marcha de Alejandro, ya que aquí sube desde Egipto a Siria, en lugar de su recorrido histórico a lo largo de la costa fenicia hacia Egipto. Gaza fue conquistada después de la caída de Tiro. Es probable que nuestro novelista invierta el orden de las noticias, tomadas de un historiador helenístico. Por otra parte, es muy característico del estilo de nuestro autor este episodio, en el que ha preterido todos los detalles poliorcéticos de la batalla famosa para destacar solo unos detalles anecdóticos peregrinos.

63 Una curiosa advertencia, que hay que apreciar, teniendo en cuenta que más adelante el novelista nos pinta a Alejandro disfrazándose de mensajero propio ante Darío (II, 13-15), ante Poro (III, 3) y ante Candace (III, 19 y sigs.).

64 Aquí encontramos la primera de las cartas introducidas, con cierto desorden, en el relato. Es curiosa la soberbia con que aquí se expresa Alejandro, antes de enfrentarse con el rey de Persia. La carta contrasta con la moderación en el uso de títulos y sus irónicas contestaciones a las grandilocuentes expresiones epistolares de Darío, en las cartas siguientes.

65 Plutarco (o. cit. 24, 8) cuenta este sueño de otro modo. Alejandro ve en sueños a un sátiro, que se burla de él, y al que tras algunos esfuerzos consigue capturar. Los adivinos interpretan el nombre del sátiro como alusión a la toma de Tiro, dividiendo *satyros* en *sa* (tuya) y *Tyros* (Tiro). A nuestro autor se le ha ocurrido la nueva relación del nombre de la ciudad con el del queso (en gr. *tyrós*). El juego de palabras es intraducible, y su oportunidad un tanto dudosa.

66 Esta es la primera carta de la serie intercambiada entre Darío y Alejandro, que formaban el núcleo de una narración novelesca epistolar, incorporada luego por nuestro novelista a su relato. Esta carta debía figurar, en todo caso, antes de la batalla de Gránico, no aquí, después de la toma y destrucción de Tiro. Sobre el trastrueque de las cartas, al incluirlas en su texto el Pseudo Calístenes, ha realizado un excelente análisis Merkelbach en su obra ya citada. (Cf. págs. 84 y sigs. y *passim*).

67 Respecto de los regalos infantiles del látigo y la pelota, Ausfeld notaba que, según Justino (38, 9, 9), Demetrio II Nikator de Siria recibió del rey de los partos Fraates unos dados de oro, con un sentido parecido al que aquí da Darío a sus presentes. Merkelbach señala que esta noticia puede darnos un *terminus post quem* para la narración epistolar.

En narraciones griegas posteriores, Darío envía además a Alejandro dos sacos de granos de mostaza, para indicar la incontable multitud de sus fuerzas. Alejandro toma un puñado de estos granos y los mastica, comentando que son muchos pero sosos. Y le replica con el envío de un saquito de granos de pimienta. Este añadido parece de claro sabor oriental.

68 Este episodio es una interpolación de *B*, un doblete de II, 8, y aquí rompe el curso de la narración.

69 Esta carta al general Escamandro (?) (acaso corrupción de Casandro) carece de sentido.

70 Doblete de I, 28, colocado allí con mejor tino.

71 Este milagro se produjo, según Plutarco (o. cit. 15, 4), antes de partir hacia Asia, en Libetra, en la Pieria macedónica. La explicación del adivino en el texto de Plutarco es diferente: «Todos se espantaron ante el prodigio; pero Aristandro les exhortó a tener confianza, en el sentido de que Alejandro iba a realizar hazañas dignas de ser cantadas y celebradas, que darían mucho trabajo y sudor a los poetas y músicos que compusieron sus himnos» (cf. Arriano, I, 11, 2). En lugar del nombre de Aristandro, nuestro novelista ha introducido al mítico adivino Melampo.

72 Esta antigua y famosa anécdota (Apotegma 78 Sternbach) conoce algunas pequeñas variantes: en *A*, en lugar de «Agamenón» figura «Aquiles», que es probablemente lo correcto. Según un escolio al verso 357 del *Arte poética* de Horacio, Alejandro habría prometido al poeta una pieza de oro por cada verso bueno y un tirón de orejas por cada verso malo, experiencia que el mediocre poeta no pudo resistir.

El asombro de Alejandro ante las reliquias de los héroes homéricos está solo atestiguado por Pseudo Calístenes. La escena ante los restos de la Troya homérica es antigua. Plutarco (o. cit. 16, 4) la relata de

muy otro modo. Es probable que haya que contar con una laguna de nuestro texto. Valerio es el único que ha conservado una plegaria de Alejandro a su antepasado Aquiles. (Por vía materna, Alejandro creía descender de su hijo Neoptólemo).

73 Nuestro autor mezcla y confunde algunos datos tomados de una fuente histórica. Alejandro pasó por Abdera al trasladar su expedición a Asia. (También las anécdotas anteriores deben situarse en esa época de los comienzos de su expedición, a la salida de Macedonia).

74 «Los caldeos» está en lugar de «los calcidios» —en un error sorprendente por lo abstruso—, los habitantes de la península calcídica, cercana al Helesponto.

75 La anécdota es antigua, probablemente histórica; aunque su lugar no debe ser este, sino en el regreso de Alejandro desde la India a Mesopotamia. Arriano (VI, 25, 1) la sitúa en la penosa marcha a través de Gedrosia.

76 A partir de aquí, hay un cambio de escenario: ahora la guerra es en la vieja Grecia. Desde I, 45 hasta II, 6 se refiere en *A* (es decir, en las versiones más antiguas de la novela) el sometimiento de Grecia por Alejandro. El autor de la recensión β ha omitido esa parte del relato, seguramente —como observa Van Thiel— para evitar en parte las desviaciones históricas del recorrido de Alejandro y, sobre todo, porque en su época se había perdido el interés en el destino de las ciudades griegas de la Antigüedad.

La famosa destrucción de Tebas había sido referida ya en esta recensión brevemente, introduciéndola en un lugar correcto, en I 27. Un grupo de manuscritos dependientes de β (*FLV* λ) vuelven a relatarla aquí. Se trata de otro doblete, como el del baño en el Cindo, en I, 41 y II, 8, y el de la lanza hincada en tierra en I, 28 y I, 42.

El capítulo 45 nos refiere un nuevo oráculo sobre el glorioso futuro de Alejandro como conquistador. Traduzco a continuación el texto de *A*, interesante porque subraya una vez más la relación de Alejandro con Heracles:

«Pasando de largo junto a otras ciudades llegó hasta los locrios. Mientras allí descansaba su ejército, dejándolo por un día, se presentó en la comarca de los agrigentinos (¿?) [el texto está corrupto; sin duda, se trata de Delfos] y penetrando en el santuario de Apolo solicitó que la profetisa de Febo le vaticinara su futuro. Como ella le respondiera que el oráculo no emitiría profecía en su favor, Alejandro replicó lleno de cólera: "Si no quieres profetizar en mi favor, me llevaré yo sobre el hombro tu trípode, como se llevó Heracles el trípode parlante que había dedicado Creso, el rey de los lidios". Desde el fondo del templo surgió una voz hasta él: "Heracles, Alejandro, hizo eso como un dios frente a un dios; pero tú, que eres mortal, no rivalices con los dioses. Deja que tus hazañas sean divulgadas hasta el

umbral de los dioses”.

»Después de haberse manifestado tal voz, dijo la sacerdotisa de Febo: “El propio dios te ha profetizado al llamarte con un nombre muy poderoso. Porque te ha gritado desde el fondo del templo: ‘¡Heracles, Alejandro!’, indicando así de antemano que has de ser más fuerte que nadie en tus hazañas y que serás recordado en todos los tiempos”».

77 El flautista Ismenias (citado por este nombre en I, 27, y más detenidamente en *A*) es un personaje trasladado a la leyenda por su fama proverbial. Justino (XI, 5, 1 y sigs.) introduce a un tebano llamado Cleadas con el mismo cometido de suplicar a Alejandro.

78 Traducimos a continuación el texto de *A* que contiene, en primer lugar, una extensa declamación retórica sobre el tema, compuesta en su mayor parte en versos coliambos. (Cf. R. Merkelbach, pág. 87). En segundo término (I, 47), el motivo para la reconstrucción de Tebas, gracias a la petición del atleta victorioso Clitómaco. Este motivo carece, obviamente, de base histórica. Existió un famoso atleta Clitómaco, pero vivió un siglo después de Alejandro. Esta reconstrucción pronta de Tebas se contradice con la noticia del testamento de Alejandro (III, 30-33). Tebas comenzó a reconstruirse en 316-315, ya muerto el gran conquistador.

En tercer término (II, 1-2, 6) viene la discusión de los oradores atenienses a propósito de la deposición por Alejandro de su general en Platea. Todo el episodio es una invención. A partir de la existencia de Platea, un anacronismo claro, ya que esta ciudad estaba destruida desde la guerra del Peloponeso.

En la polémica entre los oradores atenienses se asigna a Demóstenes, contra la verosimilitud histórica, el mejor papel a favor de Alejandro, porque este famoso orador prestaba así su prestigio a la gloria de nuestro héroe novelesco. El autor alejandrino aprovecha la ocasión para aludir a la grandeza de Egipto (II, 4).

También esta discusión, como la anterior súplica de Ismenias, es un típico producto escolar, una muestra retórica sin base histórica real. Como muchos otros ejemplos de la oratoria de la Segunda Sofística, se trata de un ejercicio oratorio montado sobre unos datos escasos y una dosis de pedantes citas mitológicas e históricas sobre temas escogidos. No comentamos sus notables disparates históricos, que a su autor le importan menos que el efectismo escénico.

79 En realidad, el Cindo. Una vez más el autor reemplaza un nombre, que le es desconocido, por una denominación arquetípica. El río Océano, como el adivino Melampo o el flautista Ismenias, pertenecen a una misma categoría mitológica.

80 Es decir, en voz baja. Lo usual en la antigüedad era la lectura siempre en alta voz.

81 Media está más allá del Tigris. Alejandro cruza Armenia después de vadear el Éufrates. Ariana está aún más al este que Media. Las menciones geográficas de nuestro texto están, de nuevo, trastocadas. También respecto de la mención de Bactria (II, 10), es evidente que nuestro autor ignora la localización real.

82 Todas estas cartas están sacadas de la colección epistolar que nuestro novelista utiliza con un curioso desorden. Para su ordenación, remitimos al libro de Merkelbach, que trata este tema con detalle y gran claridad.

83 Es un anacronismo la mención de Antioquia, que se fundó en 301 a. C. Los 3.000 camellos pueden proceder de los que, según algunos testimonios, utilizó Alejandro para trasladar, tras la batalla de Arbela, los tesoros de Persépolis.

84 La carta de Darío a Poro, solicitando su auxilio, está más adelante (11, 19).

85 Persia es, para el Pseudo Calístenes, una ciudad; más adelante habla de la *Pérsis pólis*. Como posible explicación de tan sorprendente error, aventuro que se haya confundido con el nombre de Persépolis.

86 Se ignora la localización exacta del río de este nombre. El novelista no destaca aquí la característica más notable de este río en el *folktale* que da pie a su historia: helado *de noche*, el río se deshiela a los primeros rayos del sol, al amanecer.

87 Un estadio equivale a 185 metros.

88 La baja estatura de Alejandro, un tanto exagerada aquí, como ante el gigantesco Poro (III, 4), está atestiguada también por Q. Curcio (7, 8, 9; 6, 5, 29).

89 En ocasiones especiales era un uso real en Macedonia regalar a los invitados las copas del festín. Aquí el novelista no saca un partido especial de la treta un tanto bufonesca de Alejandro para embolsarse las copas de oro. En relatos medievales, Alejandro usa las copas para golpear a los guardianes.

90 Plutarco (o. cit. 37, 3) nos cuenta que Alejandro encontró una gran estatua de Jerjes derribada a su paso, y decidió cruzar, ante ella, como una barrera franqueable.

91 La descripción, patética y retórica, parece referirse, por algún detalle más concreto, como los destrozos causados por los carros armados de guadañas o *drepanóforos* y la multitud de fugitivos persas ahogados en el vecino río, a la batalla de Arbela. (Cf. O. Curcio, 4, 16, 16; y Justino, 11, 14, 4).

92 Estas últimas frases sobre la incertidumbre del futuro están en versos yámbicos en *A*. La recensión *B* las ha prosificado, como en general hace con las partes en verso de la obra, con muy ligeros cambios. Uno de estos consiste en la inoportuna mención del «Hades»,

el lugar de «las tinieblas».

93 El texto de *A* nombra expresamente a Jerjes, antepasado —aunque no padre— de Darío.

94 *A* conserva bien la conocida respuesta de Alejandro a Parmenión (en Plutarco, o. cit. 29, 4): «Y yo lo aceptaría, si fuera Parmenión». Nuestra recensión ha variado también ligeramente el nombre de Parmenión en Parmenio, como en otros lugares.

El novelista ha extendido la respuesta de Alejandro, para exponer aquí sus razones para la negativa. El texto debe de provenir de una carta (cf. la núm. 14 en la ordenación de Merkelbach), pero como ha hecho decir a Alejandro en II, 10 que era aquella su última a Darío, recurre a este expediente.

95 En *A* no figuran Nabonasaro ni los tesoros de los judíos (devueltos mucho antes por Ciro a Judea). La tumba de Nabucodonosor estaba en Babilonia. La de Ciro, en Pasargadas; las de los otros reyes persas, en Persépolis.

96 De ataúdes de cristal habla Heródoto (III, 24) como algo existente entre los etíopes.

97 Los obreros estaban encadenados y mutilados para impedir su huida, según la explicación griega a este uso persa, de base religiosa. (Cf. Diodoro, XVII, 69).

98 El relato histórico debía decir que Alejandro, al llegar a Ecbatana, en Media, se enteró de que Darío estaba junto a las Puertas Caspias. Nuestro texto confunde los datos geográficos.

99 Besso, sátrapa de Bactria y Sogdiana, acaudillaba la última resistencia contra Alejandro. Junto con otros sátrapas, como Ariobárzanes, mantenía prisionero a Darío, transportándolo en su retirada desde Media hasta hacerlo asesinar en Hecatómpilo.

100 La escena anterior es una invención de nuestro novelista. También es una invención este patético encuentro de Alejandro y el moribundo Darío, a partir de la noticia histórica de que Alejandro en su persecución del ejército persa encontrose con el cadáver de Darío. Pero en la figuración de esta escena pudo encontrar algunos precursores. (Cf. Plutarco, o. cit. 43; a Curcio, XIII, 28, y Diodoro, XVII, 73). En *A*, la conversación entre Alejandro y Darío está en versos coliámbicos, y en un lenguaje elevado, como conviene a tan dramática escena. De nuevo Darío recuerda a Alejandro la inestabilidad de la Fortuna, tema tópico.

101 Roxana era una princesa de Bactria, que Alejandro desposó tras la conquista de este territorio. Más tarde, Alejandro se casó con Estatira, hija del difunto Darío. Solo Roxana dio un hijo a Alejandro.

102 Esta grave prohibición de abandonar el puesto asignado a cada uno en su localidad se entiende pensando en las normas de Egipto,

donde el abandono del puesto asignado en la vigilancia de las crecidas del Nilo podía comprometer gravemente la agricultura de la zona.

En *A* existen otras disposiciones más concretas (p. ej., sobre las fiestas, cultos en honor de Sérapis y Zeus, construcción de un estadio, etc.) que en nuestra recensión se han omitido. Por otra parte, el texto de *A* está muy corrupto aquí.

103 Abulites, sátrapa de Susa, fue designado por Alejandro para tal cargo. No era pariente de Darío. *A* da como nombre del sátrapa Adulites.

104 Estatira, la esposa de Darío, había muerto antes de la batalla de Arbela. La madre de Darío se llamaba Sisigambis. En *A* se la llama Rodoguna, y allí no se nombra a Roxana en la dedicatoria.

105 En estas líneas de respuesta, Alejandro rechaza que se le den, como a los reyes persas, honores divinos. La respuesta es mucho más explícita en *A*.

106 Aunque no se ha dicho anteriormente, hay que suponer que Alejandro había enviado previamente estos vestidos reales de Persia a Macedonia. Tal vez esto se relaciona con la noticia que da Q. Curcio en 5, 2, 18.

El texto de *A* no alude a la boda. Contiene a continuación una carta de Alejandro a Roxana. Luego anuncia que se dirige a la India a combatir a Poro. Y concluye así el libro II. Es decir, que faltan en *A* (y en la traducción latina de Valerio) todos los capítulos siguientes de este libro, que refieren las aventuras maravillosas de Alejandro en la India.

El capítulo 23 vuelve a relatar hechos ya conocidos, para introducir luego en la misma carta el viaje hacia la India, un tanto bruscamente en nuestro texto.

Los capítulos 24-31 los sacó Müller de la recensión γ. En ellos se trata del viaje de Alejandro hacia Jerusalén y Egipto, con otras maravillosas aventuras. La entrada de Alejandro en Jerusalén y su reconocimiento del dios de los judíos (II, 24) es tal vez lo más novedoso de este texto, de clara invención propagandística judaica. (Cf. Merkelbach, pág. 100).

107 Algunos manuscritos de *B* dan la variante de Iberia, región del Cáucaso.

108 Aquí comienza el fantástico recorrido por tierras fabulosas, y los encuentros con monstruos y maravillas (caps. 32-41). Señala Van Thiel que en todo este relato quedan recuerdos de la tremenda marcha de Alejandro, a su regreso de la India, a través de los desiertos de Gedrosia y de la navegación costera de Nearco desde el Indo al Tigris. Para nuestro novelista, sin embargo, la localización de esta marcha es totalmente fabulosa.

Los capítulos 34-35 proceden de la recensión γ. Tratan del encuentro con los brahmanes que veremos más adelante. (Cf. III, 5-6).

109 Estos «ictiófagos» recuerdan en algunos detalles (aparte de su mítico carácter de acéfalos) a los esquimales, y se ha sugerido que su descripción pueda estar influida por vagas noticias de un viaje hacia regiones nórdicas. Habitan además cerca de regiones donde la oscuridad permanece largo tiempo.

110 En esta marcha a través de la oscuridad pueden confluir, según Van Thiel, dos noticias: la creencia de que en el extremo confín del mundo domina la eterna oscuridad (Q. Curcio, 9, 4, 18) y el recuerdo de las marchas nocturnas en la travesía del desierto para evitar el ardor del sol.

111 El oráculo se conserva tan solo en algunos manuscritos (*LP*λ) de nuestra recensión. La explicación del nombre de Alejandro es doble: por un lado se relaciona con el verbo gr. *aléxō* («rechazar») y, por otro, con *ex andrōn* («lejos de los hombres»). La letra *labda* significa en su uso numérico 30.

112 El tamaño gigantesco de los animales de la India es un rasgo tópico de las narraciones fabulosas de los griegos. Sus desmesuradas proporciones tornan monstruosos a animales ya conocidos. Ya Heródoto cuenta que las hormigas de los desiertos de la India son más gruesas que los perros y mayores que los zorros (III, 102. 2).

113 Solo algunos manuscritos (*LP* Cλ) presentan esta variante, una de las más antiguas, de un cuento popular (Aarnethompson, tipo 981). El mismo se encuentra en Justino, 18, 3 y sigs., y en Festo (siglo II), s. V. «sexagenarios».

114 El esqueno (gr. *skhoínos*) es una medida de longitud egipcia, entre 30 y 60 estadios (es decir, entre 5 y 10 kilómetros).

115 El mítico motivo de la Fuente de la Vida (o de la Inmortalidad, o de la Juventud), situada cerca del País de los Bienaventurados, de la que habla Heródoto, III, 23, se ha puesto en conexión con el ansia de Alejandro por la inmortalidad, de que nos habla algún testimonio antiguo (del siglo III a. C. es el de Tales, recogido por Estobeo, 4, 33, 31).

116 Una de las varias advertencias dadas por la divinidad a Alejandro de no transgredir los límites fijados a la humanidad, transmitida aquí —como en III, 41— por una criatura angélica o demónica.

117 La traición del cocinero y la hija del rey es un tema folklórico que ha sobrevivido, a través de la tradición popular bizantina, hasta la moderna de un cuento neogriego. En este se cuenta que la hija o la amada de Alejandro, que, al beber el agua de la inmortalidad, lo condenó a morir, fue desterrada por él a las profundidades marinas,

donde vive como ser de perennidad divina. Esta doncella surge ante los barcos y repite siempre la misma pregunta: «¿Vive aún Alejandro?». Si se le contesta afirmativamente, despide al navío con buen tiempo y cantando melodiosas canciones de alegría. Si se le contesta que no, se enfurece y hunde el barco. Porque se niega a aceptar la verdad de que Alejandro muriera por su culpa o su inconsciencia.

La etimología de Neraída (en relación con *neró* = «agua») es popular. La hija de Alejandro se asimila a una nereida (hija del viejo dios marino Nereo), o, según otras versiones, a una ninfa montaraz. En otra versión neogriega se trata de una hermana de Alejandro, llamada Kaló, que está transformada en la reina de las nereidas, que pueden asaltar, juguetonas, a los viajeros solitarios en las horas de máximo calor.

118 La bóveda celeste se apoya en los extremos de la tierra. Alejandro supone que el fin del mundo está cerca del País de los Bienaventurados, localizado en tal extremo por la tradición griega.

119 Ya en un antiguo poema babilónico el héroe Etana intenta volar hasta el cielo sobre el lomo de un águila. Alejandro ha recurrido a un improvisado carro con dos corceles alados.

120 Alejandro le echaba en cara a Nectanebo esto mismo en I, 14.

121 Según la figuración de los antiguos geógrafos jonios, el mar —o el río Océano— rodea la tierra. Desde la perspectiva aérea, casi astral, de Alejandro, el mar aparece como una serpiente, seguramente de color verde.

122 Aquí se han mezclado los recuerdos de dos motines de las tropas macedonias: el primero, al comienzo de la marcha hacia la India; el segundo, en Opis, al licenciar a los veteranos. El siguiente discurso de Alejandro concuerda en general con el que trasmite Q. Curcio en 9, 2, 33 y sigs.

123 La leyenda de que también Dioniso había guerreado contra los indios parece posterior a la expedición de Alejandro. (Cf. el testimonio de Clitarco, *F. Gr. Hist.*, 137 F 17). En la India se localizó luego el monte sagrado de Nisa, unido al origen y misterios de este dios. (Cf., más adelante, III, 28).

124 Los elefantes, fundamentalmente. Aunque el texto indica ambiguamente la presencia de otras fieras como fuerzas de choque de los indios. Sobre el papel de los elefantes en estas campañas véase el libro de H. H. Scullard, *The Elephant in the Greek and Roman World*, Londres, 1974.

125 El combate cuerpo a cuerpo de Alejandro y Poro es una invención, aunque ya anterior a nuestro texto. Luciano (en *Cómo ha de escribirse la historia* 12) la atribuye a Aristóbulo (*F. Gr. Hist.*, 139 T 4).

Nuestro novelista se recrea en detalles anecdóticos, como la diferencia de estatura entre el gigantesco Poro y el menudo Alejandro, y en la astucia de este para derribar y matar a su adversario. Realmente no hubo tal combate personal, sino que Alejandro, después de derrotar a Poro, se reconcilió con él y lo mantuvo en su trono, aunque como representante y aliado suyo.

126 Faltan en nuestra recensión unas líneas que en *A* indican que Alejandro somete luego otros territorios de la India, como la escarpada ciudadela de Aorna, ante la que habían desistido Heracles y Dioniso por la elevación y aspereza de su emplazamiento. [La autenticidad del párrafo, atetizado en la edición de W. Kroll, ha sido defendida por Merkelbach (o. cit., pág. 103)].

Como bien anota Van Thiel, aquí y en los dos capítulos siguientes nuestro texto confunde tres motivos: 1) la marcha de Alejandro contra los oxídraces, una tribu india muy belicosa (Arriano, 6, 4, 3; 14, 1); 2) diálogo de Alejandro con unos brahmanes prisioneros, acusados de incitar a la resistencia contra él (Plut., o. cit. 64); y 3) encuentro de Alejandro con los gimnosofistas indios (Arriano, 7, 1, 5 y sigs.; Plut., o. cit. 65).

Nuestro texto altera el nombre de los «oxídraces» en «oxidorces» (en gr. significa algo así como «los de aguda mirada») y los confunde luego con los pacíficos «gimnosofistas» (en gr. «sabios desnudos»). La descripción del modo de vivir de estos santones naturalistas procede probablemente de Onesícrito, un adepto de la escuela cínica que viajaba en la escolta de Alejandro y que idealizó, con algunos rasgos cínicos, a estos ascetas hindúes. En algunos autores del siglo III d. C. —como el novelista Heliodoro y en la *Vida de Apolonio de Tiana* de Filóstrato— encontramos también ecos admirativos sobre la vida santa y la sencilla inteligencia de los gimnosofistas.

127 *Diálogo de Alejandro con los gimnosofistas*. Conocemos este tema, que en nuestro texto está reelaborado en III, 6, por otras versiones más curiosas, como la de un Papiro Berlinés (*Pap. Berol*. 13044 = *F. Gr. Hist*., 1539) y la de Plutarco en su *Vida de Alejandro* 64.

A continuación traducimos el texto que ofrece Van Thiel como Apéndice II de su edición (págs. 242-245) y que representa una combinación, con correcciones, de las dos versiones citadas, unificando sus pequeñas variantes textuales. Van Thiel sigue en esto la propuesta de R. Merkelbach (o. cit., págs. 113 y sigs.).

Como señala Van Thiel (pág. 245): «Esta obrilla, en la que el conflicto entre el poder de la fuerza y el espíritu se trata de una manera brillante y juguetona, tiene muy pocos lazos en común con precedentes históricos, que para su comprensión carecen de importancia. Se trata en cambio de una variante muy griega, muy intelectual, de aquellas difundidas narraciones, en las que un poderoso

plantea a alguien varias cuestiones en apariencia insolubles, bajo amenaza de duros castigos, en el caso de que no las resuelva». (Y el mismo autor nos remite a la catalogación de este motivo en Thompson, *Motif-Index*, H 500-899: «Texts of cleverness»).

R. Merkelbach (o. cit., pág. 52) recuerda que J. Huizinga, en su conocido *Homo Ludens*, ha tratado este tema de «Disputas sobre la sabiduría» en un contexto más general, y que Festugière lo ha puesto en relación con otros encuentros de los griegos con la sabiduría oriental [Festugière, «Trois rencontres entre la Grèce et l'Inde», *Revue de l'Histoire des Religions* 125 (1943), 32-45]. Los otros dos encuentros descritos son el del libro indio *Milindapanha* (Preguntas del rey Milida-Menandro al sabio Nagasena) y el de *La vida de Apolonio* (III, 18-37) de Filóstrato. Siempre pregunta el griego y responde el indio sabiamente. El regalo final de un vestido (en el caso de Alejandro y de Milinda) es un rasgo oriental, como ya señaló Jacoby.

Dice así el texto:

«De los gimnosofistas que precisamente habían persuadido a Sabbas a rebelarse y que habían causado mayores daños a los macedonios, Alejandro apresó a diez que tenían fama de hábiles en las respuestas y de brevilocuentes, y les planteó unas preguntas insolubles, después de afirmar que mataría al que no respondiera correctamente. “Al que yo designe para emitir sentencia, este será el juez de vosotros”. Luego preguntó uno de los gimnosofistas si podía añadir la explicación de su respuesta. Después de acceder, preguntó al primero si le parecía que eran más en número los vivos o los muertos. Él respondió que los vivos. “Pues no es justo —dijo— que los que no son sean más que los que son”.

»A continuación preguntó al siguiente si creía que la tierra o el mar alimentaban a más animales. Contestó que “la tierra, porque también el mar está encima de la tierra”.

»Al tercero le preguntó qué animal le parecía más peligroso. Este contestó: “El que no lo conoce ningún hombre”.

»Al cuarto, que era el jefe de aquellos, Sabilo, le preguntó por qué había aconsejado a su rey combatir contra él. Respondió este: “Porque debía vivir con honor o morir con honor”.

»Al quinto le mandó decir qué había surgido antes, si la noche o el día. Al responder él: “El día fue antes por una noche”, le interrogó Alejandro sobre la razón de su respuesta, y el indio, tras meditarla, dijo: “A las preguntas imposibles les convienen respuestas imposibles”.

»Al sexto le preguntó qué debía hacer uno para ser más amado por los hombres, y él contestó: “Ser el más poderoso sin causar temor a nadie”.

»Al séptimo le preguntó qué había de hacer uno para devenir dios. Él respondió: “Uno debería hacer lo que sería imposible que hiciera un hombre”.

»Al octavo le preguntó qué era más fuerte, la muerte o la vida. Y él respondió que “la vida, pues esta hace que sean los que no eran, y la muerte que no sean los que eran”.

»Al último le ordenó decir hasta cuándo le conviene bien vivir a una persona. Este contestó: “Hasta que deja de creer que es mejor vivir que morir”.

»Al único que quedaba para juzgar las respuestas le preguntó quién de aquellos le había parecido peor, y añadió: “No vayas a creer que te escaparás si intentas favorecer a alguien”. Y este, que no quería que ninguno pereciera por su causa, contestó que había respondido cada uno peor que el anterior.

»“Así, pues —dijo Alejandro—, moriréis todos, y tú el primero, de acuerdo con tu sentencia”.

»Pero él contestó: “Pero ten en cuenta, Alejandro, que no es propio de un rey el mentir. Pues aseguraste que matarías a quien no respondiera correctamente. Así que nos protege tu palabra. En cuanto a que no perezcamos injustamente, no debemos cuidar de eso nosotros, sino tú”.

»Después de haber escuchado a este, Alejandro juzgó que aquellos hombres eran sabios y, después de ordenar que les dieran a cada uno un manto, los dejó ir en paz».

La versión armenia añade algunas preguntas y respuestas al coloquio con los gimnosofistas. Y da alguna variante a las respuestas habituales. (Allí el lado preferido es el izquierdo y no el derecho, por razones bastante semejantes a las respuestas en nuestro texto). Traduzco del texto, que recoge Kroll en su aparato crítico, las cuatro últimas respuestas:

Dice (Alejandro) a otro: «¿Qué vence a todo el linaje humano?».

Respondió: «La muerte. Pues es violenta y dura para todos».

Dice Alejandro: «¿Ante qué se encoleriza la divinidad?».

Respondiole: «Ante la injusticia de los ricos y la soberbia de los pobres».

Pregunta: «¿Cuál es la más agradable de las adquisiciones?».

Respuesta: «El amor del corazón».

Pregunta: «¿Y qué es lo más amargo?».

Respuesta: «La envidia y el odio».

128 La mención del Éufrates se encuentra solo en el manuscrito β. Hay un juego etimológico entre el nombre del río y el verbo griego *euphraínesthai*, «alegrarse, contentarse».

129 (Entre III, 6-111, 17 se ha insertado el tratado de Paladio sobre

la India y los brahmanes, sin título ni indicación de su autor, en el texto de *A*, editado y ordenado en capítulos por Müller).

En *A* figura como epígrafe de los párrafos que traducimos luego el de *Carta de Alejandro a Aristóteles*. Esta narración coincide en algunos puntos con la epístola latina, más amplia, que asimismo traducimos. En la versión de *L* (es decir, de β) la carta ha pasado a desarrollarse como relato normal, sin advertencia del cambio.

Traduzco aquí el principio de la carta en *A*, que tiene algún detalle curioso, peculiar, como esa isla que aparece y desaparece, y que puede considerarse como el precedente de un episodio fantástico que encontramos en otras fabulaciones posteriores, p. ej., en *Sindbad* en *Las mil y una noches*, como el monstruo, especie de tortuga gigante o de ballena, donde desembarcan los osados marinos.

Así dice la *Carta de Alejandro a Aristóteles*:

«El rey Alejandro saluda a Aristóteles. Necesariamente he de contarte todo lo extraordinario que nos aconteció en el viaje por la India. Habíamos llegado nosotros a la ciudad de Prasíaca, que parecía ser la capital del país de la India, y nos apoderamos de un promontorio vecino a ella, buena atalaya sobre el mar. Yo avancé en compañía de unos pocos para explorar el terreno y encontré a unos hombres de figura afeminada que se alimentaban de pescado. Al preguntarles, confirmé que eran bárbaros por su lengua, y a mis indagaciones sobre aquellos lugares nos indicaron en respuesta una isla que todos nosotros habíamos divisado en medio del mar. Aseguraban que aquella era la tumba de un antiguo rey, en la que había consagrado mucho oro. Luego los bárbaros desaparecieron dejando allí sus barcas, que eran 12. Entonces mi nobilísimo amigo Fidón, Hefestión, Crátero y los demás compañeros se negaban a dejarme desembarcar en ella. Fidón decía así:

»“Permíteme navegar hacia allá delante de ti, para que si hay algún peligro, me arriesgue yo antes que tú. Si no lo hay, yo enviaré el bote a por ti. Porque si aquí perezco yo, Fidón, ya encontrarás tú otros camaradas. Pero si murieras tú, Alejandro, todo el mundo civilizado sufriría la desgracia”. Me dejé convencer por ellos y les dejé cruzar. Pero en cuanto desembarcaron al cabo de poco tiempo, en la supuesta isla, de pronto aquel monstruo se sumergió en lo profundo. Nosotros chillamos, el monstruo desapareció del todo y allí perecieron ellos y mi nobilísimo amigo. Me afligí muchísimo, pero por más que busqué no encontré a los bárbaros.

»Permanecimos siete días sobre aquella atalaya y al séptimo divisamos al monstruo, capaz de soportar elefantes sobre su lomo… He contemplado muchísimas y extraordinarias maravillas que es necesario que te relate. Pues vi muy variados animales y lugares…, extrañas especies de reptiles. Y lo más asombroso de todo, un eclipse

de sol y luna… Hacía un tiempo atroz. Habíamos vencido a Darío, el rey de los persas, y a los suyos, y después de conquistar todo el país, avanzábamos observando sus riquezas. Había oro y vasijas adornadas con piedras preciosas…

»Comenzamos el viaje desde las Puertas Caspíacas y nos pusimos en camino. Se hacían muchas horas de marcha. Al salir el sol la trompeta daba la señal de partida… Y esto, a pesar de que la impedimenta de los soldados era pesada, puesto que cada uno iba revestido con zapatos, grebas, musleras de piel y coraza de cuerpo entero. Pues los naturales nos habían advertido de los ataques de los reptiles del camino, y yo había dado orden pública de que nadie estuviera sin ese equipamiento.

»Tras doce días de marcha llegamos a una ciudad que estaba en medio de un río. Crecían en la ciudad unas cañas de 30 codos de altura y muy anchas. La ciudad estaba escondida tras ellas. No estaba fundada en el suelo, sino encima de dichas cañas. Allí cerca, pues, ordené fijar nuestro campamento. Nos presentamos en aquel lugar a la hora tercera del día, y al llegar al río encontramos su agua más amarga que el eléboro. Cuando intentábamos alcanzar a nado la ciudad, surgieron del agua unos hipopótamos que arrebataron a nuestros hombres. No nos quedaba otro remedio que retiramos de aquel lugar de cualquier modo… Estuvimos tan faltos de agua que incluso se vio a algunos soldados beberse sus propios orines. Pero por fortuna llegamos a un lugar donde había una laguna feraz rodeada de selva, a la que acudimos y encontramos allí agua dulce, que nos pareció superior a la miel.

»Cuando nos quedamos satisfechos a placer, vimos sobre una altura una estela grabada. La inscripción de ella decía así:

»“El emperador Sesoncosis hizo este depósito de agua para los que navegan el mar Rojo”.

»Ordené establecer el campamento allí, preparar las cosas para dormir y encender fuego. Al levantarse la luna brillante a la hora tercera de la noche, acudieron las fieras de toda la selva a la laguna vecina para beber. Había escorpiones del tamaño de un codo, moradores de los arenales, unos blancos, otros rojos… (Nos atacaron) … Ya teníamos algunos muertos cuando en medio de los lamentos y gritos de los demás empiezan a acudir a abrevarse feroces cuadrúpedos, entre los que había leones mayores que los toros de nuestra tierra, y rinocerontes; todos salían de la selva de las cañas. Y jabalíes, aún mayores que los leones, con unos colmillos de un codo de largo; linces, panteras, tigres, bestias de cola de escorpión, elefantes, búfalos y torielefantes, y hombres con seis brazos y con pies de correas y con miembros de perro, y otros animales de formas monstruosas. El combate no tenía descanso. Con nuestras armas de

hierro conseguimos rechazar a estos… Luego, del arenal comenzaron a saltar zorros de noche de unos diez codos, y otros de ocho codos, y de la selva surgían cocodrilos que causaban la muerte de nuestras bestias de carga. Había murciélagos mayores que nuestras palomas, armados de dientes. Junto a la laguna se posaban cuervos nocturnos a los que cazamos y tuvimos para un gran almuerzo…».

El texto de *A* omite algunos detalles, que conserva la versión armenia (y la latina), como la aparición de un tremendo y fabuloso monstruo, el *odontotyrannos*, superrinoceronte de colosal tamaño. Recogemos unas líneas del texto armenio (que ofrece Kroll en su aparato crítico a pie de página) para presentar a esta fiera y llenar esta laguna del texto:

«Y entonces quemamos con nuestro fuego el bosque. Los reptiles huían ante el fuego, pateamos con los pies algunos bichos y con nuestras espadas los rematamos. Muchos más se quemaron en el incendio, hasta que en la noche, a la hora sexta, apareció la luna. Después de haber sufrido tan terrorífico y brutal espanto nos quedamos admirados de las muy extrañas formas de aquellas criaturas. Y he aquí que, de repente, se presentó una fiera mayor que todos los elefantes, cuyo nombre era “odontotirano”, que parecía ansioso de embestirnos. Yo corrí rodeándolo por acá y por allá y exhortaba a mis valientes compañeros a encender hogueras y mantenerlas con cuidado de que no pereciéramos. Pero aquella fiera, con su furor por herir a los hombres, saltó sobre las hogueras y en aquel ataque al campamento mató doscientos veinte hombres en el momento. Pero otros valientes del grupo consiguieron a fuerza de heridas acabar con la fiera unicorne, y a duras penas mil trescientos hombres consiguieron arrastrarla fuera de aquel lugar. Luego se ocultó la luna y…» (enlaza con el texto de A).

130 Alejandro no llegó a Prasíaca, en la zona del Ganges. La revuelta de sus tropas, negándose a avanzar más allá del Hífasis, le obligó a regresar, descendiendo en su marcha a lo largo del río Indo.

Poro era uno de los príncipes más poderosos de la región de los Cinco Ríos, afluentes del Indo.

Aquí se olvida el autor de la muerte de Poro en su duelo con Alejandro, y lo deja en vida como aliado y súbdito del mismo, conforme a la realidad histórica. Véase la misma relación en la *Epistola ad Aristotelem*.

131 Sobre este santuario, con sus árboles semejantes a los cipreses y su perfumado ambiente, ya da noticia Ctesias, *F. Gr. Hist.*, 688 F 45, 17; 45, 47. El *mirobálano* (del gr. *myrón*: perfume, y *bálanos*: bellota) es un árbol indio de la familia de las combretáceas, cuyos frutos tienen aplicaciones en medicina y en tintorería.

132 Según Ausfeld, en *mytheamatous* se esconden los vocablos persas

para designar el sol y la luna: *Mythras* y *Mao*.

133 Aquí comienza el episodio novelesco del encuentro de Alejandro con la reina Candace. El novelista confunde en un revoltijo de nombres geográficos el reino de Semíramis (Babilonia) con el país de Candace: Etiopía. Méroe es la antigua capital de Etiopía, que los romanos sustituyeron por Nabata. La relación de Etiopía con Egipto está clara. El origen egipcio de esta novela breve explica el papel que en la misma desempeña Tolomeo. Por otro lado, el novelista supone que la reina Candace, es decir, de Etiopía, está en la vecindad de la India (!) y de los bebrices de Bitinia (!).

El nombre de Candace no designa a una reina como nombre propio; es el título que llevaban las reinas de Etiopía. Una tradición novelesca (O. Curcio, 8, 10, 34; Justino, 12, 7, 9-11) conocía los amores de Alejandro con Cleofis, reina de los indios Assacenos. Es probable que esta vaga noticia, así como el halo prestigioso de algunas reinas antiguas como Semíramis, hayan repercutido en la creación de este personaje. En Malalas y otros escritores bizantinos, Alejandro llega a desposar a Candace.

134 Este dominio etíope sobre Egipto en época antigua ya lo refiere Heródoto, II, 29, 137. La generosidad, riqueza y religiosidad de los etíopes eran proverbiales entre los griegos, desde Homero a Heliodoro.

135 Todo este episodio, aquí intercalado, sin relación con la leyenda de Candace, es un doblete de lo relatado en I, 33, en el manuscrito A. (Cf. nuestra nota 56).

136 Un estáter valía 20 dracmas áticas de plata.

137 En el texto de *A* figura aquí un párrafo que nuestra versión ignora, con una curiosa *Carta de Aristóteles* (ed. W. Kroll) que traducimos ahora:

«Después de concertar estos acuerdos, proseguía su viaje hacia el país de Prasíaca, pero los soldados cayeron en un desánimo tremendo. Porque, aunque era pleno verano, Zeus no dejó de enviar lluvia durante cuarenta días, de manera que las correas de los escudos ya se pudrían con tanta agua, y también pasaba esto a los bocados de los caballos. Y muchos de los soldados de infantería iban con los pies empapados y llagados sin poder soportar el calzado. Y apenas cesó la lluvia se produjo tan ardiente calor que ninguno podía soportarlo. Hubo grandísimos truenos y caían frecuentes rayos, y los soldados creían oír misteriosas voces. Cuando estaban ya a punto de cruzar el río Hípanis, interrogó a los indígenas sobre la riqueza y el poder del rey que habitaba más allá de la tierra Prasíaca. Esta se extendía junto al océano. Y los naturales le respondieron que tenía en sus establos cinco mil elefantes y diez mil carros y muchas docenas de miles de hombres. Al enterarse de esto el sensato Alejandro proveyó de forrajes la región costera del río y el resto de la zona de la India y luego fundó

allí altares y celebró sacrificios con víctimas quemadas en honor de los dioses ofrecidas por su ejército».

Recibió una carta del sabio Aristóteles que decía esto:

«Aristóteles saluda al rey Alejandro. Dudo mucho buscando qué diré al comienzo, qué luego y qué al final. Pues Zeus es testigo, y Poseidón, que soy el primero en dar gracias de tus afortunadas, gloriosas y famosas hazañas a todos los dioses y diosas. Ya que has aceptado todo combate, enfrentamiento y riesgo sin ceder a ninguno. En la tierra de la India te encontraste dos y más veces en medio de la tempestad y te has salvado. Siempre que uno se atreva a penetrar en esa región, dejará fama de hazañas ilustres y admirables. En tu estrategia se reconoce que eres un valeroso combatiente, sin discusión, un Néstor por tu decisión en el consejo, y en la batalla un valiente Ulises, que "de muchos hombres vio las ciudades y conoció su modo de pensar" [*Odisea* I, 3].

»Esto te lo aplico a ti, que tales cosas has realizado a tus treinta años. Por eso dicen: "Alejandro el macedonio ha llegado desde donde se pone el sol hasta donde sale, y con gozo le acogieron los etíopes y los escitas, los unos a la salida del sol, los otros al poniente" [*Od.* 1, 24]. Y aquellos incluso que osaron enfrentarse a ti, te enviaron luego susruegos, para que te hicieras su amigo. ¡Salve, rey igual a un dios, consérvate bien!».

138 La carta de Alejandro a Olimpíade está escrita desde Babilonia según *A*, donde, tras la carta de Aristóteles, que traducimos en la nota anterior y que el redactor de nuestra versión ha omitido, dice:

«Levantando el campamento marchó y llegó a Babilonia. Al presentarse allí fue acogido con brillantes honras y ofreció sacrificios a los dioses y mandó celebrar un certamen gimnástico y musical».

139 Hay variantes notables entre el texto de *A*, el de la versión armenia, el de Valerio y el de nuestra redacción, al comienzo de esta carta. Nuestro redactor omite la marcha hasta las columnas de Heracles en noventa y cinco días. En la *Epistola ad Aristotelem*, estas aparecen junto a las de Dioniso, como marcas del límite alcanzado por los dioses (héroes divinizados) griegos. El mal tiempo y las lluvias constantes fueron una de las causas del motín de las tropas y de su negación a avanzar más allá del río Hífasis. (El Hípanis de *A*).

140 El Termodonte, que va de los montes de Armenia al mar Negro, era considerado tradicionalmente por los griegos como el río de las remotas amazonas, vecinas del Cáucaso.

141 El «puerto de Lisso» es Nisa, la ciudad sagrada de Dioniso. El dios de Nisa era Siva, que los griegos identificaron con Dioniso. El «anciano Marón» era un «sileno», descendiente de Dioniso. En esta descripción del templo báquico se mezclan muy diversas noticias. Nótese su similitud con otras descripciones, como las del palacio persa

y la del templo del sol (Cf. las notas de Van Thiel., o. cit., pág. 193).

142 El cap. III, 29 aparece solo en los manuscritos *B* y *M* y es, evidentemente, tardío. Por su carácter muy curioso ofrezco aquí la traducción de esa hazaña extraña y *mítica* de Alejandro, de larga resonancia en una época aterrorizada por la amenaza de los invasores bárbaros del norte.

El *encierro de los pueblos impuros*

Añadido como Apéndice B en la edición de *Der griechische Alexanderroman. Rezension* B (Estocolmo, 1965) de L. Bergson (págs. 205-207), aparece en los manuscritos *B* y *M*. Otras derivaciones de esta leyenda se encuentran en diversos textos. Ofrecemos luego, como muestra, la versión, contaminada con influencias bíblicas, del Ps. Metodio (editada como Apéndice III por H. Van Thiel, o. cit., págs. 248-251). Según Van Thiel, este texto se remonta al siglo VII. (Hacia el 700 se tradujo del griego al latín).

Es curiosa, como muestra de la tradición fluctuante y variable de nuestro texto, la divergencia en los detalles, p. ej., en los nombres de los pueblos encerrados por Alejandro, entre uno y otro fragmento.

PSEUDO METODIO o *Alejandro y los pueblos impuros*

«Alejandro funda Alejandría la Grande, y gobierna como rey en ella durante diecinueve años. Luego él marchó hacia Oriente y mató a Darío el Medo y se enseñoreó de muchos países y ciudades, recorrió la tierra y llegó hasta el mar, a la comarca llamada País del Sol. Allí vio a las tribus impuras y deformes. Son descendientes de los hijos de Jafet. Al contemplar su depravación, quedose asqueado. Pues todos comían cosas asquerosas y repugnantes: perros, moscas, gatos, serpientes, cadáveres, despojos, fetos y embriones que no estaban desarrollados del todo y que no poseían una conformación definida, y no solo de animales domésticos, sino de todo tipo de animales impuros. A los muertos no los enterraban, sino que los devoraban.

»Al ver Alejandro los hechos repugnantes e impíos de estos, temeroso de que contaminaran de impureza toda la tierra, rezó a Dios por ellos, y con su ayuda los reunió a todos con sus mujeres y sus hijos y todas sus pertenencias. Y los sacó de la tierra de Oriente empujándolos hasta que penetraron en los confines del norte. Allí no hay entrada ni salida desde Oriente a Poniente, por la que uno pueda pasar y entrar.

»De nuevo entonces Alejandro invocó a Dios. Y atendió a su petición el Señor Dios y dio sus órdenes a los dos montes, que tienen por nombre los Pechos del Norte, y ellos se acercaron uno a otro hasta una distancia de doce codos. Entonces mandó construir unas puertas de bronce y las untó de una sustancia indestructible, para que si querían abrirlas con algo de hierro no lo lograran, y si intentaran destruirlas con fuego, tampoco, porque el fuego se apaga ante este

material. Tal es la naturaleza del *asýnchyton* que ni lo hiende el golpe del hierro ni lo altera el ataque del fuego. Y rechaza como vanas e inocuas todas las acometidas de los demonios. Por cierto que esos malditos, depravados y asquerosísimos pueblos utilizan todas las malas artes mágicas.

»Así que con estos medios Alejandro impidió su hechicería, depravada, inhumana y, por mejor calificarla, odiada por los dioses, de modo que no pudieran derribar ni forzar las puertas aquellas ni con el fuego ni con el hierro ni con cualquier otro invento. Pero saldrán en los últimos tiempos, según la profecía de Ezequiel que dice: "En el último día de la duración del mundo vendrán de fuera, hacia la tierra de Israel, Gog y Magog, los reyes y pueblos que encerró Alejandro en los confines del norte: Gog y Magog, Anug y Aneg, Aquenaz y Difar, Fotineos, Libios, Eunios, Fariseos, Declemos, Sármatas, Tebleos, Sarmatianos, Canonios, Amatarzas, Garmiados, los antropófagos y los llamados 'cabezas de perro' (cinocéfalos), Tarbios, Alanos, Fisolonicios, Arcneos y Asalterios. Estos 22 reyes quedaron encerrados detrás de las puertas que edificó Alejandro"».

143 Lo que sigue no tiene forma de carta y está narrado en tercera persona, por lo que hay que pensar que, o se ha perdido o modificado la anunciada misiva a Olimpíade, o, lo que es más probable, se trata de un lapsus de nuestro texto. Y hay que entender, como dice la redacción de *A*: «…después de haber escrito la carta a su madre Olimpíade… la divinidad da una muestra extraordinaria al producir el prodigio siguiente».

También los historiadores informan de los presagios funestos que, en Babilonia, advierten el cercano fin de Alejandro.

144 Esta frase de «ordenar sus cosas día a día», preparándose así para la muerte, es un aforismo filosófico, socrático o estoico. (Apotegma 102, Sternbach).

145 Para este relato sobre «los últimos días de Alejandro», muy abreviado en la redacción que da nuestro manuscrito *L*, el novelista utiliza un escrito independiente, que está bien conservado en versión latina en el manuscrito del *Epitome Metzer* (siglo X). El original griego debía de proceder de una época próxima a la muerte de Alejandro y trataba de explotar los rumores sobre el envenenamiento de Alejandro, haciendo recaer la culpa en Antípatro y sus hijos Casandro y Yolas. Merkelbach indica concretamente que se trataba de un panfleto, elaborado en el año 322-321, en la época de las rencillas entre Antípatro y Perdicas, que concluyeron con la muerte de este en 321. El «testamento de Alejandro» fue manejado como fuente histórica por algunos historiadores, con gran aceptación. Lo cita Q. Curcio (X, 10, 5), y Diodoro (20, 81) lo utiliza como fuente histórica. Se ignora el motivo concreto de su dedicación a los rodios.

En la narración se mezclan luego detalles auténticos, como el desfile de los soldados macedonios ante la litera de Alejandro moribundo, con datos falsos.

146 Yolas, hermano de Casandro.

147 Como indica Van Thiel, no está claro el sentido de esta frase. ¿Es que Casandro transportaba el veneno sin conocer el destino? ¿O se trata de proveerle de una excusa, por si fuera aprehendido con tal envío?

148 Éumenes.

149 Doy a continuación el texto, más extenso, de *A*, III, 32.

«Los demás, muy preocupados, disolvieron la reunión, aguardando ansiosos desde fuera el desenlace de aquello. Alejandro, con intención de vomitar el exceso de vino, solicitó una pluma. Pues estaba acostumbrado a devolver con este procedimiento. Pero Yolas se la dio, untándola antes con el veneno. Con esto activaba el veneno, que quedaba introducido de manera más fuerte en su cuerpo. Desgarrado por dentro y dominado por extraordinarios dolores, Alejandro pasó la noche soportándolos valerosamente; luego, al día siguiente, viéndose a sí mismo tan postrado en la dolencia y que ya hablaba torpemente, porque se le hinchaba la lengua, despidió a todos, para tener tranquilidad, estar a solas y reflexionar consigo mismo sobre sus decisiones.

»Después de ponerse de acuerdo con su hermano, Casandro había escapado aquella noche. Y apostado en las montañas de Cilicia aguardaba allí la presencia de Yolas. Pues había acordado con Yolas que, en cuanto muriera Alejandro, le avisara para alejarse del todo. Envió a un hombre de su séquito por mar hacia Macedonia a la casa de su padre, después de escribir con signos acordados que el asunto había tenido éxito.

»A la siguiente noche Alejandro ordenó que todos se retiraran de su palacio, incluso las mujeres y los muchachos, entre los que estaba Cambobafis, y despidió a su propia esposa Roxana. Había una puerta de la casa que iba a dar sobre el río llamado Éufrates, que corre por el centro de Babilonia. Ordenó que la abrieran y que ninguno la vigilara, como acostumbraban a hacerlo con centinelas. Cuando se hubieron retirado todos y llegó la hora de media noche, Alejandro se levantó, apagó la luz, y saliendo por la puerta, arrastrándose a cuatro patas, se encaminaba al río. Al llegar a la orilla, miró en torno y vio a su mujer Roxana que venía corriendo hacia él. Ella había sospechado durante el alejamiento de ella y de todos los demás, que Alejandro planeaba acometer algo digno de su audacia, y le había seguido en su salida secreta en medio de la oscuridad por el jadeo de Alejandro, que apenas emitía gritos de dolor, pero que con su quejumbroso gemir había guiado a Roxana en pos suyo.

»Cuando se recobró, ella lo tenía en sus brazos y le decía:

»“¡Ah, Roxana, pequeño favor es que tú me prives de mi gloria! En todo caso, que nadie lo sepa”.

»Apoyándose en ella regresó de nuevo a escondidas a la casa.

»Al hacerse de día ordenó que Perdicas, Tolomeo y Lisímaco se presentaran ante él y les dijo que cuidaran de que ningún otro entrara a verle, hasta que hiciera testamento de sus dominios. Se dedicó entonces a escribir su testamento, haciendo sentar a su lado a Cambrias y Hermógenes, dos niños aún adolescentes.

»Perdicas, que sospechaba que Alejandro iba a dejar sus dominios a Tolomeo, porque muchas veces le había hablado del origen de Tolomeo y, además, porque Olimpíade había proclamado que era hijo de Filipo, tomó a Tolomeo en un aparte y le jura que, si él llegara a ser heredero (diádoco) de los dominios de Alejandro, compartiría con él tales dominios después de hacer una distribución paritaria. Tolomeo aceptó el juramento, sin ninguna sospecha de lo que tramaba Perdicas, y como él pensaba que Perdicas sería el heredero de los dominios por el hecho de que se le consideraba el primero de todos los del séquito de Alejandro por su valor e inteligencia, le presta a su vez el mismo juramento, recíprocamente».

150 Traducimos *El testamento de Alejandro*, según el texto de la recensión *A* (ed. W. Kroll), III, 33.

«Después de que hubieron desfilado los macedonios, mandó llamar de nuevo a Perdicas. Y reteniendo a su lado a Olcias, le ordenó leer el testamento. Existe esta copia de lo fundamental del testamento con sus instrucciones, que recibió Olcias de manos de Alejandro.

Testamento de Alejandro

»El rey Alejandro, hijo de Amón y de Olimpíade, saluda a los magistrados y gobernantes del Senado y el pueblo de los Rodios.

»Nosotros, que hemos sobrepasado las columnas fijadas como límite por nuestro antepasado Heracles y que nos hallamos a punto de alcanzar nuestro destino de acuerdo con la providencia de los dioses, hemos decidido enviaros una carta con nuestras decisiones, porque pensamos que vosotros especialmente seréis, entre los griegos, vigilantes guardianes de las empresas que hemos realizado con afán, y a la vez porque amamos vuestra ciudad. Por esa razón dispusimos por escrito que la guarnición (macedonia) saliera de vuestra ciudad, para que esta gozara de su libertad de expresión y conservara por siempre su libertad; y al mismo tiempo porque deseo que veléis por mantener nuestra gloria. Pues sabemos que vuestra ciudad es agradecida y digna de recuerdo. Así que con esto demostraremos que nos preocupamos de un modo digno de vuestra patria y de nosotros. Hemos hecho el reparto de nuestros bienes del siguiente modo, dando con liberalidad a

cada uno un país, empezando en primer término por aquella de quien nacimos para llegar a este punto final de nuestra gloria.

»Hemos ordenado a los gobernadores de nuestros territorios que envíen de su satrapía mil talentos de oro de ley a los sacerdotes de Egipto y dimos orden de que nuestro cuerpo sea transportado allí. La disposición de mi propia sepultura que la decidan los sacerdotes de los egipcios, nosotros lo dejamos en sus manos. Disponemos también la reconstrucción de Tebas con fondos del tesoro real, porque juzgamos que ya sufrió bastante infortunio y que ya ha aprendido su castigo con un pago digno de sus pasadas faltas contra Nos. Que se entregue trigo de Macedonia a los tebanos que regresen a Tebas, hasta que se repueble el país.

»Hemos ordenado que os entreguen 305 talentos de oro para provisión de vuestra ciudad y 77 trirremes, para que os mantengáis libres con plena seguridad, y grano: 2.000 medimnos de trigo desde Asia, de los territorios vecinos a vuestra isla, por mediación de nuestros administradores. Y que se reparta entre vosotros la tierra, de modo que en el futuro tengáis grano suficiente y no necesitéis de nada para manteneros a la altura digna de vuestra ciudad.

»Esto hemos encomendado a Crátero, gobernador de Macedonia; a Tolomeo, sátrapa de Egipto, y a Perdicas y a Antígono en Asia Menor. A vosotros de nuevo os encomendamos guardar esta misiva que os dará Olcias, y no ignoréis que hemos calculado lo que os conviene y toca en propiedad, y que os deja en libertad para convertiros en árbitros de la prosperidad de vuestra ciudad. Estoy muy convencido de que obedeceréis mis consejos. Tolomeo, que será el custodio de mi cadáver, se cuidará también de vosotros. Pero hemos indicado en detalle lo que os conviene. No creáis, pues, que mi testamento queda a vuestro cuidado por casualidad. Mis intendentes arbitrarán el reino, en el caso de que se haga el siguiente reparto entre ellos.

»El rey Alejandro, hijo de Amón y de Olimpíade, designa como rey de Macedonia en el momento presente a Arrideo, el hijo de Filipo. Pero si Roxana tiene un hijo de Alejandro, ese será rey y que se le imponga el nombre que decidan los macedonios. En caso de que nazca una niña Roxana, que los macedonios elijan como rey al que prefieran, si no aceptan a Arriedo, el hijo de Filipo. Que el elegido conserve la monarquía de los Argíades y que los macedonios concelebren sus fiestas con los Argíades de acuerdo con las costumbres establecidas por el rey. Que a Olimpíade, la madre de Alejandro, le sea permitido establecerse en Rodas, si los rodios lo aceptan. Y si no quiere establecerse en Rodas, que lo haga donde quiera, con los ingresos suyos y los que ha recibido de su hijo Alejandro. Hasta que los macedonios decidan elegir rey, el rey Alejandro, hijo de Amón y Olimpíade, designa como regentes de toda Macedonia a Crátero y a su

mujer Cinana, hija de Filipo, el que fue rey de Macedonia; y de Tracia, a Lisímaco y a su mujer Tesalónica, hija de Filipo, el anterior rey de Macedonia. Entrega la satrapía del Helesponto a Leónato y a su mujer Cleódice, hermana de Olcias; Paflagonia y Capadocia, a Éumenes, el secretario real. Dejo libres a los habitantes de las islas y a los rodios como supervisores de ellos. Panfilia y Cilicia, a Antígono……., Babilonia y su comarca, a su escudero Seleuco; Fenicia y Siria, la denominada cuenca siria, a Meleagro; Egipto, a Perdicas, y la Libia, a Tolomeo y a su mujer, Cleopatra, la hermana de Alejandro. De los territorios de más arriba de la comarca de Babilonia nombra jefe del ejército y gobernador a Fanócrates y su mujer, Roxana de Bactria.

»Ordeno a los gobernadores de mi reino preparar un ataúd de 200 talentos de oro macizo, en el que se sepultará el cuerpo de Alejandro, rey de Macedonia. Y que licencien a los veteranos macedonios más viejos y a los enfermos para regresar a Macedonia, y a los tesalios que se encuentren en condición semejante. Que remitan a Argos la armadura y arnés del rey Alejandro y 50 talentos de oro de ley como diezmo del botín de guerra para Heracles. Y que envíen a Delfos los colmillos de elefantes, las pieles de serpientes y 13 copas de oro como primicias del botín de la campaña. Que entreguen a los milesios 150 talentos de oro de ley para provisión de su ciudad y a los de Cnidios (otros tantos).

»Quiero que Perdicas, al que instauro como rey de Egipto, cuide de la Alejandría que yo fundé, de modo que la ciudad quede feliz bajo la protección del gran Sérapis que es su patrón. Que se establezca un gobernador de la ciudad, que será llamado sacerdote de Alejandro y que será rodeado de los mayores honores de la ciudad, revestido con una corona de oro y una túnica de púrpura, y cobrará un talento al año. Y ese será inviolable y quedará libre de cualquier prestación pública. Recibirá tal distinción el que difiera de todos los demás por su linaje. Y este privilegio se conservará para él y sus descendientes.

»El rey Alejandro designa como rey de la comarca de la India extendida a lo largo del río Hidaspes a Taxila, y de la que se extiende desde el Hidaspes hasta el río Indo, a Poro, y sobre los paropanisadas designa rey a Oxídraces de Bactria, el padre de su esposa, Roxana… Las comarcas de Bactria y de Susa, para Filipo; la Parta y las tierras colindantes de Hircania, para Fratafermes; Carmania, a Tlepólemo, y Persia, a Peucestes. Que el sátrapa Oxintes se traslade a Media.

»Designa el rey Alejandro a Olcias como rey de Iliria. Le concede que se traiga de Asia 500 caballos y 4.000 talentos. Que con ellos edifique un templo y dedique estatuas a Amón, Heracles, Atenea, Olimpíade y Filipo. Que los gobernadores del reino consagren imágenes y estatuas doradas en Delfos. Que también eleve Perdicas estatuas broncíneas de Alejandro, Amón, Heracles, Olimpíade y Filipo.

»De todas estas disposiciones sean testigos y supervisores los dioses Olímpicos y Heracles, el fundador de la estirpe del rey Alejandro».

151 Esta admirable carta, con su parábola incorporada, se encuentra solo en los manuscritos *L* y λ. Pero existen paralelos en Luciano (*Demonax* 25) y en Juliano (Ep. 37, Heyler, 205, Bidez-Cumont).

152 En la ceremonia de apoteosis de un emperador romano se quemaba sobre una pira la imagen del emperador difunto, y de la hoguera surgía, liberada en tal momento, un águila, que debía remontarse, con el espíritu del muerto, a la morada celeste de los dioses para que este habitara con ellos, en lo futuro, deificado oficialmente. Tal rito puede ser de origen oriental y tal vez la mención del águila aquí, en combinación con el ocaso de una estrella, no vengan del ceremonial romano, sino del culto oriental originario.

153 Mitra, el dios persa de la luz, había cobrado una enorme popularidad en la época del Imperio romano, y su culto se hallaba muy extendido por todo el Oriente, especialmente entre el ejército.

154 Es decir, de Baal. Este oráculo pudo tener cierta importancia entre las decisiones acerca del destino de Alejandro. Realmente, su cuerpo permaneció en Babilonia dos años reclamado por unos y otros. Al final, Tolomeo se lo llevó con su ejército a Siria y luego a Egipto, con el pretexto de que debía Alejandro reposar junto a su padre Amón.

155 Alejandro fue sepultado primero en Menfis y luego en Alejandría. El templo llamado *Soma Alexandrou* o *Sema Alexandrou* (Tumba de Alejandro) estaba en el centro de la ciudad antigua. El primitivo oráculo que aseguraba venturas al lugar que albergara la sepultura del héroe ha sido modificado en sentido contrario por el novelista alejandrino, de acuerdo con la agitada historia de su ciudad.

156 *Neomaga* es probablemente un término egipcio que se ha puesto aquí en relación con el griego *néos* = «joven».

157 Esta cronología de época tardía es un añadido de la redacción del ms. *L*. Según Julio Africano (siglo III), el fundador de la cronología cristiana, el año de la creación del mundo fue el 5500 a. C. (Según posteriores cálculos bizantinos, tan crucial momento se fechaba el 1 de septiembre de 5509 a. C., con estupenda precisión).

La primera olimpíada se celebró en 776 a. C.

Acaz, rey de Judá, lo fue del 733 al 718 a. C.

158 Conviene citar aquí unas cuantas líneas del interesante y preciso prólogo de G. Veloudis: «El término *folletín* (*phylláda*) designaba, en general, a cualquier libro barato, de escaso volumen y, en particular, a un libro de bajo precio destinado al consumo popular; el término *rimada*, más especializado y restringido, se refiere a un texto versificado de mayor o menor extensión, igualmente destinado a funciones de libro de lectura popular.

»Pero ¿qué es un libro popular? La adjetivación no se refiere, por cierto, a un determinado género literario, sino al libro en sí mismo. No es, por lo tanto, el contenido de un libro, sino su forma y, sobre todo, el público al que se dirige y su función cultural aquello que lo convierte en libro popular».

159 Ver, en prólogo de *Vida*, el apartado «Fama y difusión de la "Novela de Alejandro"».

160 Ciertas ventajas de la *Vida* en prosa sobre la *Rimada* explican esa mayor permanencia. «Mientras que la popularidad de la *Rimada* iba disminuyendo continuamente durante el siglo XVIII, ya que, estando escrita en verso y, además, en una lengua con muchos rasgos dialectales, no podía adaptarse con facilidad a las nuevas necesidades de su público y someterse al principio de "modificación" fundamental para todo libro popular, la difusión del *Folletín* fue en aumento en el trascurso de los siglos XVIII y XIX, para dejar de existir apenas acabada la guerra greco-turca de 1919-1922. Desde aquel momento, el *Folletín* ya no resultaba adecuado ni como lectura popular (ya había hecho aparición en Grecia la moderna y popular-burguesa "literatura de cordel") ni como portavoz ideológico de los anhelos de redención nacional.

»Para la totalidad del período que nos interesa, es decir, desde 1529 hasta 1926, podemos contar 15 ediciones de la *Rimada* (1529-1805) y 46 del *Folletín* (desde, aproximadamente, 1680 hasta poco después de 1926)». Para más datos, cf. G. Veloudis, *Der neugriechische Alexander*, Múnich, 1968, págs. 13-19 y 53-56.

161 P. Barceló, *Alejandro Magno*, Madrid, Alianza, 2011, pág. 311.

162 Véase mi prólogo o introducción a la excelente edición del *Libro de Alexandre* por Jesús Cañas Murillo, en la Biblioteca Castro, Madrid, 2014.

Por otra parte, quisiera recordar que en la corte del rey Alfonso X el Sabio ya se tradujo al castellano desde una versión latina el texto del Pseudo Calístenes, como puede verse en la edición de ese texto, muy bien cuidada por los profesores Tomás González Rolán y Pilar Saquero con el título de *Alfonso el Sabio. La historia novelada de Alejandro Magno. Edición acompañada del original latino de la Historia de preliis*. Madrid, Universidad Complutense, 1982.